THE OTACIAN CHRONICLES LIBRO I



Las mentiras de Lena

Ella encarna la magia.
Él encarna su final.

KYLIE SNOW

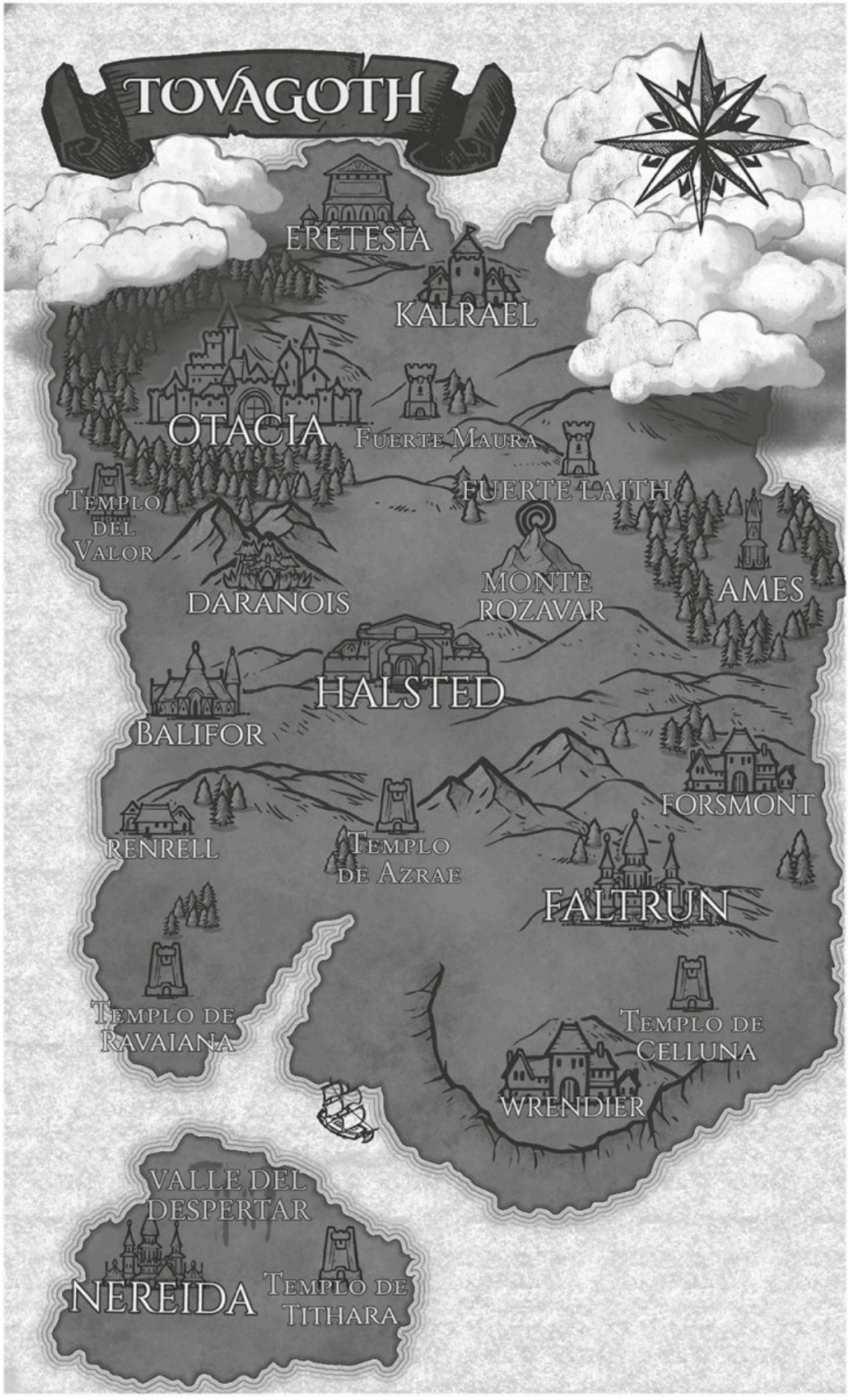
MOLINO

KYLIE SNOW

Las mentiras de Lena

Traducción de
Pilar López Riquelme

MOLINO


TOVAGOTH
ERETESIA
KALRAEL
OTACIA
FUERTE MAURA
FUERTE LAITH
TEMPLO DEL VALOR
DARANOIS
MONTE ROZAVAR
AMES
HALSTED
BALIFOR
FORSMONT
RENRELL
TEMPLO DE AZRAE
FALTRUN
TEMPLO DE RAVAIANA
TEMPLO DE CELLUNA
WRENDIER
VALLE DEL DESPERTAR
NEREIDA
TEMPLO DE TITHARA

LISTA DE REPRODUCCIÓN

THE DEATH OF PEACE OF MIND – BAD OMENS
ODONATA – YAIMA
FOREVERMORE – BROKEN IRIS
LUMINARY – JOEL SUNNY
KYO – YAIMA
MAY YOU OPEN – YAIMA
BAD DREAM – CANNONS
WHERE'S MY LOVE – ALTERNATE VERSION – SYML

GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

LOCALIZACIONES:

OTACIA – Oh-tay-shuh
FALTRUN – Falt-rune
FORSMONT – Fours-mont
WRENDIER – Ren-dye-er
AMES – Aims
ROZAVAR – Row-za-var
OQUERENE – Oh-kur-een
NEREIDA – Nur-ay-duh

PERSONAJES:

LENA DAELYRA – Lee-nah Day-lie-ruh
TORRIN BRIGHTHELL – Tour-in Bry-thell
RYIA – Rye-uh
HENDRY BONNEVAU – Hen-dree Bon-uh-vow
ROLAND AUBEZE – Row-lind Awe-bez
EDMUND ESTIELOT – Ed-mund Es-ta-lot
IGON NATARION – Eye-gone Nah-tar-e-on

VIOLA SONNET – Veye-uh-la Sewn-it

A las tres figuras maternas de mi vida.

A mi difunta madre, por criarme y apoyarme incondicionalmente.
A mi abuela, por quererme y animarme siempre.
Y a mi difunta tía Ani, por creer en todo momento
en cada sueño que tuve,
y en cuya fecha de cumpleaños publico este libro.

No sería quien soy sin ellas.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO SENSIBLE

Atención: este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje soez, violencia, sangrías, torturas, mutilaciones, agresiones sexuales, violaciones, muerte y dolor.

Prioriza tu salud mental.



PRÓLOGO

Mi primer recuerdo es de cuando tenía cuatro años. Aunque queda lejos, me acuerdo de ir corriendo descalza por la nieve glacial y a mi madre tirando de mí rumbo a un destino desconocido; las palabras que repetía sin cesar resonaban en mi cabeza.

«Odian a los magos, Lena. Nunca debemos mostrar quiénes somos realmente».

Para que un niño contuviera sus habilidades mágicas se requería mucha entereza y disciplina. A los cuatro años yo no tenía ninguna de las dos, así que no fue ninguna sorpresa cuando, al pasar por una aldea, tropecé y usé un escudo protector para no caerme al suelo. Al instante me di cuenta de mi error, pero, sin perder un segundo, mi madre me agarró de la mano y echamos a correr. Éramos muy pobres, y los únicos zapatos que tenía me quedaban tan grandes que los perdí en la huida.

Un grupo de hombres de la aldea nos persiguió y, después de lo que parecieron siglos corriendo a toda velocidad por un bosque congelado, conseguimos por fin despistarlos. Mi madre me abrazó con fuerza, y recuerdo que pensé que me regañaría, como las otras veces que no había podido reprimir mis poderes.

Pero, en lugar de eso, lloró. Cayó al suelo de rodillas y me atrajo hacia su pecho. Mamá siempre había sido fuerte, nunca la había visto tan vulnerable.

—¡Lo siento! Yo no quería… Yo no quería… —gemí mientras intentaba consolarla.

Lloraba con tanto desconsuelo que le costaba respirar, pero acabó recomponiéndose y se secó la cara.

—Lo sé, cariño. Siento haberme disgustado. —Se puso de pie y se sacudió la nieve de los pantalones—. Solo quiero que estemos en algún lugar seguro y caliente. Y no huyendo. —Las lágrimas volvieron a anegarle los ojos—. No te mereces esto…, ninguno de nosotros lo merece.

Su abrazo me ofreció una mínima pizca de calidez.

—¿Por qué quieren hacernos daño? —pregunté con pura inocencia infantil.

Ella sonrió con una mirada que no supe comprender hasta que fui mayor.

—La gente teme lo que no entiende —respondió.

«Odian a los magos, Lena».

Y no podía ser más cierto. Ser mago significaba el destierro inmediato. Ser mago significaba que no se aplicaba ninguna ley protectora. Ser mago significaba ser visto y tratado como un monstruo, aunque tuvieras cuatro años.

Nunca olvidaré aquel día. Sabía que tenía que ser fuerte. Tenía que ser disciplinada. Así que reprimí mi magia tanto como me fue posible física y mentalmente. Por lo general, la magia no se manifiesta hasta una edad mucho más avanzada, pero, para nuestra desgracia, yo era una excepción. Aunque no volví a cometer ningún desliz después de aquel día, siempre temía que acabara pasando algo y nos viéramos obligadas a huir, sin llegar a encontrar un lugar al que llamar hogar.

Hasta que cumplí doce años no tuvimos una residencia más permanente. Como la mayoría de los territorios de Tovagoth, el poderoso reino de Otacia profesaba un odio intenso por los magos, pero su población de unos diez mil habitantes nos permitía pasar desapercibidas. Era una ciudad donde no teníamos antecedentes, y en la que dos hechiceras de cabello cobrizo serían difíciles de olvidar.

El reino estaba dividido en tres áreas. La clase alta vivía en la zona más elevada y segura, enclavada en el núcleo, llamada el Centro. La clase media vivía en el Anillo Interior, también ligeramente elevado, mientras que la clase baja vivía en el Anillo Exterior, donde mi madre encontró una pequeña cabaña para instalarnos.

Estaba gobernado por el rey Ulric La'Rune, un hombre poderoso y despiadado, temido por la mayoría. Debía su popularidad a la lealtad que guardaba a su pueblo y a su reino, y a su pericia en el campo de batalla. Por otro lado, su esposa, la reina Ryia, era adorada por todos. Se la consideraba una mujer compasiva y afectuosa. Aún hoy, a veces honra al Anillo Exterior con su presencia, incentivando la economía de muchos pequeños comercios. Ulric nunca se había molestado en visitarlo. Algunos decían que su equilibrio entre la brutalidad y la gentileza fue lo que hizo al reino tan próspero.

En cuanto a su descendencia, se sabía que tenían un hijo, el príncipe Silas La'Rune, a quien mantenían oculto en el castillo. Como nuevas habitantes de Otacia, y además de clase baja, desconocíamos la historia completa de lo que le ocurrió a su otra hija, la menor, muchos años atrás. Solo sabíamos que la raptaron en el castillo cuando era un bebé y que posteriormente la hallaron muerta en los Bosques del Norte.

Desde aquella tragedia, el rey y la reina juraron mantener a su primogénito a salvo. No le permitirían salir de los muros del castillo hasta que cumpliera los dieciocho años y estuviera debidamente entrenado y preparado para afrontar cualquier amenaza. Nadie, salvo el personal del castillo o quizá los soldados que lo adiestraban, sabía qué aspecto tenía. Mi madre dudaba de que el reino estuviera de verdad bien defendido, ya que algo tan terrible le había sucedido a la princesa de entre todos los habitantes. Pero en el reino no se habían producido más incidentes desde entonces y, aparentemente, todo el mundo estaba a salvo.

Y yo no practiqué mi magia. Enterré cada instinto tan dentro de mí como pude.

«Odian a los magos, Lena».

Y mientras esa parte de mí permaneciera oculta, nunca me sentiría en casa, ni en ningún reino, ni mucho menos en mi propio cuerpo.

PRIMERA PARTE:

ENTONCES



CAPÍTULO UNO

—Manzanilla, cardo mariano, salvia y un poco de sal de Epsom —dijo mi madre mientras espolvoreaba la sal en la olla con agua—. Y, por último, un poco de miel. Le da sabor y ayuda a curar las heridas.

Removió lentamente la mezcla en una pequeña olla de acero que se calentaba en nuestra estufa de leña.

—Entonces ¿de verdad esto cura a la gente? —pregunté con escepticismo.

Sonrió, haciendo girar la mano mientras encantaba su creación.

—Bueno, con un poco de magia, sí.

La bruma dorada que centelleaba y se le extendía desde las yemas de los dedos me hizo soltar un grito ahogado. Antes de darme cuenta, el vaho se había desvanecido. Aparté la mirada.

«Claro, encanta los elixires».

Lo suponía, pero mi madre sabía lo mucho que me abrumaba el uso de la magia. Ya nunca recurría a ella delante de mí.

—Lena —empezó—. Sé que hace mucho tiempo que no utilizas la magia, pero…

—Lo sé, mamá. Pero, como te he dicho un millón de veces, no tengo ningún interés en aprender —contesté con los brazos cruzados.

Desde que nos mudamos aquí, esta era la primera vez que le permitía explicarme cómo hacía algo que no fuera pan o bollos. Sabía que yo no deseaba aprender nada relacionado con la magia, ni siquiera una cosa tan inofensiva como esa. En las últimas semanas había sido menos sutil intentando enseñarme algo, lo que fuera. Siempre me había negado hasta hoy.

—Lena, tienes dieciséis años. Eres más que capaz de aprender magia básica.

Noté que me temblaban las manos.

«Odian a los magos, Lena».

Esas palabras me perseguirían para siempre. Me volví hacia ella; los ojos color café le brillaban esperanzados.

—Sé que es lo que quieres para mí —dije con tacto—. Es solo que… no puedo. No hace falta. No haría más que meternos en líos.

—¿Que no hace falta? —Frunció el ceño—. Sí, eras pequeña, Lena, cuando tus poderes afloraron. No hacía falta entonces. Francamente, enseñarte algo que no fuera autocontrol no era seguro. Nunca había oído que un niño de cuatro años hubiera descubierto sus poderes… —negó con la cabeza y me miró con determinación—, pero eso solo demuestra lo especial que eres. Lo poderosa que podrías llegar a ser.

Sí, aquí en Otacia puede que nunca necesites defenderte. Pero si por alguna razón tuviéramos que irnos…

—¿Y por qué tendríamos que irnos? —repliqué—. ¡Lo único que nos pone en peligro es que tú encantes tus pócimas! ¿No crees que en algún momento oirán hablar en el castillo de tus elixires milagrosos? ¡¿De que unas cuantas hierbas, sal y la jodida miel curan enfermedades?!

—¡Esa boca, Lena! —chilló. Supe que me había pasado de la raya —. ¡Aquí muere gente inocente! Me da igual que solo sean humanos. Tengo la capacidad de ayudar. —Apretaba los puños a ambos lados—. No empleo todo el potencial de mi poder. Solo el necesario para que sanen con el tiempo.

—¿Y si alguien descubre qué lo hace posible? ¿Y si alguien irrumpe mientras estás encantando y descubre quiénes somos?

—Han pasado cuatro años…

—¡Sí! ¡Cuatro años! —grité, levantando los brazos—. Hemos conseguido vivir en el mismo lugar durante la friolera de cuatro años. Cuatro años con un hogar. Y me aterraría tener que dejarlo.

La tristeza inundó el rostro de mi madre, y a mí me ardía la garganta de contener las lágrimas. Negué con la cabeza y me senté con hastío en la silla de la cocina, apoyando los codos y hundiendo la cara entre las manos.

Mi madre dejó la cuchara de madera en la mesa del comedor y me puso una mano en el hombro con suavidad. Se me escapó una lágrima y tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para reprimir las demás.

—No quiero volver a huir. Quiero tener una vida. Quiero hacer amigos. Quiero conocer a gente. No vivir con este miedo constante y

debilitante. —Negué con la cabeza de nuevo—. Solo… Solo quiero ser normal.

Mi madre se agachó, me apartó las manos de la cara y las tomó entre las suyas. Dudé, pero le sostuve la mirada.

—Qué aburrido sería eso —dijo con una sonrisa. No pude evitar corresponderle—. Puedes hacer amigos, Lena. Conocer a gente.

—Pero siempre tengo que ocultar quién soy de verdad… —Suspiré —. Tengo que entablar relaciones con una máscara puesta.

—Aunque ser magas forma parte de quienes somos, no nos define. Si no pudiera usar mi magia, seguiría siendo yo. —Me colocó detrás de la oreja un mechón pelirrojo que me había resbalado por la frente—. Sé que tienes miedo. Y que mereces vivir, Lena. No te presionaré más. Pero recuerda que siempre estaré dispuesta a enseñarte cuando te sientas preparada —dijo con otra sonrisa tan amable que se me saltaron las lágrimas. Me las sequé.

—Perdón… por la palabrota —me disculpé avergonzada, mirando nuestro desgastado suelo de madera.

Mi madre soltó una risita.

—Eso lo has heredado de tu padre.

El comentario me hizo sonreír. No llegué a conocerlo. Mi madre siempre hablaba con orgullo del hombre de cabello castaño y ojos verdes del que se enamoró hacía más de diecisiete años. Era pescador, carismático y malhablado, al contrario que mi madre, de voz apacible. Siempre decía que cautivaba a quienes lo conocían y que todos opinaban que era demasiado guapo para ser pescador.

Después de casi un año de noviazgo, mi madre se quedó embarazada de mí. Aunque había un cincuenta por ciento de

posibilidades de que fuera una humana común, también había otro cincuenta por ciento de posibilidades de que fuese una maga.

El pequeño pueblo de Renrell odiaba a los magos casi tanto como el rey Ulric. Mi madre no creía que mi padre la rechazara. Pero no estaba segura. En el mejor de los casos, se vería obligado a abandonar la aldea que amaba, en la que había vivido su familia durante generaciones. Supondría vivir alejados hasta que se supiera si yo era maga y si tenía alguna habilidad que pulir. En el peor de los casos, le daría la espalda y dejaría que los aldeanos más detractores se encargaran de ella. Aunque mi madre no creía que optara por la segunda opción, el riesgo era demasiado grande. Así que un día se marchó en plena noche. Y nunca volvió a verlo.

—¡Oh, son casi las siete! —exclamó mi madre.

Me levanté de la silla mientras ella corría a alcanzar la bandolera de cuero llena de productos que yo debía entregar en el Anillo Interior. Mamá y yo nos turnábamos las tareas. A veces yo me encargaba del reparto y ella atendía nuestro puesto en el mercado semanal. Aventurarse a subir al Anillo Interior era intimidante, pero yo evitaba a la gente y solo tenía que tratar con los clientes que habían hecho los pedidos. Atender en el puesto era mucho más complicado y, la verdad, mi madre conocía mejor que yo su género, dada mi falta de interés.

Me colgué la bolsa y resoplé.

—Vaya, va bastante llena. —Sentía el peso tirándome del hombro. Sin duda, iba a ser incómodo. Solté una risa entrecortada.

«Estoy tan orgullosa de ella…».

El rumor de lo excelentes que eran las elaboraciones de la Panadería y Botica Waylon había llegado al Anillo Interior. La clase

media no ponía un pie en el Anillo Exterior, pero algunos aceptaban que les llevaran los productos a domicilio. Los clientes siempre le preguntaban a mi madre por qué no se llamaba Panadería y Botica Minerva. Ella siempre sonreía y decía que le había puesto el nombre de una buena amiga. Nunca mencionaba que así era como se llamaba mi padre.

Mamá me entregó la lista de pedidos y el mapa que usaba casi todas las semanas para localizar las casas donde tenía que hacer cada entrega.

—Buena suerte en el mercado hoy —le dije, dándole un fuerte abrazo.

—Hoy va a ser un buen día, Lena. —Se apartó, radiante—. Lo presiento.



CAPÍTULO DOS

Salí al exterior, y la brisa primaveral soplaba apacible. Era un día relativamente caluroso para ser principios de abril. Nuestra humilde cabaña estaba enclavada en una zona tranquila del Anillo Exterior. El sol brillaba con fuerza, proyectando un cálido resplandor sobre nuestra acogedora morada.

El Anillo Exterior no era elegante, pero tampoco era tan espantoso como lo veían los más privilegiados. Los senderos estaban pavimentados con fragmentos de piedra, y, como la mayoría de las casas eran minúsculas, estaban bastante juntas. Por suerte, tenían suficiente espacio para poder cultivar un jardín.

La jardinería se había convertido en una afición relajante. Alrededor de nuestra casa brotaban flores coloridas: rosas, narcisos, lirios, peonías y demás; todo lo que había plantado hacía que el monótono exterior de la cabaña no fuera tan anodino, al menos en

primavera y en verano. La hiedra que trepaba por las paredes no era obra mía, pero aun así me encantaba. También había sembrado algunas de las hierbas que empleábamos para los elixires de mi madre, aunque seguíamos teniendo que recolectar muchas fuera de los muros del reino.

Por detrás de nuestra casa pasaba un río que serpenteaba por el Anillo Exterior, lo que incrementaba la sensación de paz. Los habitantes del Anillo Interior y los del Centro solían mirar con aversión al Anillo Exterior, pero creo que su hostilidad radicaba en los trapicheos de la Cueva de las Serpientes, un barrio problemático y de mala fama del Anillo Exterior conocido por su actividad ilegal. No debía acercarme ni hablar con nadie de allí. Otras zonas no eran tan malas.

Nuestro mercado semanal, por ejemplo, era un acontecimiento importante, con puestos que vendían de todo, desde frutas y verduras hasta joyas o artículos de confección. Si los de arriba le dieran una oportunidad, quizá la gente de aquí no sería tan pobre.

Fue un milagro que empezáramos a tener clientes del Anillo Interior, y las monedas de cobre extra que me dio mi madre las empleé para comprar una daga de obsidiana que guardaba escondida bajo mi capa y envainada en el costado. Ella no lo sabía, simplemente porque no quería otro sermón sobre cómo defenderme. La verdad es que nunca pensé que tuviera que usarla, pero el pequeño consuelo que me ofrecía hacía que hubiera valido la pena la inversión.

Suspiré y caminé hacia la larga escalera de entrada al Anillo Interior, a unos diez minutos a pie de nuestra cabaña. Aunque no hablaba con nadie, muchos vecinos me saludaban al pasar.

Subí los escalones gigantes, observando al soldado apostado en la cima. Los ciudadanos del Anillo Exterior podían entrar en el Anillo Interior entre las seis y las diez de la mañana. Ni un minuto antes ni un minuto después. Había pasado casi un año desde que empezamos con los repartos, y los guardias no reparaban en mí, pues sabían que nunca me quedaba después del toque de queda.

Entregué los dos primeros encargos bastante rápido: un elixir para una casa y un pedido de bollería para otra. Mientras continuaba con la tarea, crucé por delante de una tienda de ropa de lujo, una que no podía evitar quedarme mirando cada vez que pasaba por la puerta.

«Qué bonito debe de ser tener prendas así».

Seguí avanzando sin apartar la mirada de los finos trajes expuestos en el escaparate, cuando de repente alguien me embistió con tanta fuerza que caí al suelo.

—¡Uy! —dijo una voz altanera con sarcasmo. Levanté la vista desde el pavimento y vi a una chica que llevaba un precioso vestido en tonos marfil y bronce, y refinadas joyas de plata en el cuello. Sus dos amigas llevaban atuendos igual de impresionantes y hacían muecas igual de desdeñosas. Su ropa no era lo bastante distinguida para pertenecer a la realeza, pero sí lo suficiente como para vivir cerca del castillo, a diferencia de mi capa azul oscuro, mi camisola color crema y mi sobrevestido marrón. El vestido me sentaba bien y, como siempre, me encontraba bastante favorecida con él hasta que subía allí. Era difícil no sentirse inferior.

Recogí mi bandolera y los bollos envueltos que se habían desparramado tras la colisión.

—¿Qué hace una campesina mugrienta en el Anillo Interior?— preguntó mientras sus dos amigas se reían. No parecían mucho mayores que yo.

Me puse de pie.

—S-solo estoy haciendo entregas, s-señora. —Odié que me temblara la voz. No era la primera vez que me hostigaban al subir al Anillo Interior, pero normalmente solo eran miradas de desaprobación. Dioses, qué pequeña me sentía.

—«S-solo estoy haciendo entregas, s-señora» —se burló mientras las tres seguían riéndose.

Bajé la voz, intentando guardar la compostura cuando dije:

—No quiero problemas. —Sus miradas me daban ganas de clavarles la daga en la garganta.

«Tranquila. Mantén la calma».

Respiré hondo por la nariz. Lo último que debía hacer era perder el control.

Ella dio un paso al frente y se echó la melena castaña por encima del hombro.

—Entonces no te acerques a mí con tu inmundicia —escupió.

Me miró el bolso, que había ajustado para llevarlo sobre un hombro en lugar de cruzado, y me lo arrancó de un tirón.

—¡Oye! ¡Devuélveme eso! —protesté.

Se apartó cuando me acerqué para intentar recuperarlo.

—Uy, ¿qué ibas a hacer?

Abrió el bolso y las amigas empezaron a meter la mano en él. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

«No podemos fallar con los pedidos. O se echará a perder todo el trabajo de mi madre».

—Por favor —supliqué—. ¡Los necesito!

Odié lo patético que sonó. Odié no poder reprimir mis sentimientos.

Sacó uno de los bollos, le quitó el envoltorio y le dio un mordisco.

El fuego me corría por las venas. La ira me consumía. Y eso fue lo único que necesité para sacar mi daga y ponérsela en la garganta. Todo pensamiento racional se esfumó con la rabia y la humillación que sentía. La mantuve allí, sosteniendo la hoja de lado, presionándola con la fuerza suficiente para que le doliera, pero no para causarle un daño real. Ella gritó, y sus amigas se quedaron inmóviles y con el rostro pálido.

—¡Eh! —oí un gruñido a mis espaldas. Me giré, con la daga aún en el cuello de la muchacha, y vi a un chico que se acercaba corriendo hacia nosotras.

«Mierda».

Por su complexión tonificada, supuse que estaría al final de la adolescencia. Al llegar a mi lado comprobé que era más alto que yo, y el cabello negro azabache le ondeaba suelto con la brisa primaveral. Vestía una túnica blanca que parecía luminiscente en contraste con su radiante piel bronceada. Llevaba una espada en la espalda y unos pantalones de cuero marrón oscuro que se le ceñían a las esbeltas piernas. Completaban el atuendo unas botas de cuero negro.

«Es del Anillo Interior».

Apretó la mandíbula y me miró con sus llamativos ojos dorados. Tragué saliva.

«Va a entregarme a los guardias. Seguro que conoce a estas chicas».

El miedo empezó a apoderarse de mí, pero, para mi sorpresa, se quedó mirando a la chica a la que yo apuntaba con la daga.

—¿Ves lo que pasa cuando tomas lo que no es tuyo? —dijo con naturalidad.

La muchacha lo miró boquiabierta.

—¿Vas a defender a una vendehúmos que me está amenazando con un cuchillo en el cuello?

El chico desvió la atención hacia mí y me miró a los ojos. Intenté controlar los temblores y no parecer una completa debilucha.

—Baja el arma —ordenó con suavidad.

Dudé un momento, pero acabé cediendo y la bajé, aunque la mantuve cerca por si tenía que usarla. Él volvió a mirar a la chica morena.

—Eso no es tuyo. —Señaló mi bolso con un gesto—. Devuélveselo o llamaré a los guardias.

Las amigas se habían quedado petrificadas.

La chica soltó una risa seca y se llevó una mano al pecho.

—Llama a los guardias si quieres. Ha intentado matarme. No he hecho nada malo.

Él sonrió con suficiencia.

—Ambos sabemos que eso no es verdad, encanto —ronroneó al acercarse a ella.

La chica suspiró y, a pesar de mostrarse resentida, supe que se sentía atraída por él. No podía culparla. Me miró de reojo un instante y luego volvió a mirarlo. Hizo una pausa y soltó otra risa seca, repasándome con aquellos ojos marrones.

—Bah. Toma tus bollos. De todas formas, están rancios.—Soltó el bolso antes de que yo pudiera atraparlo, y oí que el elixir que

contenía se rompía en mil pedazos al impactar contra el suelo. El muchacho se quedó boquiabierto.

—Uy —exclamó irónica.

No se molestó en volver a mirarlo antes de alejarse con sus amigas, arrojando a la acera los bollos que llevaban en la mano. Por suerte, solo la zorra principal había abierto el suyo.

El desconocido se arrodilló y recogió mi bolso, que ahora estaba empapado.

—Gracias —murmuré, secándome los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que se me habían caído las lágrimas.

«Patético».

Levantó la vista y sonrió con dulzura.

—De nada. —Se incorporó y me entregó mis pertenencias—. Es una lástima por lo que había en tu bolso. Qué chica tan desagradable —dijo con los labios fruncidos, mirando por donde se habían marchado—. Nunca había visto nada igual.

—¿En serio? Entonces, debes de ser nuevo aquí —contesté con una risa leve mientras me recolocaba el bolso en el hombro—. Aunque, a decir verdad, nunca me había ido tan mal. —Hice una pausa, examinando la tela y el contenido. Por suerte, el elixir estaba guardado en un compartimento aparte, así que los bollos estaban intactos—. No sé qué vamos a hacer —murmuré—. Eso era un elixir, y el hombre que lo compró lo necesita de verdad.

No solo eso, sino que la reputación del negocio también estaba en juego. Una experiencia desagradable podría arruinarlo todo.

—¿No tienes más? —preguntó.

—No, mi madre prepara las pócimas por encargo. Tendrá que volver a hacerla… Y todavía me queda entregar todo esto…—Miré

hacia la colosal torre del reloj a lo lejos.

«Son casi las ocho».

No se permitía la entrada al Anillo Interior a los del Anillo Exterior después de las diez de la mañana, bajo ningún concepto. Cualquier asunto debía tramitarse antes de esa hora. Eran las normas del reino, para que los campesinos de baja categoría no molestáramos a los de mayor importancia.

«¿Qué voy a hacer?».

—Bueno, ¿y si te ayudo? —se ofreció como si me leyera la mente.

Lo miré extrañada.

—¿Qué?

—Si tienes las direcciones, puedo encargarme del resto de las entregas mientras tú vas a decirle a tu madre lo que hay que rehacer. —Se metió las manos en los bolsillos y me dedicó una sonrisa encantadora.

Lo observé mientras consideraba la propuesta. No quería su ayuda, pero se me acababa el tiempo. Pensé que parecía bastante digno de confianza.

—¿Por qué harías eso? —pregunté escéptica.

—No tengo nada mejor que hacer. —Se encogió de hombros—. Mis mañanas son bastante aburridas. Es la mejor forma de arreglarlo. No puedes estar aquí después de las diez, ¿verdad?

Me miró de arriba abajo y sentí que me sonrojaba.

«Supongo que es obvio que soy del Anillo Exterior».

—Así es —murmuré, bajando la mirada. Ser visto como un ciudadano de segunda clase nunca había sido tan fácil. Aunque era lo único que había conocido.

—Bueno, será mejor que nos demos prisa. —Se apoderó de mi bolso—. No te olvides del bollo que ha mordisqueado.

—Cierto. —Le entregué el listado con los pedidos, los nombres de cada cliente, el importe de la compra y el mapa con las indicaciones.

—Te llevará unos cuarenta minutos. Que es más o menos el mismo tiempo que tardaré en ir a casa y volver después de que mi madre prepare otro. —Respiré hondo—. ¿Nos vemos aquí arriba? Te pagaremos, por supuesto.

Rechazó la propuesta con un gesto.

—No es necesario. Solo quiero ayudar —murmuró estudiando el mapa. Quería acribillarlo a preguntas. Todavía me sorprendía que alguien de aquí arriba se hubiera dignado a hablarme, y más aún a ayudarme, pero no tenía tiempo.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, ni siquiera te he preguntado cómo te llamas. Soy Lena Daelyra. —Le extendí la mano—. ¿Y tú?

Se quedó mirándola y luego dirigió la vista a mis ojos.

—Quill. Quill Callon —respondió radiante mientras tomaba mi mano entre las suyas. Pensé que iba a darme un apretón, pero, en lugar de eso, se la llevó a la boca y la besó con delicadeza. Me miró a los ojos, que yo no podía tener más abiertos, con una sonrisa. Casi se me doblaron las rodillas con el gesto.

«Alguien del Anillo Interior… ¿besando la mano de una campesina de clase baja? ¿Estará mal de la cabeza?».

—Te… te veo dentro de cuarenta minutos —tartamudeé cuando me soltó la mano.

Se ajustó el bolso al hombro y me dedicó una media sonrisa.

—Hasta pronto.

Contuve la respiración y me di la vuelta; la ansiedad me provocaba punzadas en el pecho.

Deseé no haber cometido un error al confiar en aquel desconocido.



CAPÍTULO TRES

—¡¿Que has hecho QUÉ?! —chilló mi madre. Le comenté en nuestro puesto del mercado lo que había sucedido y, con solo oír los detalles del principio, decidió cerrar el resto del día. Cuando llegamos a casa y le conté la historia completa, se puso furiosa.

—El muchacho quería ayudar, así que yo…

—Así que tú vas y le das a un chico, al que no conoces de nada, el resto de nuestros pedidos. ¡Probablemente se habrá largado con todo, Lena!

—En primer lugar, evitó que nos los robaran, y además parecía tener dinero. Dudo que necesite robar comida. —No parecía pobre como nosotras, pero tampoco tenía aspecto de rico.

—¡O puede que, como le has dado el listado con la cantidad que debíamos recibir, entregue los pedidos y se quede con las monedas!

Se me encogió el corazón.

«Dioses, ¡qué tonta soy!».

Mi madre apartó la mirada, negando con la cabeza, y empezó a preparar el elixir por segunda vez.

—Lo… lo siento mucho.

La amabilidad, el beso en la mano… El chico sabía lo que hacía. Me había engañado por completo. Bajé la mirada y me fui a mi cuarto, cerrando la puerta tras de mí; apoyé la espalda en la hoja y me dejé caer al suelo. Me quedé allí sentada un momento.

«Otra cosa que he echado a perder. He sido una idiota al creer que quería ayudarme».

Enterré la cara entre las manos y sollocé en silencio.



Habían pasado casi treinta minutos. Oía el tintineo de los platos y los pasos apresurados en la cocina mientras mi madre reelaboraba los encargos perdidos. Sabía que debería estar ayudándola, pero la vergüenza me tenía paralizada en el suelo de madera de mi cuarto. Además, seguro que metía la pata también.

Me quedé contemplando mi diminuta cama. Las sábanas color marfil y la colcha de tono melocotón me llamaban; era fina, pero suficiente para abrigarme por la noche. Frente a la cama estaba la cómoda de pino, y sobre ella un espejo con el marco de latón. No tenía muchos cosméticos, pero había un colorete rosa suave, máscara de pestañas y un labial rojo. Usaba el colorete y la máscara

con frecuencia, pero nunca encontraba la ocasión de lucir un color tan intenso en los labios.

Me puse de pie y me acerqué al tocador, al caer en la cuenta de que probablemente tenía manchas negras corridas por la cara. Cuando me miré al espejo, comprobé que tenía los ojos rojos e hinchados y, como era de esperar, gotitas negras cayéndome por las mejillas.

Me odiaba. Y también odiaba sentirme así.

No era fea. De hecho, no me disgustaban mis ojos verdes brillantes ni las motas doradas que los salpicaban. Mamá decía que eran iguales que los de mi padre. Alcancé un pañuelo y empecé a limpiarme las marcas de las lágrimas, notando el estómago revuelto.

El cabello pelirrojo lo llevaba semirrecogido, como la mayoría de los días, en un moño alto y con mechones sueltos por delante. Me veía las orejas puntiagudas, aunque nadie más pudiera verlas. Los magos teníamos que camuflarlas para que se asemejaran a las redondeadas de los humanos.

No, no era fea. Pero por dentro estaba hecha un asco.

No era más que un envoltorio que contenía tanta… tanta rabia. No recordaba la última vez que me sentí feliz. No se me ocurría nada que hubiera hecho verdaderamente bien en mi vida.

Justo cuando estaba a punto de caer en otra espiral de autodesprecio, oí que llamaban a la puerta de casa. Me quedé inmóvil, y, cuando mi madre la abrió, oí una voz familiar.

Salí de mi cuarto a toda prisa, y allí, plantado en el umbral, estaba Quill, sosteniendo mi bandolera y entregándole a mi madre la bolsa de dinero que habíamos ganado.

Cruzamos la mirada.

—Has vuelto… —susurré, acercándome para recuperar el bolso. Me alegré mucho de haberme limpiado el maquillaje corrido.

Me miró extrañado.

—Por supuesto —contestó, entregándomelo—. He estado esperándote donde me dijiste, pero no aparecías. Por suerte, tu casa está marcada en el mapa.

Me puse roja como un tomate.

Mi madre le echó una ojeada a la bolsa de monedas cuando habló:

—Oh, ha sido culpa mía. —Lo miró—. Sinceramente, no podía creer que alguien del Anillo Interior se ofreciera a ayudarnos. Le dije a Lena que no fuera. Pero estaba equivocada. —Sacó una generosa cantidad de monedas de cobre y se las ofreció—. Muchas gracias por tu ayuda.

Él observó la mano extendida y esbozó una suave sonrisa.

—No es necesario que me pagues. Vosotras habéis ganado ese dinero, no yo —dijo con amabilidad.

Mamá lo miró confundida y luego me miró a mí. Respondí encogiéndome de hombros, vacilante.

De repente, mamá abrió mucho los ojos al ver la olla hirviendo en la estufa.

—Oh, ¡rayos! —Se acercó a toda prisa y luego examinó la pared de hierbas secas que colgaban sobre la encimera—. No le he puesto salvia, y no me queda. —Se pasó los dedos por el pelo, sin preocuparse por el flequillo, y negó con la cabeza—. Tengo que ir corriendo a buscar un poco.

—No, déjame ir a mí —insistí—. Termina lo que estás haciendo. Voy yo.

—No quiero que salgas sola del muro, Lena.

Antes de que pudiera responder, Quill intervino.

—Yo la acompañaré.

Me giré hacia él.

—Puedo cuidarme sola. —Me salió más cortante de lo que pretendía, pero no soportaba parecer una niña indefensa. Mi madre me miró con desaprobación.

Para mi sorpresa, Quill se rio entre dientes.

—De eso estoy seguro. A fin de cuentas, casi decapitas a esa chica.

Me quedé atónita y, tras un segundo de silencio, mi madre preguntó en voz baja:

—¿Qué ha querido decir, Lena?

—De acuerdo. —La ignoré—. Vámonos. —Cogí mi capa del perchero de la entrada y salí a toda prisa de casa, seguida de cerca por Quill.



Nos dirigimos a la entrada del reino o, en nuestro caso, a la salida. Una escalinata enorme llegaba desde las puertas que se mantenían abiertas hasta el castillo, y los Anillos eran lo único que la interrumpía.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

—No sabe lo de la daga —murmuré.

—¿No te permiten llevar armas?

—No es eso… —La voz se me fue apagando—. Es que, si se entera de que he comprado esa daga, tendré que admitir que debería aprender a defenderme. Y la verdad… no me apetece tener esa conversación con ella. —No podía decirle que mi madre insistiría aún más en que empezara a practicar mi magia. No, de ninguna manera iba a contarle nada al respecto.

—No está de más saber protegerse; nunca se sabe cuándo puede surgir la ocasión.

—Lo dices como si tuvieras experiencia —respondí.

Soltó una risa débil.

—No, por suerte no tengo experiencia en el mundo real. Pero he recibido mucho entrenamiento —dijo, mirando el arma que portaba en la espalda—. Vale más estar preparado.

Asentí despacio y bajé la vista. Seguimos caminando, y el silencio entre nosotros empezó a volverse incómodo hasta que habló de nuevo.

—¿Cuántos años tienes?

—Haces muchas preguntas —murmuré—. Dieciséis. ¿Y tú?

—Dieciséis.

Lo miré pensativa y él se rio entre dientes.

—Pareces sorprendida.

—Me pareciste mayor… —murmuré desviando la mirada.

Bajamos las escaleras de la entrada y llegamos al puente que separaba Otacia del exterior. Noté que Quill se ponía nervioso. Lo miré de reojo y vi que su expresión despreocupada se había desvanecido y que apretaba la mandíbula.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja.

Él respiró hondo.

—Sí —contestó entre dientes.

Levanté la vista y saludé al guardia que veía cada vez que mamá y yo salíamos a buscar plantas. Estaba a mucha altura como para poder entablar conversación con él, así que no sabía cómo se llamaba, pero siempre nos dedicaba una gran sonrisa y un saludo entusiasta. Debía de tener más o menos la edad de mi madre.

—No me digas que tienes miedo, Quill —bromeé—. Se supone que estás aquí para protegerme.

Percibí que se relajaba al soltar una risa entrecortada.

—No te preocupes, me da más miedo que saques tu lado malo conmigo que lo que sea que haya ahí fuera —bromeó.

Le enseñé el dedo medio mientras intentaba aguantarme la risa; su mirada sorprendida y divertida me complació. Volví a mirar al guardia, que me observaba perplejo.

«Ya lo sé, sorprende ver a una pequeñaja como yo siendo vulgar».

Me reí entre dientes. No era baja; mediría un metro sesenta y cinco, pero la melena pelirroja y los ojos grandes me hacían parecer mucho más inocente de lo que era. Alguien como Quill, que me sacaba más de una cabeza y con una complexión a sus dieciséis años como nunca había visto, parecía mucho más maduro. Sin embargo, supongo que también debería haberle sorprendido el gesto, siendo del Anillo Interior y todo eso.

Muchos de ellos se comportaban como si tuvieran un palo metido por el culo. Pero hasta ahora no había conseguido asustar a Quill. De momento.

Cruzamos el puente y respiró hondo otra vez. Me fijé en que examinaba el entorno con los ojos muy abiertos.

—Es tan… extenso —susurró.

El sol proyectaba una luz dorada sobre los árboles del Bosque del Oeste, y el aire estaba impregnado del fresco aroma a pino. Vi asombro en su expresión, como si estuviera completamente cautivado por la imagen del bosque.

Esta no era ni por asomo la parte más hermosa.

—Sí —dije con ternura—. ¿Nunca lo habías visto?

Se pasó la mano por el cabello negro azabache.

—Eh… Hacía mucho tiempo que no. —Volvió a contemplar la arboleda y me miró a los ojos con una sonrisa soñadora—. Es impresionante.

Lo observé con atención, intentando no enamorarme de esa mirada. Luego volví a dirigir la vista a los árboles, las distintas tonalidades de verde, y sonreí al escuchar el canto relajante de los pájaros.

«Quizá no aprecio el entorno tanto como debiera».

Le sonreí.

—Si crees que esto es impresionante, deberías ver el estanque Amatista.

La curiosidad le brilló en los ojos.

—¿Dónde está? —preguntó.

—A una media hora bosque adentro. Será mejor que lo veas sin expectativas y en un día cálido —respondí—. Quizá en otro momento. Ven. La salvia debería estar por aquí.

Nos abrimos paso entre los árboles, con las ramas crujiendo bajo los pies.

De repente, tuve la sensación de que… nos observaban. Empecé a caminar más despacio a la vez que Quill, que al parecer había

percibido lo mismo.

—¿Lo has notado? —preguntó en voz baja.

—Sí —susurré. Contuve el aliento.

La sensación era oscura y fría, extraña. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y se me erizó el vello de la nuca. Pero justo cuando empezaba a entrar en pánico… desapareció.

Exhalé temblorosa.

—¿Esto… suele pasar? —preguntó mientras recorría el bosque con la mirada—. ¿Qué ha sido?

—No estoy segura… y no. —Me abracé, observando los árboles que nos rodeaban.

—¿Te has encontrado a alguna bruja en este bosque? —susurró.

Lo miré al instante y reconocí la preocupación de su rostro. «Bruja» era un insulto común para los de mi especie. Lo odiaba.

—No. Ninguna —respondí con frialdad. Desvié la mirada y seguí caminando.

«Nunca me trataría con amabilidad si supiera quién soy. No debo olvidarlo».

Recordé la conversación que había tenido con mamá. Podría hacer amigos… siempre y cuando llevara la máscara puesta. Pero eso no me interesaba. No le veía sentido.

Seguimos avanzando en silencio hacia la zona donde sabía que crecía la salvia.

—Aquí —indiqué señalando las plantas. Flores de color púrpura azulado aparecieron en racimos, y supe que había encontrado lo que buscaba.

Me agaché y comencé a cortar las hojas con las pequeñas tijeras que llevaba en el bolso.

—Huele… a tierra —dijo mirándome con extrañeza.

—Querido —bromeé—. Alégrate de que no hayamos venido a recolectar valeriana.

Noté que se detenía, así que lo miré de nuevo y vi que tenía una expresión de grata sorpresa.

—¿Qué? —pregunté sin rodeos.

—Es que… no te pareces a nadie que conozca.

—¿Y eso?

—Bueno, normalmente, las chicas que conozco son…

—¿Educadas? ¿De voz suave? ¿Beben los vientos por ti?—repliqué.

Parpadeó.

—Bueno, sí, algo así.

Solté una risa fingida.

—Bienvenido al Anillo Exterior —murmuré mientras seguía cortando ramitas.

—No lo digo como si fuera algo malo… —dijo en voz baja.

Hice una pausa. «Pfff» fue la única respuesta que se me ocurrió. Terminé de recoger suficiente salvia para varios días, con suerte, y me incorporé.

—Creo que con esto bastará. Deberíamos volver enseguida.

Pasé junto a él como un rayo, de vuelta al reino. Anduvimos el resto del camino en silencio.



CAPÍTULO CUATRO

Cuando llegamos a mi casa, me apresuré a entregarle la salvia a mi madre antes de que ella insistiera en que esperáramos fuera. Lo último que queríamos era que Quill la viera encantar el elixir. Pensé que por fin se iría, pero dijo que, como de todas formas tenía que volver al Anillo Interior, se quedaría conmigo hasta que completara la tarea.

«Qué pesado».

Aunque, para ser sincera, era agradable estar en compañía de alguien que no fuera mi madre.

Quill tenía las manos en los bolsillos y me miró sin disimulo.

—Yo… —empecé—. He plantado casi todas las flores que rodean la cabaña. —Me encogí por dentro. No me gustaban mucho las conversaciones intrascendentes, pero el silencio incómodo era un poco peor.

—¿En serio? —preguntó, recorriendo el exterior con la mirada—. No tienes pinta de florista.

Me ardieron las mejillas.

«¿Por qué una campesina mugrienta y con dificultad para gestionar la ira le daría a nadie la impresión de ser una florista?».

Su sonrisa finalmente reapareció cuando me miró. Jugueteé con los pulgares y me di la vuelta para contemplar mi obra.

—Viene bien.… dedicar tiempo a cultivar y hacer que crezca algo.

—¿Viene bien para qué?

Me quedé mirando las enredaderas que trepaban por el lateral de los muros.

«Viene bien para lidiar con toda la rabia que llevo dentro…, con la magia contenida que está ansiosa por salir».

Nunca le había dicho a mi madre las dificultades que tenía para…, lo complicado que me resultaba simplemente existir. Ya tenía bastante de qué preocuparse.

Antes de que pudiera responder, mamá abrió la puerta de golpe y me entregó la bandolera con la nueva pócima y el panecillo, con la tela aún húmeda por la poción rota de antes.

—Son las nueve y media. Tienes que darte prisa. —Miró a Quill y le sonrió con calidez—. Gracias, de nuevo, por toda tu ayuda.

Él asintió y le devolvió una sonrisa deslumbrante.

—Ha sido un placer.

—Vamos —murmuré.

Llegamos enseguida a la primera casa, donde una señora había comprado un único panecillo, el que esa zorra había mordisqueado.

Llamé a la puerta y sonreí cuando una mujer abrió.

—Entrega de la Panadería y Botica Waylon, señora —canturreé mientras le entregaba el bollo envuelto.

—Ya era hora —se quejó la mujer. Me puso las monedas de cobre en la mano y luego cerró la puerta, sin siquiera dar las gracias.

—¡Dioses! —susurró Quill—. Conmigo nadie ha reaccionado así.

—Eso es porque eres uno de ellos —murmuré. Volví a mirar la gigantesca torre del reloj construida en el Centro; la hora era visible desde todo el reino.

Las nueve y cuarenta y tres de la mañana.

—Venga, acabemos con esto.

Atravesamos rápidamente una zona que ofrecía una vista excelente del castillo. Solía detenerme cuando pasaba por allí y miraba hacia arriba. Hoy el sol hacía relucir su exterior intrincado de obsidiana, proyectando una imponente sombra sobre el Anillo Interior. Su estilo gótico era al mismo tiempo escalofriante y prodigioso. No podía evitar maravillarme cada vez.

Quill se detuvo a mi lado, observando cómo miraba a lo alto embelesada.

—Siempre me pregunto cómo será vivir allí arriba, en el Centro. No tener que luchar, ni pasar hambre, ni ducharse con agua fría —dije con un resentimiento silencioso. Miré a Quill, que me contemplaba como si yo fuera un cachorrito apaleado—. No necesito compasión… —proseguí en voz baja, apartando la mirada—. Solo pensaba en voz alta.

Seguimos caminando y llegamos a la última casa. Les había tomado cariño a Gerald y a su hija Guinevere, que tenía más o menos la edad de mi madre. Gerald estaba enfermo y últimamente le costaba levantarse de la cama. Los elixires de mamá le habían

supuesto una mejora notable, e incluso había retomado sus paseos diarios.

Respiré hondo de nuevo.

—¿Quieres que lo haga yo? —ofreció Quill con sutileza.

—No —suspiré—. Son majos.

Llamé a la puerta y Guinevere abrió, pero no había rastro de su habitual semblante sonriente.

—Ay, Lena —se lamentó—. Lo siento. Mi padre falleció hace unos días…

Me quedé sin palabras y bajé la mirada al elixir que tenía en la mano. Me vinieron a la memoria las palabras mi madre: «No empleo todo el potencial de mi poder. Solo el necesario para que sanen con el tiempo».

La cantidad que usaba no debió de ser suficiente…

—Pagaré el encargo, por supuesto —me tranquilizó tocándome el hombro—. Nos ha sido de gran ayuda. Verlo ir a su cafetería favorita, pasear disfrutando de estar al aire libre… ha sido una bendición.

Se me desplomaron los hombros.

—Siento mucho tu pérdida —dije solemne—. No hace falta que lo compres. Es…

—No, quiero hacerlo. —Me quitó con cuidado el elixir de la mano —. Nunca se sabe cuándo puede venir bien otra vez —aseguró con una sonrisa que no se le reflejó en los ojos.

Hice un gesto de asentimiento, intentando que no me temblara el labio. Me puso las monedas de cobre en la mano.

—Dale las gracias a Minerva.

Asentí de nuevo y la mujer cerró la puerta.

Quill y yo nos quedamos en silencio, y me sequé una lágrima. Me puse rígida cuando él me frotó la espalda en un gesto reconfortante y se me erizó la piel a modo de respuesta.

—Les habéis hecho un regalo maravilloso —susurró—. No siempre se puede salvar a todo el mundo…

—No podemos salvar a nadie —corregí en voz baja—. Solo intentamos aliviar su sufrimiento. Al menos eso sí que podemos hacerlo.

Me volví hacia él, incapaz de mirarlo a la cara. Ver otra mirada de lástima me haría perder la cabeza. Extendí la mano, sosteniendo la pequeña bolsa de monedas que acababa de recibir.

—Lo he hablado con mi madre. Ella está conforme con que te quedes esto por tu ayuda.

—Te lo agradezco, pero…

—¡Acéptalo y ya está! —grité mirándolo a los ojos. Él abrió los suyos de par en par y dio un paso atrás—. Por favor, no me mires como si fueras demasiado bueno para aceptar nuestro dinero. Tómalo. Ya.

Se puso serio al observar la bolsa de monedas. La aceptó a regañadientes, y yo suspiré aliviada, mirando al suelo con los hombros caídos.

Me tensé cuando me agarró la barbilla con suavidad y me levantó la cara. Sentí un vuelco en el estómago al encontrarme con sus ojos; el sol de la mañana iluminaba su llamativo color miel.

—No te valoro menos por vivir en el Anillo Exterior, quete quede claro —aseveró—. Lo más mínimo. De hecho, eres la persona más fascinante que he conocido. —Me dedicó una media sonrisa.

Sentí que me ponía colorada.

—No hace falta que mientas —susurré, intentando ignorar las mariposas del estómago. Curvé la comisura del labio hacia arriba—. Menudo lameculos estás hecho. ¿La persona más fascinante? Por favor.

Se le salió la risa por la nariz.

—No miento. —Le bailaron los ojos mientras me colocaba el pelo por detrás de la oreja, completamente ajeno al cartílago puntiagudo camuflado con magia—. La verdad es que me encanta tu carácter.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de nuevo al oír su voz profunda.

«No, no, no. No me enamoraré de un chico del Anillo Interior».

—Solo has visto una parte de mi carácter. —Me crucé de brazos—. Creo que no te gustaría tanto si lo vieras aflorar en todo su esplendor.

Se rio entre dientes.

—¿Me estás retando, Lena? —ronroneó.

El sol nos bañaba y su piel dorada se veía aún más hermosa con la luz. Contrastaba llamativamente con mi tez pálida, que cegaría a cualquiera que me mirara más tiempo de la cuenta.

Seguro que estaba quedándose conmigo. Tragué saliva y, al cabo de un momento, aparté la mirada para comprobar el reloj.

Las nueve y cincuenta y ocho de la mañana.

—¡Joder! —Quill retrocedió ante mi reacción—. ¡Tengo que volver al Anillo Exterior!

Comprobó la hora y, sin mediar palabra, me agarró de la mano y tiró de mí para acompañarme a casa.

—¡Me arrestarán si sigo aquí arriba! —le expliqué con un grito.

—Eso no pasará. Lo lograremos.

Y lo logramos, con apenas unos segundos de margen. Bajó corriendo las escaleras conmigo mientras yo captaba las miradas reprobatorias de los guardias, dispuestos en la entrada.

Paramos para recuperar el aliento en cuanto entramos en el Anillo Exterior. Por los pelos.

Al cabo de un instante, no pude evitar reírme por lo poco que había faltado. Quill, todavía jadeando, me miraba felizmente sorprendido.

Cuando se me pasó la risa, le sonreí.

—Gracias de nuevo. Hoy me has salvado el culo.

—Ha sido un placer —contestó de nuevo con esa media sonrisa que empezaba a afectarme.

—¿Cómo puedo recompensarte?

—¿No lo has hecho ya? —preguntó mientras agitaba la bolsa de monedas.

—Ah, claro —dije a la par que me rascaba la nuca.

—Aunque —continuó— podrías recompensarme enseñándome el estanque Amatista, el lugar del que me hablaste.

—Sabía que con el cobre no bastaría. —Sonreí con suficiencia.

—Como te he dicho, el dinero no hace falta. —Dio un paso al frente—. Es solo una excusa para volver a verte.

Se me aceleró el corazón y luego se me desvaneció la sonrisa.

No podía entablar una relación con nadie. Y menos en sentido romántico. De todos modos, tampoco era lo que quería. Acercarme a él aumentaría el riesgo, y no estaba dispuesta.

Miré el arma que llevaba en la espalda.

Aún había una manera en la que podía serme útil: ayudándome a recuperar parte del poder que siempre me había negado.

—Te mostraré el estanque Amatista con una condición.

—De acuerdo —aceptó con una mirada intrigada.

—Enséñame a luchar.

Parpadeó.

Me dije a mí misma que no me interesaban ni él ni su amistad. Pero quizá aprender a defenderme sin tener que recurrir a la magia era lo que necesitaba. La jardinería solo me aliviaba hasta cierto punto la frustración acumulada.

—No sé luchar ni usar mi daga como es debido. Tú mismo lo dijiste: no está de más saber protegerse. Quiero aprender todo lo que sabes. —Me acerqué a él—. Enséñame.

Lo consideró, con un gesto de duda en los labios.

—Muy bien —dijo al cabo de un rato, y acto seguido se dio la vuelta para marcharse.

—¿C-cuándo volveré a verte? —grité.

Giró la cabeza para regalarme su habitual media sonrisa.

—Pronto, mi Florecilla. —Y se alejó a grandes zancadas.

Me quedé embobada; trataba de asimilar todo lo que había ocurrido.

«¿Florecilla? ¿Ese es mi apodo?».

Me volví lentamente en dirección a la cabaña, intentando reprimir la sonrisa.

«Florecilla. Qué cabrón».

Mantuve la sonrisa de oreja a oreja a lo largo del camino hasta casa.



CAPÍTULO CINCO

—Ese chico es un zalamero —le dije a mi madre mientras fregaba los platos. Había entrado hacía un momento, intentando no mostrar entusiasmo.

—¿Y por qué lo dices como si te molestara? —preguntó a la vez que pasaba una bayeta húmeda por la encimera—. A mí me ha parecido guapo, ¡y vaya si era encantador!

Hice una pausa mientras el jabón me goteaba por las manos.

«Sí. Sí que lo es».

Mentiría si dijera que no me había dejado un tanto fascinada. Nadie del Anillo Interior se había mostrado amable con nosotras, salvo Gerald y Guinevere, porque les resultábamos útiles. El resto nos miraba como si fuéramos de otra especie.

No se equivocaban del todo.

—Bueno —dije reanudando la tarea—. Supongo que no es mi tipo —mentí.

Mamá se rio entre dientes.

—Por favor, creo que es el tipo de todas.

La miré con una ceja levantada.

—¿En serio?

Me atizó con el trapo y me reí. Entonces le conté que planeábamos volver a quedar y, por la emoción de mi madre, diría que pensó que era una cita, pese a que yo lo negué. Omití deliberadamente la parte del entrenamiento.

El día pasó volando. Después de ayudarla a recoger el lío que se había montado en la cocina tras su trabajo frenético, fui a ocuparme del jardín, donde el sol proporcionaba un calor maravilloso.

El resto de la tarde lo dediqué a estudiar. Mamá deseaba que fuera al instituto público del Anillo Exterior, pero decidimos que con la escolarización en casa habría menos riesgo…, menos oportunidades de relacionarme con gente.

Si yo fuera diferente, querría justo eso. Veía a los chicos de mi edad salir de clase casi todas las tardes y los oía hablar como si nada en el mundo les preocupara. No podía imaginarme cómo sería vivir así.

Después de cenar, estaba agotada. Me metí en la cama, intentando con todas mis fuerzas no pensar en Quill. Su media sonrisa fue lo último que visualicé antes de quedarme dormida.



Sentí una presencia glacial sobre mí, pero no podía moverme. Ni siquiera podía abrir los ojos. Permanecí tumbada, paralizada.

Oía un susurro, pero era tan imperceptible que no lograba descifrarlo.

Sentía la necesidad de gritar, preguntarle qué quería, pero me mantuve inmóvil, escuchando el suave murmullo, incapaz de mover un músculo.



Abrí los ojos de repente. La luz del sol había empezado a filtrarse por las cortinas de gasa de mi cuarto. Estaba empapada en sudor.

«¿Qué demonios pasó anoche? ¿Seguro que era un sueño?».

Me sequé el sudor de la frente y aparté la colcha; la brisa instantánea me vino de maravilla. Sentada en el borde de la dura cama, intenté recordar qué decía aquella voz. Debía de haber sido un sueño, pero siempre había creído que los sueños tenían un significado más profundo. Esa presencia era similar a la que había notado el día anterior en el bosque.

«Me pregunto si Quill habrá soñado lo mismo».

Me pasé la mano por el pelo. Las ondas pelirrojas estaban más marcadas al habérmelo lavado la noche anterior.

Oí que llamaban a la puerta de mi cuarto, y entró mi madre corriendo, apretando los dientes entusiasmada.

—¡Bueno, no me tengas en vilo! ¿Qué pasa?

Procedió a contarme dando saltitos que la reina estaba de visita esa mañana. Si la noticia hubiera sido sobre el rey, los saltitos

habrían sido de estremecimiento. Pero la reina Ryia era sumamente amable. Había venido el año anterior, y admirar su vestido deslumbrante y su peinado me había dejado hipnotizada y contrariada a la vez.

Nos arreglamos a toda prisa para no perdernos su aparición. Una vez más, me hice mi semirrecogido habitual y opté por ponerme el vestido más elegante que tenía, si es que se podía calificar así. Era de un azul marino intenso y el largo llegaba casi al suelo. Lo que más me gustaban eran las mangas de pétalo, pero, aunque la prenda era bonita, me quedaba un poco grande. Me puse un corpiño negro encima para darle un ajuste más favorecedor.

Fui a la habitación de mamá, que se peleaba con un mechón de pelo que no cooperaba. Resopló, dejó caer los brazos y se enfureció al verlo otra vez suelto delante de la cara. Se giró en mi dirección al notar mi presencia y me miró de arriba abajo.

—Estás preciosa, Lena. —Sonrió con lágrimas en los ojos—. Te ves mucho… mayor que la última vez que vimos a la reina. Pareces una mujer.

—Gracias —respondí con timidez, rascándome la nuca.

Era cierto, lo de parecer más femenina. Comparada con el año anterior, se me habían ensanchado las caderas y me había crecido el pecho.

Salimos en dirección al parque Linora, posiblemente una de las zonas más bellas del Anillo Exterior. Era un prado enorme cubierto de vegetación, salvo por el estanque de dimensiones considerables en el margen externo que atravesaba un puente de madera. Estaba prohibido pescar, pero yo sabía que estaría lleno de peces. Casi todos los días acudían al parque residentes que iban de pícnic, o

niños que jugaban y correteaban por el césped, o músicos locales que intentaban ganarse la vida con su talento.

Hoy en el parque estábamos apelotonados, y la algarabía impregnaba el ambiente. Me preocupaba que hubiera tanta gente apiñada, pero era sin duda el acontecimiento más feliz para los de aquí abajo. No podía evitar sonreír.

—¡Sssh, ya viene!

Varias voces comenzaron a susurrar y a cuchichear entre sí cuando las trompetas y los tambores empezaron a tocar en la distancia una hermosa y potente melodía.

Había demasiado público como para poder llegar a la primera fila. Mamá, sin embargo, había conseguido un sitio bastante decente. Así que me subí a una farola y, con la altura añadida que me proporcionó el pedestal, obtuve una perspectiva inmejorable de la llegada de la reina por encima de la multitud.

La música fue *in crescendo* a medida que la guardia de la reina Ryia avanzaba, con su carroza detrás reluciendo bajo el sol de la mañana. Las piedras preciosas que adornaban el exterior destelleaban formando un arcoíris de colores. Resistí el impulso de poner los ojos en blanco, pero no pude evitar quedarme ligeramente boquiabierta.

No me imaginaba teniendo riqueza, ni siquiera una mínima parte de aquello.

La reina estaba a una docena de metros de mí, más o menos. Su vestido de satén en tono obsidiana, que combinaba a la perfección con el castillo gótico del reino, se le ceñía al cuerpo en los puntos clave antes de rozar delicadamente el suelo. Llevaba los hombros

descubiertos, mostrando su piel de color arena, y el cabello retirado en un elegante recogido, casi del mismo tono que el vestido.

En definitiva, estaba deslumbrante.

Saludaba a la multitud con una sonrisa sincera. Nunca lanzaba oro, pues se convertiría al instante en una contienda. Así que, después del paseo, compraba en los comercios locales, gastando una cantidad generosa en cada uno. Desde aquí teníamos que volver al puesto, pues el mercado reabría los días que aparecía la realeza.

Ryia seguía saludando cuando fijó la mirada en mí. Se detuvo en seco, con la mano congelada en el aire.

Tragué saliva y me desapareció la sonrisa.

«¿Me está mirando a… mí?».

Un momento después, reanudó los saludos con la mano, pero siguió mirándome con fijeza, a mí, sin lugar a dudas.

Y luego continuó mirando a los demás.

Quizá le había parecido inapropiado que hubiera alguien subido a una farola estando la realeza presente. Me bajé nerviosa y decidí llegar pronto al mercado.



Cuando mamá llegó a nuestro puesto, después de que los ciudadanos entraran como una marea en el mercado, no escatimó en alabanzas hacia la reina, como era de esperar. Después me observó con una ceja levantada.

—¿Por qué te has ido tan pronto?

—Es que… he querido adelantarme para dejarlo todo listo.

De hecho, mi llegada temprana me había permitido dejar nuestro tenderete extralimpio y acogedor. No quise contarle la extraña interacción con la reina.

El mercado enseguida rebosó de energía, y los músicos locales tocaban sus melodías en cada rincón. Los comercios vendían una amplia variedad de productos, desde comida hasta ropa, bisutería, perfumes y mucho más.

Antes de que nos diéramos cuenta, la reina entró caminando con elegancia por el mercado, escoltada por soldados en formación cuadrada. Se acercaba, y mi madre y yo empezamos a temblar, nerviosas. Los años anteriores no había visitado nuestro puesto, ya que había un total de noventa negocios. Probablemente le daría tiempo a ver la mitad, lo que le llevaría casi todo el día. Pero entonces, una vez más, la reina volvió a fijarse en mí; sus ojos azul eléctrico se encontraron con los míos, y me di cuenta de que nunca la había visto tan de cerca. Les dijo algo a sus guardias y se aproximó a nosotras, con ellos detrás.

Noté que mi madre contenía la respiración y yo me puse rígida.

—Bienvenida, Majestad —susurró mi madre mientras hacía una reverencia. La seguí un instante después—. Nos conocen por nuestros productos horneados y nuestros elixires —dijo a la par que levantaba la cabeza.

—Eso he oído —afirmó Ryia—. Se habla mucho de vuestro negocio en el Anillo Interior.

Mamá y yo intercambiamos miradas de sorpresa, en parte porque la reina estuviera al tanto de asuntos tan insignificantes del Anillo Interior.

—Me llevaré todo lo que tengáis disponible —continuó—. Me encantaría probar vuestro género, junto con mi personal.

Pensé que mi madre iba a desmayarse mientras procesaba la información.

—Oh, ¡sois muy amable, Majestad!

Sumamos el precio de todo lo más rápido que pudimos.

«Veintitrés, treinta y uno, treinta… ¡Venga!».

Sentía que la reina me miraba, lo que me hizo perder la cuenta y ponerme colorada. Me atreví a mirarla y, para mi sorpresa, me sonreía radiante.

Le devolví una sonrisa nerviosa y seguí contando.

—El importe total… son trescientas veinte monedas de cobre—dijo mamá, vacilante.

La reina levantó el brazo e hizo una seña a uno de los guardias, que le acercó una bolsa de terciopelo negro. Sin abrirla, me la dio.

—No llevo cobre —contestó—, pero sí plata. Hay cien monedas ahí. No me apetece contarlas, así que quedaos con todo —dijo con un guiño.

Mamá y yo nos quedamos boquiabiertas, hasta que por fin ella reaccionó.

—G-gracias, Majestad. —Mil monedas de cobre equivalían a cien de plata, que a su vez eran diez de oro. Nos había dado más del triple. Ambas hicimos una reverencia, y la reina sonrió con dulzura antes de dirigirse al siguiente puesto.

—¡Oh…, dioses! —gritó mi madre, agarrándome las manos.

No podíamos dejar de saltar de alegría. ¡Nos había dado suficiente para comprar comida durante al menos dos meses!

Cerramos el puesto en cuanto los guardias de la reina recogieron los artículos y regresamos a casa a toda prisa.

—¡Esta noche cenaremos pizza! Nos la merecemos —dijo mamá sonriendo y dándome un empujoncito. Le devolví la sonrisa, pero al apartar la mirada noté que esta se desvanecía, a pesar del milagro que acababa de ocurrir.

«¿Por qué me miraba la reina?».



CAPÍTULO SEIS

—Dime, ¿qué conocimientos tienes de lucha? —preguntó Quill.

Se presentó en nuestra cabaña justo a la semana de conocernos, de nuevo el día de mercado. Oímos que llamaban a la puerta poco después de las seis de la mañana, y mi madre abrió, diciendo que a Quill se le veía de lo más contento. Me levanté de la cama aturdida y, en cuanto procesé lo que había dicho, abrí los ojos de golpe y me apresuré a arreglarme. Él esperaba sentado a la mesa del comedor, sonriendo con suficiencia mientras me veía correr de acá para allá del baño a mi cuarto.

Mi madre quería que me encargara del puesto ese día, pero en lugar de eso, por suerte, me permitió hacer las entregas para que pudiera pasar tiempo con Quill, creyendo que era una cita, pues

ignoraba el trato que teníamos. Después de repartir juntos los pedidos, nos dirigimos al Bosque del Oeste a entrenar.

Me quité una pelusa de la camiseta, sintiéndome un poco cohibida. Había optado por una camiseta gris de tirantes y pantalones y botas negras de cuero, lo más parecido a ropa deportiva que tenía. Me recogí el pelo en un moño informal; unas ondas cobrizas se me soltaron al instante, enmarcándome el rostro.

—Nada, la verdad. Seguro que no sabría defenderme llegado el momento —respondí con sinceridad.

Se irguió.

—Entonces ¿por qué le pusiste la daga en el cuello a esa chica?

Me crucé de brazos.

—En ese momento no lo pensé. Solo quería hacerle daño —dije sin rodeos. Apretó la mandíbula en respuesta y puse los brazos en jarras al ver su reacción—. ¿Crees que soy mala persona por eso?

Quill vestía una túnica verde esmeralda. Estaba bordada con motivos en color plata alrededor del escote y los puños, que se había arremangado hasta los codos, dejando al descubierto un reloj plateado. En la parte inferior llevaba unos pantalones color arena que se le ceñían a las piernas de forma impecable y las mismas botas negras de la semana anterior. Su espada lo flanqueaba, como la última vez.

Me miró de arriba abajo.

—No —respondió con suavidad—. Pero no puedes dejar que tus sentimientos te lleven a tomar malas decisiones. No es prudente empezar una pelea si no estás seguro de ganarla o de que al menos tendrás la oportunidad de defenderte. —Reprimió una sonrisa—.

Aunque disfruté mucho viendo cómo asustabas a esa chica. Apuesto a que nunca había sentido tanto miedo. Espero que no lo olvide.

Parpadeé. Quizá este chico de clase media no era tan estirado como yo pensaba.

—Bueno, como no sabes luchar —continuó—, y tu cuerpo… no está precisamente tonificado, tendremos que trabajar en tu fuerza antes de aprender a utilizar las diferentes armas.

Me puse colorada.

—Vaya… «No está precisamente tonificado». Qué amable por tu parte. —Aparté la mirada, sacudiéndome el hombro.

Sonrió con presunción.

—No es una cuestión de apariencia, Florecilla. —Se quedó serio—. Pero puede suponer una desventaja a la hora de pelear.

Puse los ojos en blanco e ignoré mi absurdo apodo.

—Bueno, pues adelante.

—De acuerdo. ¿Qué tal vas de resistencia? —me preguntó.

Pensé en las diferentes maneras en las que gastaba la energía. Hasta hace cuatro años, mi aguante era excelente, ya que viajábamos a pie todo el tiempo. Pero ¿ahora? Casi no iba a ningún sitio, salvo cuando tenía que recolectar plantas en el bosque.

—Probablemente no sea la ideal —murmuré.

Entonces me propuso que diera cuatro vueltas alrededor de la arboleda cercana, cuyo recorrido circular tendría unos cuatrocientos metros.

En la segunda vuelta me había quedado sin aliento. Me detuve y apoyé las manos en las rodillas, jadeando cuando ya no pude seguir.

—¡Uf! —se rio, corriendo hacia mí—. Vamos a tardar más de lo que pensaba.

Lo fulminé con la mirada y él se limitó a reír entre dientes.

—Te hace gracia, ¿verdad? Verme sufrir. —Apenas podía caminar.

Él sonrió.

—No puedo negar que verte acalorada y sudorosa es bastante placentero.

Curvé el labio y, sin pensarlo dos veces, le di un puñetazo en el hombro.

Se miró el brazo y luego me miró a mí, la mar de divertido.

—Sí, definitivamente necesitamos trabajar tu fuerza. Eso ha sido patético.

Resoplé y seguí corriendo, aunque tuve que detenerme cada dos por tres para recuperar el aliento hasta que completé la cuarta vuelta.



Tras acabar el recorrido, me indicó varios ejercicios para la zona media, y en todos fracasé de pleno. Enseguida dejó de burlarse, probablemente al notar mi evidente frustración. Acto seguido, fue directo y breve, como si supiera que la condescendencia me habría molestado aún más que la guasa.

—Entonces… —resollé mientras hacía abdominales, con Quill arrodillado frente a mí anclándome los pies al suelo—. ¿Viste a la reina hace unos días?

—¿Eh?

—Cuando vino al Anillo Exterior —dije entre jadeos, intentando ignorar que se me encogían los dedos de los pies ante su aroma a

pino y cítricos. ¿Era una fragancia o es que de verdad olía así de bien?—. ¿La viste?

—Ah. No. No vivo cerca de las escaleras. Pero oí hablar de ello —respondió de forma escueta. Gemí mientras seguía subiendo y bajando—. ¿Y tú? —preguntó.

Me detuve al llegar arriba.

—Sí. Compró todas nuestras existencias. Es muy generosa—dije tras un momento de reflexión—. Creo que el reino estaría mejor si ella tuviera la última palabra, no Ulric. No me cae muy bien.

—No pares —gruñó Quill.

Reanudé el ejercicio al instante.

—Sí, señor —murmuré con los ojos en blanco.

Eso hizo que él curvara el labio hacia arriba.

—Bueno… Háblame de ti —proseguí—. Has estado en mi casa, sabes dónde trabajamos y me has visto con un moño ridículo.—Señalé con un gesto mi horroroso peinado mientras respiraba con dificultad moviéndome arriba y abajo—. Yo no sé nada de ti.

—Me gusta ser un enigma —ronroneó.

Solté una risa entrecortada.

—Ya lo veo. —Quería seguir hablando, pero el entrenamiento me obligaba a parar.

Cuando acabé, tenía el cuerpo empapado en sudor y los pelitos que me rodeaban la línea del cabello pegados a la cara. Me presioné las mejillas con los dedos y noté la piel caliente al tacto.

«Debo de ir hecha un desastre».

Me costó subir por última vez tras completar cien abdominales.

—Excelente, Lena —me alabó.

—No mientas —dije entre jadeos, con los antebrazos apoyados en las rodillas—. Ha sido patético.

—No, esto solo me ha demostrado lo decidida que eres.—Extendió una mano y me ayudó a ponerme de pie, luego miró su reloj—. Se acabó el tiempo. Te acompaño a casa.

Estaba recuperando el aliento cuando me sonrió de nuevo.

—Digo yo que, si tu madre no sabe que estamos entrenando juntos, creerá que hemos estado practicando otra actividad cuando te vea así.

Sentí que la cara se me ponía aún más roja.

—Eres insoportable, ¿lo sabes? —dije derrotada.

Se rio y luego echó a andar hacia el reino.

«¡Cabrón engreído!».



Regresamos a mi casa, y deseé que las respiraciones profundas, junto con la brisa fresca del paseo, me hubieran aliviado el sofoco del rostro.

Al llegar a la puerta, me volví hacia Quill.

—Gracias por lo de hoy, aunque seas un poco cretino —dije con una sonrisa afectada.

Se metió las manos en los bolsillos y me sonrió con arrogancia.

—La próxima vez que te vea, espero ver alguna mejoría. —Me había dado una lista de ejercicios diarios después de mencionar que se comprometía a entrenarme todos los jueves por la mañana—. Si

la semana que viene te cuesta completar cuatro vueltas, te castigaré con una más.

Me crucé de brazos.

—Si me desmayo por el sobreesfuerzo, serás tú quien reciba el castigo.

Respondió con una sonrisa deslumbrante que reveló su dentadura blanca y reluciente. Si los del Anillo Interior eran así de guapos, cómo serían los del Centro.

Dio un paso adelante y me tensé al ver que se inclinaba, con los labios a escasos centímetros de mi oído.

—Creo que disfrutaría con tu castigo —susurró.

Me aletearon los ojos ante el mensaje que escondían sus palabras o, más bien, ante el lugar al que volaron mis pensamientos. Me quedé con la mente aturdida mientras se alejaba y pensé en darle un puñetazo cuando me guiñó el ojo.

—Hasta pronto, Florecilla —dijo con dulzura, y luego se alejó.

Exhalé, sin darme cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

«¿Por qué dejo que me afecte de esta manera? Es justo lo que pretende».

Me solté el pelo del moño y entré en casa. Por el silencio, deduje que mi madre seguía en el mercado. Devoré un tazón de yogur y una de las magdalenas que había horneado el día anterior.

«¿Quién me iba a decir que el ejercicio abría tanto el apetito?».

Estuve todo el rato pensando en Quill. Cuando terminé de comer, apoyé la cabeza en el respaldo de la silla.

«Es un maldito provocador».

No podía sacármelo de la cabeza. No podía dejar de pensar en su comentario. En cómo me vería yo si hubiéramos practicado la «actividad» que había insinuado; en cómo se vería él.

Negué con la cabeza y me sujeté el cuello, sin querer reconocer lo obvio. Pero no podía evitarlo. No dejaba de pensar en su cuerpo y en la túnica verde que llevaba. En las mangas arremangadas que dejaban al descubierto sus hermosos antebrazos dorados. Pensaba en los músculos que se le veían a través de los pantalones claros. Pensaba en sus ojos, que siempre me miraban como si yo fuera, como él decía, la persona más fascinante que había conocido. Pensaba en su aroma.

Me mordí el labio y entonces pensé en su media sonrisa, y eso fue lo único que necesité para irme a mi cuarto para darme placer.

Solo podía pensar en la caña que me daría si supiera lo que estaba a punto de hacer. En la oscura diversión que le empañaría los ojos. Y eso no hizo más que aumentar mi excitación.

Y me pregunté si él haría lo mismo, pensando en mí.



CAPÍTULO SIETE

Los jueves pronto se convirtieron en mi día preferido de la semana. Mi vida había pasado de ser exasperantemente mundana a ser emocionante. Completar todos los ejercicios que Quill me había planteado suponía un reto tanto físico como mental, incluso los que debía practicar a diario. Evitar los pensamientos obscenos cada vez que me sonreía, se reía o simplemente me miraba era otro reto completamente distinto.

La tercera semana ya noté cambios en mi cuerpo y en mi resistencia. Aunque no me aliviaba el sufrimiento persistente de contener la magia, sin duda era una buena distracción.

—Has mejorado mucho —comentó Quill cuando terminé las vueltas en tiempo récord—. Ahora, si de verdad quieres empezar a ganar músculo, tendrás que vigilar lo que comes. Y la cantidad.

Gruñí.

—¿Todavía no estoy lista para empezar con las armas?

—Paciencia, Florecilla —dijo alborotándome el cabello. Lo aparté de un manotazo y se rio entre dientes—. ¿Qué comes normalmente?

Pensé en ello. No solíamos tener mucha comida en casa. No obstante, habíamos podido comer más estas últimas semanas gracias a la generosa compra de la reina.

—Varía, pero normalmente productos horneados como pan y pasta, y también sopas. A veces pizza. Ya sabes… Cosas asequibles —dije con timidez, dándole una patada a la tierra del suelo.

—Ya, claro. —Se frotó la nuca y luego hizo una pausa, ligeramente sonrojado—. ¿Necesitas ayuda con eso, Lena? —preguntó con cautela.

Lo miré con rabia.

—No necesitamos limosna. Nos las arreglamos bien —respondí con frialdad.

Sabía que era una muestra de amabilidad, pero no soportaba que me viera como una persona desamparada, sin recursos. Eso me puso de mal humor.

—No tiene nada de malo pedir ayuda si…

—¡Vale ya! —grité, y la quietud del bosque se hizo aún más evidente tras mi arrebato. Él apretó la mandíbula.

«Su mandíbula».

Por todos los dioses, mi mente era un embrollo patético y confuso.

Negué con la cabeza.

—Vale ya —repetí con calma.

Se acercó a mí y me agarró por los hombros.

—Sientes que no puedes controlarlo. Créeme, conozco esa sensación.

Levanté la mirada, y su expresión solemne hizo que creyera en él.

Bajé las cejas.

—Quizá, pero dudo que sepas lo que es ser pobre —dije en voz baja—. Que te miren por encima del hombro como si fueras diferente solo por no tener la misma suerte.

«Solo por ser una maga. ¿Cómo va a saber lo que es sentirse odiado por el mero hecho de existir?».

—No…, pero sé lo que se siente cuando te toca asumir un papel que no has pedido. Que no quieres.

—¿Y cuál es ese papel, Quill? —pregunté.

Una mirada inexpresiva fue su única respuesta.

Negué con la cabeza de nuevo.

—No esperes que nos entendamos si no me cuentas nada relevante de ti.

Se puso serio, dejó caer las manos por mis brazos y me soltó, frustrado.

Tras un momento incómodo, volvió a hablar.

—¿Qué es pizza?

Lo miré entornando los ojos.

—¿Qué? —volvió a preguntar.

—Me tomas el pelo.

Frunció el ceño y no pude evitar reírme. Aunque el Anillo Interior estaba justo al lado, era como de otro mundo.

—¿Nunca has comido pizza? —pregunté con incredulidad.

Esbozó una media sonrisa.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Me reí con un resoplido.

—Creo que está muy buena. Aunque seguro que pierde en comparación con las exquisiteces del Anillo Interior —dije, sin poder disimular cierta amargura en mi tono de voz.

—Tendrás que llevarme a probarla algún día —contestó con franqueza.

Lo miré con una ceja levantada y luego sonreí cortés.

—Puede que lo haga.



Quill procedió a indicarme qué debía comer: más calorías y más proteínas. En lugar de hacer mis ejercicios habituales, empezó a enseñarme maniobras de evasión.

No se empleaban armas, pero me explicó algunas de sus tácticas favoritas para bloquear ataques. Estuvimos practicándolas el resto del entrenamiento hasta que acabé completamente exhausta y dimos por terminado el día.

No hablamos mucho durante el camino de regreso. Pero, antes de llegar al puente que conducía de vuelta al reino, le dije:

—Oye.

Me miró con sus ojos dorados, con una expresión que no supe descifrar.

—Agradezco tu ayuda. No pretendía… —proseguí con un suspiro mientras bajaba la vista al suelo, buscando las palabras adecuadas —. No pretendía enfadarme. No tengo forma de liberar… todo lo que siento. No era mi intención pagarlo contigo.

Me sobresalté ligeramente cuando me tomó de la mano. Volví a mirarlo a los ojos, y su mirada era igual de intensa que siempre. Me escrutó el rostro a la vez que me acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, y decidí seguir:

—Yo también quiero conocerte. —Fruncí el ceño—. Es solo que no entiendo por qué eres tan reservado conmigo.

Apretó la mandíbula.

—No es que quiera serlo. Es… es complicado.

Aparté la mirada.

—De acuerdo —murmuré.

Con la otra mano me levantó la barbilla para que volviera a mirarlo. El gesto me aceleró el corazón.

—Pregúntame una cosa y te contestaré.

Arqueé una ceja.

—¿Lo que sea?

Asintió. Así que me puse a pensar en todas las preguntas que tenía y en cuáles eran las más importantes. Me conformé con la primera que me vino a la mente.

—¿Cómo aprendiste a luchar?

Respiró hondo y dejó caer la mano que me sujetaba la barbilla.

—Entreno para ser soldado otacio.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Soldado?

No entendía cómo no se me había ocurrido. Sin duda tenía la complexión de un aspirante a soldado. Reclutaban a los niños a partir de los doce años, pero podían empezar a entrenar más tarde si así lo deseaban. Siempre me sorprendía que algunos padres alistaran voluntariamente a sus hijos para luchar, aunque ser

soldado, protector de Otacia, era uno de los mayores honores que se podían tener.

—¿Cuándo empezaste a entrenar?

Sonrió.

—Eso son dos preguntas, Florecilla.

Encogí los hombros y él me apretó la mano.

—Tenía doce años cuando comenzó mi entrenamiento oficial. Sin embargo, mis padres empezaron a darme nociones antes. Querían que jugara con ventaja cuando llegara el momento de entrenar con compañeros.

—¿Vives con tu padre y con tu madre? —pregunté.

—Sí —dijo con una mueca—. No he podido evitar notar la ausencia de tu padre —dudó—. Si no quieres hablar del tema, lo entiendo.

—No, no pasa nada. —Me acarició el pulgar con el suyo. No podía decirle la verdad, así que repetí lo mismo que mamá les contaba a quienes preguntaban—. Mi padre falleció antes de que yo naciera. No llegué a conocerlo. Se llamaba Waylon, de ahí el nombre del negocio de mi madre.

—Siento mucho tu pérdida —dijo con ojos compungidos, y me entró el remordimiento.

«Otra de mis mentiras».

Le dediqué una pequeña sonrisa y me soltó la mano cuando reanudamos la marcha.

—Supongo que no sé qué me estoy perdiendo.

—Bueno, mi padre está vivo, pero nuestra relación no tiene nada de envidiable.

—¿Y eso?

Se puso tenso.

—Él… no es cariñoso; es un hombre bastante frío. No recuerdo que me haya abrazado jamás.

Lo miré con una mezcla de tristeza y sorpresa, y él me devolvió una sonrisa lastimera antes de mirar hacia delante para cruzar el puente.

—¿Entrenas con el príncipe?

Se detuvo y me miró extrañado.

—Es solo que —proseguí— he oído rumores sobre el príncipe por todas partes. Dicen que es un gran luchador.

Quill esbozó una leve sonrisa.

—No entreno con él exactamente, pero él sí que entrena con nosotros, los novatos del Anillo Interior.

Di un grito de asombro.

—Entonces ¿lo has visto?

Quill arqueó una ceja y luego sonrió burlón.

—No te tenía por una de las muchas chicas que se quedan embobadas soñando con el príncipe.

Puse los ojos en blanco y le di un codazo.

—No me quedo embobada. Es solo curiosidad. —Miré hacia el castillo de obsidiana cuando entramos en el reino—. No puedo imaginar lo solo que debe de sentirse.

«En cierto modo, sí que puedo imaginármelo».

Mientras seguíamos con el paseo camino de mi cabaña, me detuve y volví a hablar, rozándole ligeramente el brazo.

—Gracias, Quill. Por abrirte un poco. —Me sonrió, ligeramente ruborizado. Entreabrió los labios, pero cuando iba a responder se oyó un grito que venía del sendero.

Volvimos la cabeza de inmediato y vimos a soldados otacios en formación; dos de ellos sacaban a rastras de su casa a una mujer y a un hombre. Los reconocí. Se llamaban Iliera y Xaro. Eran unos vecinos simpáticos, y algunos domingos por la tarde mamá jugaba a las cartas con la mujer de cabello castaño.

—¡Por favor! ¡Otacia es mi hogar! —gritó ella.

—Otacia no es hogar para brujas —respondió el soldado con dureza.

«No puede ser».

La gente empezó a congregarse alrededor, insultando a la pareja y escupiéndoles a los pies. Cuando desterraban a un mago de Otacia, lo echaban con lo puesto. El reino confiscaba todas sus pertenencias, tanto las personales como las necesarias para subsistir. Entonces, los magos debían sobrevivir en el bosque y encontrar otro lugar donde instalarse, aunque tampoco era extraño que los ciudadanos que más los odiaban decidieran darles caza.

Lo único positivo era que estábamos en primavera, así que al menos no tenían que preocuparse por las inclemencias del tiempo.

Los guardias los hacían avanzar a empujones, y los gritos de la gente me daban ganas de vomitar. Eran personas, igual que ellos. Buenas personas. Iliera estalló en lágrimas, y entonces sus ojos asustados se encontraron con los míos.

No mostré miedo, angustia ni desprecio como quienes me rodeaban. En lugar de eso, asentí con gravedad.

Sentí compasión por la mujer, y ella me lo vio en los ojos antes de que yo apartara la mirada y me diera la vuelta para regresar a casa.

Deseé que se hubiera sentido vista. Deseé que supiera que, en este reino, en este mundo lleno de humanos odiosos, no estaba

sola.

«Yo no estoy sola».

Quill me siguió, en silencio, hasta que me detuve en la puerta de mi cabaña.

—¿Lena? —Me agarró del brazo y me giré despacio hacia él—. Lo que hemos visto te ha afectado —dijo en voz baja.

—Así es —murmuré.

—¿Es porque no te sientes segura?

«Sí, pero no como crees».

—Da miedo pensarlo —continuó en voz baja—. Que los de su especie se mezclen con tanta facilidad…, que puedan ocultar sus orejas.

Apreté las manos con fuerza, clavándome las uñas en las palmas para disimular el temblor.

—Eran buena gente —alegué—. Los conocía. Y eran buena gente. No me gusta la idea de que los arrojen al bosque sin nada.

Me miró con las cejas enarcadas y, tras un momento de silencio, Quill respondió:

—Tienes un corazón muy hermoso.

Fruncí el ceño cuando lo miré sorprendida, y él me respondió con una cálida sonrisa.

—Tengo que irme, aunque me encantaría quedarme —murmuró. Sin esperarlo, me dio un beso en la frente—. Nos vemos la semana que viene. Practica esas maniobras.

Asentí y lo observé mientras se alejaba.

Me quedé sonrojada y confundida. Mi pesar por la pareja seguía presente, pero pensar en las palabras de Quill me hizo sonreír.

Estaba acostumbrada a la tristeza que generaba el odio hacia mi gente. No, no ocurría a menudo que descubrieran a los magos y los expulsaran del reino.

Al entrar en mi casa, me pregunté cuántos de mis vecinos guardaban los mismos secretos que nosotras.



CAPÍTULO OCHO

Mi madre entró acelerada en casa una media hora después, y supe que se había corrido la voz del incidente entre nuestros vecinos.

—¿Estás bien? —pregunté mientras corría a abrazarla.

Dejó escapar un leve sollozo.

—Era mi amiga. Dioses, ni siquiera sabía que era uno de los nuestros. —Se apartó y se secó los ojos—. Es una advertencia, sin duda.

Ver llorar a mamá siempre me dejaba destrozada. Había sufrido tanto…

—Deberíamos pasar desapercibidas un tiempo —dije con calma—. Quizá hacer elixires menos potentes… No sé. —Suspiré—. ¿Cómo los descubrieron? ¿Has oído algo?

—Alguien dijo que Iliera despedía hielo. —Negó con la cabeza—. Debió de haberlo adquirido hacía poco. Me pregunto qué pudo haberle roto el corazón.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—La magia elemental está muy ligada a nuestras emociones. Solo una tragedia devastadora libera el hielo.

Había tantas cosas que desconocía sobre nuestros poderes…

—Sé que ella y Xaro intentaban tener un bebé —continuó—. Me pregunto… —Volvió a negar con la cabeza y exhaló con brusquedad —. Te ves… diferente —murmuró mi madre, cambiando de tema.

La miré extrañada.

—¿En qué sentido?

—No sé… ¿Más fuerte? ¿Más en forma? —Sonrió—. Tienes buen aspecto.

—Oh…, gracias. —Supongo que el régimen de Quill empezaba a surtir efecto. Hacía los ejercicios en mi cuarto, salvo el cardio. Si alguna vez me había oído entrenar, no lo mencionó.

—¿Cómo vas con él?

Ante eso, fui a la cocina a por un bollo de arándanos para picar.

—Bien.

—¿Solo bien? —Mamá me siguió y se sentó a la mesa del comedor con una ceja enarcada—. Lleváis tres semanas juntos, ¿y estáis solo bien? ¿Qué hacéis, por cierto?

Me esforcé por no mostrar ninguna emoción en el rostro.

—Solo… pasamos el rato. Hablamos. —No era del todo mentira—. Todavía no sé mucho de él. Pero me ha dicho que está entrenando para ser soldado otacio.

Abrió los ojos de par en par.

—Ah, eso explica su físico.

Me metí el resto del bollo en la boca, deseando que terminara la conversación.

—Deberás tener cuidado si sales con un soldado.

Me atraganté con el bocado.

—¡Que no salimos! —exclamé escupiendo trocitos de bollo.

Mi madre se echó a reír.



A la semana siguiente, cuando Quill apareció por casa, yo ya estaba preparada, con el mismo atuendo de todas las semanas. Al principio me daba vergüenza, pero no tenía mucha ropa. Al menos la lavaba. Además, él tampoco se había pronunciado al respecto.

Hasta esa mañana.

—Ponte algo bonito hoy, encanto —dijo con una sonrisa.

Esa mañana se había vestido de negro: pantalones y camisa abotonada, que combinaba con botas negras. Llevaba una capa azul marino y, como de costumbre, exhibía su espada. Se veía exasperantemente sexy, como siempre.

Me crucé de brazos ante su comentario; de repente me sentía insegura.

—¿Perdona?

—Hoy nos tomaremos un descanso del entrenamiento —continuó, acercándose a mí—. Quiero que me enseñes el Anillo Exterior.

Parpadeé.

—¿Quieres que te lleve de excursión por el Anillo Exterior?— pregunté escéptica.

Sonrió con suavidad y encogió un hombro.

—Quiero conocer mejor tu entorno. Muéstrame algunos de tus lugares favoritos, donde te guste pasar el tiempo.

Aparte de estudiar, pasaba la mayor parte del día en casa cuidando el jardín y, si no, sentada junto al arroyo mientras leía una novela. Aunque supuse que había algunos lugares que me gustaba visitar.

—De acuerdo —respondí, levantando las comisuras de los labios.

Nunca había conocido a nadie del Anillo Interior que viniera al Anillo Exterior por gusto, y mucho menos que quisiera conocerlo. Salvo la reina, supuse, aunque ella era del Centro.

Mientras él esperaba en el salón, entré en mi cuarto y me solté el pelo, y las ondas me cayeron por la espalda. Llevaba sin dejármelo suelto… no recordaba cuánto tiempo. Como era mayo, me puse de nuevo mi túnica color crema, esta vez combinándola con un sobrevestido azul oscuro, similar al tono de la capa de Quill, y un par de sandalias. No era elegante, pero al menos esperaba ir decente.

Él me esperaba sentado a la mesa y levantó los ojos del suelo cuando salí de mi habitación.

—¿Así está mejor? —pregunté con timidez a la par que alisaba las arrugas del vestido.

Me miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Estás preciosa.

No pude evitar sonreír ante el cumplido.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó—. ¿A por pizza?

Me reí.

—¿Pizza para desayunar? Mmm…, no.



Decidí llevarlo primero a la panadería de Sen. Entramos en el pequeño establecimiento; el aroma a canela y a café impregnaba el aire.

Nos pusimos en la fila, donde esperaban un puñado de personas delante de nosotros para hacer la compra.

—Tienen unos rollitos de canela deliciosos —dije con una sonrisa cohibida—. No siempre puedo permitírmelos, pero con la donación de la reina podemos comprarnos uno para cada uno.

—Hoy invito yo. —Dio un golpecito a la pequeña bolsa que llevaba atada al cinturón.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Sabes que eso no me gusta.

—Ya, bueno, soy yo quien quería hacer esto hoy. Es lo justo.

Apreté los labios, pero no discutí. Quill miró el resto de los dulces expuestos en el mostrador, pero terminamos por decidirnos por tres rollos de canela. Tuvo el detalle de comprar uno más para mi madre.

Dimos un paseo hasta el parque Linora, y, como aún era temprano, las únicas personas que había al aire libre eran unos artistas que pintaban sobre la hierba.

—Me encanta venir aquí. La mayor parte del Anillo Exterior está… descuidada. Al menos en comparación con el Anillo Interior. —Le sonreí radiante—. Pero esta parte no. Esto es como una pequeña isla.

—Es relajante.

Me devolvió la sonrisa cuando nos sentamos en el césped para disfrutar de la agradable brisa matutina. El cielo era de un azul claro, y las nubes esponjosas me hipnotizaban con su lento avance.

Se llevó el rollo de canela a los labios y le dio un bocado; me puse nerviosa al verlo masticar.

—Nunca he comido en el Anillo Interior…, así que no puedo comparar —dije con una mueca.

Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Está increíble —dijo, lamiéndose los labios después de tragar, cosa que no debería haberme excitado tanto—. ¿Sabes?, la verdad es que me gusta mucho venir aquí abajo.

Lo miré con escepticismo, y se echó a reír.

—De verdad —continuó—. Me gusta mucho la gente de aquí, la energía. No les preocupa guardar las apariencias, ni el estatus, ni tienen deseos materialistas. Simplemente viven. —Inclinó la cabeza hacia mí, con la mirada fija en la cima del castillo—. Todo el mundo cree que alcanzará la felicidad si tiene esas cosas. Pero mantenerlas implica una lucha constante. —Lo observé mientras daba otro bocado. Cuando se lo tragó, continuó hablando y bajó la voz al decir —: Guardar las apariencias implica una actuación constante. El estatus depende de esa actuación. Y lo material depende del estatus. —Suspiró—. Es todo tan deprimente…—Se volvió hacia mí con su media sonrisa—. Supongo que sueno a idiota privilegiado.

—Me lo has quitado de la boca —bromeé, y él se rio mientras se recostaba sobre la hierba tras acabarse el resto del dulce.

Me tumbé a su lado y miramos al cielo.

—Aunque tiene sentido —respondí—. Creo que casi toda la humanidad es infeliz en cierto modo. Independientemente de lo que tenga o deje de tener.

Nos quedamos allí en un apacible silencio y seguimos mirando al cielo mientras yo me terminaba el resto del pastelillo.

Un momento después, giró la cabeza hacia mí y una mirada traviesa se le dibujó en el rostro.

Me puse de lado, apoyada en un codo y con la mano en la mejilla. Arqueé una ceja, imitando su expresión.

—¿Qué?

Él también se incorporó y bajó la mirada a mis labios. Se inclinó hacia delante y, antes de que pudiera reaccionar, me lamió el labio inferior y se apartó con una sonrisa y los ojos entornados. Yo no podía estar más perpleja, y seguro que me había puesto colorada.

Era lo último que esperaba que hiciera.

—Tenías glaseado en el labio —dijo con voz ronca.

—A-ah —suspiré. Se le oscureció la mirada al recorrer mis labios, mi cuerpo, y volver a mis ojos.

«¡Por todos los dioses! ¿Cómo se supone que debo reaccionar?».

Una parte de mí quería levantarse y huir bien lejos. Y la otra parte, la dominante, quería saltar encima de él y poseerlo aquí mismo, en este parque.

El corazón me latía con fuerza, y agradecí que Quill se incorporara y extendiera la mano para que me levantara con él.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó como si no hubiera pasado nada.

Estuve tentada de apuñalarlo por haberme puesto tan nerviosa. Me encogí de hombros y aparté ese pensamiento de la mente.

—Espera —dijo con una sonrisa maliciosa—. Recuerdo que hicimos un trato. Dijiste que había un estanque que deberíamos visitar. En un día cálido, ¿no?



Nos aproximábamos a la salida del reino, rumbo al estanque Amatista. Quill tenía razón; había hecho un trato con él. Estaba muy emocionada por ver su reacción. Justo cuando salíamos, tomando un camino diferente al habitual, Quill desvió la mirada hacia uno de los callejones más oscuros.

—No iremos por ahí —susurré tomándolo de la mano, y me sorprendió lo cómoda que me sentí al hacerlo.

—¿Por qué no?

—¿No has oído hablar de la Cueva de las Serpientes? Es donde se encuentra la principal banda de delincuentes. Drogas, violencia… Es mejor evitarlos.

Frunció el ceño al ver a un grupo de hombres apoyados en la entrada de una de las tabernas. Me repasaron de arriba abajo, sin apartar la vista de mi cuerpo. Me estremecí de asco. Aunque algunos pensaran que era una chiquilla guapa, seguía siendo eso, una chiquilla.

Él los fulminó con la mirada, y al cruzarla con un tipo de pelo oscuro y barba, este se despegó de la pared y le devolvió una mirada igual de despreciable. Quill no se cortó, y el hombre tampoco.

—¡Quill! —susurré.

Volvió la cabeza y luego abandonó el duelo de miradas para posar los ojos en mí.

—Vamos, Florecilla.

Cuando salimos del reino y cruzamos el puente, me giré hacia él.

—¿A qué ha venido eso? ¿Acaso buscas pelea?

Me miró fuera de sí.

—¿Es que no has visto cómo te observaban? Como depredadores a su presa. No me ha gustado.

Me sonrojé. Claro que lo había visto, pero todo el mundo sabía que la mayoría de esos tíos eran despreciables.

—Estoy bien. No pueden hacerme daño solo con la mirada, por asquerosa que sea. —Le tiré de la manga—. Sin embargo, dejaré de estarlo si permites que te maten.

Se puso tenso y miró hacia delante, los dos serpenteando entre los árboles del Bosque del Oeste.

—¿Crees que no podría con ellos?

Chasqueé la lengua.

—No es eso, y lo sabes. Ellos son muchos, y tú estás solo. Olvidemos el tema, ¿vale?

Asintió, pero siguió con el gesto torcido.

Al cabo de una media hora llegamos al estanque Amatista. De sus aguas del color púrpura más puro emanaba vapor, y nos rodeaba un exuberante jardín en plena floración. Observé a Quill mientras lo contemplaba absolutamente asombrado.

—¡Guau! —exclamó en voz baja—. Ya veo por qué se llama el estanque Amatista. —Miró a su alrededor—. Es magnífico. —Se agachó, metió la mano en el agua y esbozó una sonrisa mientras hacía girar los dedos—. Qué agradable.

Me acerqué a él.

—Supongo que tiene la temperatura ideal para disfrutarlo en un día frío, pero yo lo prefiero con calor.

Entrecerró los ojos.

—¿Eso son…?

—Sí, hay cristales de amatista esparcidos por el fondo del estanque —respondí mientras él se ponía de pie—. Es extraordinario…

Me quedé atónita al ver que empezaba a desabrocharse la camisa.

—¿Q-qué haces? —tartamudeé.

Sonrió.

—¿Qué? ¿Me traes aquí y esperas que no me zambulla? —preguntó mientras se la quitaba.

Yo seguía estupefacta.

Su cuerpo no se parecía a nada que hubiera visto antes, y por supuesto no guardaba relación alguna con los de otros chicos de mi edad. Estaba esculpido a la perfección, con los abdominales marcados y líneas que apuntaban hacia abajo en forma de V. Su piel dorada no hacía más que realzar su torso tonificado.

Se desabrochó los pantalones, sin dejar de mirarme y sonreír con picardía. Me di la vuelta a toda prisa y él se rio, y un momento después oí un gran chapuzón. Me giré y lo vi emerger del agua. Se apartó el pelo oscuro de la cara, con el agua goteándole por la cabeza y una sonrisa enorme en el rostro.

Miré el montón de prendas tiradas.

Se lo había quitado todo, absolutamente todo.

—Bueno, no irás a dejarme solo aquí, ¿verdad?

Me crucé de brazos.

—No tengo ningún interés en mojarme la ropa.

—Miraré a otro lado.

Dudé, y él hizo un puchero. No pude evitar sonreír mientras le indicaba con un gesto que se diera la vuelta.

«¿De verdad voy a desnudarme en medio del bosque?».

Observé los músculos de la espalda de Quill y, tras deliberar unos segundos más, empecé a desvestirme poco a poco.

Primero cayó el sobrevestido, luego la túnica. Me temblaban las manos cuando me quité a toda prisa la ropa interior y la arrojé al suelo.

Y allí estaba. Completamente desnuda ante el mundo.

Metí los pies en el agua y me sumergí poco a poco, mojándome solo las puntas del pelo. Lo último que quería era que la máscara de pestañas se me corriera por la cara.

—¿Puedo darme la vuelta? —preguntó.

—Supongo que sí.

Él se giró y me miró con una sonrisa juguetona.

—Oh, deja de mirarme como un bobo —dije con una risita mientras lo salpicaba.

—Es muy difícil no hacerlo.

Lo salpiqué de nuevo, y abrió los ojos con entusiasmo al devolverme la acción.

—No es prudente empezar una pelea si no estás seguro de ganarla, ¿recuerdas?

—¿Crees que no puedo contigo, Quill?

Sonrió engreído, se acercó un poco más a mí y metió la cabeza en el agua hasta la nariz. Sentí que se me aceleraba el corazón cuando

me agarró por la cintura y me colocó sobre uno de sus muslos, con mi sexo descansando sobre su piel desnuda.

Abrí los ojos de par en par cuando empujó su pierna hacia arriba, presionándola contra mí; inhalé profundamente ante la sensación tan placentera. Me temblaron las manos al aferrarme a sus hombros. Luego escupió con suavidad el agua que había recogido con la boca sobre mis labios, sin disimular esa diversión perversa en la mirada. Sentí una presión desesperada entre las piernas.

«Joder».

Chillé cuando levantó la pierna un poco más, haciendo que mi torso emergiera del agua.

Al instante me miré, notando las gotitas que me resbalaban por los pechos, ahora expuestos, y volví a mirar el rostro de Quill. El pecho me subía y me bajaba, me temblaba el cuerpo mientras él me contemplaba embelesado.

«¿Y si no le gusta lo que ve? ¿Y si le causo rechazo?».

Me costaba respirar. Pensaba que tenía un cuerpo bastante decente, pero nunca había dejado que nadie me viera así.

—Lena —susurró con voz sensual, mientras subía la mirada desde mis pechos hasta las pupilas con una intensidad que no había visto jamás—. Eres incluso más hermosa de lo que imaginaba.

Exhalé cuando deslizó la mano izquierda hasta mi trasero y me rodeó la cintura con el brazo derecho.

Lo que llevaba semanas soñando se hizo realidad cuando me atrajo hacia él con firmeza y posó los labios sobre los míos.



CAPÍTULO NUEVE

Empezó a apartarse lentamente, pero no se lo permití. Le sujeté la cara con ambas manos y volví a presionar los labios contra los suyos, abrí la boca y le lamí el labio inferior. Dejó escapar un leve gemido, y el sonido propagó calor por todo mi cuerpo.

Me metió la lengua en la boca. Su dulce sabor me hizo acariciarle el cabello con las manos mientras trazábamos delicados círculos con la lengua, la una contra la otra. Una y otra vez.

Sentía como si la electricidad se me acumulara en las yemas de los dedos, como si todo mi ser vibrara con cada roce de su lengua, con cada caricia de sus manos en mi piel. No podía contener las ganas de frotarme contra él, de modo que me restregué contra el muslo con el que me mantenía erguida y gemí de puro placer.

«Joder. Qué gozada».

Quizá era más prudente tomárselo con calma, pero no podía pensar con claridad. Lo deseaba. Quería admirar, sentir y besar cada parte de él.

Retiré la mano izquierda de su cabello, la bajé por el pecho, por los abdominales definidos a la perfección, hasta agarrarle el miembro erecto, lo que le hizo inhalar profundamente.

—Lena… —suspiró, y luego me devoró la boca con avidez.

Era perfecto, y su piel muy suave.

Nunca había estado tan excitada. Esperaba saber lo que hacía. Jamás había tocado a un hombre, pero hice lo que creí que le gustaría. Empecé a rotar la mano a lo largo de su miembro; apenas lograba abarcar su tamaño. Sus gemidos me obligaron a frotar mi sexo contra su muslo con más fuerza y rapidez, y la fricción se volvió insoportablemente placentera.

Me agarró el pecho derecho con firmeza y dibujó círculos con el pulgar contra el pezón endurecido mientras me recorría el cuello con los labios, besándolo con desesperación.

—Joder, Quill… —jadeé. Lo acaricié más rápido; los intensos gemidos contra mi cuello estaban a punto de llevarme al límite.

«Lo quiero en mi boca, dentro de mí. No quiero que esto termine nunca».

Quill se detuvo y empezó a apartarse, y, sin darme opción a protestar, me puso la mano en la mejilla.

Nos miramos a los ojos respirando con dificultad. Tenía las pupilas dilatadas, los párpados entornados.

«Es perfecto. Hermoso. Amable. Y me ve como soy…, quizá no como maga, pero sí todo lo demás. Todo lo bueno. Todo lo malo».

Le pasé el pulgar por los labios.

«Y, a pesar de todo, me desea».

Cuando se acercó para besarme de nuevo, se oyó un crujido en la arboleda que nos rodeaba. Él se giró de inmediato, al instante en alerta. Yo sabía que no debía desconfiar de su instinto, y la simple realidad se hizo evidente.

No estábamos solos.

—¿Qué ha sido eso? —susurré.

Me soltó y miró con atención el bosque.

—Voy a salir. Quédate aquí por ahora, ¿entendido?

Hablaba en voz baja, pronunciando las palabras en un tono gélido que nunca le había oído.

Asentí mientras él salía del estanque. Admiré su figura, tan hermosa como la imaginaba, pero no lograba concentrarme de lleno porque el miedo comenzó a apoderarse de mí.

«¿Quién anda ahí?».

Quill se puso a toda prisa la ropa interior y los pantalones, sin molestarse en vestirse la camisa, y desenvainó la espada.

Nos quedamos quietos, la vista fija en el bosque, cuando oímos otro crujido, confirmando la certeza de que algo acechaba. ¿Una persona? ¿Un animal?

O, como podría pensar Quill, ¿una bruja?

—Lena, sal y vístete. Si aparece alguien, quiero que corras.

—Pero, Quill, yo puedo luchar…

—No —espetó—. Si te digo que corras, corres.

Dudé, pero, cuando me moví para salir del estanque, el ruido se volvió persistente y más intenso, dejándome paralizada.

Pasos. Numerosos. De lo que fuera que se acercaba.

Contuve la respiración mientras él giraba el cuerpo en dirección a los sonidos, y tres hombres aparecieron detrás de unos árboles. Hombres que conocíamos.

Los cabrones de la Cueva de las Serpientes.

«¡Maldita sea! ¡Por eso no hay que meterse con ellos!».

—Oh, por favor, no te detengas por nosotros —dijo el tipo al que Quill había amenazado con la mirada, con el pelo oscuro y grasiento ondeando al viento—. Parecía que disfrutabais mucho.

Sentí angustia.

«¿Cuánto tiempo llevaban espiándonos?».

—No queremos problemas —dijo Quill entre dientes mientras apretaba la empuñadura de la espada.

—¿En serio? —El tipo miró a sus dos compañeros—. Pues cuando te has quedado mirándonos antes parecía que los buscabas.

Se aproximaron a Quill, y yo hice ademán de salir del estanque para llegar a su lado.

—Quieta, Lena —ordenó Quill.

Obedecí, y los hombres se rieron.

—Vosotros —continuó el moreno—, los chulitos gilipollas del Anillo Interior, creéis que sois mucho mejores que nosotros.—Se rio entre dientes—. Pero no tanto como para no follaros a uno de los nuestros. —El deseo le brilló en los ojos cuando desvió la mirada hacia mí—. La chica está para darle un buen meneo, ¿verdad? —sonrió, y mostró unos espantosos dientes amarillos y apiñados.

Me puse tensa. Esos tíos eran unos cerdos.

—Si sabéis lo que os conviene, marchaos de aquí ahora mismo. —El tono de Quill era de furia controlada.

—Vaya, eso suena a amenaza, ¿verdad, chicos?

Los hombres sonrieron con malicia y desenvainaron las armas. El de cabello oscuro y el de barba larga enarbolaron las espadas, y el más bajo, una daga.

—¿Sabéis qué deberíamos hacer? Sacar a esa zorra del estanque, follárnosla y obligarlo a mirar.

Quill palideció, los ojos le brillaban por la intensidad de la rabia. Les enseñó los dientes y se abalanzó sobre el líder.

El hombre retrocedió con torpeza e inclinó la espada en posición de combate.

—Has cometido un grave error.

Él esbozó una sonrisa siniestra.

—Eso habrá que verlo.

Quill atacó en un abrir y cerrar de ojos, con movimientos suaves y precisos, como un verdadero guerrero. Los tres hombres se lanzaron a por él a la vez, esquivando sus ataques, hasta que el de la daga le rajó el pecho. Solté un grito ahogado al ver que empezaba a brotarle sangre de la herida.

—¡Quill! —grité, y salí del estanque para ayudarlo.

—¡Quédate ahí quieta! —gruñó. Me costó mucho obedecerle. ¿Cómo podía esperar que me quedara de brazos cruzados?

Efectuó una serie de movimientos, espada contra espada, hasta que encontró una abertura y le atravesó el pecho al de la barba. La sangre le salía a borbotones por la boca.

«¡Mierda!».

Me quedé sin aliento cuando vi a Quill extraer la espada. El hombre cayó desplomado en el suelo y se formó un charco de sangre a su alrededor.

—¡Hijo de puta! —gritó el que portaba la daga y cargó de nuevo contra Quill, al mismo tiempo que su líder.

Quill levantó el arma y detuvo ambos golpes a la vez; a continuación, le dio una patada en las piernas al que llevaba la espada. Luego hizo girar su propia arma y apuñaló al de la daga en el cuello, del que manó una cantidad espantosa de sangre.

El líder miró a Quill con un miedo que se transformó enseguida en pánico en cuanto vio que volvía a empuñar la espada.

—Cuando acabe contigo, me aseguraré de que la chica sufra— amenazó, señalándome con la cabeza.

Quill gruñó cuando los aceros chocaron una vez más. El pecho le sangraba, pero luchaba como si la herida no existiera. Su entrenamiento como soldado otacio era evidente. Se movía con gracia, como alguien que ascendería rápidamente en las filas.

El hombre embistió a Quill, que se tambaleó hacia atrás, dejando una abertura perfecta para que su adversario lo atacara.

Presa del pánico, miré alrededor y encontré una roca de buen tamaño. Se la lancé al hombre a la cabeza, que crujió ante el impacto. Aquel se llevó las manos a la herida y gritó de dolor; Quill vio la oportunidad y le clavó la espada por la espalda.

El tipo gritó y se desplomó justo delante del estanque, con la mirada perdida al caer sobre la hierba.

Sangre. Había mucha sangre.

Me costaba respirar. Miré a Quill, que contemplaba los cuerpos con horror.

Se fueron igual de rápido que habían venido.



CAPÍTULO DIEZ

Quill permaneció de pie, con la respiración agitada y el cuerpo tembloroso, contemplando boquiabierto los cuerpos de los hombres que acababa de matar. La sangre de su espada goteaba sobre las briznas de hierba a sus pies.

Me miró con los ojos llenos de remordimiento. Dirigió la vista hacia los cadáveres, y supe de inmediato que necesitaba consuelo. Salí del estanque, me recogí el pelo a toda prisa y me vestí mientras él seguía con la mirada clavada en los cuerpos sin vida de los hombres.

Lo toqué suavemente en el hombro por detrás.

—Siento mucho que hayas tenido que hacerlo, Quill… —Se me quebró la voz.

Se volvió hacia mí y le examiné el pecho, que continuaba sangrando.

—Joder —dije en voz baja. Alcancé mi daga y desgarré con ella el dobladillo de mi vestido.

—¿Qué haces?

—Esto se empapará enseguida, pero es mejor que nada.

Cubrí la herida con la tela y se la anudé al hombro. Hizo una mueca de dolor.

«Dioses, las palmas de las manos, las tengo ardiendo. ¿Por qué me arden?».

—Siento que hayas tenido que verme hacer algo así… —Su voz, ronca, traslucía vergüenza.

Le acaricié la mejilla y lo miré a los ojos, ignorando la quemazón de las manos.

—No tienes que lamentar nada.

Posé la mirada de nuevo en los cuerpos que teníamos enfrente. No eran los primeros cadáveres que veía, ni las primeras personas en ser asesinadas para salvar mi vida. Reprimí un escalofrío.

—Tenemos que ir a mi casa para suturarte la herida —dije al ver el corte que le cruzaba el pecho.

—No. —Negó con la cabeza—. T-tengo que irme a casa…

—¡Por supuesto que no, Quill!

Seguro que es lo que sus padres querrían, pero mi madre y yo sabíamos dar puntos de sutura muy bien, y además teníamos elixires curativos mejores que cualquier otra cosa que pudieran darle en todo el reino.

«Ojalá mi madre pueda curarlo. Ojalá supiera hacerlo yo».

Suspiré. Pero con puntos y un elixir bastaría.

Quill se agachó y limpió la espada en la camisa de uno de los cuerpos sin vida, apretando la mandíbula al hacerlo.

—Deja que te lleve la espada.

—Lena… —protestó, y lo miré contrariada. Él suspiró—. Está bien.

Me colgué el tahalí y él enfundó el arma. Pesaba más de lo que esperaba. Se puso la camisa y la capa con una mueca de dolor, y miramos por última vez la sangre y los cadáveres antes de irnos.

Entre la camisa negra y la capa oscura de Quill fue bastante fácil regresar sin que nadie advirtiera que estaba herido. Caminamos lo más rápido que pudimos sin levantar sospechas; él mantenía el rostro sereno.

Cuando entramos en la casa, mi madre nos recibió con una gran sonrisa, que se convirtió en un gesto de preocupación al ver mi vestido roto. Le ordené a Quill que se sentara en el sofá de la sala de estar y se quitara la camisa, y la expresión de mi madre pasó de la confusión al estupor al ver el vendaje improvisado teñido de sangre.

—¡Dioses! ¿Qué ha pasado? —exclamó llevándose una mano al pecho.

Corrí a uno de los armarios donde guardábamos el botiquín.

«Toallas, un cubo, trapos, un elixir curativo, aguja e hilo y vendas».

—Los imbéciles de la Cueva de las Serpientes, eso ha pasado— murmuré mientras me hacía con todo lo necesario, deteniéndome para mirarla. Mi madre se acercó a Quill, que se mostraba abochornado, y le quitó la camisa ensangrentada de las manos. Menos mal que la de hoy era negra, porque incluso después de lavar una más clara habría sido imposible volver a entrar en el reino sin alertar a las autoridades.

—Iban a hacerme daño, pero Quill los detuvo —añadí en voz baja, lavándome las manos bajo el chorro de agua fría de la pila. No consiguió aliviar la quemazón. Suspiré y llené el cubo de agua.

—En ese caso, una vez más tengo que darte las gracias. —Mamá sonrió, pero la sonrisa se le desvaneció enseguida—. ¿Y cómo…? ¿Cómo los detuviste exactamente?

Me miró. Puede que esos tipos fueran unos monstruos, pero aún podíamos meternos en un lío si alguien descubría que los había matado. Apreté la mandíbula.

—Quill luchó bien y los desarmó a todos —me apresuré a explicar.

Mamá se giró hacia mí y traté de mantener una expresión neutral.

—Se asustaron y se fueron —mentí.

Él me lo agradeció con la mirada, pero percibí su malestar por lo ocurrido.

—Bueno… Espero que no cambien de opinión y vuelvan—dijo mamá con gesto preocupado mientras dirigía la vista hacia la puerta principal.

—No lo harán —respondí en voz baja acercándome a Quill.

Le indiqué que se hiciera a un lado para que se sentara sobre una toalla y me acomodé junto a él. Desaté el jirón de mi vestido desgarrado para descubrir su horrible herida.

Mi madre soltó un grito ahogado.

—¿Quieres que te la cosa?

—No. Puedo hacerlo yo —dije.

Quill me miró a los ojos y sonrió. Agradecí mucho saber que confiaba en mí. Le había dado puntos a mi madre muchas veces en nuestras huidas. Aunque ella podía curarse sola, insistía en que era

una habilidad que yo debía aprender. Después se los quitaba y se sanaba a sí misma.

Humedecí uno de los trapos del cubo y le puse los dos en el pecho. Dejé que el agua se escurriera para limpiar el exceso de sangre. Se estremeció de frío y encogió el abdomen.

—Lo siento —lamenté.

Mi madre empezó a quitar la sangre de la camisa en la pila.

—Esto va a escocerte un poco —dije a modo de disculpa tras dejar en el suelo el trapo y el cubo, y alcanzar el elixir curativo. Él se limitó a asentir. Le coloqué un trapo seco en el abdomen, descorché la botella y vertí el contenido sobre la brecha. El elixir burbujeó al contacto con la herida inflamada, lo que le hizo soltar un bufido—. Sé que duele, pero te prometo que te ayudará.

Soltó una risa entrecortada.

—Ya empiezo a sentirme mejor.

—Este tiene propiedades anestésicas, así que espero que los puntos no duelan tanto. Y ayuda a que no te quede cicatriz.

Preparé la aguja y empecé a coser, pasando el hilo con cuidado por la herida.

—Increíble —susurró—. No siento nada.

Sonreí, pero no lo miré a los ojos. Que se hubiera corrido la voz por el Anillo Interior nos había venido de perlas económicamente, pero los elixires de nuestra casa eran más potentes que los que vendíamos. Los que despachábamos aliviaban el dolor, pero no lo eliminaban como este.

—Será por la adrenalina. Seguro que notas algo —dije con total deshonestidad.

—No, no noto nada. —No me quitaba ojo mientras le cosía la herida—. ¿Qué haría yo sin ti? —bromeó, y levanté la vista para ver su media sonrisa.

—Morir, sin duda —bromeé igualmente, sin dejar de coser—. Creo que soy yo la que debería decírtelo —susurré para que mi madre no me oyera con el agua del grifo. Hice una pausa y lo miré a los ojos —. Gracias. Por hacer lo que has tenido que hacer. Sé que no debe de haber sido fácil.

Frunció el ceño.

—En realidad, ha sido una de las cosas más fáciles que he hecho en la vida. —Parpadeé ante el comentario, y luego bajó la voz—. La idea de que te hicieran algo, especialmente… lo que estaban sugiriendo… La verdad es que me habría costado mucho no matarlos.

Me sonrojé y reanudé la tarea.

—¿Crees que soy un monstruo? —susurró, y lo miré de reojo, notando su expresión angustiada.

—Por supuesto que no.

Cuando terminé la sutura, mi madre se acercó mientras sostenía entre las manos su camisa limpia.

—Está húmeda, pero las manchas son menos visibles y el olor ha desaparecido. Por suerte, era oscura. —Examinó la prenda de ropa —. La capa debería ocultarla bastante bien. Pero ¿prefieres quedarte hasta que se seque?

—No, está bien. De verdad, tengo que irme. —Se levantó, alcanzó la camisa y se la puso—. Muchas gracias a las dos por vuestra ayuda.

—Gracias por proteger a Lena otra vez. —Mamá hizo ademán de abrazar a Quill, y este hizo una mueca de dolor—. ¡Ay, lo siento! —Mamá se encogió.

Él se rio con suavidad.

—Te daré mi abrazo de agradecimiento la próxima vez. —Hizo una reverencia y se giró hacia mí—. Y volvería a hacerlo sin pensarlo —dijo en voz baja antes de salir, cerrando la puerta con un clic.

—Ese chico… es muy especial —susurró mamá mientras miraba por la ventana.

—Es…

Y supe que no podría negarlo mucho más tiempo. Lo que habría pasado en el estanque si esos tipos no hubieran aparecido… Habríamos llegado hasta el final. Tenía que asegurarme de no quedarme embarazada.

Y lo más importante, con el peligro que había empezado a aparecer últimamente, había llegado la hora de aprender algo nuevo. Si no por mi propio bien, al menos para proteger a Quill llegado el caso.

—¿Mamá? —dije sin dejar de observar las palmas de mis manos.

—¿Sí? —respondió ella, apartando los ojos de la ventana.

Exhalé y la miré a los ojos.

—Quiero aprender a hacer encantamientos.



CAPÍTULO ONCE

—De acuerdo, empecemos por lo básico.

Nunca había visto a mi madre tan feliz hasta que accedí por fin a aprender a usar la magia. Sin embargo, mi deseo no tenía nada que ver con el interés por la magia, sino con el de tener sexo. Me mordí el labio para disimular la sonrisa.

Bueno, eso no era del todo cierto. Saber hacer elixires curativos sería beneficioso. La herida de Quill no era mortal, pero ¿y si lo hubiera sido? ¿Y si alguno de esos tipos hubiera conseguido darle de lleno? No habría podido hacer nada para salvarlo. Quizá incluso podría aprender magia curativa por mi cuenta.

«¡Guau!».

De alguna manera, Quill había logrado cautivarme de una forma tan abismal que superé ese miedo que llevaba sintiendo toda la vida. Vale, no del todo. La idea de usar cualquier otro tipo de magia

todavía me daba sudores fríos. Pero echar unas cuantas hierbas en una olla y emplear un poco de magia no podía ser tan complicado. Y, además, ¿qué iba a tener de malo aprender a sanar?

—Lena, ¿me estás escuchando?

Salí de mi ensoñación.

—Sí, lo siento.

Mamá puso un grueso volumen de aspecto antiguo sobre la mesa que me dejó pasmada.

—¿Guardas un libro de hechizos? —siseé con incredulidad.

—Sí —dijo en voz baja—. Me sé muchos de memoria, pero hay un montón que no. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar alguno.

Imaginaba que tendría que preguntarle a mi madre sobre algún elixir anticonceptivo de la forma más discreta posible, pero saber que probablemente saldría en ese libro de hechizos me alivió mucho.

Abrió el libro por una de las primeras páginas.

—Elixires curativos infusionados con magia curativa —dijo señalando una receta—. Dependiendo del tipo de elixir que quieras encantar, debes activar esa fuente de poder. La curación es uno de los tipos de magia más comunes para principiantes.

La miré extrañada.

—Bueno, ¿y cuáles son los difíciles?

—Cualquier mago puede aprender magia curativa, como ya sabes. Los elixires infusionados con magia elemental, obviamente, solo pueden crearlos los que han desbloqueado ese poder —murmuró mientras hojeaba el libro. Me pregunté cuántos años tendría ese ejemplar, a juzgar por las páginas amarillentas y arrugadas—. La dificultad no solo varía según el tipo de magia, sino también según su eficacia. Los magos sanadores expertos pueden elaborar elixires

que curan heridas profundas, mientras que los principiantes pueden curar, por ejemplo, un corte hecho con un papel. —Dejó de dar vueltas y me miró—. Ese será nuestro primer objetivo.

Mi madre decidió empezar con los elixires curativos más básicos y, aunque se los sabía de memoria, me permitió consultar la receta en el libro. Pasé los dedos por las páginas desgastadas y oscurecidas.

«¿De dónde lo habrá sacado?».

Mi madre juntó algunas hierbas secas con otros ingredientes que yo ya conocía.

«Manzanilla, cardo mariano, salvia, sal de Epsom».

La vida había cambiado mucho ese mes desde que conocí a Quill… Desde que apunté a aquella chica en el cuello con mi daga. Las manos y el cuerpo llevaban doliéndome toda la vida por el deseo de liberar mis habilidades, pero nunca con la intensidad de las últimas semanas.

Mezclé los ingredientes en la estufa de leña, tal como había visto hacer a mamá muchas veces. Eso no era lo difícil.

—Muy bien —dijo mi madre con cautela, retirando la mezcla del fuego. Me miró muy seria—. La magia curativa reside aquí… —dijo tocándose los dedos con las palmas de las manos.

Fruncí el ceño y bajé la mirada a las mías.

—Oh, qué tonta —murmuró mi madre; luego sacó un cuchillo de un cajón, se rajó la piel del antebrazo, y la sangre empezó a brotar por el corte.

Di un grito ahogado.

—¿Qué haces?

—Así te resultará más fácil activar tu poder. —Levantó el brazo sangrante—. Mira e identifica lo que sientes.

Con los ojos bien abiertos, me concentré en el corte.

«Cúralo. Quiero curarlo».

Empecé a sentir ardor en las palmas y bajé la cabeza para mirarlas de nuevo.

—¿Sentiste algo cuando Quill necesitó esos puntos?

Parpadeé.

—S-sí… Las palmas empezaron a quemarme, igual que ahora.

—¡Excelente! —exclamó mi madre—. Ahora, coloca la mano sobre mi herida. Y concéntrate. Desea sanarme.

Empecé a temblar, preocupada por si hacía algo mal. Lentamente, puse la mano sobre su piel desgarrada y cerré los ojos.

«Cúrala. Cúrala».

Lo repetí en mi mente una y otra vez hasta que poco a poco sentí que el ardor disminuía. Abrí los ojos de golpe y vi la herida de mi madre, y no pude más que mirarla con incredulidad.

—¡Por todos los dioses! —susurró.

Un tibio resplandor emanó de mis palmas antes de disiparse lentamente. Retiré la mano y ella se limpió con cuidado la sangre, dejando al descubierto una piel perfectamente lisa.

—Lo has pillado mucho más rápido de lo que esperaba. —Sonrió —. Creo que tienes un don, Lena. Siempre lo he creído.

No respondí; me limité a sonreír nerviosa ante el pequeño alivio que me produjo esa liberación.

Pasamos el resto del día preparando múltiples elixires curativos, y empezó a parecerme algo natural. Mi madre me advirtió que no esperara que el resto de mis poderes afloraran tan rápido, pero aun así saboreé la victoria.



La sensación paralizante me invadió de nuevo, y sentí una… presencia sobre mí.

Por mucho que lo intentara, no podía mover los brazos ni abrir los ojos.

Lena… Lena… ¿Me oyes?

Me levanté de la cama sobresaltada, bañada en un sudor frío, jadeando y con un dolor de cabeza opresivo. Mi cuarto seguía a oscuras; el diminuto reloj de la mesilla marcaba las dos y catorce de la madrugada.

Otra pesadilla, igual que la anterior. Solo que, esta vez, era una voz. Familiar, pero no del todo. Suspiré mientras apartaba la colcha para dejar que el aire me refrescara el cuerpo.

Me estaba volviendo loca. Habían pasado semanas desde la última vez. Casi lo había olvidado. ¿Estaba perdiendo la cabeza?¿O quizá alguien intentaba decirme algo, alguien que sabía mi nombre?

Sentí la necesidad de contárselo a mi madre, pero eso podía esperar hasta mañana. Cuando me calmé, me acurruqué de nuevo bajo la colcha y, al cabo de un buen rato, volví a dormirme.



Cuando le hablé de las pesadillas a mi madre, ella simplemente les restó importancia, y me sentí ridícula por haberlas mencionado. Dijo

que podrían deberse a una parálisis del sueño, lo cual no fue tan reconfortante como ella creía.

Había pasado otra semana, y yo deseaba ver a Quill, pero también estaba nerviosa. Habíamos estado tan… cerca, tan íntimos, la última vez que nos vimos… No estaba segura de cómo nos tomaríamos lo sucedido.

Y luego estaban sus heridas. El elixir curativo de mi madre le habría ayudado a recuperarse, pero no en toda su potencia, ya que no podíamos arriesgarnos a levantar sospechas. Sabía que sanaría, aunque habría que quitarle los puntos, si no se los había quitado él mismo.

Solo quería verlo. Así que esperé.

Y esperé un poco más.

Y no apareció.

Eran las siete de la mañana y Quill seguía sin aparecer. Había sido puntual las últimas cinco semanas. Era la primera vez que no acudía.

¿Y si se había arrepentido de lo que pasó entre nosotros?¿Y si se había metido en algún lío? ¿Y si lo habían herido?

Enseguida me puse en el peor de los casos, y volví a la realidad al sentir la mano de mi madre en el hombro, con su capa verde oscuro, lista para dirigirse a nuestro puesto.

—Seguro que está bien. Puede que hoy tuviera cosas que hacer.

Fruncí el ceño y me miré los pies.

—Esperaré por si aparece —dije en voz baja.

Ella asintió y se fue.



Al final salí a entregar pedidos justo antes de las nueve de la mañana. Durante todo el tiempo que estuve repartiendo, mi mente no dejó de divagar. Miraba alrededor, esperando verlo, pero era en vano. Cuando entregué el último pedido, a las nueve y treinta y ocho, decidí dar una vuelta por el Anillo Interior con la esperanza de encontrármelo. Como siempre, me crucé con gente bien vestida que me miraba con desprecio, como si fuera una rata. En circunstancias normales me habría molestado, pero solo me preocupaba ver a Quill.

«Debería saber dónde vive».

Eran casi las diez, y suspiré derrotada mientras bajaba las escaleras de vuelta al Anillo Exterior. Durante el trayecto a casa, miré hacia la zona oscura de la Cueva de las Serpientes y se me encogió el estómago.

«¿Y si lo tienen retenido?».

Me quedé helada.

«¿Y si no consiguió llegar a casa? ¿O llegó, pero lo raptaron allí?».

«Joder… ¿Y si lo tenían allí desde entonces?».

«¿Y si lo estaban torturando?».

La ansiedad se apoderó de mí cuando mis pensamientos entraron en bucle, y de repente me vi corriendo hacia la Cueva de las Serpientes.

Si de algo estaba segura era de que Quill haría lo que fuera necesario para protegerme. Lo había demostrado en numerosas ocasiones. Así que, si lo tenían las serpientes y también me buscaban a mí, Quill guardaría silencio.

«Más le vale que recen a todos los dioses por que esté bien».

Apreté la daga bajo mi capa mientras miraba a los hombres fumando en la calle, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo de la misma taberna de la semana anterior. A pesar de ser tan temprano, había muchos fuera, seguramente todos borrachos.

Establecí contacto visual con un tipo que estaba allí la semana pasada; su mirada engreída se convirtió en despectiva cuando cargué contra él.

—¿Dónde está? —pregunté.

Soltó una carcajada.

—¿Con quién te crees que estás hablando, niñata?

Saqué mi daga y, sin pensarlo dos veces, la empuñé contra el hombre. Maldijo al esquivarla.

—¡Maldita zorra! —resopló, y luego desenfundó la espada que llevaba en la espalda.

El pánico se adueñó de mí cuando el tipo empezó a acecharme. Levanté la cabeza y vi su mirada burlona, y temí verme superada por la situación.

«No. Quill me necesita».

Ahuyenté el pánico hasta que solo me quedó la sed de venganza.

El hombre empezó a blandir la espada y, usando las maniobras que Quill me había enseñado, esquivé todos y cada uno de los ataques.

—¡Dime dónde está, hijo de puta! ¿Qué le has hecho? —grité.

El tipo soltó una carcajada cruel y contuve las lágrimas. Giré la daga al ver una abertura y le rajé la pierna.

Gritó y entonces cargó contra mí de nuevo. Apenas logré esquivarlo y me cortó la mejilla con la punta de la espada; la sangre me corría por la cara.

El tipo vio la oportunidad y la aprovechó, embistiéndome con el cuerpo. La potencia del golpe me tiró al suelo unos segundos, con el coxis palpitando de dolor por la contundencia de la caída. Dio un paso adelante y me propinó una patada en el costado que me dejó sin aire en los pulmones.

—¿Sabes qué? —siseó—. Algunos de mis hombres han desaparecido. Me pregunto si no habréis tenido algo que ver, teniendo en cuenta que tu novio les chuleó con la mirada la semana pasada. —Me dio otra patada en el costado y grité; sus compañeros vitoreaban al fondo—. Pero, viendo lo debilucha que eres, zorra, no lo creo posible.

Apreté los puños, aferrándome a mi daga mientras se me saltaban las lágrimas. Me pateó una y otra vez.

No se equivocaba. Quill fue quien liquidó a esos hombres, mientras que yo no hice más que mirar. Si lo tenían retenido, ¿qué posibilidades tenía yo?

La cabeza me daba vueltas cuando otra patada me hizo rodar y me puso de frente, y aproveché para clavarle la daga en la espinilla.

El tipo chilló, y, cuando los demás echaron a correr hacia mí, oí una voz que gritaba mi nombre.

—¡Lena!



CAPÍTULO DOCE

Miré a la derecha y vi a Quill corriendo hacia mí. No estaba retenido. No lo estaban torturando.

«¡Joder, ni siquiera estaba aquí!».

El hombre que llevaba mi daga clavada en la espinilla se la arrancó de la pierna y la sangre le salió a borbotones. Sonrió como un salvaje al ver a Quill acercarse.

—¡Quill, cuidado! —grité.

Él abrió los ojos como platos y se apartó justo a tiempo cuando el tipo le lanzó mi daga, fallando por poco.

—¡Déjala! —gritó Quill.

La oscuridad de sus ojos era diferente a la que había visto en él otras veces, incluso durante lo sucedido en el estanque Amatista.

Uno de los hombres soltó una risa seca.

—¿Que la deje? ¡Ha sido ella la que ha venido aquí y nos ha atacado!

Me miró con incredulidad.

—¡¿Y por qué lo has hecho?! —preguntó Quill.

—Porque… no has venido. M-me preocupaba que te hubieran capturado… —Me di un golpe en la frente, sintiéndome una tonta de remate.

Un segundo después, el tipo al que había apuñalado me agarró del cuello y me levantó hasta ponerme a su altura. Me aferré a sus brazos cuando noté que me faltaba el aire.

Quill desenvainó la espada y dio un paso al frente.

—Bájala. Ahora. Mismo.

El hombre se rio.

—¿Crees que te tengo miedo, chico?

Él esbozó una sonrisa siniestra y habló en voz baja:

—Pues tus amigos se acojonaron vivos.

No podía respirar.

—Q-Quill…

Apenas podía articular palabra cuando el tipo me enseñó los dientes y me apretó el cuello más fuerte. Quería decirle que corriera, pero no podía hablar porque me asfixiaba cada vez más.

En un abrir y cerrar de ojos, Quill avanzó con determinación, moviéndose con ferocidad, y le clavó la espada en las costillas.

El hombre se miró la herida mortal con los ojos desorbitados. Los compañeros que lo rodeaban se quedaron petrificados, aterrorizados ante lo que acababan de presenciar.

Él mantenía una expresión siniestra cuando le extrajo la espada, lo que provocó que el hombre se desplomara, y yo con él. Me di de

bruces contra el suelo empedrado una vez más y jadeé en busca de aire. Quill se colocó en posición de ataque, observando al resto esgrimir sus armas, pero unos soldados otacios aparecieron en escena antes de que les diera tiempo a atacar.

—¡De rodillas! —ordenaron.

Los hombres de la Cueva de las Serpientes gruñeron, pero obedecieron.

—¿Está bien, señorita? —preguntó uno de ellos mientras me ayudaba a levantarme y me examinaba las heridas.

—Sí. —Tenía la voz ronca por el estrangulamiento.

—Esa zorra ha empezado todo esto; se ha presentado aquí con una daga y nos ha atacado sin más. —El que hablaba señaló a Quill —. Y ese ha matado a Colmillo. Lo ha atravesado con la espada.

Los soldados giraron la cabeza en dirección a Quill y luego volvieron a observar al tipo con las cejas arqueadas. Crucé la mirada con Quill; la agitación del pecho y el sudor de la frente reflejaban lo aterrorizado que estaba. Pero, en lugar de interrogar a Quill, se dirigieron al hombre.

—¿Cuánto ha bebido hoy, señor?

—¿Estás de coña? —espetó—. ¡Todos hacéis la vista gorda ante la injusticia solo porque es uno de los vuestros!

—¿Necesita atención médica? —me preguntó el soldado, con unos ojos azules llenos de preocupación.

—No —respondí en voz baja, tocándome el corte de la cara y haciendo una mueca—. Es solo un rasguño. —Solté una risa nerviosa y volví a mirar a Quill, que tenía la frente arrugada.

Estaba furioso conmigo, y no lo culpaba. Me quedé viendo cómo arrestaban a los demás y se ocupaban del cadáver del hombre

llamado Colmillo. Los guardias se ofrecieron a escoltarme a casa, pero insistí en que podía ir sola. Entonces me marché a toda prisa y Quill me siguió.

Caminamos juntos en silencio un par de minutos. Él iba un paso por detrás de mí, hasta que me agarró de la muñeca y me dio la vuelta.

—¿Cómo has podido hacer algo tan estúpido, Lena? —preguntó furioso.

Me tragué las lágrimas.

—Me preocupaba que tú…

—Sí, eso ya lo has dicho. —Se pasó la mano por el cabello negro azabache—. Lo primero que te dije cuando empecé a entrenarte fue que no dejes que tus emociones te lleven a tomar malas decisiones. —Me puso las manos sobre los hombros, el rostro a escasos centímetros del mío, y me miró fijamente con sus ojos color miel—. Me da igual si pensabas que estaba ahí dentro o no. Jamás querría que hicieras lo que acabas de hacer: arriesgarte por mí.

Me crucé de brazos, ladeando la cabeza para evaluarlo.

—¿Tú lo habrías hecho por mí?

Apretó la mandíbula.

—Esa no es la cuestión —dijo entre dientes—. Estoy bien entrenado y, al menos, habría tenido alguna oportunidad.

—¿Estás diciendo entonces que no estoy bien entrenada? —lo desafié.

Suspiró, contemplando el corte reciente de mi mejilla. Me acarició con el pulgar justo al lado.

Odiaba que estuviera enfadado conmigo. Solo quería que volviéramos a estar como antes. Me miró los labios, y cuando dirigió

de nuevo la vista a mis ojos relajó la expresión.

—Yo llevo muchos años de instrucción, así que, aunque te entrene bien, Florecilla, no es suficiente. Todavía no.

—¿Estás diciendo entonces que vas a entrenarme muchos años?

Esbozó una sonrisa de satisfacción. Me costó no plantarle un beso en los labios, pero, antes de que yo perdiera el control, me tomó de la mano.

—Vamos a tu casa a lavarte esa herida —dijo en voz baja.

Continuamos el resto del camino en silencio. Sentir su mano en la mía era un alivio, pero la sensación me producía tal aleteo que temí salir volando. Sin embargo, lo agradecía. De lo contrario, el zumbido de dolor que me irradiaban las costillas me habría hecho desmayarme.

El crujido de la tarima a nuestros pies nos dio la bienvenida al entrar en casa. Por suerte, mamá aún no había vuelto del mercado. El escozor del pómulo era molesto, pero llevadero.

—¿Dónde tenéis el botiquín? ¿En este armario?

—V-voy yo.

Temblaba cuando fui a buscarlo. Sabía que mi madre guardaba el libro de hechizos en el mismo estante, y no nos interesaba que él lo viera. Si Quill no estuviese aquí, podría curarme el corte yo misma.

Escogí lo que necesitaba y, cuando me disponía a ir al baño para lavarme la cara, me detuvo.

—¿Me permites? —preguntó con suavidad.

Asentí cuando me instó a sentarme en el sofá. Lo hice despacio, y lo observé mientras iba a buscar agua a la pila, imitando lo que yo había hecho por él la semana anterior. Frunció el ceño al empezar a

llenar la pequeña cubeta cuando el agua le rozó las yemas de los dedos.

—¿No sale caliente?

—Estamos en el Anillo Exterior, Quill. La única forma de tener agua caliente es calentarla nosotras mismas —comenté señalando la estufa.

—Ya, claro —respondió sonrojándose.

Se acercó, dejó el cubo en el suelo y humedeció el trapo antes de acomodarse a mi lado. Me inclinó el rostro hacia él, con la mano en la barbilla, y comenzó a limpiarme la herida con delicadeza.

Miré fijamente sus ojos ámbar mientras estudiaba mi corte. Los labios carnosos ligeramente entreabiertos, los antebrazos musculosos…

Apreté los muslos, intentando ignorar la fricción que tanto deseaba.

—¿Dónde estabas? —pregunté en voz baja.

Posó aquellos hermosos ojos en los míos.

—Me vi envuelto en un… drama familiar. No podía salir de casa —murmuró, dejando el trapo y preparando otro.

Levantó el elixir curativo y me miró con una ceja enarcada. Yo asentí y vertió un poco en el trapo seco que tenía en la mano. Dudó un momento al acercármelo al rostro.

—No pasa nada —susurré, y cuando me lo puso sobre la herida no pude evitar hacer un aspaviento.

—Lo siento mucho —susurró, dándome toquecitos en la zona. Tenía la boca muy cerca de la mía.

—¿Cómo está tu herida? —pregunté.

—Bien. Me quité los puntos yo solo. Me ha quedado una cicatriz, pero es lo que se espera, siendo miembro del ejército. Seguro que tendré muchas más en el futuro.

Fruncí el ceño. Si hubiera podido curarlo yo, no le habría quedado señal.

«Jamás tendría cicatrices si pudiera usar mi magia libremente».

—¿Les has hablado a tus padres de mí? —Se quedó quieto al oír mis palabras—. Seguro que se preguntan adónde vas tan temprano cada semana.

Apretó la mandíbula.

—A mi madre sí. A mi padre no. —Soltó el trapo y me pasó el pulgar por la mejilla—. Al menos no necesitas puntos. Menos mal que ese tío no te ha marcado tu preciosa cara —murmuró, y luego me pasó las manos por las costillas, haciendo que me estremeciera de nuevo—. Déjame ver —murmuró.

Dudé, pero me levanté la camisa lo suficiente para que me viera el costado. El horror se le reflejó en las facciones y maldijo en voz baja. Cuando yo bajé la mirada, jadeé.

Tenía las costillas llenas de cardenales rojo oscuro que se pondrían amoratados en cuestión de horas. Era de esperar, ya que ese tipo me había reventado a patadas. Aun así, era una imagen delirante. Imaginé que también tendría el cuello magullado.

Se angustió.

—Siento mucho no haber estado aquí —susurró mientras examinaba los hematomas.

—Y yo siento haberme asustado —susurré—. Y siento que hayas tenido que quitar otra vida para salvar la mía.

Levantó la vista, me sujetó la cara entre las manos, me acercó la boca a la suya y me besó con intensidad. El corazón empezó a latirme con fuerza cuando me acerqué más a él, rodeándole el cuello con la mano y agarrándole el pelo a la altura de la nuca.

Se apartó con delicadeza y apoyó la frente en la mía.

—Volvería a hacerlo encantado si fuese necesario, Lena. No lo sientas. —Me besó la frente—. Pero, por favor, no te expongas al peligro. Y menos por mí.

Me aparté y le entrelacé las manos alrededor del cuello.

—Hay pocas cosas por las que me pondría en peligro, y tú eres una de ellas. —Sonreí—. Pero lo pensaré mejor la próxima vez, si es que hay una próxima.

Me dedicó su media sonrisa, y me dieron ganas de arrancarle la ropa al verla. Me pregunté si me lo había visto en los ojos, porque me estrechó contra él y empezó a devorarme. Se me escapó un leve gemido, y noté su sonrisa mientras seguía acariciándome la lengua con la suya.

Bajó la mano a mis caderas y me sentó en su regazo, con las piernas a ambos lados de él.

—Quill, mi madre…

—Sssh —susurró mientras me besaba de nuevo y me agarraba el trasero.

Gemí de nuevo y no pude parar cuando empecé a frotarme contra él. Suspiró entre mis labios y luego se apartó, con una sonrisa juguetona en el rostro.

—¿Sabes lo mucho que deseo quitarte esto, Lena? —preguntó tirándome de las trabillas de los pantalones.

—Pues hazlo, joder —contesté con una media sonrisa.

Hubo un destello en su mirada y su boca se apoderó de la mía una vez más. Nuestras lenguas se exploraban mientras le acariciaba el cabello. El aroma a pino y a cítricos me abrumaba los sentidos. ¿Por qué olía tan bien? Todo en él era adictivo.

Empezó a dejarme un reguero de besos suaves por la mejilla y luego por la mandíbula hasta llegar al cuello. Evitando las zonas doloridas, me absorbió la piel con la boca y succionó con fuerza, haciéndome sisear. Sonrió contra mi garganta, me lamió el chupetón y siguió besándome el cuello con ardor.

—Me muero por saborear cada parte de ti —susurró entre besos.

Curvé mis caderas contra su pelvis, y su gemido en respuesta fue puro éxtasis. Metió las manos por debajo de mi camisa, con cuidado de no lastimarme los costados heridos. Sus dedos callosos me pusieron la piel de gallina. Cuando empezaba a subirme la camisa, oí la voz de mi madre en la calle y los dos abrimos los ojos de golpe.

—Mierda —murmuré, levantándome y sentándome a su lado, ambos con la respiración entrecortada. Él me sonrió, y yo me mordí el labio para evitar hacerlo.

Mamá abrió la puerta mientras se despedía de un vecino y se quedó mirándonos. Sentí que me ardía la cara. Puso esa mirada de «sé lo que estabais haciendo» y se acercó a nosotros con paso decidido.

—Hola, Minerva —saludó con su dulzura habitual mientras se recostaba en el sofá. Llevaba el cabello despeinado por el efecto de mis caricias.

—Hola, Quill. Al final has venido —dijo, cruzándose de brazos y sonriendo—. Espero no haber interrumpido nada. —Entonces me

miró y arqueó las cejas mientras me examinaba la cara—. ¡¿Qué te ha pasado?! —exclamó.

—Estoy bien —interrumpí—. Quill, una vez más, me ha salvado el trasero. —Me froté la nuca.

Le conté lo sucedido, omitiendo de nuevo el detalle de que había muerto un hombre.

—Espera, la gente estaba hablando de eso en el mercado cuando ya me iba.

Nos miramos.

«Joder».

—Han dicho que uno de los hombres murió tras ser apuñalado —insistió mi madre, arrugando aún más la frente.

Yo alternaba la mirada, nerviosa, entre Quill y mi madre.

—He sido yo; lo… lo he matado yo —solté.

Mi madre me observó estupefacta y Quill me puso la mano en el hombro.

Lo miré fugazmente y él sonrió.

—Lo he matado yo —dijo él con serenidad—. Lena lo había herido, y me di cuenta de que su ego no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Intentó estrangularla. —Inhaló—. No tuve otra opción.

—¿Entraste allí liándote a puñetazos y lograste herir a un hombre? —me preguntó mi madre con incredulidad.

—¡Yo le di una daga! —exclamó Quill, y mi madre lo miró fijamente.

—No. —Negué con la cabeza al instante—. ¡Yo había comprado una daga antes de conocerlo!

—¡Uy, uy, uy! —Mamá levantó las manos—. Hay muchas mentiras flotando aquí dentro. —Se dirigió a Quill—: Gracias por salvar a mi

hija otra vez, pero voy a tener que pedirte que te vayas.

—Mamá…

—Tenemos que hablar en privado.

—Lo entiendo —respondió él sin darme tiempo a protestar. Me tomó la mano y la besó, sonriéndome con los ojos tras sus pestañas oscuras—. Te veré la semana que viene. A la hora de siempre —insistió.

Se levantó y se despidió de mi madre con un asentimiento de cabeza antes de salir por la puerta.

Ella se quedó mirándome con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Explícame qué está pasando.



CAPÍTULO TRECE

Sabía que, llegados a este punto, no era buena idea mentir, así que se lo conté todo. Por qué decidí comprarme una daga, por qué Quill accedió a entrenarme y por qué mató a aquellos hombres en el bosque.

Se sentó a mi lado en silencio un rato. Me ordenó que me curara los cardenales del cuello y el corte de la cara, pero dijo que sería demasiado sospechoso hacerlos desaparecer, sobre todo las magulladuras de las costillas. De esas tendría que recuperarme.

—No entiendo por qué me ocultaste que te compraste un arma. Siempre he querido que fueras capaz de protegerte —dijo en voz baja.

—Es que… —Suspiré—. Sabía que querías que aprendiera magia por esa misma razón. Si reconocía que quería poder protegerme…

—Ya. No querías oír hablar de la magia.

Asentí y ella emitió un suspiro sonoro.

—Sé lo indecisa que te has sentido con respecto a la magia, pero, si todavía dudas, ¿por qué quieres aprender a encantar… para hacer elixires?

Me ruboricé y ella se irguió, estremecida.

—Querías aprender a elaborar el elixir anticonceptivo, ¿verdad?

Casi se me salen los ojos de las cuencas.

—N-no. —Empecé a negar con la cabeza.

—No me mientas, Lena; basta de mentiras. —Entonces, para mi estupefacción, se echó a reír.

La fulminé con la mirada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Se llevó la mano a la boca, intentando contener la risa.

—Es que me he pasado un montón de años intentando convencerte para que aprendieras magia, y lo único que hacía falta era que te gustara un chico.

Gruñí y me levanté del sofá camino de mi cuarto.

—No es solo por eso. Ya has visto que últimamente he estado en peligro. Podría venirme bien saber otras cosas en una situación desesperada.

—Eso es lo que llevo diciendo todo este tiempo. —Casi había llegado a mi cuarto cuando volvió a hablar—. ¿Y cómo es que él se ha ido de rositas tras matar a ese hombre? —Su tono había cambiado y me detuve.

Me di la vuelta.

—No… no lo sé. Fue como si los guardias no lo hubieran visto. —Me pellizqué el puente de la nariz—. Y en cuanto a los hombres del bosque, la verdad es que no sé si los han encontrado.

—Por todos los dioses, Lena —murmuró—. No puedo creer que me lo hayas ocultado. ¿Por qué?

—Quill se sentía mal y estaba asustado, aunque no lo admitiera. Y pensé que lo mínimo que podía hacer a cambio de salvarme era guardarle el secreto.

—Parece que desde que lo conoces no ha habido más que problemas.

—¿Lo estás acusando? —pregunté, cruzándome de brazos.

—No. Solo es una observación. Sabemos lo que ha ocurrido en el pasado cuando has temido por tu vida —dijo con cautela.

No necesitaba decir lo que pensaba, pues yo sabía que mi magia había sido incontrolable en el pasado, cuando mi vida había corrido peligro.

Apoyé la mano en el pomo de la puerta.

—Está enamorado de ti.

Dudé, luego la miré.

—Y yo estoy enamorada de él.

—El amor puede llevarte a hacer tonterías, Lena. Tienes que andar con ojo.

Asentí y abrí la puerta.

—¿Lena?

—¿Sí?

—Te dejo que entrenes con él. Pero continuarás aprendiendo encantamientos, y no solo para anticonceptivos.

Resoplé y puse los ojos en blanco, ruborizándome de nuevo, y cuando cerré la puerta tras de mí, aún oía la risita amortiguada de mi madre.



El resto de la semana pasó volando. Mi madre jugó la baza de saber que estaba entrenando para obligarme a estudiar encantamiento a diario. Por suerte, no volvió a salir el tema del elixir anticonceptivo, aunque aproveché un momento en que ella no estaba para ojear el libro de hechizos y encontré la receta. El problema no era tanto recolectar las hierbas como activar y ejecutar la magia.

La magia llevaba latente en mi cuerpo tanto tiempo que ni siquiera sabía por dónde empezar. Por suerte, el elixir anticonceptivo requería una forma de magia curativa, y, como hasta ahora se me había dado bastante bien, me sentía optimista. No obstante, no sabía cuándo confiaría lo suficiente en la eficacia de mi brebaje. Mamá empezó a enseñarme otros elixires como el del ilusionismo y el de la velocidad.

—Me pregunto si hay brujos en Otacia —pensé en voz alta mientras leía la receta del elixir de la invisibilidad, un tipo de magia ilusionista.

—Es posible, aunque sean menos numerosos que los magos— respondió mi madre.

Los humanos metían en el mismo saco a los brujos que a las brujas, pero eran diferentes a nosotros. Aunque ambos teníamos las orejas puntiagudas, la característica distintiva de un brujo eran sus ojos sin pupilas. Al igual que nosotros, podían embellecer su apariencia para parecer humanos. Sin embargo, sus habilidades diferían. Su magia solo funcionaba mediante fórmulas recitadas. Lo

más extraordinario era que podían cambiar de forma, cosa que solo lograba un reducido número de magos con esa habilidad especial.

—¿Y los vampiros? —pregunté, y se me secó la boca con solo mencionarlos.

—Intento no imaginármelos en la ciudad. Normalmente, los cazan enseguida en entornos como este.

Aunque nunca me había cruzado con un vampiro, a veces la idea me quitaba el sueño. Solo acechaban de noche, ya que el sol los convertía en polvo. Me preguntaba si no estaría siendo prejuiciosa, como quienes temían a los magos; pero los vampiros, al fin y al cabo, se alimentaban de sangre.



—¿Por qué llevas dos espadas, Quill? —pregunté, mirando la segunda arma y la vaina de la espalda.

Había pasado una semana, y estaba encantado de ver que tenía el rostro completamente curado. Podría haberme quedado cicatriz, pero la borré yo misma, ya que tenía la opción.

—Es un regalo para ti, Florecilla —sonrió con suficiencia mientras se desprendía de la guarda de un púrpura oscuro y extraía una espada con la empuñadura de obsidiana y detalles plateados y una piedra preciosa de color azul en el centro.

—¿Esto es para mí? —Solté un grito ahogado.

—Al ver que tu daga no aguantó bien el enfrentamiento —dijo mientras guardaba la espada en la funda y me la entregaba—, pensé

que era el momento de enseñarte a manejar un arma más avanzada.

—Gracias… —murmuré, desenvainándola y mirándola con asombro—. En realidad, nunca me has enseñado a usar la daga. Solo maniobras evasivas.

Esbozó una sonrisa.

—Sí, lo sé. Hoy practicaremos las dos cosas, pero no te desanimes si no logras controlarlas a la primera. Tardarás meses en dominar ambas.

Se acercó a mí mientras yo seguía embobada admirando la pieza.

—Esto es un mandoble —murmuró.

—Bueno, ya me lo imaginaba, visto su tamaño.

—No —se rio entre dientes—. «Mandoble» es su nombre de verdad. Esta espada está diseñada para usarla con ambas manos y su hoja alargada permite una capacidad de corte superior.

—Ah. —Me sonrojé.

«Seré idiota. Debería haberlo sabido».

—La ventaja principal de usar una espada a dos manos es que se incrementa su potencia —continuó—. Es más larga y pesada que la espada de una mano, así que, si consigues dominarla, la otra será pan comido.

La sopesé con ambas manos, sorprendida por su robustez. La desenvainé por completo, admirando de cerca la artesanía. No quería ni pensar en cuánto le habría costado.

—Hoy, cuando termines, te dolerán los brazos, pero te acostumbrarás con el tiempo. —Arqueó una ceja—. ¿Te sientes con fuerzas para esto? Si no, podemos esperar a la semana que viene.

—Por supuesto que sí.

Sonrió y me guio por diferentes posturas, todas un poco incómodas.

—¿Lucharás alguna vez contra mí? ¿Para que tenga experiencia real?

Se rio.

—En cuanto la domines, lo consideraré. No quiero que pierdas la confianza todavía. —Me guiñó un ojo y le di un empujoncito con la cadera.

—Creo que te las haré pasar canutas —susurré con un jadeo, pues la transición entre los movimientos empezaba a entrecortarme la respiración.

—No me cabe la menor duda.

Eso me hizo sonreír.



—Tengo una pregunta —dije mientras recogíamos nuestras cosas una hora después. Me sentía extraña, pero a la vez cómoda, con esa espada en la espalda.

—Adelante, Florecilla.

—¿Por qué no le has hablado de mí a tu padre?

Se quedó callado un instante.

Me mordí el labio.

—¿Te avergüenzas de mí? —pregunté en voz baja.

Se giró para mirarme.

—No. ¿Por qué iba a avergonzarme de ti, Lena?

Lo miré con complicidad y se detuvo frente a mí.

—Mi padre tiene expectativas sobre mí —continuó—. Mi madre también, pero mi padre no es tan… comprensivo como ella.

—Entonces, es porque se avergonzaría de ti.

—Es porque su opinión en lo que respecta a ti no me importa una mierda —afirmó sin rodeos—. Ni la de nadie.

Parpadeé.

—Creo que es la primera vez que te oigo decir una palabrota.

Me regaló su media sonrisa y se inclinó para acercar su cara a la mía.

—Supongo que me lo estás contagiando, Florecilla —me susurró al oído; la calidez de su aliento me provocó escalofríos en el cuerpo y me hizo inhalar profundamente. Chasqueó la lengua—. Qué mala influencia.

Se apartó y me contempló con ojos de lujuria. Inhaló y miró hacia el reino.

—Debería irme a casa ya.

—¿En serio? —Hice un puchero—. ¿Me provocas y ahora dices que te vas?

Sonrió con afectación, mirándome fijamente.

—A menos que quieras que nuestra primera vez sea en el suelo del bosque, creo que será mejor que me vaya.

Me quedé con la boca abierta y sin palabras. Siguió sonriendo con suficiencia y me entrelazó la mano mientras caminábamos hacia casa.

Cuando ya casi habíamos llegado, me armé de valor para preguntarle algo que me rondaba la cabeza las últimas semanas.

—Oye.

Se giró, arqueando una ceja.

—El mes que viene hay un festival por el solsticio de verano. Se celebra cada año en el Anillo Exterior. E-entiendo que no te interese, pero…

Me abrazó y me besó suavemente. Dioses, podría derretirme en sus brazos.

—Me encantaría acompañarte —respondió, entendiendo adónde quería llegar con la pregunta—. ¿Cuándo es?

—Dentro de tres sábados. A las siete de la tarde. Bueno, empieza antes, pero es más divertido por la noche.

Lo pensó.

—No sé si podré estar allí a las siete —explicó—. Pero podríamos quedar sobre las nueve. ¿Te parece bien?

Sentí que se me iluminaba la cara.

—Sí, sí, me parece genial. Dura toda la noche. —Sonreí radiante.

Esbozó una sonrisa y me besó una vez más.

—Te lo confirmaré la próxima vez que nos veamos. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué se pone uno para una ocasión como esa?

—Oh —me sonrojé—. Tú irás bien con lo que te pongas. Normalmente, las mujeres lucen sus mejores vestidos y los hombres se ponen lo más elegante que tienen.

Como había rasgado el vestido que llevaba cuando atacaron a Quill, me di cuenta de que no tenía nada para reemplazarlo. Quizá el que me puse cuando la reina Ryia nos visitó. En cualquier caso, ya lo resolvería.

—De acuerdo. Nos vemos entonces, Lena. —Me besó en la frente antes de irse.



CAPÍTULO CATORCE

—¡Uf! —resoplé frustrada, sosteniendo con la mano el brebaje sobre la estufa. Era un simple elixir para incrementar la resistencia, pero no conseguía que funcionara.

Habían pasado tres semanas, y el Festival del Solsticio de Verano era al día siguiente. Aunque dominaba la curación a las mil maravillas, la pócima para la fortaleza me estaba volviendo loca. No había forma de que me saliera.

También habían sido tres semanas agonizantes de estar a solas con Quill sin subirme encima de él. Él mantenía la compostura la mayor parte del tiempo, insistiendo en entrenarme como yo había pedido. Pero al final de nuestras sesiones cedía y nos besábamos sobre la hierba todo el tiempo que podíamos. Yo me frotaba contra él y él me agarraba los pechos, pero nunca pasaba de ahí.

Me di cuenta de que empezaba a abrirse conmigo. Me habló de sus mejores amigos, Hendry y Edmund, dos chicos de nuestra edad que recibían instrucción militar como él. Me preguntaba cuándo me los presentaría.

—No lo fuerces —comentó mi madre—. La resistencia sale de los pulmones. Concéntrate en sacar la energía de ahí.

—¿Qué significa eso? —gemí.

—Tú solo inténtalo.

Resoplé y cerré los ojos. Pasaron unos instantes, y nada. Bajé la mano.

—Quizá no estoy hecha para esto —protesté—. ¿Qué poder tengo? Puede que haberlo reprimido tanto tiempo haya malogrado todo mi potencial.

Vale, sanar me resultaba fácil, pero eso lo hacía cualquier mago sin esfuerzo.

—Ven, siéntate. —Mi madre me cogió de la mano y tomamos asiento en el sofá de la salita—. Dices que estás enamorada de Quill, ¿verdad?

La miré extrañada.

—No entiendo qué…

—Solo contesta «sí» o «no».

Asentí con el ceño fruncido.

—Pues piensa en él y concéntrate en dónde lo sientes en tu cuerpo. Me refiero a las sensaciones de felicidad y afecto, para evitar malentendidos.

Respondí con una mueca y luego pensé en todo lo que me hacía amarlo.

—Ahora, extiende la mano y concéntrate.

Obedecí y cerré los ojos.

Pensé en mi primer encuentro con él, en mi tonto apodo y en su media sonrisa. Pensé en nuestro primer beso y en las bromas que nos gastábamos.

Pensé en su gentileza y en cómo me provocaba. En los rizos que se le formaban en la frente, en su olor.

De repente, sentí un hormigueo familiar en las yemas de los dedos. Abrí los ojos de golpe y me quedé boquiabierta ante lo que vi: de ellas emanaban pequeños rayos de electricidad.

—Lo sabía —dijo mi madre con una sonrisa satisfecha.

—¿C-cómo lo paro? —Entré en pánico.

—Imagina que guardas esos sentimientos en una caja. Imagina que los encierras en el pecho. Ahí es donde reside ese poder.

Lo hice: visualicé una caja y mitigué los sentimientos hasta que se convirtieron en un pensamiento distante. Inhalé y la electricidad se desvaneció tras unos momentos de concentración.

—Yo… puedo controlar la electricidad —susurré, con el cuerpo temblando en una mezcla de alivio y miedo.

—Eso parece. Yo lo conseguí a los pocos meses de conocer a tu padre. —Me tomó de la mano y miré sus tiernos ojos marrones—. Solo se desbloquea cuando se está enamorado de verdad. Hay quien cree estar enamorado, pero sabes que ese amor es verdadero cuando la electricidad se convierte en tu nuevo poder. Eres muy joven para tenerlo. Para tener algo tan real.

Asombrada, me miré las manos.

—Para usarla en combate —prosiguió—, o en cualquier otra ocasión, has de conectar con esa parte de tu cuerpo. Esa es la forma de activarla y desactivarla.

—¿Se supone que debo pensar en ñoñerías cuando mi vida está potencialmente en peligro?

Exhaló una risa por la nariz.

—No será necesario una vez que te acostumbres a la sensación. Cuando sepas qué parte de ti está conectada a ella, será algo natural.

Nos sobresaltamos cuando llamaron a la puerta. Incluso después de todos estos años, el temor de que nos descubrieran siempre estaba presente.

Mamá abrió y se encontró con un hombre distinguido y corpulento con un bigote de puntas enroscadas que sostenía un enorme paquete.

—Entrega para Lena Daelyra —dijo.

Mamá me miró perpleja y luego firmó el recibí. Cuando terminó, el hombre se marchó con una sonrisa.

—¿Para… mí? ¿De quién?

—Es anónimo —respondió mi madre, dándole vueltas a la caja.

Ambas nos encogimos de hombros, y mamá depositó el paquete sobre la mesa de la cocina mientras yo cerraba la puerta. Me quedé mirándolo.

—Bueno, ¿lo abres tú o lo hago yo? —preguntó mamá, que apenas podía contener la emoción.

Vacilante, alcancé un cuchillo y abrí el paquete con cuidado. Cuando levanté las solapas, mamá contuvo el aliento y yo me quedé atónita. Agarré la tela y tiré de ella hacia arriba, exhibiendo un vestido azul marino impresionante. Seguía con la boca abierta cuando extendí el vestido sobre la mesa vacía y leí la tarjetita que había dentro de la caja.

Estoy deseando verte bailar con él puesto.
Con todo mi amor,
Quill

Me sonrojé y abracé la nota.

—¿Es de Quill? —preguntó mi madre.

Asentí, me guardé la tarjeta en el bolsillo y levanté el vestido de nuevo.

—Es precioso —susurré.

Era un vestido *halter* de tul y tafetán. Tenía un escote pronunciado y la espalda abierta. Flores azul marino y plata salpicaban el lateral delantero y se extendían con delicadeza a medida que descendían por la falda.

—Ha debido de costarle una fortuna el detalle… —Negó con la cabeza—. Ese chico está perdidamente enamorado.

Sonreí, abrazando el vestido.

—Bueno, ¿te lo vas a probar? —añadió.

—¡Sí! —grité.

Corrí a mi cuarto, me quité la ropa, me puse el vestido y me lo ajusté, atando la parte superior de tul alrededor del cuello. Después llamé a mi madre para que me subiera la cremallera de la escasa tela de la espalda.

Cuando terminó, me miré en el espejo y me ruboricé al verme.

—Estás absolutamente deslumbrante —dijo mi madre con lágrimas en los ojos. Se apresuró a secárselas.

Nunca me había sentido guapa, pero con este vestido me sentía verdaderamente especial. El pronunciado escote terminaba justo debajo del esternón y me realzaba el pecho.

Empecé a girar, con la falda ondeando a mi alrededor.

—Tendrás que ayudarme con el pelo y el maquillaje el sábado— dije muy sonriente.

—¡Como si lo necesitaras! —se rio—. Pero isí, por supuesto que sí!



Después de tomarme mi tiempo y disfrutar de llevar puesto el vestido, lo colgué con sumo cuidado en el armario. Hice una mueca de disgusto cuando volví a ponerme el suéter color crema y las mallas, pero, por sosos que fueran, eran cómodos.

Después de cenar y fregar los platos, mi madre se fue a dormir temprano y yo decidí probar el elixir anticonceptivo.

«Semillas de zanahoria silvestre, menta poleo, ajenjo».

Me enteré de que crecían en nuestro jardín cuando descubrí que mi madre se preparaba esta infusión todos los meses. Aunque no creía que tuviera relaciones con nadie, se decía que este brebaje también eliminaba el ciclo menstrual.

«¡Ojalá lo hubiera sabido antes!».

Salí a hurtadillas; el sol de verano aún alumbraba lo suficiente a pesar de que estaba a punto de ponerse. Recolecté lo que necesitaba y volví sin hacer ruido.

Me puse manos a la obra: machaqué las hierbas en un mortero, las añadí a una olla pequeña con agua hirviendo y las dejé reposar.

Cuando retiré la olla del fuego, vertí el contenido en un cuenco y me quedé mirándolo.

Lentamente, extendí los brazos y me concentré en la quemazón que había empezado a sentir en las manos.

«Puedo hacerlo».

Las palmas de las manos empezaron a brillar y seguí las instrucciones del libro: visualicé la magia que emanaba de ellas.

De repente, el resplandor se apagó y maldije en voz baja. Lo intenté varias veces. Al final, pensé que quizá había funcionado, pero ni de coña iba a arriesgarme.

Suspiré y arrojé la mezcla al jardín trasero. Y hasta ahí el experimento.



Sentía ansiedad… y esa inquietud familiar empezó a apoderarse de mí. Una vez más, estaba paralizada. Quería plantarle cara, salir de la cama, ¡joder!, al menos gritar. Pero todo esfuerzo resultaba inútil.

No tengas miedo, niña.

La voz de la mujer era clara y suave… Casi dulce.

«¿De quién es esa voz?».

Lo sabrás a su debido tiempo. Solo estoy comprobando nuestra conexión para cuando el destino tome el control.

«¿Qué…? ¿Puede leerme el pensamiento?».

Juraría que oí una risita.

En este estado, sí.

¿Por qué no puedo moverme?

Nuestra conexión es demasiado débil; solo puedo comunicarme contigo cuando estás profundamente dormida. Con el tiempo, podré hablarte cuando estés despierta.

Quería moverme como fuera. El tono de la mujer era amable. Pero ¿podía confiar en ella?

¿Quién eres?

Dudó.

Me llamo Kayin.

¿Qué quieres de mí?

Ni siquiera yo lo sé todavía. Solo sé que a nuestra conexión le falta fuerza. Vuelve a dormirte, Lena.

Y, por una vez, no me desperté empapada en sudor frío. En lugar de eso, volví a sumirme en un sueño placentero.



No le hablé del sueño a mi madre. Era demasiado extraño y seguramente no era real. Los que sufren parálisis del sueño tienen alucinaciones. Quizá solo las oía. Aunque Kayin… Me sorprendía recordar su nombre.

Mi madre me aplicó colorete en las mejillas después de maquillarme los ojos y retocarme el pelo la tarde del Festival del Solsticio de Verano. Lo llevaba recogido en una coleta alta, con mechones sueltos en la parte delantera que se me enroscaban alrededor de la cara.

—Ojalá tuviera joyas —murmuré mientras mi madre me aplicaba brillo en los labios. Aunque tenía las orejas adornadas con unos

aretes de acero, me habría gustado algo más glamuroso a juego con el impresionante vestido que me había regalado Quill.

—De todas formas, este vestido les robaría toda la atención.— Sonrió apartando la brocha—. ¡Lista!

Después, me ayudó a vestirme. Los impresionantes bordados florales seguían dejándome sin aliento, y cuando me miré de nuevo en el espejo, ahora completamente peripuesta, sentí que me escocían los ojos.

—¡No estropees mi obra de arte! —exclamó mi madre, dándose ligeros toques alrededor de los ojos para evitar que se le corriera el maquillaje—. Y esta tampoco —se rio.

Me habría gustado que ella también tuviera un vestido elegante, pero llevaba uno de satén verde que se había puesto estos últimos años y que le sentaba de maravilla. Se había recogido el pelo en una coleta baja y el flequillo le caía con sutileza sobre la frente.

Eran casi las nueve y el sol casi se había puesto.

—¿Qué planes tienes? —le pregunté.

—He quedado con un par de amigas —respondió.

Me daba envidia que mi madre tuviera amigas. Yo también me moría de ganas por tenerlas. Pero la alegría que sentía por ella superaba con creces todo sentimiento de tristeza por mí misma.

—Y luego —añadió sonriendo— jugaremos a las cartas y dormiremos juntas.

Parpadeé.



CAPÍTULO QUINCE

—En casa de Wendi, no aquí —confirmó.

«Entonces… eso significa que…».

—Dormiré fuera, os dejo… solos.

Carraspeó y me entregó un frasco. Examiné la botella con escepticismo, y al instante abrí los ojos de par en par, con la cara ardiendo al darme cuenta de lo que tenía en las manos.

«El elixir anticonceptivo».

—No digo que quiera que pase nada —añadió—, pero sé cómo van estas cosas.

Quise justificarme, pero lo agradecí, aunque con la vergüenza me entraron ganas de tirarme por el Castillo La'Rune.

—Gracias —susurré, evitando el contacto visual mientras aceptaba el frasco.

Me acarició brevemente el hombro y se marchó.

Me quedé mirando el elixir un momento antes de descorcharlo. Lo olí, hice una mueca de disgusto y luego me lo bebí de un trago. El sabor era un tanto amargo, pero no insoportable. Mastiqué rápidamente una hoja de menta para eliminar el sabor.

¿De verdad íbamos a tener sexo esta noche? No estaba segura. Lo deseaba —con locura—, pero también estaba nerviosa. Seguía sin entender cómo un chico tan guapo del Anillo Interior podía desear a alguien como yo.

Esbocé una sonrisa mientras acariciaba los brocados de mi vestido. En los pocos meses que habían pasado desde que conocí a Quill, mi vida nunca había sido tan maravillosa…, tan feliz. Nunca pensé que podría apreciar tanto la vida.

Me mordí el labio.

«Lo amo».

Y estaba impaciente por decírselo. Me preguntaba qué nos depararía el futuro. Quizá algún día mi madre y yo ganáramos lo suficiente para formar parte del Anillo Interior, y quizá entonces la familia de Quill me aceptaría.

Entonces, me invadió la tristeza.

Nunca podríamos tener hijos. Sería muy arriesgado. ¿Y si él quería tenerlos? No es que lo quisiera ahora, pero me encantaría ser madre algún día. Pero, si nuestro hijo salía como yo, me vería en la misma situación que mi madre. Y sabía que, aunque ella me amaba, también la separé del amor de su vida.

El golpeteo de la puerta me sacó de mis pensamientos, y me levanté a toda prisa del sofá, me recompuse y alcancé el pomo.

Quill estaba radiante cuando abrí. La lámpara de aceite de la entrada lo iluminaba con un cálido resplandor. Llevaba una camisa

negra abotonada que dejaba ligeramente a la vista los antebrazos y el pecho, mostrando su piel dorada. Los pantalones azul marino combinaban con mi vestido, y sostenía un jarrón plateado con un ramo de rosas blancas. Se le desvaneció la sonrisa al mirarme de arriba abajo.

Me angustié.

«¿No le gusta mi aspecto?».

Se quedó mirándome un rato más hasta que sus ojos ámbar se encontraron con los míos.

—Joder, estás guapísima —dijo en voz baja, colocándome el pelo por detrás de la oreja.

Exhalé aliviada y sonreí cuando me entregó las flores. Las aspiré y me perdí en su maravilloso aroma.

—Rosas, mis favoritas —susurré, y le dediqué una sonrisa afectuosa—. Qué detalle. Gracias, Quill.

Los ojos le brillaron con una emoción que no pude descifrar. Di media vuelta y coloqué el jarrón en el centro de la mesa del comedor, retrocediendo para admirar la vista.

—Y gracias por este vestido —proseguí—. Nunca había tenido nada tan elegante.

Las mejillas me ardieron de nuevo y sentí un escalofrío cuando me acarició con los dedos la piel de la espalda. Me giré y, con la otra mano, me abrazó y me besó con ternura. Sentí mariposas en el estómago incluso después de apartarse.

—No pude resistirme a comprártelo en cuanto lo vi. —Sonrió—. ¿Nos vamos entonces, Florecilla? —Me ofreció el codo y me sentí plenamente dichosa cuando le entrelacé el brazo.



Llegamos al festival que se celebraba en el parque Linora. El césped, por lo general vacío, estaba lleno de gente, luces parpadeantes, puestos de comida y mesas. Se oían melodías y risas a lo lejos; el lugar simplemente… rebosaba vida.

Los asistentes bailaban y los vestidos giraban en una zona amplia y abierta frente a una banda que tocaba música alegre. Quill y yo parecíamos fuera de lugar, y fue entonces cuando me percaté de que no solo lo miraban a él mientras nos dirigíamos a la pistade baile. También me miraban a mí.

Parecía que perteneciera al Anillo Interior.

—La gente me mira —susurré.

Él se rio entre dientes.

—¿Cómo no iban a hacerlo? Estás deslumbrante.

Me ardieron las mejillas, y entonces me fijé en uno de los puestos de comida. Emocionada, tiré de Quill para acercarnos.

—¿Adónde vamos? —se rio.

Nos pusimos en la fila mientras señalaba al hombre del puesto, que repartía trozos humeantes de…

—¡Pizza! —exclamó con los ojos muy abiertos. Se giró y sonrió mirándome.

—Bueno, tampoco te emociones demasiado, por si no te gusta. —Me reí entre dientes mientras me rascaba la nuca.

—Si te gusta a ti, seguro que me gusta a mí.

Avanzamos en la fila.

—En esencia es masa de pan cubierta de salsa de tomate y queso. Pero puedes pedirla con otros ingredientes o sola.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó.

—La que solo lleva queso siempre es un acierto. Pero puedes añadir diferentes carnes o verduras… —Me di cuenta de que no estaba respondiendo a su pregunta—. Yo voy a pedirla de peperoni.

Se mordió el labio.

—Entonces para mí otra igual.

—Copiota —bromeé, dándole un codazo en el costado. Él me devolvió el golpe.

Llegamos al mostrador. Quill, tan mono como siempre, pidió las dos porciones. Pagó él, y estuve a punto de protestar, pero sabía que en ese momento no era lo más urgente. Estaba demasiado emocionada por ver su reacción, y contemplar la cara del empleado cuando vio la generosa propina me conmovió.

Nos sentamos a una de las muchas mesas que habían dispuesto los vendedores. Quill sostuvo el trozo frente a la boca, pero se quedó inmóvil, sonriendo de oreja a oreja.

—¡No me tengas en ascuas! —solté una risita.

Dio un mordisco y lo observé con expresión curiosa.

Tragó, retorciendo los labios como si estuviera evaluando la sensación.

—Ay, no, no te ha gustado.

—No, es que estoy pensando en cómo reaccionarán mis padres cuando les diga que me mudo aquí. —Sonrió y terminó de masticar —. Esto es fantástico.

—Qué gracioso. —Le di un mordisco a la mía. Estaba exquisita, pero nunca había probado comida del Anillo Interior para poder

comparar.

—No me puedo creer que no tengamos nada parecido en el…—Dudó—. En el Anillo Interior.

Observó a los grupos de personas que bailaban mientras daba otro bocado. La música era acelerada y vibrante, los músicos tocaban distintos instrumentos. Dirían lo que quisieran del Anillo Exterior, pero sin duda aquí había talento.

Cuando terminamos las porciones, dijo que quería bailar conmigo. Nos pusimos de pie y caminamos hacia el escenario de la mano.

—¿Qué? ¿No vas a lamerme la salsa de los labios? —bromeé. Sabía que no había restos; había comido con cuidado para no mancharme el vestido.

Esbozó una sonrisa, luego se inclinó y me pasó la lengua por el labio.

Yo me lo mordí después, y él tiró de mí hacia el centro de la pista. Me puso ambas manos en las caderas y yo me agarré a su cuello. Cuando empezamos a movernos al compás, sonreí con timidez.

—Para serte sincera, nunca había bailado —admití.

Me dedicó una sonrisa incrédula.

—¿En serio? ¿Llevas años viniendo a este festival y nunca has bailado? —preguntó a grito pelado por encima de la música. Negué con la cabeza, y él me levantó en el aire y empezó a girar, haciéndome gritar de vergüenza. Volvió a dejarme en el suelo, con una sonrisa tan grande que se le vieron los dientes alineados—. Pues vamos a tener que empezar a dar otro tipo de clases —bromeó.

—Oh, ja, ja —me burlé.

Después de unas cuantas canciones, le enseñé a Quill el resto del festival. Participamos en algunos juegos. Le gané con facilidad a uno de encestar, y estuve vacilándole con eso hasta que él me ganó a los dardos, y entonces disfrutó echándomelo en cara. Íbamos camino de la pista de baile cuando habló:

—¿Qué bebe la gente? —preguntó, fijándose en el líquido rojo que llevaban en los vasos casi todos los adultos.

—Es un vino popular del Anillo Exterior, bastante asequible, pero parece que a la gente le encanta.

—¿Nunca lo has probado?

Arqueé una ceja.

—Tengo dieciséis años.

Sonrió engreído, me agarró de la mano y nos acercamos correteando a un tenderete donde repartían copas de vino.

—Quill, ¿qué haces? —susurré.

Cuando llegamos al puesto, la mujer que nos despachó nos miró como si pensara «¿En serio?», a lo que Quill sonrió y le pagó con ¡oro!

Me quedé estupefacta, y la mujer también.

—Dos copas, por favor. ¿Con eso basta? —preguntó en voz baja.

Pensé que la mujer iba a desmayarse cuando asintió rápidamente y nos entregó las copas.

Seguí contemplando a Quill boquiabierta mientras nos alejábamos, con las copas en la mano, y él me miró de reojo.

—¿Qué?

—¿Oro? ¿Tan rico eres?

—¿No pensarás que ese vestido solo cuesta monedas de plata?

—¡Dioses…, te voy a dar!

Quill se rio entre dientes y probó el vino. Hizo una pausa observando la copa.

—No está nada mal —comentó.

—¿Acaso eres experto en vinos?

—Algo sé —respondió, levantando la comisura del labio al tomar otro sorbo.

Arqueé una ceja y probé la mía. Fruncí el ceño ante el extraño sabor y Quill soltó una carcajada.

—¡No te rías de mí! —dije, riéndome también—. ¿Cómo puede gustarte esto?

Atenuó la risa.

—Al final te acostumbras. Además, la sensación que sientes hace que sepa mejor.

Arqueé la ceja de nuevo.

—¿Sueles emborracharte?

Sonrió.

—No, pero me he excedido un par de veces. Sin que mis padres se enteraran, claro.

—Eres un chico malo.

—No sabes cuánto.

Me puse colorada, aparté la mirada y me mordí el labio para disimular la sonrisa. Entonces se me ensombreció la expresión cuando mis pensamientos empezaron a divagar.

—¿Te pasa algo? —preguntó extrañado y preocupado.

Suspiré, tomé otro sorbo e hice una mueca.

—Ojalá no tuvieras que gastarte el dinero en mí —murmuré.

—Otra vez no —murmuró, dándome un beso en la coronilla—. ¿Por qué?

—Porque… no puedo devolvértelo.

—Me lo devuelves con cada minuto que pasas conmigo.

Me giré para mirarlo, y él sonrió ante su copa antes de beber.

—¿En serio estás comparando el tiempo que pasas conmigo con el oro?

Sonrió con lentitud.

—Sí.

Intenté reprimir una sonrisa, pero no fui capaz, y desvié la mirada al entorno festivo. Y de nuevo se me ensombreció el rostro. Quill me entrelazó la mano y, cuando lo miré, me observaba con inquietud.

—¿Y si un día te cansas? —pregunté.

—¿Es que no entiendes lo que siento por ti? —Me apretó la mano —. Te compro cosas porque quiero. Porque te mereces cosas bonitas. ¿Por qué iba a cansarme de hacerlo?

Me encogí de hombros y le di un buen trago al vino.

—Pues esto no mejora —repliqué con una mueca.



Pero mejoró.

Para cuando terminé la primera copa, quise otra.

Fuimos a por otro par de vasos, y la mujer se mostró más que emocionada al vernos llegar de nuevo.

Nos acercamos a un escenario donde se representaba un número de acrobacias. En los últimos años habían venido artistas con espectáculos similares, y siempre me cautivaba la forma en que flexionaban el cuerpo. Cuatro equilibristas se quedaron de pie, dos

sobre los hombros de los otros dos, levantando los brazos al unísono.

El público vitoreó, y no pude controlar la risa.

—¡Oh, dioses! ¿Qué he hecho?

Quill negó con la cabeza, incapaz de ocultar su diversión.

Me bebí el resto de la segunda copa de un trago.

—Mi madre me mataría si —me entró el hipo— me viera así. Y a ti también. —Lo señalé con el dedo.

—Entonces será mejor que sigamos evitándola. —Se rio.

No había visto a mi madre, pero tampoco era raro, con toda la gente que había. Quill apenas le había dado un sorbo a su segundo vaso, así que fruncí el ceño y le di un golpecito al fondo.

—¿Me estás metiendo prisa, Lena? —Sonrió burlón.

Gruñí.

—Oye, eres tú el que quería esta c… —Otro hipido bochornoso—. L-lo siento —dije, nerviosa.

Se rio, y el sonido desencadenó una oleada en mi cuerpo.

—Creo que no me había reído tanto en mi vida —dijo.

—Me alegro de entretenerte —murmuré acercándome un poco más, le di un beso en la mejilla y luego otro en la boca. Me miró con expresión divertida—. ¿Otra? —pregunté sacando el labio inferior.

—Créeme, aunque me encantaría verte borracha como una cuba, no quiero que te sientas fatal mañana. Ya es suficiente por esta noche.

Fruncí el ceño y él me besó en la cabeza.

Era casi medianoche. El festival se prolongó hasta las dos de la madrugada, pese a que la mayoría de las familias ya se habían ido a casa, dejando la fiesta a los adolescentes y a los adultos. La música

empezó a bajar el ritmo, con una melodía tierna y sensual, y Quill y yo volvimos a la pista de baile. En algún momento me había quitado las sandalias y arrastraba los pies sobre la hierba recién cortada.

Nos miramos fijamente a los ojos, y se nos fue desvaneciendo la sonrisa al ritmo de la música. Su piel dorada parecía brillar a la luz de la noche, siempre en contraste con la palidez de la mía. Los ojos ámbar empezaron a llenársele de lujuria cuando descendieron hasta mis labios, y me apretó la cintura con más fuerza.

—Mi madre no dormirá en casa esta noche —le susurré al oído; el vino me infundía coraje líquido. Nunca habría sido tan atrevida estando sobria.

Se apartó, con los ojos muy abiertos. Supongo que a él también le sorprendió mi osadía.

—Vaya, vaya, Florecilla —ronroneó, pasándome la mano por el cuello—. ¿Y qué te gustaría hacer mientras ella no está?

Entonces me di cuenta de que mi valor infundido a base de alcohol no era tan fuerte, cuando me sonrojé al pensar en todo lo que quería hacer con él. Él sonrió y atrajo mi boca a la suya. Por un instante, sentí que flotaba. La música a nuestro alrededor se atenuaba y tarareaba, y la gente fue desapareciendo hasta que nos quedamos solos. Separamos los labios, deslizamos las lenguas una sobre la otra, y el calor de mi entrepierna se intensificó. Se me escapó un pequeño gemido, pero, por suerte, con el volumen de la música nadie lo oyó.

Quill se apartó y me miró con esa maldita sonrisa suya.

Antes de que pudiera decir nada, lo tomé de la mano y lo conduje hasta mi casa.

Llegamos enseguida, y cuando Quill cerró la puerta me giré para mirarlo. El corazón me latía tan rápido que me sorprendía que no lo oyera a punto de salírseme del pecho. Me repasó con la mirada lentamente, luego avanzó hacia mí y me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos. Era altísimo.

Me observó un instante.

—¿Puedo preguntarte algo?

Confundida, asentí.

—¿Por qué tienes tan mala opinión de ti misma?

La pregunta me dejó desconcertada y no supe qué responder.

Después de un momento, contesté:

—He cometido muchos errores en mi vida, conmigo misma y… con los demás.

—No te imagino cometiendo errores tan graves que justifiquen tu falta de autoestima —dijo, y supe por su tono de voz que quería que le contara los detalles.

—Quizá te lo explique cuando tú me cuentes todos tus secretos.

Esbozó una sonrisa y me acarició el labio inferior con el pulgar.

—Mi cruel y hermosa sirena —susurró—. Te quiero.

Me quedé inmóvil, boquiabierta.

Él se sonrojó y tragó saliva.

—No tienes por qué decírmelo…

—Te quiero —me apresuré a afirmar con una sonrisa tímida—. Hace tiempo que quería decírtelo.

Apoyó la frente en la mía.

—Yo también —susurró, y presioné los labios contra los suyos.

Nos quedamos así un rato, besándonos sin prisa, hasta que el deseo fue en aumento y acabamos entrando a trompicones en mi

cuarto.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Lena? —jadeó suavemente entre mis labios.

—Sí —susurré, y me indicó que me diera la vuelta.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Quill se acercó, y la tibieza de su aliento en el cuello me provocó escalofríos por todo el cuerpo. Lentamente, desató el nudo que sujetaba el corpiño del vestido y bajó la diminuta cremallera; me paseó la mano por la espalda desnuda.

—Sabía que estarías muy guapa con este vestido —ronroneó—. Pero no tanto como lo estarías sin él.

Me soltó la coleta, y el cabello me cayó por los hombros desparramándose en ondas cobrizas. Deslizó las manos a la altura de las clavículas y me bajó el vestido por completo; la tela quedó amontonada en el suelo.

Respiré hondo. Debajo solo llevaba ropa interior negra. Sin sostén.

Me acarició los brazos con las manos y comenzó a besarme la nuca. Los escalofríos me recorrieron una vez más, con la espalda apoyada en su pecho y los pezones duros como cimas.

Siguió bajando la mano izquierda, y emitió un gruñido sordo cuando me apretó el trasero.

Continuó repasándome suavemente el contorno del cuello con la lengua. Con la mano derecha me agarró suavemente el pecho antes de seguir bajando hacia la costura delantera de mi ropa interior.

—¿Puedo tocarte? —preguntó con dulzura.

—Sí —susurré.

Ronroneó ante el consentimiento y me metió la mano por dentro de las braguitas; deslizó dos dedos sutiles hasta mi centro con facilidad. Estaba empapada.

—Dioses —susurró, haciendo círculos con ellos sobre el sensible clítoris.

Gemí, con los ojos en blanco y la cabeza apoyada en su pecho.

Sacó los dedos de allí y los seguí con la mirada mientras los subía hasta… sus labios.

Jadeé cuando los deslizó por su lengua, sonriéndome con satisfacción mientras lo hacía.

—Sabes tan dulce —murmuró cuando se los sacó de la boca.

Me agarró la barbilla y me hizo darme la vuelta, y se apoderó de mi boca con un beso profundo y apasionado. Me encantaba la sensación de su lengua contra la mía.

—¿Notas tu sabor, Lena? —arrulló contra mis labios.

Asentí, y me sonrojé aún más cuando sonrió y me besó el cuello, y luego volvió a ahuecar la mano para acariciarme el pecho derecho. Gemí más fuerte cuando me delineó el pezón con el pulgar y luego lo apretó con suavidad.

Se detuvo y dio un paso atrás para contemplar mi cuerpo. Mordiéndose el labio, se arrodilló ante mí y me quitó las braguitas.

Se me entrecortó la respiración, allí de pie, completamente expuesta. Él lo observó todo.

Me miró a través de sus pestañas oscuras.

—Eres la puta perfección. —Se puso de pie y empezó a desabrocharse la camisa, bajando la voz mientras murmuraba—: No te imaginas la de cosas que deseo hacerte.

Cuando tiró la camisa al suelo, me quedé asombrada ante su musculatura. No parecía un adolescente. No, parecía un hombre, un hombre perfectamente esculpido.

Le sonreí traviesa.

—Enséñamela —susurré. Le acaricié con la mano el pecho y el duro abdomen mientras él me miraba con ojos lascivos. Cuando me aparté, empezó a desabrocharse los pantalones, y resistí el impulso de apartar la mirada.

Se bajó los pantalones y la ropa interior, liberando toda su erección, y jadeé de nuevo; el muy cabrón sonrió engreído ante mi respuesta.

Nunca había visto a un hombre desnudo; solo lo había sentido en el estanque. Se agarró el miembro y se lo acarició; su longitud le llegaba hasta el ombligo.

«¿Se supone que eso… debe entrar dentro de mí?».

Bajó la mano y ladeó la cabeza, examinándome con ojos juguetones. Primero dudé, luego lo rodeé con la mano, provocando que él inhalara profundamente y que se le tensaran los músculos del abdomen. Dioses, en mi vida había estado tan excitada.

Le rodeé la espalda con el brazo izquierdo y él me abrazó fuerte mientras yo comenzaba a acariciarlo de arriba abajo. Gimió al rozar

sus labios con los míos de nuevo, y la presión entre mis muslos se volvió insoportable al oír su placer.

Me agarró por las nalgas sin previo aviso, haciéndome chillar cuando me levantó en el aire y luego me tumbó con suavidad sobre la cama. Retrocedió un paso y se quedó mirándome.

—¿Puedo confesarte algo? —pregunté en voz baja con una sonrisa juguetona en el rostro.

Me dedicó una sonrisa divertida.

—Por favor.

Se me aceleró el corazón y apreté las piernas, y me pasé las yemas de los dedos por los pechos. A Quill se le dilataron las pupilas ante la imagen.

—El primer día que me entrenaste; esa fue la primera vez que me toqué pensando en ti.

Le brillaron los ojos y suspiró ante mi revelación. Él se agarró la erección y empezó a masturbarse mientras avanzaba un paso. Se me aceleró la respiración al ver cómo entornaba los ojos, cómo se le marcaban las venas del brazo mientras se daba placer lentamente.

Una sonrisa pícara afloró a su rostro.

—Enséñamelo.

Podría agradecerle al alcohol mi falta de pudor. O tal vez era la forma en que Quill me miraba. Pero no sentí vergüenza alguna cuando deslicé los dedos por mi vientre y los llevé a mi entrepierna.

Empleando tres dedos, empecé a acariciarme el clítoris con movimientos circulares, soltando gemidos entrecortados mientras lo hacía.

—Déjame verte —susurró.

Reprimiendo una sonrisa, levanté las rodillas y abrí las piernas.

A Quill se le oscureció la mirada.

—Joder, Lena —jadeó mientras se acariciaba—. Eres tan hermosa.

Y, por primera vez, lo sentí de verdad. Sonreí mientras aceleraba el ritmo, poniendo los ojos en blanco y respirando cada vez más fuerte a medida que el éxtasis crecía.

Lo oí acercarse y lo miré a los ojos. Él sonrió cómplice y se arrodilló en el suelo; me sujetó las piernas con sus fuertes manos y empezó a besarme los muslos.

—Quill, ¿qué…?

—Sssh.

Siguió besándome, acercándose más y más, hasta que sentí su cálido aliento en mi zona más sensible. Me quedé inmóvil, y entonces me pasó la lengua por el centro. Grité, agarrándolo del pelo con la mano.

«Oh, d…».

Continuó dándome lengüetazos ascendentes, y resistí el impulso de frotarme contra su boca hasta que no pude soportarlo más. Me agarré a él con fuerza mientras él jugueteaba con la lengua alrededor del clítoris, trazando círculos alrededor a medida que la presión aumentaba.

—¡Joder, Lena! ¿Cómo sabes tan bien? —murmuró contra mí antes de seguir arremetiendo con la lengua.

Entonces me introdujo un dedo poco a poco, haciéndome gritar de placer. Empezó a bombearlo adentro y afuera mientras succionaba con suavidad mi sensible protuberancia.

Me miró a través de sus pestañas oscuras, con la boca suspendida sobre mi coño.

—La primera vez que me masturbé pensando en ti fue la noche que nos conocimos —confesó.

No me dio tiempo a responder antes de que volviera a succionarme el clítoris, moviendo el dedo cada vez más rápido. El placer aumentó más y más hasta desbordarme, me temblaba el cuerpo y palpitaba alrededor de sus dedos, gritando su nombre. Se apartó y entonces me presionó con el pulgar, moviéndolo en pequeños círculos hasta que me llevó al orgasmo.

Me dejó jadeando, y, cuando bajé la vista para mirarlo, él sonrió, con los labios tersos.

«Joder, nunca olvidaré esta imagen de él».

Retiró el dedo y se inclinó sobre mí, y yo recorrí con la mirada una vez más su miembro erecto.

—¿Todavía quieres? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondí al instante.

Se mordió el labio y me bajó hasta él hasta casi dejarme con el trasero fuera de la cama; luego se empujó la verga hacia abajo y frotó el extremo en mi hendidura. Arqueé las caderas y gemí ante la sensación. Jadeó cuando empujó con suavidad hacia la entrada.

—Seguramente te dolerá, Lena.

—Lo sé —sonreí—. No pasa nada.

Empujó un poco más, y me estremecí al notar una sensación ardiente.

—Lo siento —susurró—. Dime que pare, y lo haré.

—No lo sientas nunca —susurré, y volvió a empujar hacia dentro.

Se me escapó un grito silencioso y se retiró de nuevo antes de volver a penetrarme.

—Ya casi estamos a mitad, Florecilla —murmuró.

—Entra hasta el fondo —susurré.

—¿Estás…?

—Sí.

Apretó la mandíbula y obedeció, mientras deslizaba toda su longitud dentro de mí.

Grité de dolor y él me escrutó el rostro con preocupación.

—¿Estás bien?

Hice una mueca y solté una risa avergonzada.

—Creo… Creo que sí.

Sonrió con dulzura y me besó la frente antes de continuar, entrando y saliendo despacio. El dolor acabó transformándose en intenso placer cuando volvió a acariciarme el clítoris con el pulgar y la sensación de ardor empezó a remitir.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí, mucho mejor —susurré, con los ojos en blanco a medida que él aceleraba el ritmo.

Sus gemidos eran lo más sexy que había oído en mi vida. Me sujetaba las caderas mientras entraba y salía de mí, cada vez más rápido, el sonido de piel chocando con piel llenaba el aire. No pude evitar gemir con fuerza; era muy intenso.

Quill se apartó, me aupó hasta dejarme completamente tumbada sobre la cama, y se puso encima de mí, retomando el momento. Bajó el cuerpo para abrazarme, y luego continuó con sus movimientos, gimiendo en mi oído. Le rodeé las caderas con las piernas y lo sujeté con fuerza.

—Dioses —jadeó—. Estás hecha para mí.

Ralentizó sus movimientos y apartó la cara para que nos miráramos.

Sus ojos dorados rebotaban ante los míos.

—Te quiero, Lena —dijo en voz baja, y se me derritió el corazón, igual que cuando me lo había dicho antes.

Levanté la mano y lo agarré del mentón.

—Yo también te quiero, Quill.

Le centellearon los ojos, sonrió y me pasó el pulgar por el labio inferior.

—Tienes unos ojos impresionantes. De un verde precioso.

Esbocé una sonrisa.

—¿Los míos? ¿Te has fijado en los tuyos?

Se rio entre dientes y me besó de nuevo, luego se apartó y aceleró el ritmo.

—¡Quill, joder! —gemí.

El placer que sentí fue cegador cuando me atrajo hacia él y se movió dentro de mí con frenesí. La presión volvió a aumentar hasta que grité cuando otro orgasmo se propagó en oleadas por mi cuerpo. Me quedé sin aliento, palpitando alrededor de su polla, comprimiéndola con firmeza a la vez que él se corría. Lo abracé fuerte cuando gimió en voz alta y luego se derramó dentro mí.

Nos quedamos así unos segundos, sudorosos y recuperando el aliento, antes de que él se quitara de encima y se tumbara a mi lado, mirándome. Me giré para mirarlo yo también a los ojos, los dos con una sonrisa en el rostro.

Nunca había imaginado que alguien me amara, ni tener una relación con nadie en general. Nunca me había imaginado intimando con nadie.

Quizá podríamos estar juntos. Quizá incluso podría contarle algún día quién soy en realidad.

—Gracias por dejarme ser tu primera vez —dijo en voz baja—. Y gracias por ser la mía.

Hice una mueca de sorpresa.

—¿Yo también he sido tu primera vez?

Me apartó el pelo de la cara y sonrió.

—Así es.

La idea de que siquiera tocara a otra mujer me daba ganas de quemar edificios, así que saber que me había equivocado al suponer que había estado con otras chicas me hizo besarlo con ternura.

Tiró de mí para que me tumbara sobre su pecho, y con la mano me trazó círculos suaves en la espalda.

—¿Cómo es que pareces tan… experimentado, entonces?

Se rio entre dientes.

—Tener amigos de tu mismo sexo te enseña muchas cosas, cosas que ni siquiera querrías saber.

Lo miré.

—¿Como Edmund y Hendry?

—Hendry. Algunos de mis otros amigos también han perdido la virginidad. Así que supongo que parte de lo que sé viene de ahí.—Se sonrojó—. Pero, en realidad, solo he ido adivinando.

Me mordí el labio inferior.

—Pues has adivinado bien, muy bien.

—Me alegro —sonrió—. Estoy tomando un tónico, para que lo sepas.

Parpadeé.

—Anda, yo también.

Sabía que los humanos creaban sus propios anticonceptivos, pero su tasa de éxito no era lo suficientemente alta como para

arriesgarme.

«Puede que esta sea la primera vez en la vida que agradezco ser maga».

Siguió recorriéndome la espalda con las yemas de los dedos.

—¿Te… te he hecho sentir bien? —pregunté en voz baja.

—Dioses, sí —gimió, y me besó la coronilla.

—Aunque yo…

«No le he correspondido con lo que él me ha hecho a mí…».

Adivinando lo que quería decir, me levantó la barbilla hacia él.

—Todo ha sido perfecto. Podemos intentar otras cosas la próxima vez, si quieres. Pero has estado perfecta. —Me besó la frente y me acurruqué contra él.

—Gracias por venir hoy —dije, y noté que intentaba contener la risa—. No lo decía por esto, bobo. —Le di un pellizco en el costado, y él me lo devolvió—. Nunca he ido a ese festival con nadie más que con mi madre. Ha sido… —Suspiré—. Guay. Espero que tú también te hayas divertido.

—Nunca me había divertido tanto, salvo por esto, claro.—Cesó sus círculos lánguidos y me estrechó con fuerza.

Me costaba mantener los ojos abiertos; el calor de su cuerpo me arrullaba hasta casi quedarme dormida.

—¿Puedes quedarte a pasar la noche? —susurré.

Volvió a besarme la frente.

—Ojalá pudiera…, pero, si no quiero que mis padres me pillen, tengo que estar en la cama antes de que amanezca.

Incliné la cabeza hacia él.

—¿Creen que estás en casa?

—Bueno, mi padre sí. Mi madre lo sabe, pero le dije que estaría en casa a medianoche. —Miró mi reloj, que marcaba la una y cuarenta y tres—. No quiero que se enfade.

Apreté la mandíbula y bajé la mirada.

—¿Qué pasa?

—No quiero que sea un secreto para siempre, Quill —dije en voz baja.

Se quedó callado un momento.

—Yo tampoco quiero que tú lo seas, créeme.

—Sé que dices que no te importa lo que piense tu padre, pero, si es así, ¿no es mejor que me presentes y ya está?

—Es más complicado que eso.

—¿Por qué?

Apretó la mandíbula y me incorporé, cubriéndome el pecho con la sábana.

—Sigues sin querer decírmelo, ¿verdad? —pregunté desconcertada.

—Lena, yo…

Negué con la cabeza con incredulidad y me acosté en mi lado de la cama, de espaldas a él.

—Por favor, no te enfades conmigo —suplicó, y pude oír el dolor en su voz.

—Dices que me quieres…, pero me escondes ante todo el mundo. Ni siquiera sé dónde vives. ¿Tus amigos saben que existo?

Dudó.

—Bueno, es que…

—No mientas —dije con seriedad mientras me volvía para mirarlo.

Suspiró.

—No, no lo saben. Como ya te he dicho, es complicado.

—Bueno, pues explícamelo.

Se quedó callado.

—Quill…

—¡No puedo!

Me estremecí. Nunca me había levantado la voz, y eso hizo que el estúpido labio me temblara.

«Ni se te ocurra llorar, Lena».

Se tapó los ojos.

—Lo… lo siento, Lena. Tienes que confiar en mí.

Quería hacerlo. Me había entregado a él por completo y lo amaba con todo mi ser. Pero algo no… No encajaba. Aunque yo misma vivía una vida secreta, él era mucho más reservado que yo. Algo no iba bien.

Y estaba dispuesta a averiguarlo.



CAPÍTULO DIECISIETE

Quill estuvo abrazándome y jugando con mi cabello hasta que me quedé dormida. Cuando desperté por la mañana, su lado de la cama estaba vacío. Me encontré envuelta entre las sábanas, con la colcha arrebujada alrededor del cuerpo. Un dulce gesto antes de marcharse.

La noche anterior había sido… excepcional. Pero me atormentaba su secretismo; cuando llegara el jueves, lo seguiría hasta su casa. Me daba igual si se enfadaba conmigo.

«Pero ¿cómo haría para que no me pillara?».

Me quedé tumbada en la cama pensando, y entonces surgió la idea: un elixir de invisibilidad.

Había estado practicando con los elixires de sanación y resistencia, pero mi madre y yo nunca habíamos probado el de la invisibilidad.

Aun así, tenía que intentarlo. Iríamos a entrenar, y cuando él me acompañara a casa, me tomaría el elixir y lo seguiría.

Parecía fácil. Aunque no consiguiera respuestas, al menos averiguaría dónde vivía, ya que al parecer tampoco era merecedora de esa información.

Eran poco más de las siete de la mañana, y cuando me dispuse a salir de la cama, recordé que estaba desnuda. Me puse un camisón y me asomé a la puerta.

Silencio.

Mamá debía de estar todavía en casa de Wendi. Fui al baño y me metí en la ducha helada, estremeciéndome de dolor como todas las mañanas.

«Tener agua caliente… debe de ser muy agradable».

Cuando salí del baño, escurriéndome el pelo y con la toalla puesta, mi madre entró con una ceja arqueada.

—¿Y bien? —preguntó mientras colgaba la capa.

Me mordí los labios y aparté la mirada.

—Por todos los dioses —suspiró mientras avanzaba—. Ha pasado, ¿verdad?

—No pienso contarte nada —murmuré mientras me dirigía a mi cuarto.

—¿Cómo fue?

Hice una pausa.

—Increíble. Y ya, no más preguntas —me apresuré a decir mientras me escabullía en el dormitorio.

Cuando volví a la sala de estar, vestida con un suéter, pantalones y el pelo recogido, fui a la cocina, donde se encontraba mi madre preparando el desayuno. Me contó su noche con las chicas y cómo

casi ganó cien monedas de cobre jugando a las cartas. Yo le conté la mía, omitiendo los detalles sexuales. Hubiera sido bochornoso.

Aunque me hubiera gustado tener una amiga con la que poder hablar de estas cosas.

—Quiero aprender a elaborar el elixir de la invisibilidad.

Mamá me miró boquiabierta un segundo y siguió preparando el desayuno.

—¿Para qué lo quieres? Apenas has logrado hacer el de la fortaleza, y eso que es de los más sencillos.

Resoplé, me crucé de brazos y me apoyé en la encimera junto a ella.

—Bueno, yo podría aprender, pero quiero que lo hagas tú.— Respiré hondo—. Quill me oculta algo. No me deja conocer a sus padres. Ni siquiera les habla a sus amigos de mí y, como ya sabes, desconozco dónde vive. Dice que es complicado, pero no me explica por qué.

—Eso siempre me ha parecido extraño —dijo mamá, removiendo las gachas que estaba cocinando—. Entonces ¿cuál es el plan? ¿Piensas seguirlo?

—Sí. Cuando terminemos la clase.

—Pero eso será a las diez de la mañana; el Anillo Interior estará cerrado.

—Si soy invisible, la hora no importa.

Suspiró.

—¿Y si pasa algo?

—¿Como qué?

—No sé —resopló levantando los brazos—. ¿Y si son una familia de asesinos o están involucrados en alguna banda criminal o algo

así?

Puse los ojos en blanco.

—Lo dudo mucho. En cualquier caso, quiero ver con mis propios ojos qué esconde. Tengo que saberlo.



Me pasé la semana aprendiendo a elaborar el elixir de la invisibilidad y preparando más pócimas curativas. De hecho, me resultaba más fácil comprender la magia ilusionista que la de la resistencia, aunque mi poción de invisibilidad solo duraba segundos.

—Necesito algo más que segundos —refunfuñé después de ingerir la mezcla y comprobar que fallaba.

—Lo máximo que puedo conseguirte son unos treinta minutos —gimió mi madre—. Y todavía me pongo nerviosa. No he hecho muchos de estos. Si supiera invocar a un familiar, haría que un pájaro lo espiara o algo parecido. —Se frotó la nuca—. Supongo que la inhibición también me ha impedido aprender muchas cosas.



El miércoles logramos por fin llegar a los treinta minutos. Mi madre y yo lo celebramos, pero para estar segura no salí de casa. No quería que me vieran aparecer de repente a plena luz.

—Te prepararé tres, por si acaso. —Suspiró—. Voy a quedarme muy preocupada.

—Estaré bien. Quill no me haría daño. —Miré al suelo, pensativa —. No sé qué esconde. Eso es lo que me asusta.



Llegó el jueves y todo transcurrió con normalidad; Quill nos ayudó con la entrega de pedidos, entrenamos y estuvimos tonteando como siempre. Yo empezaba a defenderme en el manejo del mandoble y era hábil con la daga. Al menos, eso me parecía. Durante todo el tiempo que estuve con él, sentía el pecho… raro.

Quizá estaba traicionando su confianza, pero ¿qué esperaba?

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —pregunté sin aliento tras la secuencia de movimientos que acababa de ejecutar.

Torció el gesto.

—Porque hoy estás más callada de lo normal.

—¿Eso te parece? Yo creo que no.

Me costaba concentrarme sabiendo que iba a seguirlo, y también porque, desde que lo había visto, había empezado a pensar en la noche del sábado.

Dioses, deseaba acostarme con él ahora mismo. Pero no volvería a entregarme. No hasta saber qué estaba pasando.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó en voz baja.

Bajé la espada.

—¿Por qué iba a estarlo?

Frunció el ceño aún más y me sorprendió ver que desenvainaba la espada.

—Intenta golpearme —ordenó.

—¿Qué? —Retrocedí—. ¿Te has vuelto loco?

—Hace unas semanas me dijiste que querías un combate cuerpo a cuerpo. —Me miró de arriba abajo—. Adelante, intenta golpearme.

Tenía razón, pero así y todo la idea me intimidaba.

—¿Y si te hago daño?

Resopló, y su arrogancia me hizo enarbolar la espada y adoptar una postura de combate.

—Eso es —me elogió.

Blandí el arma sin perder un segundo, y Quill detuvo el golpe con su acero. Las vibraciones me subieron por el brazo y me costó mantener la espada en alto.

—Ni siquiera he empleado toda mi fuerza —se burló, pero su sonrisa mostraba complacencia—. Otra vez.

Retrocedí, me preparé y lo intenté de nuevo. Arremetí, esta vez más abajo, y Quill frenó el golpe con facilidad. Antes de que me lo ordenara, blandí la espada repetidamente, y él bloqueó cada movimiento con el mínimo esfuerzo.

La frustración crecía en mi interior, y grité mientras contraatacaba una y otra vez.

—Lena… —replicó Quill, pero seguí hasta que chocamos las espadas y nos quedamos cara a cara a escasos centímetros de distancia.

Levanté la cabeza para mirarlo fijamente mientras él me examinaba con una mezcla de preocupación y temor.

Me aparté con un gruñido y envainé la espada en mi espalda. Odiaba estar enfadada. Odiaba que no confiara en mí lo suficiente para decirme siquiera dónde estaba su puta casa.

—Sé que estás enfadada conmigo —dijo con cautela.

Me giré para mirarlo y apoyé una mano en la cadera.

—Solo quiero que sepas que estoy… —Sopesó sus siguientes palabras y respiró hondo—. Te lo contaré antes de lo previsto, te lo prometo.

—Ya.

—Lo digo en serio.

El tono y la intensidad de su expresión casi me hicieron creerle. Me atrajo hacia él, me besó y me abrazó con fuerza. Yo dudé, pero le devolví el abrazo con la misma energía.

—Te quiero, Lena. Te quiero —murmuró contra mi pelo.

—Yo también te quiero —susurré.

«Por favor, perdóname, Quill».



Entré en casa y cerré la puerta cuando Quill se marchó. Esperé unos instantes antes de volver a abrirla para asegurarme de que estuviera a una distancia prudencial. Mi madre me dio palabras de aliento y me trasladó su preocupación antes de beberme uno de los elixires de invisibilidad. Me confirmó que funcionaba, y acto seguido abrí la puerta para marcharme.

Me subí la capucha de la capa y empecé a seguirlo con discreción. Los dioses no quisieran que la poción me fallara; con suerte,

ocultaría mi identidad el tiempo suficiente.

Mantuve una distancia razonable mientras Quill seguía avanzando por el Anillo Exterior y subía las escaleras hacia el Anillo Interior. Me cuidé de no chocar con nadie accidentalmente, cosa que me delataría.

Me pregunté cómo sería su casa. Puede que incluso viera a sus padres. Me dijo que no tenía hermanos, pero tal vez fuera mentira.

Contuve un suspiro.

«¿Por qué? ¿Por qué tantos secretos?».

Esperaba que entrara en una de las casas alrededor de la torre del reloj, o quizá en alguna de las más elegantes cerca del Centro. En cambio, se metió por un callejón.

«Qué raro».

Siguió avanzando y giró la cabeza en mi dirección. Se me paró el corazón, pero miró más allá de mí y luego continuó.

Puede que fuera invisible, pero no debía arriesgarme, por si acaso.

El pasadizo era una calle sin salida, donde no había más que setos frondosos y descuidados bordeando la valla blanca que lo cercaba. Me extrañó ver que giraba a la derecha y cruzaba entre los arbustos.

«¿Qué demonios hace?».

Esperé un momento; después me abrí paso entre esas mismas plantas y encontré un sendero secreto tras uno de los arbustos. Quill se dio la vuelta al oír el crujido cuando atravesé la maleza y me quedé inmóvil. Echó un vistazo alrededor y continuó andando.

«Elixir de la invisibilidad, mi fiel amigo».

Caminamos dando grandes zancadas durante unos minutos, sin ver nada más que plantas flanqueando el estrecho sendero, y de

repente él viró, atravesando otro arbusto. Yo también lo hice, y me quedé sin aliento al ver lo que había al llegar al otro lado.

Muros de obsidiana.

Por poco me da un infarto.

«¡Estamos en el Centro! ¡En el castillo! ¿Qué demonios hace Quill aquí?».

Entonces me di cuenta de que lo había perdido. Presa del pánico, miré alrededor. Y cuando estaba a punto de seguir ese camino nuevo tan bien trazado, oí a alguien gritar. Levanté la cabeza de golpe y vi a un guardia real apostado encima del muro.

«¡Mierda!».

—¿Adónde te crees que vas? —exclamó el soldado, apuntándome con una ballesta—. ¡Si te mueves, disparo!

Levanté los brazos temblando, sin saber qué más hacer, y otro guardia bajó del puesto, me sujetó las muñecas con fuerza y me esposó antes de arrastrarme hacia el castillo.

Estaba en un lío; en un lío gordo. No solo por colarme en el Centro…, sino por si descubrían lo que guardaba en el bolso…

Sin pensarlo dos veces, me estrellé con la bandolera cruzada contra el muro de piedra del castillo, haciendo añicos los frascos de los elixires.

—¿Estás loca? No vuelvas a hacer eso o conseguirás que te metan una flecha en la cabeza —susurró el guardia que me tenía retenida.

El tipo me sujetó con más fuerza los brazos y grité; cuando levanté la vista me encontré con su mirada. Parecía joven; bueno, mayor que yo. Tendría unos veinticinco años. Sus profundos ojos marrones me miraban con inquietud, o quizá era preocupación. El

viento le ondeaba el cabello rubio platino, y habría admirado su belleza si no fuera porque estaba cagada de miedo.

—No discutas, no te enfrentes. No sé qué pretendías, merodeando por el castillo, pero, si quieres seguir con vida, no des guerra. —Sus palabras fueron cortantes.

Me temblaba el labio, pero asentí mirando hacia delante mientras subíamos las escaleras laterales del castillo. El guardia de la torre bajó la ballesta con cautela sin dejar de supervisar nuestro ascenso.

Nunca había visto el castillo tan de cerca; parecía aún más grande y siniestro a esta distancia. Intenté calmar la respiración durante el ascenso; los guardias intercambiaban miradas y comentaban cómo me habían capturado. El sudor me corría por la frente y el cuerpo me temblaba descontrolado. Otro guardia se cruzó en mi camino, y abrió una puerta que daba acceso a la fortaleza. Apareció una escalera al entrar y empezamos a subirla. Las antorchas se alineaban en los muros de piedra a medida que avanzábamos a toda prisa, emitiendo una luz tenue e inquietante.

Me llevaban a las mazmorras.

Un guardia de más edad hablaba con uno de sus compañeros cuando me miró a los ojos brevemente, y luego se dirigió al soldado que me acompañaba.

—¿Dónde la has encontrado, Torrin? —El hombre casi se rio, pero Torrin lo ignoró mientras me conducía al calabozo.

Me empujó con suavidad para que entrara y me giré para mirarlo. Seguía temblándome el cuerpo.

—Te quedarás aquí hasta mañana, cuando la reina decida tu castigo. —Juraría que la compasión le brilló en los ojos. Me quitó la bandolera empapada; solo contenía elixires rotos y monedas de

cobre. Supe que no volvería a verla—. Buena suerte —susurró, y luego cerró la puerta, dejándome sola en la fría y oscura celda.

Las pequeñas ventanas con barrotes, una en la pared del fondo y la otra en la puerta, eran las únicas entradas de luz. Ambas eran demasiado pequeñas para escapar.

Me quedé bloqueada, sin acabar de creer lo que acababa de pasar.

—¡Espera! —exclamé.

El tal Torrin se asomó por la abertura de la puerta de la celda.

—Mi… mi madre se preocupará muchísimo si no vuelvo a casa. ¿Puedo enviarle una nota? ¿Para decirle que estoy bien?

Torrin no respondió y se marchó.

Permanecí de pie un minuto antes de empezar a sollozar, y luego me dejé caer en la cama de piedra, si es que se le podía llamar así. Enterré la cara entre las manos.

«¿Qué he hecho? ¿Qué harán ahora conmigo, o con mi madre?».

No tenía ni idea de cuál sería el castigo por colarme en el Centro, pero sabía que hacerlo en el Anillo Interior comportaba una sanción cuantiosa. Una parte de mí esperaba que solo fuera cuestión de dinero, aunque nos quedaríamos sin nada. No podíamos permitirnos pagar la multa por intrusión en el Anillo Interior, y era de esperar que la del Centro fuera aún más elevada.

Y eso suponiendo que el arresto no conllevara otro castigo. Nunca había visto que condenaran a muerte a ningún ciudadano del Anillo Exterior por estar en el Anillo Interior después del toque de queda. Pero estaba tan cerca del castillo cuando me capturaron… ¡Si ni siquiera sabía dónde iba!

Cuando dejé de sollozar, me quedé hecha un ovillo. Como era de día, tendría que pasar más horas retenida allí. Tenía que pensar y buscar alguna excusa.



En algún momento me dormí llorando. Cuando Torrin volvió a la celda, me desperté sobresaltada y empecé a temblar de nuevo. Me froté los ojos y miré por la diminuta ventana de mi celda, y, aunque el sol seguía brillando, casi se había puesto, lo que significaba que serían alrededor de las ocho de la tarde. El estómago me rugía porque llevaba todo el día sin comer.

«A lo mejor la reina me reconoce… A lo mejor me perdona».

Pero ¿qué podía alegar? ¿Que estaba siguiendo a mi novio misterioso y que no era mi intención entrar en el Centro? Como si alguien fuera a creerme. A pesar de que llevaba horas retenida allí, no se me había ocurrido ninguna excusa válida.

Torrin me trajo una bandeja con comida: un sándwich, una manzana, un bollo y un vaso de agua. Lo miré con extrañeza.

—Parece una comida demasiado buena para una prisionera— murmuré.

—Toma —dijo, entregándome un pergamino. Lo alcancé, y luego me dio una pluma y un tintero con tapa—. Obviamente leeré lo que quieras que envíe.

Dudé. ¿Qué debía decir? Si le contaba que me habían hecho prisionera, eso no la tranquilizaría. Pero, si no le decía nada y me condenaban a muerte, nunca me lo perdonaría. Aun así, no podía

arriesgarme a que viniera hasta aquí y usara su magia para liberarme.

—¿Qué probabilidades tengo de que me condenen a muerte?— susurré.

Torrin arqueó una ceja.

—No te condenarán a muerte a menos que cometas alguna insensatez. Como estamparte contra las paredes para liberarte, o cosas por el estilo.

Fruncí aún más el ceño.

—¿Y de que me condenen a prisión?

Se cruzó de brazos.

—No sé cuál será tu castigo.

Miré el papel y empecé a escribir.

Mamá:

He conocido a la familia de Quill. Sin querer, se me ha pasado la hora del toque de queda y me han ofrecido amablemente quedarme en su casa a dormir. Por favor, no te preocupes. Te veré por la mañana.

Con cariño,

LENA

Le entregué la nota a Torrin, que la leyó. Le expliqué dónde estaba mi casa y vi que llamaba a un guardia para entregarle mi mensaje.

—Haré que lo envíen —prometió—. Descansa, Lena.

Parpadeé al oír mi nombre y bajé la vista con lágrimas en los ojos mientras cenaba.



¿Lena?

No podía abrir los ojos, pero me alivió escuchar la voz. Me sentí más despierta que las otras veces que nos habíamos comunicado.

Kayin, ¿eres tú?

¿En qué lío te has metido?

La ligereza del comentario me molestó.

Estoy en una celda, por si no lo sabes.

¿Escabulléndote para ver a tu amante?

Noté que fruncía el ceño.

¿Lo conoces?

Yo sé muchas cosas, y no tienes por qué preocuparte. Mañana estarás bien.

La esperanza me floreció en el pecho. Pero aun así…

¿Cómo lo sabes?

Confía en mí. Intenta descansar, Lena.



Amaneció, y Torrin me saludó con un breve «buenos días» cuando vino a buscarme a la celda. No habló mientras me guiaba por otra

escalera de piedra que conducía a la parte principal del castillo. Sentía los ojos hinchados, como tantas otras veces en mi vida en las que había llorado hasta quedarme dormida.

A pesar de que el exterior del Castillo La'Rune era oscuro y de estilo gótico, el interior era casi todo blanco, con los suelos de un mármol hermoso.

—¿Sabes si llegó mi nota? —pregunté en voz baja.

—Sí.

Nos detuvimos frente a una gigantesca puerta negra, fácilmente cuatro veces más alta que yo.

Torrin me apretó el brazo.

—No cometas ninguna insensatez.

—Ya me lo dijiste ayer. —Me tembló la voz al hablar y me giré hacia él con el ceño fruncido—. ¿Por qué me ayudas?

Me miró a los ojos.

—Es mi amigo.

No pude más que parpadear ante el comentario, y, antes de que pudiera responder, Torrin abrió las puertas y entramos en la sala del trono. Nuestros pasos resonaban en la amplitud del espacio abierto.

Frente a mí estaba la reina Ryia sentada en un trono negro elevado y con la cabeza apoyada en la mano. El trono a su izquierda estaba vacío; el rey no estaba presente. Un puñado de soldados custodiaban la sala, y algunos se desplazaron para bloquear la puerta por la que habíamos entrado.

No pude apreciar con detalle las cortinas de terciopelo azul que colgaban en el muro izquierdo, ni la pared de ventanales que iban del suelo al techo, ni el suelo de mármol, que había pasado de negro a blanco a medida que avanzábamos. No, no tuve oportunidad de

reparar en ningún elemento de la sala desde el momento en que me percaté de quién estaba junto a la reina con las manos detrás de la espalda.

«Quill».



CAPÍTULO DIECIOCHO

Se quedó pasmado al verme, igual que yo.

«¿Qué demonios hacía Quill junto a la reina? ¿Quién era? ¿Un espía? ¿Un criado?».

No, no era un criado. Iba vestido de negro riguroso con detalles en oro. Su atuendo era incluso más refinado que los que solía llevar. El cabello negro, casi siempre desgreñado, lo tenía peinado hacia atrás con pulcritud, salvo un mechón que le caía por la frente. Miré más arriba de su cabeza y vi algo que me extrañó no haber visto de inmediato.

«Una… corona».

Sentí que iba a desmayarme. Estaba totalmente desconcertada. La reina abrió los ojos de par en par y miró a Quill, que apretó la mandíbula.

—Capturaron a esta chica merodeando por el ala oeste del castillo… —comenzó a explicar Torrin.

—Torrin, por favor, llévate al resto de la guardia y déjanos con la muchacha.

Un soldado a nuestra izquierda protestó.

—Pero, Majestad…

—Esta niña no va a hacerme nada. No me cuestiones. Vete— ordenó con frialdad.

Torrin me apretó ligeramente el brazo antes de marcharse. El eco de pasos alejándose fue el único ruido en el salón hasta que la puerta se cerró con un sonoro clic. Nos quedamos solos la reina, Quill y yo. No podía controlar la tiritona. No alcanzaba a imaginar cuál sería mi castigo, y menos con lo que tenía enfrente.

—Bueno, Lena, qué alegría volver a verte —dijo la reina con una sonrisa y un tono que parecía auténtico—. Silas me ha hablado mucho de ti.

Me quedé petrificada, mirando fijamente a Quill. Él seguía boquiabierto y con la respiración entrecortada. La reina lo miró, y al notar su reacción se le desvaneció la sonrisa.

—¿Es que… no se lo habías dicho todavía?

Él la miró de reojo, con expresión de culpabilidad en el rostro, antes de volver a mirarme con fijeza.

—No… No entiendo… —logré decir.

Pero sí que lo entendía. No entendía por qué, en absoluto. Pero entendía la mera realidad.

No era de Quill Callon de quien me había enamorado, sino de Silas La'Rune, el príncipe de Otacia.

El salón empezó a dar vueltas y sentí que me mareaba. Había considerado contarle algún día a Quill quién era yo; lo que era, más bien. Dioses, qué error habría cometido…

La reina se puso seria.

—Llévala a tu cuarto. Y después, cuando hayáis terminado de hablar, sácala a escondidas por donde vino. Me aseguraré de que no haya guardias.

Él asintió e hizo ademán de acercarse a mí. Pero yo retrocedí un paso y él se detuvo en seco.

—Lena, yo…

—¡No! —grité, con lágrimas en los ojos—. No pienso ir a ningún sitio contigo.

Le tembló el labio y se puso colorado.

—Por favor, déjame explicártelo… —suplicó.

Me rompió el corazón verlo así. Pero estaba demasiado enfadada, demasiado conmocionada como para reaccionar de otro modo.

—Has tenido tiempo para hacerlo. —Dirigí la mirada a la reina—. Majestad, si no hay cargos, quisiera que me escoltaran hasta mi casa.

—¿Lena? —rogó Silas, acercándose.

Retrocedí otro paso y miré esos ojos dorados. Era consciente de que estaba dolido, y también que no quería hacerme daño.

¿O sí? No sabía nada de él. No había querido que supiera que era el príncipe, que supiera quién era realmente. Pero ¿por qué? Si hasta la reina Ryia parecía sorprendida de que no me lo hubiera dicho.

No quería que me lo explicara ni quería escucharlo. Quill no era real. Haber estado tan cerca de contarle mi secreto me ponía

enferma; mi secreto, al hijo del líder que odiaba a mi gente más que nadie, que habría condenado a mi madre y a mí misma.

«¿Cómo he podido ser tan idiota?».

Me pareció que la reina me miraba con decepción. Tenían al príncipe aislado del reino; cualquiera que tuviera la suerte de estar ante él seguro que le besaría los pies. Y aquí estaba yo, una vez más siendo irrespetuosa.

Me daba igual. Quería estar donde fuera menos aquí.

—De acuerdo. —La reina se levantó y yo me erguí. Se acercó a mí con paso lento, arrastrando por el suelo de mármol su vestido azul oscuro de manga larga—. Te llevaré con los guardias. Silas, ve a prepararte para tu entrenamiento.

Lo miré por encima del hombro.

Su entrenamiento. Con razón era tan diestro. Se decía que la instrucción del príncipe era estricta. No tenía sentido que un adolescente que entrenaba para ser guardia fuera tan avezado como él.

Me miró con pesar y articuló un «lo siento».

Me temblaba el labio cuando aparté la mirada.

«No pienso llorar».

Seguí a la reina hasta que cruzamos las inmensas puertas dobles, que se cerraron con brusquedad a nuestra espalda.

—Está enamorado de ti, espero que lo sepas —dijo la reina en un susurro mientras bajábamos las escaleras.

La miré brevemente antes de bajar la vista al suelo.

—Yo también lo amo —musité—. Por eso ya no puedo seguir viéndome con él.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Pues porque es el príncipe. Y yo soy… yo.—Se me saltaron las lágrimas y me apresuré a secármelas. Me sorprendió lo cómoda que me sentía hablando con ella. Pero Ryia siempre transmitía una energía que parecía… auténtica—. No saldría bien, y vos también lo sabéis.

Avanzamos un paso más y aparecieron los guardias.

—Te sorprendería lo que la gente es capaz de hacer por sus seres queridos… a pesar de todo —dijo con solemnidad.

La miré de nuevo, y su mirada me hizo preguntarme si de alguna manera se identificaba con nuestra situación. Abrí la boca para responder, pero la reina se adelantó, llamando la atención de un guardia cercano.

Torrin.

—Por favor, escolta a esta ciudadana de vuelta al Anillo Exterior.



Torrin me acompañó más allá de la puerta principal hasta las escaleras que conducían del Centro al Anillo Exterior. Aún no había extralimitado el toque de queda, pero igualmente me acompañó. La mayor parte del trayecto fue un borrón, con tantos pensamientos dándome vueltas en la cabeza que sentí que estaba en una especie de sueño febril. Nada tenía sentido, pero todo lo tenía.

—Considero a Silas amigo mío —dijo Torrin en voz baja al llegar a mi cabaña.

Lo miré al instante.

—¿Te ha hablado de mí?

Hizo un gesto negativo.

—No, pero una vez lo pillé escabulléndose del castillo. Me extrañó que nadie más pareciera verlo. —Se pasó una mano por el pelo rubio platino, que le caía desordenado sobre la frente, y el resto justo por debajo de la mandíbula—. Decidí seguirlo, y fue entonces cuando vi…

Se me salieron los ojos de las cuencas.

—¿No nos verías…?

—¡No vi nada inapropiado! —Se sonrojó y negó con la cabeza—. Os vi a los dos en ese parque tuyo. Tumbados, comiendo dulces. Entonces entendí por qué estos últimos meses parecía tan… feliz. —Torrin cruzó los brazos—. Nunca se lo he dicho ni a él ni a nadie. Pero te reconocí enseguida. Aunque parece que le ha hablado de ti a la reina.

No sabía qué decir, así que asentí.

—Es peligroso que se escabulla así —añadió.

—¿Para él o para mí?

—Puede que la reina esté de tu lado, pero el rey es otra historia. —Se acercó, me agarró del brazo y me susurró al oído—: Sé lo que eres, Lena Daelyra.

Un hormigueo me recorrió el cuerpo; me apretó el brazo más fuerte antes de continuar:

—Mantén las cortinas cerradas cuando practiques magia. Nunca se sabe quién está mirando. —Se apartó y me miró fijamente a los ojos —. Soy como tú.

No podía responder. Me faltaba el aire.

«Lo sabe. Un guardia otacio sabe que soy maga».

—Estaremos en contacto —dijo Torrin antes de irse, y, cuando abrí la puerta de mi casa, mi madre corrió llorando hacia mí.

—¡Lena! ¡Dioses! ¿Dónde te habías metido? ¡Pensé que te había pasado algo! Esa nota… —exclamó, estrechándome entre sus brazos.

Eso bastó para que me derrumbara y me echara a llorar. Ella se apartó, preocupada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, sosteniéndome el rostro.

Y entonces se lo conté todo.



CAPÍTULO DIECINUEVE

SILAS

«No puedo creer que me siguiera».

Empecé a desvestirme en mis aposentos para equiparme con la ropa de entrenar. Me pasé los dedos por el pelo tras ponerme la túnica y las calzas, deseando escapar de allí para ir a ofrecerle mis explicaciones.

«Seguro que ahora me odia».

Me senté en la cama y empecé a calzarme las botas de cuero cuando oí que llamaban a la puerta. Sabía que no sería ella, pero no pude evitar que se me revolviera el estómago con esa esperanza.

—Pasa —murmuré.

La puerta se abrió lentamente y entró mi madre.

—Bueno, podrías haberlo hecho mejor. —Cerró la puerta tras ella y se cruzó de brazos—. ¿Por qué no se lo has dicho, Silas? Creí que ibas a hacerlo hace semanas.

Suspiré y me calcé la otra bota.

—Iba a hacerlo, pero… —Se me fue apagando la voz—. Nunca encontraba el momento adecuado. —Negué con la cabeza y me mordí el labio—. No soporto tener que esperar para verla. Tiene que estar furiosa conmigo.

—Sí, lo está —dijo mi madre en voz baja, descruzando los brazos —. Pero ella te ama, hijo.

—¿Cómo lo sabes? —murmuré.

—Porque lo sé. —Se acercó y se sentó a mi lado en la cama—. No estaría de más que le dieras tiempo para que lo asimile y se le pase el enfado.

Mi madre era siempre tan perspicaz; siempre sabía cómo y cuándo hacer las cosas. Aun así, suspiré.

Hace menos de tres meses, mi madre me hizo una propuesta: salir a hurtadillas del castillo una mañana y poder ver por fin parte del reino. Desde niño, desde que secuestraron y asesinaron a mi hermana Aria, he vivido encerrado en este odioso castillo.

Me vino bien empezar con el entrenamiento. Aprendí el arte de la espada y otras formas de lucha junto a futuros soldados, y allí conocí a mis mejores amigos, Edmund y Hendry, y a uno de mis mayores referentes, Torrin.

Aunque tenemos una relación cercana, no puede compararse con la conexión que tengo con Lena. Edmund, Hendry y Torrin aún me ven como un príncipe. Como un miembro de la realeza, como alguien diferente a ellos. Pero Lena no. Nunca se había contenido, nunca había agachado la cabeza y, desde luego, nunca se había mordido la lengua. Me encantaba.

Por eso no había querido decírselo. No quería que nada cambiara entre nosotros. Ahora que me había pillado en esta mentira, no sabía cómo recuperar su confianza. Y tenía que esperar una semana entera para volver a verla.

Enterré la cara entre las manos.

—Sé que quieres ir con ella, Silas, pero créeme, será mejor que esperes.

—Sigo sin entender por qué te parece bien todo esto —dije en voz baja, y luego apoyé las manos en los muslos—. La realeza debe casarse con la realeza. Eso es lo que se me ha dicho toda la vida. Que, cuando sea mayor de edad, princesas de todo Tovagoth vendrán con sus familias a ofrecer alianzas para fortalecer nuestro reino y conseguir más riqueza, más poder, más tierras; tú también me lo dijiste una vez.

Había mantenido a Lena en secreto durante mis primeras visitas al Anillo Exterior, y desde luego no le había contado a mi madre que había salido de los muros del castillo. Le rogué que me dejara salir de nuevo cuando llegué a casa aquel primer día, y esa fue la única vez que se mostró firme en que no volviera a ocurrir. Accedió al día siguiente. Y para mi sorpresa, cuando finalmente le confesé lo de Lena, que salía del castillo, lo del entrenamiento, todo eso, ni siquiera se enfadó. Nunca tuvo sentido.

—¿Qué cambió? —Me giré para mirarla con atención—. Ese primer día pensé que sería el último. Incluso cuando te hablé de Lena y te conté que solo era una amiga, no pareció importarte. Simplemente va en contra de todo lo que se me ha dicho. Y me alegro mucho, pero eso no lo hace menos desconcertante.

Me dedicó una suave sonrisa y me puso una mano en la mejilla.

—Es una de esas cosas que están predestinadas.

Le devolví la sonrisa y me costó no poner los ojos en blanco.

—Nadie sabe si algo está predestinado.

Exhaló una risa por la nariz, se levantó y se alisó el vestido.

—Ve al patio a entrenar. A Torrin no le gusta que llegues tarde.

Salió por la puerta sin darme opción a hacerle más preguntas.



El patio estaba lleno de futuros soldados de entre doce y diecisiete años. No obstante, mi entrenamiento individual comenzó mucho antes. El hombre del que tomé mi nombre ficticio empezó a entrenarme cuando yo tenía cuatro años. Con espadas de juguete, claro. Cuando se marchó, me adiestraron los mejores hombres de nuestro ejército. Como no tenía vida social, ni de ningún otro tipo, consagré mis días a la práctica. Era mucho más avanzado que cualquiera de los chicos de aquí cuando empecé a los doce años, pero, aun así, me parecía que entrenar con ellos era lo más honesto.

Caminé hacia donde estaba Hendry Bonnevau, con sus bronceados brazos cruzados, escuchando lo que le decía uno de nuestros otros soldados en prácticas, Roland Aubeze. Roland era un año menor que Edmund y yo, pero tenía mucho potencial.

Roland me vio acercarme e hizo una reverencia, y levantó las comisuras de los labios antes de alejarse. Casi siempre era sarcástico y simplón, pero, como la mayoría de la gente, sentía que tenía que ponerse una máscara delante de mí.

—¿Dónde está Edmund? —pregunté mientras lo buscaba por el patio.

—Conociéndolo, seguro que corre hacia aquí porque se ha quedado dormido otra vez. —Miré a Hendry, que me sonrió, desviando la mirada de sus ojos desparejados, uno marrón oscuro y el otro azul claro. Seguí su mirada y, efectivamente, nuestro amigo rubio subía corriendo las escaleras, sin aliento. Saludó a Torrin cuando pasó a toda prisa por su lado. Unos segundos más y habría llegado tarde.

—Justo a tiempo —resopló con una sonrisa y se agachó para recuperar el aliento—. Me he quedado dormido sin querer.

—Dioses, Edmund, eres demasiado predecible —resopló Hendry—. Me resultaría incómodo tener que castigar a un amigo.

Hendry tenía un par de años más que nosotros y, como no estábamos en guerra, estaba destinado aquí para entrenar a los soldados más jóvenes. Era extraño tenerlo en un puesto de liderazgo, aunque supongo que siempre nos estaba enseñando cosas, incluso antes de su ascenso.

Torrin subió las escaleras y miró a Edmund con desaprobación.

Torrin Brighthell era uno de los mejores hombres de nuestro ejército. Si bien se le había confiado la protección de la familia real, también supervisaba la instrucción de nuestros soldados aprendices. A pesar de tener solo veinticinco años, había ascendido de rango con rapidez.

—Edmund Estielot. Casi llegas tarde otra vez, por lo que veo. —Aquel se frotó tímidamente la nuca—. No puedes aspirar a convertirte en soldado otacio si tus hombres no confían en que alguna vez llegues a tiempo a algún sitio.

Edmund apretó los labios y asintió.

—Entendido, señor.

—Empieza el calentamiento matutino. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Nos dividimos en los grupos habituales. Las sesiones de calentamiento eran bastante similares a las que le enseñé a Lena. Torrin dirigía mi grupo y el de Edmund, formado por chicos de dieciséis años en adelante; Rurik, uno de los generales del rey y el mayor de aquí, con cuarenta años, se encargaba de los de entre trece y quince. Hendry ahora enseñaba a los nuevos reclutas.

Apenas habían pasado unos minutos de calentamiento cuando un ruido fuerte y nauseabundo me hizo girar la cabeza de golpe. Inclinado sobre sí mismo y sujetándose la cara estaba Roland, a quien le brotaba sangre de la nariz. Tenía encima a tres chicos de su grupo. Había tantos reclutas que ni siquiera me sabía sus nombres, pero aparentaban tener quince años, como Roland.

—¿Has tenido suficiente, muerdealmohadas? —espetó el rubio mientras sus otros dos amigos se reían.

A Roland le ardían los ojos color avellana cuando se limpió la nariz con el antebrazo; en cuanto se incorporó, recibió una patada del chico de pelo castaño que estaba a su lado. Rurik se limitó a observar.

—¿No vas a detenerlos? —le exigió Hendry al soldado de más edad, que se encogió de hombros con cierta diversión.

—Si el muchacho es un… muerdealmohadas, como dicen, quizá necesite una paliza para recordarle que no debe ir pregonando su desviación. No se puede luchar en guerras con eficacia si tus hombres temen… —Miró a Roland disgustado—. Bueno, ya sabes.

Cerré los puños al oír sus palabras, y, justo cuando el rubio iba a asestarle otro puñetazo a Roland, me adelanté y lo agarré del cuello, haciéndolo salir despedido hacia atrás y estrellarse contra el cemento. Me miró estupefacto mientras yo lo fulminaba con la mirada, y sus amigos me devolvieron la misma expresión. Edmund se apresuró a ayudar a Roland a ponerse de pie.

—Ninguno de vosotros volverá a tocar a Roland, ¿entendido? —Me giré hacia Rurik, que me miraba con los brazos cruzados y los ojos entornados—. Y me encargaré de que te reemplacen por tu incompetencia y falta de profesionalidad.

Me temblaban los puños, pero mantuve la voz firme. Nunca había dado una orden como esta, nunca había hecho uso del poder. Pero ver que trataban mal a mi amigo, y después de todo lo que había pasado con Lena…

Mi padre siempre tenía la última palabra. Pero con suerte me escucharía al tratarse de Rurik.

—Roland entrenará con Torrin —ordené.

Sentí que Roland me observaba sorprendido, y, cuando lo miré a los ojos, me asintió a modo de agradecimiento. Rurik me miró incrédulo y, sin darle opción a réplica, salí escopetado hacia el castillo. Oí que la puerta se abría tras de mí, pero estaba demasiado enfadado para darme la vuelta y ver quién era. Una mano me agarró del hombro unos pasos después y, cuando me giré, vi que era Torrin.

Me lanzó una mirada reprobatoria con aquellos ojos oscuros, pero yo lo ignoré y seguí caminando. Torrin me siguió.

—No necesito que me sermonees, Torrin. Ese cabrón no debería estar en el campo de entrenamiento si permite que esas cosas ocurran. Podrás encargarte de un chico más.

—No estoy en desacuerdo con vos, Alteza.

Me detuve y me giré con expresión escéptica. Torrin tenía los brazos cruzados, pero me sonreía radiante.

—He visto a nuestro futuro rey hace un momento en ese altercado. Has progresado mucho. Estoy orgulloso de ti.

Parpadeé.

—Gracias.

Me dio una palmadita en el hombro y luego se giró para marcharse.



Fui directo a ver a mi padre después de lo ocurrido con Rurik.

—Rurik es uno de mis mejores generales —dijo mi padre furioso. A mi madre se la veía nerviosa sentada a su lado—. ¿Crees que es prudente ponerme en evidencia y dar órdenes como si fueras el rey?

Mi madre me lanzó una mirada de advertencia. «Sé respetuoso», decía siempre.

Me aclaré la garganta.

—No quería avergonzaros, Majestad.

Desde pequeño, mi padre insistió en que me refiriera a él como «Majestad» en lugar de «papá». Consideraba que era respetuoso, ya que así era como él se dirigía a su padre.

—Rurik se ha comportado de forma inaceptable y…

—¿Quién eres para opinar sobre cómo un general, con mucha más experiencia que tú, instruye a nuestros soldados?

Me estaba poniendo a prueba. Seguro que no quería que me acobardara. Si algún día iba a ser rey, tenía que ser como él.

El problema era que no me parecía en nada a él.

Se me aceleró el corazón.

—No respeta a uno de nuestros futuros soldados. He planteado una solución para cambiarlo a nuestro grupo de entrenamiento.

—Si esa era la solución, ¿por qué lo has amenazado con destituirlo del puesto?

Me temblaban los puños a ambos lados.

—¡Porque no creo que se lo merezca! —grité.

Mi madre se tapó la boca con la mano y supe que había metido la pata.

—¿Merecerlo? —gruñó el rey, levantándose del trono. El cabello negro y la piel bronceada eran prácticamente lo único que teníamos en común; la crueldad que irradiaba nunca la había querido para mí —. Tú sí que no has hecho nada para merecer absolutamente nada más que salir del vientre de tu madre.

No pude hacer más que esperar la bofetada que me dio en la cara con el dorso de la mano. Me escoció, pero no demostraría debilidad llevándome la mano a la zona. Mi padre se acercó y me habló al oído.

—Acaba tu entrenamiento y demuestra tu valía en el campo de batalla; luego podrás empezar a dar órdenes. Pero hasta entonces serás el niñito obediente que todos saben que eres.

Miré al suelo, clavándome las uñas en las palmas. Me costó horrores ocultar el desprecio en el rostro.

—¿Me he expresado con claridad? —añadió con un grito.

—Sí, Majestad —respondí.

No levanté la mirada hasta que abandonó el salón del trono y, cuando miré a mi madre, las lágrimas le resbalaban por la cara.



La semana transcurrió igual de lenta que de costumbre. Por suerte, Roland pudo entrenar con Edmund y conmigo bajo la tutela de Torrin. Sin embargo, Rurik conservó el puesto, y me resultaba imposible ignorar sus miradas de odio en cada sesión. Me había ganado mi primer enemigo, aunque a veces sentía que mi padre también lo era.

Era jueves por la mañana. Había esperado y temido este día. Iría a ver a Lena y rezaría a los dioses para que me diera la oportunidad de explicarme. Esperaba que esta semana hubiera tenido tiempo de aclararse las ideas.

Fui por el camino habitual, con el corazón latiéndome acelerado. Me detuve frente a la cabaña de Lena y respiré hondo antes de llamar a la puerta.

Al cabo de un momento, Minerva abrió la puerta vacilante, asomando apenas la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—No deberíais estar aquí, Alteza —susurró, echando una ojeada al vecindario.

Era demasiado temprano para que hubiera gente por la calle.

—Por favor —supliqué—. Necesito verla. Quiero explicárselo.

Minerva me observó un momento, mordiéndose el labio inferior.

—Esto solo puede acabar en sufrimiento —dijo en voz baja.

Le dediqué una sonrisa triste.

—¿Acaso no es ese siempre el riesgo cuando se trata de amor?

Entreabrió ligeramente la boca y, tras unos instantes, asintió.

—Lena está en el río —dijo, señalando con el pulgar hacia atrás.

—Gracias —respondí con una reverencia y me dirigí al río que discurría por la parte trasera de la propiedad. Por lo que había visto estos últimos meses, este río bordeaba la mayor parte del límite del Anillo Exterior.

El terreno a espaldas de la propiedad se extendía unos seis metros antes de descender por una colina, y allí sentada, con las rodillas pegadas al pecho lanzando piedras al agua, estaba Lena. El cabello, de un naranja radiante bajo el sol de la mañana, lo llevaba recogido en una trenza. Era evidente que, aunque había dicho que no quería verme, podría haber estado en la cama o con sus entregas. En cambio, me estaba esperando. Así que bajé hasta ella.



CAPÍTULO VEINTE

LENA

Me había mentido, todo este tiempo.

Había pasado una semana y aún me costaba entenderlo. Lanzaba guijarros al río que pasaba por detrás de mi casa y observaba cómo formaban ondas.

Hoy vendría. Aún no tenía claro qué le diría. Sabía que no podía estar con él, pero no anhelaba más que estar a su lado.

Y luego estaba el asunto de Torrin. ¿Cómo había logrado un mago ascender en las filas de la guardia real? Dijo que era amigo del príncipe, pero Quill solo me había mencionado a Edmund y a Hendry.

Después de lanzar unas cuantas piedras más, con los pensamientos disparados en mi mente, sentí que alguien se acercaba por detrás, y al darme la vuelta vi a Quill. Me observaba

con las manos en los bolsillos de sus pantalones negros y una expresión sombría en el rostro.

«Silas. Se llama Silas».

Me volví de cara al río y lancé otro guijarro antes de abrazarme más las piernas.

—Vete.

Oí sus pisadas acercándose.

—He dicho que te vayas —repetí.

Se sentó a mi lado, me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él. Sabía, igual que yo, que lo último que quería era que se fuera.

No pude evitar que me temblara el labio y que las lágrimas afloraran, y un momento después rompí a llorar. Me estrechó más y, mientras lloraba y lloraba en su pecho, me acarició la cabeza, deslizando los dedos por mi cabello.

—Lo siento muchísimo, Lena. No quería mentirte… —dijo con un tono tan lastimero que me rompió el corazón.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? —exclamé, levantando la cabeza para mirarlo—. ¿Por qué? ¿No confiabas en mí? —Sabía que era una hipócrita por decir eso, pero no pude evitarlo.

—No, no es por eso en absoluto. —Me puso una mano en la mejilla y luego respiró hondo—. Mi madre me dejó escaparme un día. Se suponía que sería un único día. —Me secó las lágrimas con el pulgar y luego me sujetó la cara con ambas manos—. Además, se suponía que solo iría al Anillo Interior, no al Exterior, y desde luego no saldría del reino. La idea era que experimentara y viera una parte de Otacia, permitirme saborear brevemente la libertad que tanto deseaba.

»Y entonces te vi. —Sonrió con dulzura y me rozó el labio inferior con el pulgar—. ¿Y sabes lo que pensé? Cuando vi cómo te tiraban al suelo, sí, mi primer instinto fue correr a protegerte. Di por sentado cómo serías: una chiquilla pequeña e inocente, incapaz de defenderse. Quizá otra más que babearía por mí. —Levantó las comisuras de los labios—. Entonces te vi sacar la daga y apuntar en el cuello a esa chica. —Soltó una risita—. Dioses, esa mirada en tus ojos. En ese momento, no te acobardaste, ni te empequeñeciste, ni te quebraste. —Su risita se convirtió en una enorme sonrisa—. Eras una sirena. Hermosa, peligrosa y absolutamente fascinante. Así que me pregunté: ¿quién es esta fiera y cómo puedo acercarme a ella? La gente de ahí arriba —dijo, señalando hacia el Centro— es tan superficial… Las conversaciones son deprimentes. La mayoría de la gente es… desalmada.

Me miró intensamente con sus ojos preciosos.

—No vine a ayudarte. Vine a saborear algo de realidad. Y no podía creer lo poco que te valorabas. Cómo era posible que no vieras que eres la persona más especial de este maldito reino. Vi que llevabas una máscara, ocultando tu verdadero yo, porque tenías miedo de mostrar tu esencia. Era algo con lo que me identificaba. Pero por eso disfrutaba provocándote… Disfrutaba sacándote de quicio. Porque veía que esa esencia asomaba, suplicando salir. Y yo me enamoré de cada gota de ella.

Sentí que me ahogaba aún más, los ojos me escocían y no podía contener las lágrimas.

Sin soltarme la cara, me besó las lágrimas, y su mirada dorada me quemó cuando se apartó para seguir hablando.

—No te lo dije porque no quería que me miraras como los demás. No quería que me trataras de forma diferente. Y, aunque no te lo conté todo sobre mí, has obtenido la versión más auténtica de mí que nadie conoce.

No podía respirar, sobre todo porque sus palabras me habían tocado la fibra sensible. ¿Cómo podía estar enfadada con él si yo había guardado mi secreto por las mismas razones?

—Sé que ser el príncipe… complica las cosas —continuó—. Pero estoy enamorado de ti, Lena Daelyra. De verdad, estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi.

Le puse la mano en el cuello.

—Y yo estoy enamorada de ti, Qu… —Me detuve—. Silas…

—Puedes seguir llamándome Quill. ¡Qué demonios! Me encanta que me llames así. —Me rozó la mandíbula con el pulgar.

—Pero ese… no eres tú.

—Siendo Quill, estando contigo, me he sentido más yo que nunca —me aseguró—. El nombre es lo único que no era cierto, pero me representa casi más que Silas.

—Lo entiendo…, pero es que tú eres el príncipe. Y yo no soy más que una simple campesina, aunque creas que soy especial. No hay ninguna posibilidad real de que estemos juntos. Y menos cuando cumplas los dieciocho años. Cuando te presenten a una hermosa princesa para casarte…

—No me casaré con nadie más que contigo.

—Pero es que tienes que casarte con una princesa, Silas.—Todavía me resultaba extraño pronunciar ese nombre—. A pesar de lo que sientas o lo que quieras…

—Escúchame —murmuró, levantándome la barbilla—. La única persona con la que me casaré es contigo —repitió—. ¿No debería ser eso lo que deseas?

Suspiré por la nariz.

—¿Cómo puede un príncipe ser tan iluso? —bromeé en voz baja.

Se mordió el labio para evitar sonreír y me atrajo hacia sí para besarme. Una descarga eléctrica me sacudió el cuerpo cuando nuestros labios se rozaron, e hice todo lo que estuvo en mi mano por contenerla.

«Estoy besando al príncipe de Otacia. Estoy besando a Silas La'Rune».

Las yemas de los dedos empezaron a vibrarme, y un runrún familiar se me activó en el pecho.

«Silencio», le ordené a la magia, encerrándola en una caja.

Se apartó, sin soltarme la barbilla.

—¿Cómo es que tuve la suerte de encontrarte?

Puse los ojos en blanco e intenté, sin éxito, contener la sonrisa.

—Supongo que todavía no puedes hablarle a nadie de mí, salvo a tu madre. ¿Por qué está de acuerdo? Me parece bastante raro.

—Todavía no. Tendré que seguir manteniéndote en secreto hasta que encuentre la manera de que nos casemos —dijo en voz baja—. En cuanto a mi madre, la verdad es que no estoy seguro; quizá porque ella y mi padre están tan… distantes. Y ella ve lo feliz que me haces. —Negó con la cabeza—. No lo sé con certeza.

—Te quiero —dije, pasándole la mano por el pelo negro azabache —. Pero nunca seré una princesa, Silas. Y mucho menos una reina. —Lo besé en la mejilla. El próximo año, Silas cumpliría dieciocho

años, y todo cambiaría. Lo presentarían al reino. Sería libre—. Un año. Te queda un año para estar conmigo.

—Supongo que entonces me queda un año para convencerte de lo contrario, Florecilla —dijo con su característica media sonrisa. Le di un codazo juguetón, riéndome entre dientes, y él me pellizcó la nariz —. Dioses, te he echado de menos —susurró—. Se me ha hecho insoportable estar encerrado, sin poder hablar contigo.

Me acurruqué en su brazo, y mi voz se volvió un susurro cuando dije:

—Siento haberme ido. Siento no haber querido escucharte…

—No lo sientas. Me lo merecía. —Negué con la cabeza y él me besó la coronilla en respuesta—. Y lamento que hayas tenido que pasar un día en esas horribles celdas. Me pongo enfermo solo de pensarlo.

Ahí estaba. Esa era mi oportunidad.

—No fue idílico —dije con cautela—, pero, por suerte, el guardia fue amable, lo que lo hizo menos aterrador. ¿Era Tallon como se llamaba?

—Torrin —corrigió Silas, y me miró—. ¿Fue amable?

No estaba segura de qué responder. No quería levantar sospechas.

—No diría amable, pero tampoco cruel. Me dejó enviarle un mensaje a mi madre.

Sonrió.

—Torrin es un buen tipo. De hecho, ahora es él quien me entrena.

Me enderecé.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Silas arqueó una ceja—. ¿Por qué? ¿Te gusta? —Se irguió —. No soy de los que comparten, Lena.

Le pellizqué el costado y él me apartó la mano con una gran sonrisa. Volví a besarlo, con frenesí, tanto que caímos sobre la hierba. Se rio contra mi boca y me abrazó con fuerza mientras seguíamos mordisqueándonos los labios.

El pensamiento de Torrin me rondaba la mente.

«¿Será de verdad un amigo? ¿O es un lobo con piel de cordero?».



Pasamos la mañana hablando, abrazándonos y besándonos. Por suerte, mamá ya se había ofrecido a encargarse de los pedidos del día. Después de que regresara para recoger algunas cosas y se marchara para atender nuestro puesto poco después, Silas y yo nos metimos en mi cuarto e hicimos el amor muchísimas veces. Era adicta a la sensación de su cuerpo contra el mío, a cada latigazo de su lengua, a cada sonrisa perversa que me dedicaba. Todo en él era embriagador. Mentiría si dijera que la idea de que fuera el príncipe con quien me iba a la cama no me excitaba aún más.

Cuando mi madre finalmente regresó, Silas ya se había ido. Estaba lavando los platos cuando entró y me pidió que le contara lo sucedido, aunque si hubiera visto nuestro encuentro por un agujerito sabría que nos habíamos reconciliado. Negó con la cabeza cuando le transmití todo lo que él me había dicho, salvo los detalles más personales. Seguía nerviosa después de que le contara lo sucedido con Torrin.

—Lena. —Mi madre caminaba de un lado a otro—. Escucha, es un chico dulce. Atractivo. Amable. Pero… todavía no puedo creerlo —

dijo mientras se llevaba la mano a la frente—. Es el príncipe. Y, si el rey se entera de vuestro romance, habrá consecuencias graves. ¡Y no quiero ni imaginarme si tuvieras un hijo suyo!

—Mamá —dije, sonrojándome—. Yo… sé que no podré seguir con él. Pero le queda un año hasta que el reino lo reconozca. Yo solo… —Dejé de fregar el plato y cerré el grifo—. Solo quiero pasar este año con él.

—¿Y crees que después será más fácil dejarlo?

Sabía que mi madre había vivido en carne propia el hecho de tener que abandonar a su amado.

—Si hubieras podido pasar un año más con mi padre, lo habrías hecho, ¿verdad?

Abrió los ojos de par en par y luego suspiró, y esa reacción me dio la respuesta que ya sabía.

—Pero… no te encariñes demasiado, Lena. —Se acercó y me abrazó—. Y por favor, por el amor de los dioses, sobre todo ahora, no te quedes embarazada.

Suspiré y me alejé. Eso era lo último que quería. Por suerte, el elixir anticonceptivo tenía casi un cien por cien de efectividad, siempre y cuando lo tomara cada mes.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Habían pasado casi tres meses desde que me enteré de la identidad de Silas. Su cumpleaños y el mío coincidían con solo unos días de diferencia: yo nací el veintiuno de septiembre y él el trece. Como la familia real siempre le organizaba una fiesta especial en su día y, obviamente, solo invitaban a miembros del Centro, decidimos celebrarlo juntos en mi fecha. Supe más cosas de él durante estos últimos meses, ya que por fin pudo sincerarse completamente conmigo.

Me contó historias de su infancia, y que su padre siempre se había mostrado distante, obsesionado por gobernar, mientras que él y su madre habían mantenido una relación cercana toda la vida. Su anterior ayudante, que era como otro padre para él, se llamaba Quill Callon, el nombre falso que me dio. Me dijo que se rumoreaba que fue él quien secuestró a su hermana, la princesa Aria, pues

desapareció de la ciudad al mismo tiempo. Me sorprendió que usara el nombre de alguien relacionado con un suceso tan horrible, pero dijo que su madre nunca creyó que lo hiciera. Todavía hablaba con cariño de él después de tanto tiempo.

—La princesa Aria… ¿Qué crees que le pasó? ¿Y cómo lo viviste siendo tan pequeño? —pregunté, con la cabeza apoyada en su regazo mientras él jugaba con mi pelo. Habíamos decidido saltarnos el entrenamiento ese día y relajarnos en el bosque.

—Apenas me acuerdo. Como solo tenía cinco años, todo lo recuerdo un poco borroso. —Frunció el ceño mientras empezaba a rememorar, mirando al horizonte—. Me acuerdo del pánico a mi alrededor, las lágrimas de mi madre, la ira de mi padre. Recuerdo que me encerraron en mi cuarto y que estaba constantemente rodeado de guardias. Me vigilaban las veinticuatro horas del día. No se relajaron hasta que crecí, hasta que empezó mi entrenamiento actual.

»En cuanto a lo que pasó, no sé nada, salvo que encontraron su cuerpo en los Bosques del Norte. Apenas tenía unos meses… —Negó con la cabeza—. Fue… horrible. Mi madre siempre mantenía la serenidad cuando me hablaba de ella, pero sé que no tener a su hija la estaba matando.

Me mordí el labio.

—Me sorprende que Ulric pueda dormir tranquilo sin haber encontrado a su asesino.

—Todavía lo busca, pero es casi imposible después de tanto tiempo —dijo con solemnidad mientras me rozaba la mejilla con el pulgar.

Nos quedamos en silencio, cosa que ya no nos incomodaba.

—¿Cómo te va en el instituto? —preguntó.

Después de abrirme a Silas, decidí por fin ir a clase con otras personas, pues ya no sentía la necesidad de aislarme. Sabía que siempre tendría miedo de que me descubrieran, pero, caray, el miedo ahora era mucho menor. Si podía tener un amante, seguro que podía tener amigos.

Sonreí al pensar en lo mucho que había progresado.

—Me va bien. Solo llevo unas semanas, pero creo que podría hacerme buena amiga de un par de chicas.

—Y no hay chicos que vayan detrás de mi novia, ¿verdad?

Solté una carcajada, poniendo los ojos en blanco.

—Oh, sí, claro; los tengo en cola.

Había sorprendido a un chico de mi clase mirándome fijamente, pero bien pudo ser porque tenía un moco en la nariz o algo así.

—No lo dudo. Espero no tener que batirme en duelo por tu mano, pero lo haré con gusto si llega el caso.

—¡Qué gracioso! —dije con una risita y le pinché en el costado.

Él me devolvió el pellizco con una amplia sonrisa.

—Bueno… —Me acomodé en su regazo, mirándolo—. ¿Y cómo fue vuestra extravagante fiesta, Alteza?

Silas hizo una mueca y luego sonrió.

—Increíblemente soporífera, considerando que no estabas allí.

—Vaya —murmuré, y entonces recordé algo—. Quería darte un regalo de cumpleaños —ronroneé, y le acaricié suavemente el miembro debajo de mí, provocando que se endureciera al tacto.

Estaba de broma, ya que en verdad tenía un regalo para él, por ridículo que fuera.

—¿De verdad? —Le brillaron los ojos de emoción. Pensé que se inclinaría para besarme, pero se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Yo también tengo un regalo para ti —continuó, sacando una cajita cuadrada.

Me incorporé, mirándolo con incredulidad.

Él se rio entre dientes.

—No te asustes, Florecilla. No es un anillo de compromiso… todavía.

Me guiñó un ojo mientras la abría.

Me quedé sin aliento. Dentro había un elegante anillo de plata. Tenía un enorme zafiro en el centro y otros dos más pequeños a los lados. Resplandecía con la luz del sol que se filtraba entre los árboles, iluminando las bellas gemas que probablemente le habrían costado una fortuna.

—Feliz cumpleaños, Lena. —Sonrió con las mejillas coloradas.

—Silas… —susurré mientras lo observaba—. Es precioso…, pero no puedo aceptarlo. —Lo miré a los ojos—. Te dije que no me gusta que gastes dinero en mí.

—Bueno, técnicamente, no lo he hecho. —Sonrió—. Le dije a mi madre que era tu cumpleaños y que quería regalarte alguna joya y ella me enseñó este anillo de su colección.

—¿Es de tu madre? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Sí. ¿Te gusta?

Miré la pieza, atónita, incapaz de moverme.

Se frotó la nuca.

—Si no te gusta, planeo regalarte muchas joyas a lo largo de los años. Solo dime qué te gusta y…

Me abalancé sobre él, y lo abracé tan fuerte que rodamos por el suelo. Soltó una risa entrecortada y me miró encantado.

—Como si fuera a disgustarme algo de lo que me regalaras.—Le di un apretón y un beso en la mejilla. Cuando me incorporé, me puso el anillo en el dedo anular derecho.

Le sonreí radiante.

—Me queda perfecto.

—Como si estuviera predestinado —murmuró.

Suspiré.

—Mi regalo no es tan bueno como el tuyo.

—Como te he dicho, lo único que deseo es tu compañía.

Me mordí el labio mientras rebuscaba en mi bolso y saqué una pluma y un tintero.

—Es genial —dijo con una sonrisa mientras me quitaba los utensilios de la mano.

Me recosté en su regazo y él dejó los útiles a un lado y siguió acariciándome el pelo. Froté la cabeza a propósito contra su ingle, mirándolo mientras él inhalaba hondo.

Me regaló su media sonrisa.

—¿Qué estás tramando, Florecilla? —preguntó despacio.

Esbocé una sonrisa y me giré para colocarme entre sus muslos. Me dispuse a desabrocharle los pantalones, pero me frenó suavemente con la mano.

—¿Y si alguien nos ve? —susurró.

—¿Tienes miedo, Quill? —bromeé.

Se mordió el labio para reprimir la sonrisa y luego me soltó. Sonreí mientras continuaba desabrochándole el pantalón, le bajé la

cremallera y liberé su erección, tratando de no sonrojarme mientras la rodeaba con la mano mirándolo a los ojos.

Nos habíamos acostado cada vez que habíamos quedado desde que descubrí quién era, antes de entrenar, cuando sabía que mi madre estaba fuera, salvo hoy. Mi madre me había eximido de las tareas de reparto con motivo de mi cumpleaños, así que fuimos al bosque a primera hora de la mañana. Hoy no íbamos a entrenar, y todavía no habíamos tenido sexo.

Aún no lo había probado con la boca. Lo deseaba, aunque el miedo de hacerlo mal me cohibía. Pero no podía contenerme más. ¿Y qué mejor momento?

Me mordí el labio inferior. A Silas se le oscurecieron los ojos y me acarició la mejilla con el pulgar. Era bastante arriesgado hacerlo en el bosque.

«Dioses, Torrin, si estás por aquí, lárgate».

No sabía si el supuesto mago continuaba siguiendo a Silas, y yo no había vuelto a saber nada de él desde nuestra última conversación.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —preguntó en voz baja, y me detuve.

—¿Tú quieres?

—Me muero de ganas. —Sonrió—. Pero solo si te apetece.

Respondí con una sonrisa y le recorrí el miembro con la lengua. Inspiró hondo, apretando la mandíbula con fuerza. Me encantaba ver lo que le hacía sentir.

Le di varias pasadas lentas con la lengua, ascendiendo y descendiendo, y la respiración se le entrecortaba cada vez que

llegaba a la punta. Entonces lo rodeé con la boca y comencé a mover la cabeza arriba y abajo.

—Oh… Por todos los dioses —susurró, agarrándome el pelo con fuerza.

Levanté la vista cuando dejó escapar un gruñido profundo y vi que ponía los ojos en blanco. La presión me aumentó entre las piernas, pero eso era para él, no para mí. Supuse que, después de todo, podía hacerle un buen regalo.

Seguí succionando, sus gemidos eran música para mis oídos. No podía meterme más de la mitad en la boca sin atragantarme, así que empecé a masajear el resto con la mano y seguí concentrándome en la punta con la boca. Se contraía entre mis labios con cada roce de mi lengua.

—Lena… —jadeó.

Aflojé el ritmo, pestañeé cuando salió de mi boca, con la mano aún en la base.

—¿Sí? —Lo recorrí con la lengua una vez más, y él gimió.

Tenía el miembro brillante por la saliva, y me costó mucho no quitarme la ropa y subirme encima de él.

—Me vuelves loco —susurró con los ojos entornados. Respondí con una sonrisa, tomándome mi tiempo para acariciarlo con la lengua de arriba abajo. Se mordió el labio; le palpitaba la polla con cada pasada—. Esa lengua tuya es una tortura —gimió.

—¿Tortura?

—Bendita… tortura…

Sonrió mientras echaba la cabeza hacia atrás, agarrándome el cabello con más fuerza. Lo tomé en mi boca de nuevo, masajeándolo al mismo tiempo. Sus gemidos me llegaban al alma, y

empecé a sentir que las manos me hormigueaban y que se me calentaba el pecho.

«Maldita magia».

Quería liberarla, no tener que concentrarme en reprimir la electricidad. Pero, antes de verme obligada a frenar, Silas me tiró con suavidad del pelo cuando sus gemidos se intensificaron.

—Voy a correrme, Lena —jadeó, y aceleré el ritmo, sin parar, y no lo bajé hasta que noté que empezaba a derramarse en mi boca, gimiendo con fuerza. Me lo tragué casi todo, pero aún goteaba un poco al apartarme.

Me miró con asombro mientras recuperaba el aliento, y le sonreí con timidez.

—¿Qué he hecho para merecerte? —susurró—. Nunca lo sabré. —Se inclinó hacia delante, extendiéndome por los labios el resto del orgasmo con el pulgar—. Me vuelves loco —repitió—. Soy adicto a ti, ¿lo sabes?

—Eso suena enfermizo —bromeé, lamiéndole el pulgar y los restos de él. Cuando me sacó el dedo de la boca, una sonrisa maliciosa se me dibujó en el rostro—. Aunque sufro ese mismo mal con vos, Alteza.

Él sonrió con suficiencia.

—Pues entonces parece que los dos estamos enfermos —susurró, y me dio un suave beso en los labios.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Tuve otra pesadilla…, si es que se le podía llamar así. Aunque antes me ponía en tensión y entraba en pánico al oír la voz de Kayin, ahora me relajaba, pero seguía sin poder moverme.

Abre los ojos, Lena.

Obedecí y me sorprendió poder parpadear, incluso ver.

¿Ves? Estamos progresando.

Hablaba con alegría.

Sigo sin entender nada.

Todo a su debido tiempo.

Siempre venía, decía unas palabras y se iba. Últimamente ocurría con más frecuencia.

Puedes confiar en él, ¿sabes?

Solo podía parpadear.

¿En quién?

En Torrin Brighthell.

Me habría quedado con la boca abierta de haber podido moverla; en cambio, se me salieron los ojos de las cuencas.

¿Conoces a Torrin? ¿Cómo?

Otra risita.

Tendrás una nota suya en la mesilla de noche. Reúnete con él.

Hice una pausa.

¿Cómo voy a confiar en él si ni siquiera sé si puedo confiar en ti?

Suspiró.

Tú escúchalo.

La voz se desvaneció y, a pesar de la frustración, me quedé dormida.



En cuanto recobré la consciencia, abrí los ojos de golpe y me levanté de un salto. Efectivamente, cuando desperté, poco después de las cinco de la madrugada, había una nota en mi mesilla de noche. Me froté los ojos al alcanzar el pequeño pergamino y parpadeé varias veces, aún con la vista borrosa.

Bosque del Oeste. A las seis de la mañana.
No llegues tarde.

T.

Salí de la cama y me vestí a toda prisa, con cuidado de no despertar a mi madre. Aunque por lo general madrugábamos los

días de mercado, intentábamos dormir hasta tarde el resto de la semana. Torrin debía de saberlo.

«¿Cuánto tiempo lleva vigilándome?».

Seguro que mamá no estaría conforme con la idea de que me encontrara con un hombre adulto en el bosque, y mucho menos con un miembro de la guardia real, pero tenía que hacerlo.

Me vino a la mente la idea de que nos hubiera visto a Silas y a mí en el bosque, y me puse nerviosa. Probablemente fue una imprudencia por mi parte, pero no me arrepentí.

Después de cepillarme los dientes, me puse una túnica de manga larga, pantalones y botas hasta las rodillas. Me hice una trenza, me colgué la espada a la espalda y me guardé la daga en el costado. Ni de coña iba a reunirme con él desarmada.

Cuando crucé el puente, el sol acababa de salir, y saludé al guardia habitual apostado allí antes de abrirme paso por el bosque. Al atravesar el primer grupo de árboles, me detuve.

El bosque era enorme. ¿Dónde diablos podría estar? Rápidamente saqué la nota que llevaba guardada en el bolsillo y la volví a leer.

—Has venido.

Solté un gritó y me giré hacia la voz, daga en mano, y vi a Torrin levantando los brazos.

—¡Vaya! Lo siento.

—¡Me has dado un susto de muerte! —jadeé, con una mano en el pecho y la daga en la otra.

Se quedó mirándome de hito en hito.

—¿Y bien? —insistí, visiblemente molesta.

No llevaba su uniforme de guardia. En su lugar, vestía una túnica granate oscuro, brazaletes protectores negros, un fajín a juego,

pantalones y botas oscuros, y una capa de color ébano con la capucha bajada. Llevaba una espada en la espalda, y supuse que tendría otras armas ocultas a los lados.

Se cruzó de brazos y sonrió con altivez.

—Parece que te lo pasaste bien aquí hace unos días.

Me puse colorada; lo sabía.

—Tú, tú no…

Levantó las manos.

—En cuanto vi venir lo que iba a pasar, me fui. No quería traumatizarme —dijo con calma mientras se le desvanecía la sonrisa.

Gruñí de frustración y envainé la daga.

—¿Por qué me espías?

Frunció el ceño.

—Vigilo para asegurarme de que el príncipe heredero está a salvo. Órdenes de la reina.

—¿En serio? —Crucé los brazos—. ¿Dónde estabas cuando esos hombres de la Cueva de las Serpientes nos atacaron? Cuando atacaron a Q… —Hice una mueca—. Cuando atacaron a Silas y no tuvo más remedio que acabar con ellos…

Un gesto de desconcierto se apoderó de su rostro y dejó caer los brazos a los lados.

—¿Cuándo demonios pasó eso? —preguntó.

Abrí los ojos de par en par y me golpeé la frente con la palma de la mano.

«Si lo que quiere es sacarme información, me estoy luciendo al dársela sin más».

—¿Qué quieres? —murmuré, enfadada conmigo misma por ser tan ingenua.

—La reina no solicitó mis servicios para vigilar a Silas hasta el pequeño altercado del castillo. —Hizo una pausa momentánea—. Hacía tiempo que no veía a otro mago.

Me quedé quieta e incliné la cabeza para mirarlo atentamente.

El viento le agitaba el cabello platino mientras me miraba con aquellos ojos color ocre con una intensidad inquietante. Giró la mano levemente, y el encantamiento que ocultaba sus orejas se desvaneció, mostrando un cartílago natural y puntiagudo: las orejas de un mago.

Me cubrí la boca con la mano y se me aceleró la respiración.

«¡Decía la verdad!».

—¿Qué haces? —susurré mirando alrededor—. ¡Escóndelas!

Volvió a mover la mano para activar el hechizo y las orejas se le redondearon de nuevo.

—Quería que supieras que hablo en serio. —Miró a su alrededor y se acercó—. Soy un espía —susurró Torrin, y se me encogió el estómago—. Antes de que entres en pánico —continuó—, no mentí cuando dije que Silas es mi amigo y un buen hombre.

Silas había dicho lo mismo de Torrin, pero ¿qué diría si supiera que era un traidor? ¿Un espía?

—¿Para quién? —articulé con dificultad.

Habló en voz baja y suave.

—Para nuestra gente de Ames.

Lo miré extrañada clavando la vista en sus ojos castaños. Tenía motas naranjas en los iris, que casi destelleaban a la luz del sol.

—Nunca he oído hablar de ese lugar —susurré.

Sonrió.

—Es un pueblo singular, ni de lejos tan grande como Otacia. Pero allí todos son como tú y como yo.

¿Un pueblo solo para magos? Imposible. Mi madre y yo habíamos recorrido una gran distancia por toda la región de Tovagoth, y en ningún momento encontramos nada similar. Por otro lado, consideré que había muchas zonas por las que no habíamos pasado.

Crucé los brazos para intentar calmar el temblor que sentía.

—Si ese lugar existe —insistí—, ¿qué demonios haces aquí? Silas dijo que te conoce desde hace años.

Me observó atentamente con aquellos ojos marrones.

—En Ames hay un gran vidente. Se llama Igon Natarion. Me dijo que el futuro de nuestro pueblo dependía de mi presencia aquí.

Volvió a inspeccionar la zona, y luego bajó la voz hasta un susurro.

—Va a ocurrir algo malo, Lena —prosiguió—. No sé exactamente de qué se trata, ya que los videntes no pueden hablar del futuro sin alterarlo. Pero el destino de nuestro pueblo depende de Otacia. De mi presencia aquí —repitió.

—Entonces ¿qué pasa? ¿Que vas a ser tú quien salve a nuestro pueblo? ¿Tú solo? —pregunté con incredulidad. Me costaba controlar los nervios.

Se rio con desdén.

—Yo solo soy una pieza del rompecabezas, igual que tú. —Me tomó las manos y me quedé inmóvil ante el gesto. Levanté la vista para mirarlo a los ojos. Me superaba en altura por una cabeza—. Cuando las cosas cambien… Cuando las cosas se tuerzan, y lo sabrás cuando llegue el momento, búscame. ¿Entendido?

—Me estás asustando. —Una sensación de terror me recorrió el cuerpo, y entonces mi mayor miedo se apoderó de mí—. Tú… No irás a hacerle daño a Silas, ¿verdad?

Torrin retrocedió.

—Jamás —prometió, y su expresión casi parecía de dolor—. Silas es mi amigo. Nunca le haría daño. Cuando las cosas cambien, no será por nuestra culpa. No estará bajo nuestro control.

—¿Y qué pasará con Silas entonces? —insistí—. ¿Qué ocurrirá con él?

Torrin me apretó suavemente las manos, que seguían entre las suyas.

—Será Silas quien determine el destino de la gente mágica. Está escrito.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. Nada de esto tenía sentido. Nunca había conocido a un vidente, ni a ningún otro mago, de hecho, pero se sabía que ciertos magos tenían habilidades únicas. Al parecer, yo no tenía ninguna, y mi madre tampoco.

—¿Cómo sucederá exactamente? —Ignoré el nudo que se me hizo en la garganta al pensar en semejante peso sobre los hombros de Silas—. ¿Siendo… siendo el rey?

Torrin dejó caer los hombros.

—No lo sé. No me dijeron ninguna fecha en concreto.

—Entonces ¿seguirías aquí siendo anciano si nada hubiera cambiado para entonces?

Bajó la mirada al suelo, pensativo, y luego la alzó.

—Si es lo que tengo que hacer.

Fruncí el ceño. Estaba claro que Torrin era leal a su gente y a esa fuente, a ese… vidente.

—¿Debería decirle lo que soy?

—No —se apresuró a responder—. Sé que Silas te quiere. Pero hay demasiado en juego. No lo creo prudente, de momento. Todavía no.

Suspiré. Me sentía mal ocultándole todo esto. La voz decía que podía confiar en Torrin. Pero él estaba traicionando a Otacia, a Silas. Si les hablaba de Torrin, lo matarían. ¿Y qué le impediría a Torrin hablarles de mí, de mi madre?

No tenía opciones. Estaba en un callejón sin salida.

—Si se te ocurre siquiera hacerle daño a Silas… —dije con una calma sepulcral, fulminándolo con la mirada. Le devolví el apretón de manos, pero sin mostrar amabilidad—. Te mataré.

Torrin tensó la mandíbula y luego sonrió.

—Entonces estamos a la par.

Fruncí el ceño y él comenzó a alejarse.

—¡Espera! —grité, y se detuvo—. Entonces… ¿qué debo hacer ahora?

—Vivir —respondió, hablándome por encima del hombro—. Ve con cuidado, mantén los ojos abiertos. Solo quería que supieras que debes reunirte conmigo cuando las cosas cambien.

Tal y como me ordenaron que hiciera.

Me estremecí al oír el mensaje de Torrin en mi mente. Él soltó una carcajada.

Si he de comunicarme contigo, me oirás así… En tu mente.

Se giró hacia mí, con la expresión vacía mientras me hablaba telepáticamente.

Solo tienes que pensar tu respuesta.

—¿Eres telépata? —pregunté en voz alta, nerviosa.

Parpadeaba a toda velocidad mientras Torrin sonreía y se alejaba.
Qué cabrón.
Lo he oído.
Lo seguí con la mirada mientras desaparecía entre los árboles.
¡Pues me alegro!



CAPÍTULO VEINTITRÉS

ONCE MESES DESPUÉS

Era el 6 de septiembre, el último día que pasaría con Silas antes de que cumpliera dieciocho años. Antes de que lo presentaran ante el reino de Otacia.

Llevaba semanas, bueno, meses temiendo este día: el último que estaría con él.

Silas había intentado convencerme para que siguiéramos juntos después de su decimoctavo cumpleaños. Incluso llegó a suplicármelo. Yo deseaba estar con él más que nada en el mundo, pero no era lógico. No solo por mi estatus social, sino por quién era yo.

Aún no se lo había dicho. No podía.

Aunque él todavía no lo veía, iba a presenciar una afluencia de princesas que acudirían al baile en su honor el sábado siguiente, y

no le costaría olvidarse de mí. Yo me quedaría atrapada en la nostalgia durante…, bueno, el resto de mis días, suponía.

Empecé a sentir un escozor en la garganta por las lágrimas contenidas sentada a la mesa de la cocina; era la primera vez que temía su llegada.

Mi madre salió del baño, recogiéndose el pelo cobrizo en una coleta baja. Me observó con sus ojos castaños, y el maldito labio empezó a temblarme. Me miró con lástima y me abrazó cuando me levanté de la silla.

—Este año ha pasado demasiado rápido —lloré—. Va a ser muy difícil decir adiós.

—Lo sé —dijo con dulzura abrazándome fuerte.

Mamá sabía lo que era dejar a la persona que amas. Solo que el amor de su vida estaba al otro lado del continente, no en el mismo reino. No sabía qué era peor.

Se había pasado estas últimas semanas intentando prepararme para este día, pero sabía que nada de lo que dijera me ayudaría.

Un golpeteo me devolvió al presente y supe que era él tocando a nuestra puerta. Mi madre me estrechó una vez más antes de soltarme, y me sequé los ojos antes de abrir. Su expresión coincidía con la mía. El sol empezaba a salir tras él, y la luz se extendía por el horizonte.

—Hola, Lena —saludó con dulzura, besándome en la mejilla. Miró a mi madre—. Buenos días, Minerva.

Ella le devolvió el saludo con una cálida sonrisa y alcanzó la bolsa con los envíos de esa mañana. Mi madre también se había encariñado con Silas este último año. Hubo ocasiones en las que le enseñamos a cocinar, y me pareció particularmente adorable verlo

ayudar con tanto entusiasmo. El príncipe heredero nunca había cocinado para sí mismo ni había trasteado por una cocina. Apreciaba cuánto disfrutaba de los pequeños momentos.

Incluso había mañanas en las que desayunábamos juntos, y mi madre decidía abrir el puesto más tarde para que pudiéramos disfrutar de la mutua compañía.

Se acercó a él.

—Ha sido un placer tenerte en nuestra casa y en nuestra vida —dijo con una sonrisa triste. Sé que ella también estaba conteniendo las lágrimas. Entonces me miró—. Nunca había visto a Lena tan feliz… hasta que te conoció.

—Yo no sabía lo que era la felicidad hasta que conocí a Lena— respondió él, mirándome con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba. Se me descompuso el rostro.

—De verdad —insistió mamá mientras volvía la atención hacia él y le apoyaba una mano cariñosa en el hombro—. Te quiero como a un hijo. Voy a echar de menos tenerte por aquí.

Él se sonrojó al oír sus palabras.

—Espero encontrar la manera de seguir viniendo —dijo con una sonrisa que no se le reflejó en los ojos.

Ella lo atrajo hacia sí, lo abrazó fuerte y se despidió antes de irse.

Me invadió una sensación de temor y, cuando volví a cruzar la mirada con Silas, intenté sin éxito mantener la compostura. Me cubrí la boca con la mano y apreté los ojos con fuerza, mientras las lágrimas brotaban sin control.

—Florecilla —susurró, corriendo hacia mí y abrazándome—. Por favor, por favor, no llores.

—Voy a… —dije con voz ahogada—. Voy a echarte mucho de menos, Silas. —Me aferré a la tela de su túnica color crema con los puños—. Maldito seas por ser tan adorable —grité y reí al mismo tiempo.

—Lena… —Se apartó y apoyó la frente en la mía—. No me voy a ninguna parte. —Me secó las lágrimas con el pulgar—. Te dije que idearía un plan para nosotros, y lo he hecho.

Fruncí el ceño y me separé lo justo para verle bien el rostro.

—¿De qué hablas? —Me tembló la voz—. Te reconocerán. Es imposible.

—Siempre habrá una manera. Ya te he dicho que nada puede separarme de ti.

Me besó con ternura en la boca.

—¿Y cuál es? —Suspiré contra sus labios—. No me atormentes con falsas esperanzas.

Se apartó un poco y me acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Ya lo he hablado con mi madre. Si seguimos quedando a la misma hora, podrás venir a verme sin peligro. Recorre el mismo camino que yo tomo normalmente. Ella se asegurará de que los guardias estén en otro lugar, así que lo único que cambia es que serás tú quien lo haga.

Lo pensé. No solo era un alivio que la reina aprobara el plan, sino que también podía usar el elixir de la invisibilidad. Aunque me falló la última vez que lo usé, este último año había mejorado mi habilidad para encantar; ahora confiaba en su poder.

Además, tenía a Torrin de mi lado.

«Podría… salir bien».

—No sé por qué no se me había ocurrido antes —continuó—. Probablemente porque me moría de ganas de salir del castillo —dijo con una sonrisa tímida, y me besó en la mejilla—. He pensado que podría irme hoy a las nueve y enseñarte la ruta. Sé que ya has visto una parte, pero tienes que saber cómo llegar a mis aposentos.

—Eso nos deja menos de tres horas juntos…

Me acarició el pelo con la mano derecha.

—Esta no será la última vez —susurró—. Te lo prometo.



Pasamos el resto del tiempo juntos haciendo el amor, tumbados y hablando del futuro. La idea de colarme en el castillo me asustaba, y, aunque la reina estuviera de nuestra parte, seguro que al rey no le gustaría.

—¿Y si tu padre descubre nuestra pequeña aventura? —le pregunté a Silas mientras nos dirigíamos al Anillo Interior.

—Mi madre nos cubrirá las espaldas —me aseguró, aunque su expresión denotaba incertidumbre—. Mientras tengamos el camino despejado los jueves por la mañana, no creo que se entere. Además, tiene cosas más importantes en la cabeza.

Guardé silencio mientras esquivábamos a los ciudadanos del Anillo Interior que paseaban por la calle.

—¿Cosas importantes como cuáles?

Silas me miró de reojo y luego bajó la voz cuando doblamos por aquel callejón.

—Mi padre desea gobernar los territorios del sudeste: Faltrun, Forsmont y Wrendier.

Me costó mantener una expresión neutral. Los La'Rune ya habían tomado el control de las aldeas y reinos limítrofes de Otacia durante las últimas décadas en aras de una mejor defensa y economía.

—¿Por qué? —La mueca de dolor que Silas me dedicó fue suficiente para confirmar mis sospechas—. Dioses, desea ser el Gran Rey de Tovagoth, ¿verdad?

Nos adentrábamos en el callejón que albergaba el pasadizo secreto.

—Sé que suena mal…

—¿Mal? Parece que quiere ir a la guerra. Ya solo Faltrun tiene un ejército enorme, y puedo asegurarte que su rey no entregará su territorio sin más.

Sabía bastante sobre Faltrun, considerando que Renrell, la aldea de procedencia de mi padre, era una de sus regiones.

—Todo tiene un precio. —Las palabras de Silas fueron cortantes.

Lo agarré del brazo en cuanto entramos, asegurándome de que nadie nos viera antes de hacerlo.

—Algunas cosas tienen un coste mayor que otras. ¿Quién dice que no irás al frente si fuéramos a la guerra?

La idea de Silas luchando en una contienda, expuesto a tanto peligro, todo por el ansia de poder de su padre, hizo que el pánico me abrumara.

—Si algo te pasara, yo…

Silas me tomó las manos con suavidad y suspiró por la nariz.

—Ciertas cosas escapan a mi control, y las decisiones de mi padre son una de ellas. Mi madre sabe que no estoy de acuerdo con

esto…, pero mi opinión no significa nada para el rey. —No pude evitar notar la amargura en su tono de voz.

Silas me soltó las manos y, mientras seguíamos atravesando el sendero, pensé en Torrin.

Me reunía con él una vez al mes para confirmar que todo iba bien, aunque sabía que estaba continuamente espiando y que probablemente ya se había enterado de cualquier cosa que yo fuera a contarle. Me preguntaba si estaba al tanto del deseo del rey de conquistar todos esos asentamientos.

Había empezado a simpatizar con él. Y era reconfortante saber que había otro mago con el que poder relacionarme. Dijo que estaba dispuesto a enseñarme a expresar mi magia, pero el riesgo para nosotros como individuos y el aparente destino de nuestra gente lo impedían.

A veces, Torrin me hablaba mentalmente; continuábamos las conversaciones, aunque no estuviéramos juntos.

Me sentía culpable por ocultárselo a Silas, pero sabía que Torrin velaría por la seguridad de nuestra ruta, pues conocía que los jueves era nuestro día. Se había asegurado de que fuera así todo este tiempo.

Te dije que podías confiar en él, me dijo Kayin en mi mente. Podía oír su sonrisa en el tono de voz.

Esbocé una sonrisa mientras Silas y yo nos abríamos paso entre el segundo grupo de arbustos, que conducía al segundo sendero oculto.

Bueno, Kayin, parece que tenías razón. Sin embargo, aún puede volverse en mi contra en cualquier momento.

Se rio entre dientes.

Eres una agonías. Aunque no te culpo.

Su voz siempre me había parecido tan familiar. Aun así, después de un año hablando con ella, lo único que había logrado averiguar era cómo se llamaba.

Kayin y yo nos habíamos vuelto más cercanas con el paso de los meses, y ahora que nuestra conexión se había fortalecido, podía hablar con ella despierta y en movimiento, de forma similar a como hablaba con Torrin por telepatía. Podía desahogarme con ella sobre cosas de chicas, y ella me contaba cómo pasaba los días, insistiendo en que la mayoría eran tranquilos. Por supuesto, nunca entraba en detalles jugosos. En realidad, también era bastante simpática.

Me contó que era mayor que yo, pero su edad no importaba. Era mi amiga, al fin y al cabo. También me dijo que Torrin era amigo suyo, y me garantizó que la seguridad de Silas era fundamental para la gente mágica. Eso me reconfortó un poco.

Cuando le conté lo de la voz en mi cabeza a Torrin, me preguntó si estaba borracha. Y yo le di un puñetazo en el estómago como respuesta.

Supongo que también lo consideraba un amigo.

Cuando dejó de hacerse el graciosillo, me dijo que Kayin llevaba unos años comunicándose con él. Sus conversaciones habían sido escasas hasta hacía poco. Al igual que me pasaba a mí, la comunicación había aumentado últimamente.

En cierto modo, ella tiene el mismo don, me había dicho Torrin un día mientras me contaba más sobre su habilidad única para leer los pensamientos y comunicarse telepáticamente con los demás.

No es frecuente encontrar a otro mago con el mismo don que tú.

Pasamos por la zona donde me capturaron la última vez que recorrí este sendero hacía un año. Me indicó por dónde debía trepar y subimos por una cornisa en el supuesto ángulo ciego del guardia.

—Mi cuarto está ahí arriba —susurró, señalando una torre a la izquierda del castillo—. Tengo una puerta balconera. No es muy complicado subir y bajar desde aquí…, al menos para los que tenemos resistencia.

Me guiñó un ojo, y supe que no se refería solo al ejercicio.

Seguíamos entrenando casi todas las semanas. Me había vuelto una experta en el combate cuerpo a cuerpo empleando diversas armas. Incluso había aprendido a usar el arco. Mi pericia con la daga era prometedora, pero la espada se me daba casi igual de bien.

Incluso Torrin estaba impresionado por mi progreso. Sin embargo, intentó atribuirse el mérito, diciendo que, como había entrenado a Silas, básicamente me había entrenado a mí. Puse los ojos en blanco.

—Puedo esperarte aquí, en el sendero. —Silas sonrió—. Me quedaría más tranquilo si estuviera yo para ayudarte a trepar por el muro.

—Hombre de poca fe —bromeé mientras me daba la vuelta para descender—. Entonces —dije arrastrando las palabras, Silas bajaba delante— ¿vas a bailar con princesas en tu fiesta de cumpleaños? —Intenté mantener la expresión neutral.

Como si Silas fuera a picar en eso. Sonrió con suficiencia.

—¿Estás celosa, Lena?

—Obviamente —murmuré mientras él me rodeaba la cintura con el brazo, ayudándome a bajar la última cornisa hasta que los dos estuvimos de nuevo sobre el césped.

Se rio entre dientes.

—Ya. Pero desearé que fueras tú todo el tiempo. —Me besó la frente.

—Y yo —murmuré antes de meter la mano en mi bolso y sacar una cajita cuadrada—. Feliz cumpleaños, Silas.

Sorprendido, tomó la caja y la abrió.

—No es un anillo de compromiso todavía… —bromeé, repitiendo la frase que me había dicho el año anterior. El que él me regaló seguía llevándolo en la mano derecha—. No es gran cosa, como podrás suponer. —Era un anillo de plata sencillo, y, aunque no era nada del otro mundo, me pasé meses ahorrando para poder comprarlo—. Es que pensé que combinaba con el mío, en cierto modo…

Se puso el anillo, que le quedaba perfecto, y me miró divertido.

—Bueno, ¿y cómo demonios has hecho para acertar con la talla?

Sonreí.

—Tengo mis métodos.

Por suerte, no insistió. Le rogué a Torrin que entrara a escondidas en su cuarto para ver si tenía algún anillo que me sirviera para averiguar la medida. Noté que le molestó, pero no se quejó.

Silas se quedó mirándolo con detalle.

—Eres tan dulce. —Me atrajo hacia sí y me besó, luego me abrazó unos instantes más. Saboreé la calidez de nuestro abrazo y su deliciosa fragancia—. Oh, cuánto te adoro —susurró antes de separarse—. Ven a verme dentro de un par de semanas, para celebrar tu cumpleaños, que es mucho más importante.

—Ah, ¿sí? —pregunté divertida—. ¿Qué tienes en mente?

Sonrió socarrón.

—Todo tipo de actividades depravadas —bromeó mientras me apretaba el trasero, y me reí antes de darle un breve beso en la boca.

—Mis favoritas —ronroneé.

Sonrió y se llevó mi mano a los labios, besándola con dulzura.

—Hasta entonces.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Llegó el jueves por la mañana. Trece de septiembre. El decimoctavo cumpleaños del príncipe Silas La'Rune. La gente de Otacia rebosaba energía, congregada lo más cerca posible del castillo. Era el único día en que la gente del Anillo Exterior podía entrar al Centro, aunque nos mantenían alejados, justo en el límite del Anillo Interior. Una original banda tocaba melodías animadas en las inmediaciones del palacio, y las notas se escuchaban a pesar del bullicio.

Alrededor se oía el vocerío expectante, y me quedé con el cuerpo apretujado contra el de mi madre cuando la gente se apiñó para presenciar el evento. Las clases ese día se habían cancelado en honor a la celebración, así que había gente de todas las edades.

Contemplé los muros de obsidiana, asombrada una vez más por la magnificencia del castillo y su arquitectura gótica. Me tomé mi

tiempo para observar primero las amenazantes gárgolas y luego el escudo de la familia La'Rune grabado en la entrada principal. Las cuatro imágenes del escudo mostraban un búho, un pelícano, un cuervo y un fénix. La ilustración era interesante: el pelícano parecía proteger al cuervo y al fénix del búho. Al examinarlo me pregunté por qué protegían al fénix. ¿Por qué un ave inmortal necesitaría protección… de un pelícano, precisamente?

Crucé la mirada con Torrin, que estaba apostado entre los ciudadanos del Anillo Exterior e Interior. Sabía que me estaba leyendo el pensamiento.

Qué descortés, tenerme aquí retenida. ¿No podrías conseguirme un pase VIP?

Exhaló una risa por la nariz.

Dirigí la mirada al balcón superior del castillo cuando oí que la música se detenía y que las voces alrededor se acallaban.

Asomaron cuatro guardias reales, seguidos por la reina y el rey. Ryia lucía un impresionante vestido azul ajustado con mangas largas y transparentes. Ulric, a su lado, vestía su robusta armadura negra, siempre queriendo demostrar que estaba listo para la batalla. El cabello largo y negro y el vello facial contribuían a su aspecto intimidante. Sendas coronas relucían en sus cabezas.

Ulric y la reina se acercaron al frente del balcón para dirigirse a la multitud.

—Gracias a todos por acompañarnos para dar la bienvenida a nuestro hijo como vuestro príncipe —anunció el rey con voz grave y ronca—. Han pasado casi trece años desde que nos arrebataron a nuestra querida hija Aria a tan corta edad. Durante estos años,

hemos hecho todo lo que ha estado en nuestra mano para mantener a nuestro hijo a salvo y convertirlo en el mejor guerrero posible.

Me reí.

«Ojalá el reino supiera el padre de mierda que ha sido Ulric».

El rey se giró hacia Ryia, que le sonrió con delicadeza antes de mirar a la muchedumbre.

Su voz sonó hermosa y clara cuando habló.

—Nos complace presentaros a nuestro hijo Silas La'Rune, vuestro príncipe.

La gente aplaudió al ver aparecer a Silas, con su cabello negro azabache pulcramente peinado y la corona real sobre la cabeza. Llevaba una armadura, prácticamente negra como la de su padre, adornada con una cota de malla plateada y una capa de un azul intenso. Los vítores eran tan fuertes que pensé que iba a quedarme sorda.

El tuyo y el mío también, gruñó Torrin.

¡Sal de mi cabeza!

Torrin puso los ojos en blanco mientras los míos volvían a Silas.

Sonreía complacido. Sabía que me buscaba cuando vi que recorría la multitud con la mirada, pero con las miles de personas apelotonadas y lo lejos que estábamos nosotras era imposible que me viera. Exhibía una sonrisa radiante, y en ese momento me di cuenta de que, mientras yo había estado temiendo este día, él había estado soñando con él: el día en que finalmente sería libre.

Dio un paso al frente y la gente comenzó a guardar silencio, esperando su discurso.

—Ciudadanos de Otacia, es un honor y un privilegio poder serviros. —Su voz era fuerte, elegante y sexy, como siempre. A mi

alrededor, las chicas se habían quedado boquiabiertas al verlo, y tuve que contener una mirada fulminante—. La pérdida de mi hermana Aria siempre será un agravio infligido a nuestro reino. —Más voces se apagaron al mencionar a la difunta princesa—. Estos años en el castillo los he dedicado a forjarme como el mejor príncipe posible, como el mejor líder posible, y estoy deseando serviros como lo han hecho mis padres.

Hubo más vítores, y no pude evitar unirme. No había visto a Silas como príncipe desde el día que descubrí quién era. Y menudo príncipe estaba hecho. Era todo y más de lo que había imaginado que sería Silas La'Rune. Todavía no podía creer que fuera mío…, que me quisiera a mí.

«Al menos de momento».

Suspiré y alejé ese pensamiento.

—Nos adentramos en una nueva era, en la que Otacia es más fuerte que nunca. Hemos obtenido más territorios para reforzar nuestras defensas, el comercio ha impulsado nuestra economía.—Hablaba como un verdadero príncipe, como un verdadero líder. Se aclaró la garganta—. Sé que los que estáis en el Anillo Exterior aún no habéis cosechado plenamente los frutos del éxito de nuestro reino.

Ante ese comentario, el rey lo miró furioso desde atrás.

—Pero os prometo, estimados ciudadanos del Anillo Exterior —continuó—, que la situación mejorará y prosperará. Lo considero una de mis mayores ambiciones. —Los que me rodeaban, ciudadanos del Anillo Exterior, estallaron en una ovación; los de clase alta solo aplaudieron. El rey desvió la mirada de Silas al gentío con el ceño fruncido. La reina sonreía y aplaudía.

Espero que a Silas no le cueste un disgusto esa declaración.

Oh, estoy seguro de que sí, dijo Torrin en mi mente.

Quería gritarle que saliera de mi cabeza otra vez, pero su afirmación me pilló desprevenida.

¿Le hará daño?

No sé con seguridad lo que ocurre entre el rey y el príncipe, pero sí sé que su relación no es precisamente de afecto. No creo que pueda salirse del guion y quedar impune.

Eso sí que lo sabía yo. Silas me había contado que él y su padre no se llevaban bien, y que, así como su padre esperaba que lo tratara como a un rey, él trataba a Silas como a un príncipe. Padre e hijo eran roles secundarios, si es que acaso los consideraba.

Tragué saliva y sentí un nudo en el estómago cuando el rey dio un paso al frente. Por suerte, había borrado el ceño fruncido para reemplazarlo por su habitual indiferencia. Ryia también avanzó hasta que los tres estuvieron uno al lado del otro, Silas entre ellos.

—Ciudadanos del Centro, esperamos veros en la celebración del castillo en honor a la mayoría de edad de Silas —dijo Ulric, mientras que las primeras filas demostraban su entusiasmo. Por supuesto, solo los más ricos y la élite estaban invitados.

—Gracias a todos por acudir aquí hoy. Estoy deseando serviros. —Silas sonrió radiante e hizo una reverencia, y tras un inmenso aplauso, los tres, seguidos por los guardias, regresaron al interior del castillo.

Los soldados que bloqueaban el Anillo Exterior empezaron a conducirnos de vuelta, y todos iniciamos el descenso a nuestras casas.

Yo ya sabía que había un baile de celebración en honor a Silas, pero no pude evitar sentirme triste por no poder acudir, aunque cuanta menos atención, mejor. Era otro recordatorio de que, a pesar de todo, la vida que yo había soñado con él no era posible.



Estaba en el exterior de nuestra cabaña, ocupándome del jardín bajo el sol de la tarde, disfrutando de uno de los últimos días de calor antes de que la brisa otoñal me obligara a arroparme con prendas de más abrigo.

Me había puesto un vestido azul claro que Silas me había regalado, tan sencillo que no llamaba demasiado la atención, pero igualmente hermoso. Me llegaba por debajo de las rodillas, me quedaba ajustado en la cintura y el busto, y lo sujetaban dos tirantes finos. Llevaba el pelo recogido en una coleta para evitar que me cayera a la cara mientras trabajaba.

Me encontraba cortando hierbas y colocándolas en la cesta cuando empecé a oír un murmullo. Me sequé la frente, miré en dirección al vocerío y me quedé atónita al ver a soldados otacios avanzando directos por el camino que llevaba a nuestra vivienda. Tropezando por el arrebato, corrí hacia la fachada de mi casa y me arrodillé al igual que los que me rodeaban.

El sudor me caía por la frente. Miré al suelo, escuchando los susurros y el chasquido de los cascos de los caballos contra los adoquines.

«¿Por qué han bajado los soldados hasta aquí?».

Permanecí arrodillada y me tensé cuando los caballos se detuvieron frente a mi cabaña.

—¿Es esta la casa de Minerva y Lena Daelyra? —preguntó una voz familiar.

Levanté la vista enseguida y vi a Silas sonriendo, montado en un imponente caballo negro.

Lo miré boquiabierta, pero luego reprimí la sonrisa lo mejor que pude.

—Así es —respondí poniéndome de pie.

Un soldado a mi izquierda se acercó a paso ligero y dejó dos paquetes grandes en la puerta.

—Presentes de parte de la familia real. Quedáis invitadas a la celebración de esta noche en honor al éxito de vuestro negocio familiar.

Sentí que se me salían los ojos de las cuencas y crucé la mirada con Torrin, que iba detrás de Silas en un caballo blanco igual de magnífico.

Parece que al final vendrás al baile.

Dirigí la mirada de nuevo a Silas.

—Gracias, Alteza —susurré, haciendo una profunda reverencia.

Cuando levanté la cabeza, me encontré con su brazo extendido. Lo miré confundida, pero él continuaba sonriendo. Vacilante, puse la mano sobre la suya y él la levantó a la vez que se inclinaba, dándome un suave beso. Escuché las exclamaciones de asombro de mis vecinos, que estaban en el exterior de sus casas presenciando algo completamente inaudito.

Ya era bastante raro que la reina a veces nos honrara con su presencia, pero ¿el príncipe? ¿En su primer día de libertad?

¿Besándole la mano a una campesina de clase baja…?

Supongo que Silas también lo hacía para demostrar que hablaba en serio: que el Anillo Exterior era una prioridad para él.

Sentí que se me iluminaba el rostro y que las mejillas me ardían a la vez, y Silas me dedicó esa maldita media sonrisa cuando apartó los labios. Estaba acostumbrada a sus besos… pero delante de toda esta gente…

No pude evitar sonreír aún más.

—Nos vemos esta noche, entonces —ronroneó, y él y sus hombres dieron la vuelta y regresaron al Centro.

Miré al frente hasta que los perdí de vista, y varios vecinos se acercaron corriendo a preguntarme qué había pasado.

El día de mercado estaba a punto de terminar; se había retrasado la hora de inicio debido a la presentación del príncipe. ¡Mi madre no iba a creerlo cuando lo oyera!

Metí las cajas en la casa y las dejé sobre la mesa del comedor. Eché un vistazo al contenido y sonreí tanto al ver dos vestidos preciosos que me dolieron las mejillas. Me di una ducha para quitarme la suciedad del jardín. Faltaban apenas unas horas para el baile y tenía que aprovechar cada minuto para prepararme.



CAPÍTULO VEINTICINCO

—No puedo dejar de temblar —susurré.

—Yo tampoco.

Mi madre y yo subimos la escalinata hacia el Anillo Interior, mostrando nuestras invitaciones a los guardias. Les echaron una ojeada y asintieron antes de dejarnos pasar. Nunca había estado en el Anillo Interior después del toque de queda. Los residentes nos recibieron con asombro y miradas de enojo, pues no podían creer que llevaran escoltadas a unas mujeres del Anillo Exterior al castillo. Dos mujeres del Anillo Exterior por encima de ellos.

Las cajas contenían dos vestidos divinos que Silas nos había regalado a mi madre y a mí. El de mi madre era de un tono burdeos intenso, y, aunque las mangas largas y la cintura ajustada le sentaban de maravilla, la falda abullonada se llevaba toda la atención. Era mucho más elegante que ningún otro atuendo que

hubiéramos lucido nunca, y ambas nos sentimos un poco raras a pesar de lo magníficos que eran. Sin embargo, sabíamos que encajaríamos con los asistentes al baile en cuanto llegáramos.

En cuanto a mi vestido… ¡Oh, dioses! Era de un vivo verde esmeralda, sin mangas. La falda era abullonada como la de mi madre, pero la parte de arriba era un corsé. Por suerte, los pechos me quedaban perfectos, ya que Silas se había aprendido mi talla el año anterior, debido a lo mucho que me había consentido.

A lo largo del corsé y derramándose por la falda había intrincados diseños de hilo plateado. No sé qué hacía que todo el vestido brillara, pero destelleaba incluso bajo la luz más tenue.

Era un vestido digno de… una princesa.

Por una vez, mi madre se dejó el pelo suelto, y yo opté por un semirrecogido con una trenza de corona, con mechones pelirrojos enmarcándome el rostro. Pasamos la tarde perfeccionando nuestro maquillaje: sombras, máscara de pestañas, colorete y labial; nunca nos habíamos visto tan bien. El tono marrón oscuro que empleé alrededor de los párpados hizo que mis ojos verdes destacaran aún más.

Un guardia que nunca había visto vino a acompañarnos al Centro, así que mi madre y yo guardamos silencio todo el camino, intercambiando alguna que otra mirada divertida cuando todos alrededor se quedaban asombrados al ver nuestro aspecto.

Entrar así en el castillo fue una experiencia completamente distinta de mi primera vez. Subimos por la escalinata negra que conducía a la entrada del imponente edificio. Las puertas se abrieron de par en par, y parejas y familias ataviadas con joyas y las

indumentarias más distinguidas se acercaron a presentarnos sus respetos.

Llamaba la atención la cantidad de familias que acudían con hijas de mi edad. Apenas tuve tiempo de pensarlo antes de que nos guiaran al interior, donde nos recibió una gigantesca estatua de mármol que representaba a un fénix, con la cola y las enormes alas desplegadas y talladas con filigrana.

Giramos a la izquierda, y al cruzar otro par de puertas dobles, me quedé boquiabierta al acceder al fascinante salón dorado. El techo era un mural de querubines, ángeles y, para mi sorpresa, seres de orejas puntiagudas. El Castillo La'Rune había sido construido hacía más de cien años, así que supuse que este mural se pintó antes de que comenzara el profundo odio hacia los de mi especie. Aun así, me sorprendía que no lo hubieran pintado encima. En el centro estaba de nuevo el escudo familiar.

El suelo era de madera clara, cuadriculado, tan reluciente que parecía cubierto de óleo. Candelabros dorados se alineaban en las paredes, proyectando una cálida luz por toda la estancia. Mamá y yo seguimos avanzando, recibiendo las miradas de asombro de algunos de los asistentes. ¡Los del Centro mirándonos a nosotras!

Había mesas dispuestas con variedad de fruta fresca y postres, y resistí el impulso de correr a atiborrarme. Desvié la vista hacia los tronos al fondo de la sala. Ulric ocupaba uno de ellos, y alguien de su corte le hablaba al oído mientras observaba a los invitados. No parecía muy contento con la fiesta.

Nunca lo había visto tan de cerca. Tenía la piel igual de bronceada que su hijo, y su larga melena era igual de oscura. Sin embargo, él tenía los ojos casi negros, en marcado contraste con los dorados de

Silas. No había facciones suaves en su rostro, y, cuando cruzamos la mirada, me apresuré a apartar la mía. Seguí contemplando el salón hasta que detuve la mirada en una cara familiar.

«Silas».

Estaba charlando con una chica y un hombre, presumiblemente el padre. Una posible futura princesa, supuse, ya que había muchachas de nuestra edad en cada rincón. Silas ya no llevaba armadura; vestía un elegante traje completamente negro, con bordados plateados como los míos que se arremolinaban en intrincados detalles.

—Voy a por un par de copas —anunció mi madre, y desapareció.

Silas miraba alrededor y, al verme, me dedicó la sonrisa más radiante, lo que hizo que la chica y su padre dirigieran los ojos en mi dirección.

«¡Intenta no ser tan descarado!».

No pude evitar devolverle la sonrisa. El padre torció el gesto y la niña se quedó mirándome fijamente, repasándome de arriba abajo, maravillada por mi vestido.

Silas vino hacia mí con aire ufano. Era la primera vez que veía su corona de cerca. Los zafiros se incrustaban en un patrón precioso, y la tenue iluminación de la sala los hacía brillar.

—¿No te ves absolutamente espectacular?

—Deberías intentar ser menos descarado —susurré, mirando a la gente que cuchicheaba y nos observaba.

—Creo que están fascinados por tu belleza.

Esbocé una pequeña sonrisa.

—No digas tonterías. Seguro que es obvio que somos de clase baja.

—¿Estás menospreciando el vestido que elegí para ti?

—Claro que no. Es solo que…

Miré alrededor y me fijé en todas las muchachas hermosas que se encontraban presentes. Mi vestido era sin duda mi favorito, y me sentía guapa esa noche, pero aun así…

—Sigues sin ver lo especial que eres. —Chasqueó la lengua—. Qué lástima.

Me sonrojé. Los músicos empezaron a tocar los instrumentos: violines, violonchelos y flautas, entre otros, y sonó una canción bella y lenta. Silas me agarró de la mano y lo miré desconcertada cuando me condujo a la pista de baile. Las parejas empezaron a danzar con elegancia, y Silas me rodeó la cintura con la mano izquierda, atrayéndome hacia él cuando empezamos a movernos al compás.

—¿Qué haces? —siseé nerviosa.

—Bailar; al fin y al cabo, esto es un baile. ¿Qué esperabas? —Me sonrió burlón y puse los ojos en blanco. Me estrechó aún más—. Dioses, cómo desearía poder besarte ahora mismo —murmuró.

—Silas —susurré, y me hizo girar, sacándome una risa tonta, y me atrajo hacia él de nuevo.

Aquellos iris dorados brillaban y parecía tan… contento.

Vi que desviaba la mirada y la seguí. La reina y mi madre debían haber estado conversando, pero ahora las dos nos miraban perplejas con ojos que gritaban: «¡Dejadlo ya!».

Silas tosió y puso distancia entre nosotros mientras reanudábamos nuestro baile.

Se me desvaneció la sonrisa al volver a la realidad. Nunca podría tener esta vida con él. Por mucho que ambos la deseáramos. Lo miré a los ojos, y su expresión reflejó la mía.

—Lo resolveremos, Florecilla —dijo en voz baja.

Le devolví una sonrisa nerviosa y él se inclinó para hablarme al oído.

—¿Sabes por qué elegí este vestido? —Se apartó y negué con la cabeza. Él sonrió—. El color me recordó al de tus impresionantes ojos.

Me mordí el labio.

—Me estás poniendo muy difícil no besarte ahora mismo.

A mi pesar, la canción terminó y Silas me soltó. Se inclinó hacia delante y, llevándose mi mano a la boca, la besó con dulzura. Vi a las chicas a mi alrededor haciendo una reverencia a sus parejas, así que hice lo mismo con torpeza.

—Gracias por este baile, Lena —susurró.

Había una energía innegable entre nosotros mientras nos mirábamos. Con cariño, con anhelo, con deseo, pero el momento lo interrumpió otro padre que se entrometió y le pidió a Silas que bailara con su hija.

Hice una reverencia tímida y me dirigí hacia mi madre. Miré atrás a mitad de camino y vi que Silas me observaba con fijeza mientras bailaba con la muchacha. No debería enfadarme; sabía que él tampoco lo quería. Pero odiaba ver a otra entre sus brazos.

Llegué hasta mi madre, que seguía hablando con la reina.

—Lena —me saludó Ryia—. Qué alegría volver a verte.

—El placer es mío, Majestad. —Mi madre me ofreció champán, para mi sorpresa. Acepté la copa y le di un sorbo; la bebida era ligera y refrescante.

—Veo que tú y Silas os estáis divirtiendo. —Mi madre sonreía ante las palabras de la reina. Esbocé una sonrisa incómoda, di otro sorbo y Ryia sonrió con discreción—. Sé que esto no es fácil para ninguno

de los dos. Pero me alegro de que hayáis podido estar aquí hoy. —Saludó a mi madre con la cabeza y se marchó.

Iba a hablar con mi madre cuando vi a mi amigo. Torrin Brighthell estaba apostado junto a una de las mesas de postres.

Sonreí para mis adentros. Sí, puede que hablar con el príncipe fuera sospechoso, pero ¿y con un guardia? Torrin parecía aburrido y, sin la compañía de Silas, yo también lo estaría. O simplemente celosa. En cualquier caso, necesitaba distraerme.

Me acabé la copa y me acerqué a Torrin, que intentaba sin éxito evitar el contacto visual. Cuando llegué a su lado, frunció el ceño.

—¿Qué haces? —preguntó con un tono de voz antipático. Puse los brazos en jarras, pero, antes de que pudiera responder, volvió a sisear—. Las damas del Centro no hacen ese gesto.

Hice una mueca mientras bajaba las manos a ambos lados y resistí el impulso de sacarle el dedo corazón. Eso sí que no sería propio de Centro.

—Mis disculpas, sir Torrin —canturreé mientras hacía una reverencia.

Su expresión había cambiado a una risa disimulada.

—No deberíamos dejar que la gente sepa que tenemos algún tipo de conexión —dijo en voz baja.

Puse los ojos en blanco.

—Las únicas personas que importan ya saben que te conozco. Bueno, al menos que he tratado contigo —contesté, y luego dudé—. ¿Bailarías conmigo?

Parpadeó desconcertado.

—¿Qué?

Me costó no sonrojarme. Supongo que la bebida me estaba volviendo atrevida.

—¿Me honraría un guardia del servicio real de la reina con un baile?

Torrin se puso colorado y la reina vino hasta mí. Torrin se enderezó en respuesta.

—Adelante, Torrin —dijo con una cálida sonrisa.

—Pero, Majestad, yo…

—Te mereces divertirte un poco. Anda, ve. Estaremos bien con un guardia menos.

Le di las gracias con un asentimiento de cabeza mientras Torrin entrelazaba el brazo con el mío, acompañándome a la pista de baile. Cuando llegamos, me agarró de la cintura, y con la otra mano sostuvo la mía; yo le apoyé la mano libre en el hombro.

Sonreí al ver su expresión nerviosa.

—¿No sueles bailar? —pregunté.

Arrugó la frente.

—Estoy seguro de que soy mejor bailarín que tú.

No lo dudaba. Aun así, sonreí.

—Averigüemos si es verdad lo que dices.

Cuando empezó la siguiente canción, me sorprendió comprobar que era un bailarín excelente. Me guio a través de una serie de movimientos, y yo intenté no tropezar con los pies cuando me hizo girar.

—¿Te cuesta seguirme el ritmo? —se burló.

Le saqué la lengua y él reprimió una sonrisa. Me hizo girar una última vez, y cuando la animada música terminó, seguía con una mano en mi cadera y la otra entrelazada con la mía.

Esbozó una sonrisa, luego hizo una reverencia, y yo le devolví el saludo. Para mi sorpresa, se llevó mi mano a la boca y la besó.

Fue un gesto formal, pero una parte de mí sintió que Torrin retuvo ese beso un momento más.

—Gracias por el baile —dijo en voz baja, y luego arqueó una ceja —. Aunque creo que necesitarás tomar clases en el futuro.

Le di un empujoncito en el hombro.

—Qué grosero —dije, y luego sonreí—. Aunque tienes razón.

Tosió y miró hacia su sitio.

—Debería volver —dijo, mirándome a los ojos.

—Gracias. —Sonreí, y él asintió antes de volver al trabajo.

Regresé con mi madre, que hablaba con un apuesto caballero, y decidí que no quería estropearle el momento. Miré alrededor y vi a Silas observándome con expresión confundida.

Contuve una mueca. Quizá Torrin y yo parecíamos demasiado cómodos el uno con el otro, ya que técnicamente solo nos habíamos visto una vez, a ojos de los demás, excepto a los de mi madre.

Casi me puse a pensar una respuesta, tan acostumbrada como estaba a comunicarme así con Torrin, pero simplemente le guiñé un ojo. Él relajó la expresión y posó los ojos en la chica nueva que tenía entre los brazos.

Uf.

No te pongas celosa. Sabes que él preferiría que fueras tú.

Miré a Torrin, que había vuelto a su sitio.

Mi madre está ocupada. No sé qué hacer.

Torrin se quedó mirando la mesa de postres.

Me reí con un resoplido y me acerqué.

Me hace gracia que estés vigilando la mesa de postres.

Sabía que en realidad estaba allí por la salida que se hallaba a su espalda; aun así, me gustaba chincharlo. Me encontraba a unos pasos de él, pero seguíamos hablando telepáticamente. Puse dos brownies y una galleta gigante recubierta de azúcar en un plato. Ah, y un par de trozos de tofe y unos cuadraditos de *fudge* de chocolate.

Alguien tiene que proteger estos pobres postres de tu bocaza.

Me volví y vi a Torrin mordiéndose el labio para contener la sonrisa.

Qué cabrón. ¿Tienes envidia porque tú no puedes comer?

Torrin sonrió con suficiencia, luego alcanzó un bombón del plato más cercano y se lo metió en la boca.

Observé su mandíbula mientras lo masticaba, con los ojos marrones entrecerrados mientras comía con una sonrisa provocadora. Me sorprendí mirándolo más tiempo de la cuenta: su enorme estatura, los hombros anchos, los pómulos altos y el mentón marcado. Se le movió la nuez cuando se tragó el dulce.

«Es realmente guapo».

Noté que el cuerpo se me ponía rígido cuando vi que Torrin abría mucho los ojos, y yo hice lo mismo en cuanto me di cuenta de que había oído mi pensamiento.

«¡Joder, mierda!».

Me apresuré a apartar la mirada y decidí que interrumpir a mi madre no era tan grave. Agarré el plato con fuerza y me escabullí.

Que Torrin pudiera leerme el pensamiento era humillante. ¿Qué hacía yo pensando algo así?

—¿Ya tienes suficiente postre? —bromeó mi madre mirando el plato.

Por suerte, el hombre acababa de marcharse justo cuando llegué.

Sonreí.

—Pensé que podríamos compartirlo.

Esa no era la verdad; podría haberme comido todos esos dulces yo sola. Ahora tenía el estómago revuelto.

No es para tanto.

Me puse tensa al oír la voz de Torrin. Ni siquiera podía girarme para mirarlo.

Puedes pensar que alguien es atractivo sin sentir nada por él, Lena, añadió.

Empecé a sudar. Esta conversación era intolerable.

Amo a Silas. Solo lo quiero a él.

Lo sé, dijo Torrin con suavidad en mi mente.

—Lena, ¿te encuentras bien? —Me sobresaltó la voz de mi madre —. Te has quedado mirando al infinito.

—Eh… Sí, sí, estoy bien.

Cerré los ojos un segundo.

Por favor, no te metas en mi cabeza a menos que yo te dé permiso para hacerlo.

Torrin no respondió, pero supuse que me había escuchado.

La reina se acercó mientras yo me manchaba la cara con el *fudge* de chocolate más sabroso y exquisito del mundo.

—Lena —sonrió ampliamente—. Me gustaría enseñarte nuestra galería.

Parpadeé y me tragué rápidamente el dulce, pasándome la lengua por los dientes y rezando a los dioses para que no me hubiera quedado chocolate entre ellos.

Mientras caminábamos hacia dondequiera que estuviera esa galería, establecí contacto visual con Silas. Él arqueó una ceja y yo

me encogí de hombros en respuesta.

Salimos por el otro par de puertas dobles que conducían al salón de baile, y casi me quedé sin aliento al ver la colección. Había docenas de imponentes obras de arte colocadas con esmero a lo largo de las paredes de piedra blanca.

—Mira a tu alrededor —comentó Ryia—. Dime cuál es tu favorita.

Asentí y luego recorrí a paso lento la sala. Había varias pinturas colgadas que representaban a la realeza, animales salvajes o paisajes naturales. Varias estatuas de mármol ostentaban el centro de la sala, con tallados tan minuciosos que las personas representadas parecían casi reales.

Tras varios minutos maravillándome con las diversas obras, me detuve ante la que más me conmovió. Era una pintura del tamaño de las puertas del castillo. Impresionantes rojos, naranjas y amarillos dibujaban llamas, con azules y púrpuras dispuestos con extrema delicadeza. El intenso fuego se arremolinaba alrededor de lo que parecía una nube de humo negro. La descripción de la obra rezaba: *Muerte por el fuego de un amante*.

—Este cuadro me lo regaló mi padre —dijo Ryia—. Lo encargó a un pintor de gran talento de Faltrun. Él lo llamó *Renacimiento*.

Me fijé en los detalles, en el modo en que el lienzo mostraba la textura de la pintura. Era hermoso…, a pesar de las inquietantes palabras que lo describían.

—Esta es mi favorita —decidí.

La reina exhaló una risa por la nariz.

—Sabía que lo sería.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Sonrió con suavidad.

—Porque también es la preferida de Silas.



Después de una noche de comer dulces, beber champán y bailar con mi madre, la fiesta terminó y me acerqué a Silas cuando la gente empezó a marcharse.

—Hola —dijo con su media sonrisa—. Te he echado de menos —susurró.

—Yo también —musité en respuesta, y al instante se me desvaneció la sonrisa—. Ojalá pudiera darte un abrazo de despedida.

Me dedicó una sonrisa triste.

—A mí también me encantaría. —Vi la duda en sus ojos, luego me miró—. ¿A qué ha venido ese baile con Torrin?

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quieres decir?

Me miró extrañado.

—Es que parecías estar muy a gusto con él.

Contuve los nervios y levanté la copa de champán.

—El coraje líquido siempre ayuda.

No era del todo mentira. Ojalá pudiera hablarle de Torrin…, de mí.

Silas sonrió ante mi comentario y se inclinó.

—Me encanta cuando te pones un poco piripi, ¿sabes?

Me mordí el labio cuando el calor me recorrió el cuerpo.

—Es cruel que os burléis de mí, Alteza.

Silas sonrió mientras retrocedía, me tomaba la mano y la besaba una vez más.

—Que tengas una noche maravillosa, Lena.



Mi madre y yo llegamos a la entrada del castillo, donde esperamos a que nos escoltaran. Para mi consternación, Torrin sería nuestro acompañante esta vez.

«Genial».

Nos saludó con la cabeza y empezó a caminar, y nosotras lo seguimos de cerca. Las dos intercambiamos impresiones sobre lo mucho que nos habíamos divertido, lo guapa que iba la reina y lo apuesto que era Silas. Mi madre le preguntó a Torrin si lo había pasado bien en la fiesta. Se había perdido nuestro baile, ya que estaba centrada en el atractivo desconocido con el que hablaba. Torrin simplemente dijo: «Todo lo bien que puede pasarlo un soldado».

El trayecto se me hizo corto, y, cuando llegamos a casa, Torrin dijo:

—Lena, ¿puedo hablar contigo?

Me quedé paralizada, luego me volví hacia él y asentí.

—Os dejo para que habléis en privado —dijo mi madre en la incomodidad de la situación, y luego entró en casa.

Nos quedamos en silencio un momento; la tonta de mí no podía mirarlo a los ojos. Noté que movía las yemas de los dedos sobre el muslo con nerviosismo antes de empezar la conversación:

—Siento haberme metido en tu mente —dijo en voz baja—. Yo… prefiero saber lo que piensa de verdad la gente, no solo adivinarlo. Supongo que me he acostumbrado a que nos comuniquemos así. —Sonaba… triste. Lo miré a los ojos.

Y, sinceramente, parecía arrepentido, aunque no era culpa suya. Me divertía nuestra forma de comunicarnos hasta que tuve un pensamiento que desearía no haber tenido. Habíamos estado charlando perfectamente hasta entonces.

—Dime qué piensas —suplicó, y se me aceleró el estúpido corazón.

—Creo… creo que me he acercado demasiado a ti —susurré, y él frunció el ceño—. Yo amo a Silas…

—Lo sé.

—Y me he dado cuenta de que mis sentimientos por ti se han vuelto… —Dudé—. Confusos.

Torrin abrió mucho los ojos y se puso colorado. Estaba enamorada de Silas. Solo amaba a Silas. Pero no podía negar la atracción que sentía por Torrin. Odiaba sentirme así.

—No quiero que me eches la bronca ni que te burles de mí—dije con más amargura de la que pretendía—. Solo… solo necesito un poco de espacio.

Parpadeó unas cuantas veces y frunció el ceño, antes de bajar la mirada y asentir. Nos quedamos en silencio unos instantes.

Por fin, levantó esos bellos ojos marrones y me miró.

—Entendido. Que duermas bien, Lena.

Me quedé observándolo mientras caminaba de vuelta al castillo, y se me encogió el corazón por haber puesto distancia entre mi amigo y yo.



Lena.

La voz me sobresaltó y abrí los ojos de golpe.

«Vaya una forma brusca de despertarme».

Miré el reloj: la una y cuarto de la madrugada. Antes de lo habitual para ella.

La voz de Kayin tembló al hablar.

Se avecina un cambio, Lena; un cambio horrible, espantoso. Reúnete con Torrin dentro de dos días. Por la noche. Id a Ames.

Se me encogió el estómago y me invadió el pánico al incorporarme en la cama.

¿Qué? ¿Dejar Otacia? ¿Por qué?

Hablaba más bajo de lo normal.

Torrin te ayudará con lo que haya que hacer. Cuando llegue el momento de irse, búscalo. Él se asegurará de que llegues a Ames sana y salva.

¿De qué demonios estaba hablando?

¿Qué hay que hacer? ¿Qué va a pasar?

Silencio.

¿Kayin?

Tardó un buen rato en contestar.

Ha de pasar para salvar a la gente mágica. Volveremos a hablar cuando llegue el momento.

Le pregunté por Silas, pero no me respondió. Torrin me había dicho que el príncipe dictaría el destino de nuestro pueblo. Pero ¿qué

significaba eso? Seguí rogándole respuestas a la voz, pero ignoró mis preguntas.

Me costó conciliar el sueño esa noche, hecha un mar de lágrimas por el miedo a lo que estaba por venir.

A la mañana siguiente, la noticia se extendió por todo el reino. Una noticia que lo cambió todo.

La reina Ryia había sido asesinada.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

—¿Qué? ¿Cómo ha podido pasar? —Me sobrevino un pánico atroz en cuanto mi madre y yo oímos la noticia a primera hora de la mañana.

Enseguida pensé en lo peor. Torrin y Kayin sabían que algo iba a pasar; la voz me había advertido la noche anterior. ¡Ella lo sabía!

Torrin parecía respetar y proteger a la reina. ¿Acaso era todo fingido? ¿Acaso yo había trabado amistad con quienes pretendían matar a la reina?

Era imposible que Torrin hubiera accedido a algo así…, de ninguna manera.

Entonces se me encogió el estómago.

«Silas…».

Se me partió el corazón al pensar en mi amado, y a continuación sentí angustia por si había sufrido algún daño. Inmediatamente fui a

por mi capa, pero mi madre me agarró del antebrazo y tiró de mí con fuerza.

—¿Adónde te crees que vas?

—Tengo que verlo. Me necesita.

—Lena, si te parecía que antes el castillo estaba atestado de guardias, ahora sin duda lo estará más. —Intenté liberarme, pero me agarró con más fuerza—. No estarías a salvo. Ni siquiera Silas podría detener la cólera del rey, sobre todo ahora que la reina… —Ni siquiera pudo terminar la frase.

—Puedo usar el elixir de invisibilidad…

—¿Y si alguien irrumpe en su habitación mientras estás allí?

—Él me protegerá —dije inflexible.

—Pero ¡¿tú quieres que lo haga?! —gritó mi madre.

Parpadeé varias veces. Tenía razón. No querría que castigaran a Silas por mi culpa. Pero, aun así, ¿cómo esperaba mi madre que lo abandonara en su dolor?

Mamá suspiró y me soltó despacio.

—Espera hasta que oscurezca.

—Pero…

—Y por favor, por favor, ten cuidado. Si te pierdo…

Las lágrimas le cayeron por las mejillas.

—No me perderás —dije comprensiva—. Es solo que… no puedo dejarlo solo en su sufrimiento.

Acepté que ir por la noche sería lo mejor, aunque me matara tener que esperar para verlo. Volví a pensar en Torrin.

«Cuando las cosas cambien… Cuando las cosas se tuerzan, y lo sabrás cuando llegue el momento, búscame. ¿Entendido?».

Si estuviera implicado en esto…, lo mataría yo misma.



Tras lo que me pareció una eternidad, finalmente recorrí el sendero y trepé por la cornisa, deteniéndome para recuperar el aliento. No sabía si Silas estaba en su cuarto. Eran casi las nueve de la noche, pero, dadas las circunstancias, podría estar entrenando, reunido con el rey o quizá incluso lo hubieran obligado a dormir en otro lugar.

Suspiré. Tras inspeccionar la zona para asegurarme de que no hubiera guardias cerca, a pesar de haber ingerido un elixir de invisibilidad, comencé a subir. Iba pisando con cautela y estaba lista para escalar el último tramo hasta el balcón de Silas cuando una fuerza me derribó.

—¡¿Qué haces aquí?! —siseó una voz.

Giré la cabeza con brusquedad y vi a Torrin. Había una furia feroz en su rostro que se transformó en desconcierto cuando cargué contra él y le apunté con la daga en la garganta.

—Tú… —gruñí, arrinconándolo contra el muro del castillo—. Dime que no has tenido nada que ver con esto. —Las lágrimas me anegaron los ojos, pero, por lo demás, no mostré debilidad en el rostro. Silas había dicho que eran amigos, pero ¿lo había traicionado? ¿Le había arrebatado a una de las personas que más amaba? Ni siquiera me había percatado de que mi maldito elixir había fallado—. ¡Contesta!

Torrin estaba desconcertado.

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? ¿Estás mal de la cabeza?

Quiso moverse, y apreté la daga más fuerte contra su garganta.

—Muévete y te mato —dije furiosa—. ¿Quién es ella? ¿Quién es Kayin?

Torrin apretó la mandíbula, clavándome sus ojos marrones.

—¡¿Quién es?! —insistí gritando.

—Baja la voz —siseó—. Joder —murmuró derrotado—. No lo sé, y antes de que me rajes el cuello, te juro que hablo en serio. Kayin afirmaba ser una vidente como Igon. De algún modo consiguió utilizar mi don, el que me permite hablar contigo, para comunicarse conmigo. Resulta que no es una habilidad compartida, sino… más bien prestada.

—¡Maldita sea, Torrin! ¿Y has confiado en esa voz sin más?

Yo también lo había hecho. Había sido una completa idiota.

Se puso tenso.

—Sabía cosas que solo un vidente podría saber. Confía en mí; no la creí sin más.

Suspiró y me puso la mano en el brazo con suavidad.

Se la aparté de una sacudida.

—¿Qué información te dio para que confiaras en ella? ¿Desde cuándo lo sabías?

Se mordió el labio, claramente no queriendo decírmelo, y luego suspiró.

—Hace tres años, Kayin me dijo que Silas La'Rune encontraría su lazo del alma a los dieciséis años. Que sería una chica pelirroja que vivía en el Anillo Exterior… y que sería una maga.

Me quedé inmóvil y lo miré con incredulidad.

—¿Lazo del alma? No ent…

—Estabais predestinados, Lena. La unión de los lazos del alma es un presente de la diosa Celluna… —Hizo una mueca—. Kayin también dijo que no eras muy versada en los dioses ni en las diosas.

Abrí los ojos de par en par. Era cierto que sabía poco de los dioses a los que servían los magos, aunque sí sabía que compartían nombres con los humanos. Apenas conocía la cultura a la que pertenecía. Mi madre y yo siempre habíamos tenido tanto miedo de que nos descubrieran que limitábamos al máximo las conversaciones sobre nuestro legado.

Y lo de unión de los lazos del alma... Eso explicaría por qué Silas se sintió atraído por alguien como yo. Si es que eso existía de verdad.

—Supe que debía confiar en ella cuando te vi, Lena —continuó Torrin, que seguía con mi daga en el cuello—. E Igon me dijo antes de marcharme de Ames que alguien me comunicaría mi destino. No especificó quién ni qué. Pero Kayin me habló, tal como Igon me dijo que haría. Me dio instrucciones.

—¿Por qué? —insistí—. ¿Por qué te dijo todo esto? Y si ella está de verdad del lado de la reina, ¿por qué no lo vio venir? ¿Por qué no lo detuvo?

—No lo sé. —Me miró con desesperación—. Estaba igual de impactado con todo esto que tú. Kayin me dijo anoche que había logrado su cometido utilizando mi don. Y que volverá a hablarme cuando llegue el momento. —Me miró a los ojos con intensidad—. Te lo juro, Lena, no tenía ni idea de que fueran a asesinar a la reina.

Me estremecí.

—Kayin me dijo que fuera a Ames contigo… mañana. ¿Te lo dijo?

—Sí.

—Entonces ¿es ella la que ha matado a la reina? ¿Y qué hay de Silas? ¿Cómo sabemos que está a salvo? —Me tembló el labio—. No pienso ir a ningún lado mientras crea que él…

—Lo sé —me interrumpió con cautela—. La persona responsable de la muerte de la reina ya ha sido capturada. Desconozco los detalles, pero, al parecer, el rey descubrió la escena poco después de que la mujer le quitara la vida.

Se me encogió el estómago.

—¿Una… mujer? —Aflojé la presión del arma contra la garganta de Torrin.

Él tensó la mandíbula.

—No me han especificado a quién han detenido.

—Entonces ¿podría ser ella?

—No… no lo sé —susurró.

Miré hacia la imponente fortaleza negra. ¿Estaría Kayin prisionera en el castillo?

—No puedo creerlo —susurré bajando la daga.

—Yo tampoco. —Torrin se frotó la zona donde había estado presionando el cuchillo—. Conozco a Ryia desde que tengo diecisiete años. Me ha regalado ocho años de su bondad. —Negó con la cabeza—. Kayin sabía con certeza que esto iba a ocurrir. Estaba escrito. Ha sido horrible y devastador…Y estaba escrito.

Lo miré con el ceño fruncido y luego relajé la expresión al notar el destello de las lágrimas contenidas en sus ojos.

Estaba verdaderamente afectado por su pérdida. O era un actor fantástico. No quería creer esto último.

Sentí el impulso de abrazarlo. Pero deseaba aún más abrazar a Silas.

—Ten cuidado. Estaré vigilándote hasta que termines.

Asentí agradecida y seguí ascendiendo hacia el balcón.



Me asomé con prudencia a la habitación de Silas. Estaba sentado en el borde de la cama, con la cara hundida entre las manos. Todavía llevaba ropa formal; ni se había molestado en ponerse cómodo.

Respiré hondo y luego llamé suavemente a la ventana. Se sobresaltó, como era de esperar, y me miró. Tenía los ojos vidriosos, un tanto sonrosados, y vi que le caían lágrimas por las mejillas. Apretó la mandíbula; parecía rabioso cuando se acercó dando zancadas a la puerta del balcón.

Oí el clic de las engorrosas cerraduras antes de que abriera con brusquedad y me arrastrara dentro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con frialdad mientras se giraba para mirarme con ojos penetrantes.

—H-he venido a comprobar si estabas bien; yo…

—Acaban de asesinar a mi madre; sabemos quién lo hizo, pero desconocemos si colaboraba con alguien. Ni el motivo. —Se pasó la mano por el cabello azabache—. Es muy peligroso para ti estar aquí. Si algo te pasara, Lena, yo… —Se le quebró la voz.

Le tomé el rostro entre las manos, le giré la cabeza hacia mí y al instante lo besé. Nos dimos unos besos lentos y apasionados y luego me aparté despacio.

—Quería venir para intentar consolarte. —Le acaricié la mejilla con una mano; la otra apoyada en su pecho—. Lo siento mucho,

muchísimo, Silas.

Le temblaba el labio, se le formaron lágrimas en los ojos, pero intentaba contenerlas, intentaba no mostrarse vulnerable. Yo conocía esa sensación mejor que nadie, aunque casi siempre había fracasado estrepitosamente.

Seguí hablando mientras le acariciaba el rostro.

—Puedes llorar conmigo. Deja que salga todo, lo que necesites —susurré.

Apretó la mandíbula y entonces se abalanzó sobre mí. Chocamos nuestros labios de nuevo, solo que esta vez había más hambre, más contundencia. Jadeé cuando me levantó agarrándome de las caderas, me llevó a su cama y me tumbó con delicadeza.

Su expresión era desgarradora y lujuriosa a la vez. Me miró con intenso deseo, pero las lágrimas amenazaban con desbordarse. Aun así, se acercó a las lámparas de aceite que alumbraban la estancia y comenzó a apagarlas, mientras yo respiraba con dificultad, anhelando su tacto.

Cuando no quedó ninguna encendida, solo la luz de la luna iluminaba su cuarto. Silas se desabrochó la camisa botón a botón, y al sacársela por la cabeza reveló su cuerpo perfectamente tonificado.

Tragué saliva. Se había vuelto más fuerte y esbelto este último año y medio. Aunque supuse que yo también. Había cogido algo de peso donde lo necesitaba, ya que Silas siempre se aseguraba de que mi madre y yo estuviéramos bien alimentadas, a pesar de mis protestas por que gastara dinero en mí.

Gateó por la cama hasta colocarse entre mis piernas, me agarró la barbilla para inclinarla a un lado y empezó a mordisquearme la zona entre el cuello y el hombro.

Me arañaba suavemente con los dientes y siseé por el leve dolor. Comenzó a devorarme el cuello despacio, y yo me retorcí de placer dejando escapar un leve gemido. Noté que sonreía contra mi piel antes de continuar. Deslizó los dedos hasta el botón de mis pantalones y yo me apresuré a ayudarlo, mordiéndole el labio inferior a la vez que me desnudaba para él. Me arrancó los pantalones mientras yo me quitaba la camiseta y el sujetador, y entonces me quedé completamente expuesta.

—Te toca —susurré con voz seductora, arrancándole una sonrisa maliciosa.

Se desabrochó los pantalones y se los bajó lo justo para liberar su enorme erección, que descansaba a la altura del ombligo.

Ronroneé.

—Quítatelo todo.

Esbozó una sonrisa y saltó de la cama para sacarse los pantalones.

Gateó de nuevo sobre mí y me miró a los ojos, pero yo ansiaba ver cada detalle de su rostro. La luz de la luna le iluminaba la espalda, lo que le daba una vista espléndida de mí. Lamentablemente, yo no tenía la misma suerte.

Me incorporé y lo tumbé sobre la cama para sentarme a horcajadas sobre él. Ahora sus ojos rebosaban de perversa excitación. Esa mirada me motivó aún más para bajar contoneándome hasta meterme su miembro en la boca. Recorrí con la lengua todo su contorno, concentrándome en la punta, como a él le gustaba.

—Joder —susurró, y yo me reí—. ¿Qué? —preguntó con una sonrisa de satisfacción.

—Qué lenguaje tan obsceno, Alteza —ronroneé contra su polla.

Me dedicó su media sonrisa.

—¿Eso te desagrada, mi Florecilla?

—Nada de lo que haces me desagrada.

Volví a tomarlo con la boca y él echó la cabeza hacia atrás. El gemido que soltó hizo que me humedeciera entera. Deseaba subirme encima de él y montarlo.

Seguí chupándosela, saboreando la suave piel de su polla en mi boca. Deslizó la mano entre mi cabello y empezó a empujarme abajo, contra él. Intenté no atragantarme, pero, como siempre, apenas logró entrar hasta la mitad antes de que me diera una arcada. Se apartó.

—Lo siento —susurré.

Mi disculpa hizo que me agarrara las mejillas con la mano derecha, obligándome a mirarlo.

—No tienes por qué disculparte, Lena. Y menos aún en lo que respecta al sexo. —Me soltó la cara y me arrastró el pulgar por labios—. Fóllame.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Me subí encima de él, me agarró por la cintura y lo guie dentro de mí, mi excitación empapando su extremo.

No entró poco a poco, esta vez no. Me embistió con todas sus fuerzas, y grité al desplomarme sobre su pecho.

—Cállate —murmuró en mi oído cuando empezó a follarme—. Por mucho que disfrute oyéndote gritar, me cabrearé muchísimo si nos vemos obligados a parar.

Le mordí el cuello, succionando su piel. Gimió de placer mientras seguía deslizándose dentro y fuera.

—Dioses, Lena, estás tan mojada…

Disminuyó el ritmo, saliendo por completo antes de volver a entrar despacio. No podía contener los gemidos; me gustaba mucho, joder. Pero procuré jadear lo más bajo posible. Después de unos momentos, no podía soportar la tortura de aquel ritmo lento. Me enderecé y curvé las caderas contra su pelvis antes de empezar a mover el culo arriba y abajo. Él siseó y puso los ojos en blanco.

Aprecié la vista mientras rebotaba sobre él. La nuez le sobresalía con la cabeza echada hacia atrás, y el sudor le goteaba por los abdominales perfectamente marcados. Observé su respiración entrecortada, su estómago contrayéndose mientras yo le daba placer.

Me costaba mucho retener mi magia; la electricidad que crecía en mi interior ante la imagen, ante mi amor por él, lanzaba descargas por todo mi cuerpo.

Era tan jodidamente guapo… Más guapo y perfecto de lo que nadie pudiera imaginar. Empecé a frotarme el clítoris mientras rebotaba, y Silas me admiraba con las pupilas dilatadas y los ojos entornados. Entonces, una sonrisa oscura apareció en su rostro.

—Quiero saborearte, Lena.

—Silas…

Se incorporó y nos dio la vuelta, mi espalda ahora contra el colchón y Silas entre mis muslos. No pude oponerme; lo deseaba con el mismo fervor.

Tenía las piernas completamente abiertas cuando empezó a besarme las ingles. No pude evitar arquear la columna. Joder, su provocación me estaba volviendo loca. Sentía su aliento caliente contra mi clítoris, y luego me lamió los labios.

El corazón me latía a mil por hora.

—Quill —susurré.

En un instante, me pasó la lengua por el centro, y me tapé la boca cuando se me escapó un sonoro gemido. Lamió una vez, y otra vez, y luego se concentró en el bultito de terminaciones nerviosas, moviendo la lengua a gran velocidad.

«¡Joder!».

No me cansaba. De hecho, no había hecho más que mejorar con el tiempo, a medida que ambos aprendíamos a complacernos mutuamente. Le pasé la mano libre por el pelo y lo agarré con fuerza. Los ruiditos que hacía mientras me devoraba estaban a punto de llevarme al límite.

—¿Tienes idea de lo deliciosa que sabes, Florecilla? —murmuró contra mi sexo.

Un gemido intenso me salió del pecho al oír esas palabras, y noté su sonrisa antes de seguir comiéndome el sexo. Uní la mano izquierda a la otra, ambas enredándose entre sus ondas negras azabache. Empecé a frotarme contra su lengua, y él jadeó en respuesta.

No quería que acabara nunca. Pero mi orgasmo crecía, y no quería negarlo.

Silas me introdujo dos dedos, recorriéndome con ojos de pura lujuria, haciendo que me derritiera.

—Estás tan hermosa desnuda a la luz de la luna, Lena. Podría contemplar esta vista eternamente.

Curvó los dedos hacia arriba, concentrando las embestidas en un punto sensible, y una descarga eléctrica estalló en mi interior ante lo que me hacía sentir. Grité cuando empezó a dibujarme círculos en el

clítoris con la lengua, y mi cuerpo se fragmentó en mil pedazos ante el orgasmo tan placentero que me latía en la palma de la mano.

Jadeando, me penetró, y la sensación de su verga dentro de mí después de un orgasmo era justo lo que necesitaba. Empezó a mover sus caderas, empujando dentro y fuera, y yo lo rodeé con brazos y piernas.

—Silas, me gusta tanto sentirte… —gemí, cerrando los ojos ante el delicioso placer.

Silas me presionó el clítoris con el pulgar y empezó a moverlo en círculos, y mis gemidos no hicieron más que aumentar.

—Me cuesta mucho no gritar.

—Lo sé —dijo con la respiración entrecortada. Movió el pulgar más rápido, manteniendo un ritmo perfecto mientras su polla crecía dentro de mí.

—Sí, así.

El éxtasis era cegador y, antes de que me diera cuenta, otro orgasmo me provocó sacudidas por todo el cuerpo. Yo palpitaba a la vez que Silas gemía, y solo necesitó unas cuantas embestidas más antes de correrse y derramarse dentro de mí.

Pasaron unos instantes hasta que se desplomó a mi lado y tiró de mí para acunarme contra su pecho, ambos sudando y recobrando el aliento.

—Esto… —suspiró— ha sido fantástico.

Había sido, sin duda, nuestro mejor polvo. Y con la cantidad de veces que habíamos follado este último año, eso era mucho decir. Me incliné y le besé la mejilla, y él me miró con ojos titilantes como la luz de las estrellas.

—Estoy tan enamorado de ti, Lena… —susurró, y me dio un beso cariñoso.

—Y yo estoy tan enamorada de ti… —le susurré. Me acarició el pelo y apoyó la barbilla en lo alto de mi cabeza.

Estaba tan relajada que podría perder el conocimiento. Pero, aunque el sexo había distraído a Silas, sabía que aún albergaba una emoción sombría y profunda. Me moví un poco y levanté la cabeza, y Silas bajó la suya para mirarme.

Nos miramos mutuamente. Y entonces vi que se le humedecían los ojos, que apretaba la mandíbula de nuevo, hasta que una lágrima le cayó por la mejilla. La imagen me rompió el corazón.

Le pasé el pulgar por el rostro, secando esa lágrima. Empezó a temblarle el labio y, cuando lo abracé, finalmente se dejó llevar y lloró en mi pecho.



CAPÍTULO VEINTISIETE

SILAS

Nunca había llorado de verdad delante de nadie desde que era pequeño. Se consideraba patético. A mi padre no le gustaba verme así; decía que era débil por hacerlo. Pero no podía aguantarme más, no después de perder a la única persona con la que tenía una relación cercana. Lloré en su pecho, y Lena me abrazó, acariciándome el pelo y diciéndome una y otra vez que me amaba. Me reconfortaban sus suaves susurros y su aroma celestial, una mezcla de eucalipto y hierbabuena.

Era lo mejor que me había pasado nunca.

No creía mucho en el destino. A lo largo de todos esos años encerrado en este castillo, tenía asumido que la vida siempre sería lúgubre y vacía. Y entonces la conocí el primer día que crucé estos muros. Como si el destino quisiera que estuviéramos juntos.

A mi madre también le había gustado mucho. ¿A quién no?

Cuando se me estabilizó la respiración y las lágrimas disminuyeron, me aparté para mirar a Lena, que tenía el rostro compungido. No quería volver a verla así mientras yo viviera. Así que me recompuse y me incorporé.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Sabes qué ha pasado? —preguntó con dulzura.

Sorbí por la nariz y la atraje hacia mi pecho.

—Sabemos quién ha sido. La asistente de mi madre, Amatta.— Suspiré—. La conozco desde que era niño. No tiene sentido. Por otro lado, no debía de conocerla tan bien… —Repasé mentalmente todas las señales que quizá pasé por alto antes de volver al presente—. Debería haber presentido que algo andaba mal. Debería haber hecho algo.

—Esto no es responsabilidad tuya, Silas. No es culpa tuya.

—Mi padre dice que es bruja…

Noté que Lena se tensaba. Les tiene miedo. Y con razón. Pero nunca dejaría que ninguna se le acercara. Jamás.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó en voz baja.

—Al parecer, él entró justo después de que ocurriera. La magia le irradiaba de las palmas. Dice que pudo retenerla hasta que los guardias se la llevaron a una celda. Creo que se resistió bastante. Pero, por suerte, nadie más salió herido. —Me mordí el carrillo.

—¿Cuál crees que fue el motivo?

—Ni idea. Mi madre era la persona más honorable de todo el castillo. Incluso por lo que respecta a las brujas, ella se negaba a expulsarlas de nuestro reino. Su bondad… Su capacidad para ver el bien en quienes no lo merecían… Esa era su debilidad. Y ahora se ha ido.

—Tu madre era una persona maravillosa. —Me acarició el pecho, y reprimí las ganas de llorar cuando la oí decir «era» al hablar de ella —. Tú… tú no estás en peligro, ¿verdad?

—No lo sé…

—Tiene que haber alguna forma de garantizar tu seguridad— exigió.

—Me preocupa más que hayas venido hasta aquí. —Juguetón, le pellizqué la mejilla con una sonrisa triste—. Mi madre debería ser la única que sabía de ti…, pero aun así. Si Amatta colaboraba con alguien, quizá hayan estado vigilando el castillo y…

Estaba visiblemente nerviosa, pero se obligó a sonreír.

—Por favor, no te preocupes por mí. Tienes demasiadas cosas en que pensar como para atormentarte por una campesina.

Me devolvió el pellizco en la mejilla. Admiré aquellos ojos verdes y dorados y luego sus labios carnosos.

«Dioses, es tan hermosa».

—Lo eres todo para mí, Lena. Un día, gobernarás este reino conmigo. Y siempre cuidaré de ti.

Se le desvaneció la sonrisa y me acarició la mejilla.

—Es un hermoso sueño —murmuró—. Pero no es real, Quill.

Le tembló el labio y volvió a hundir el rostro en mi pecho.

No me quedaba energía suficiente para convencerla, pero sabía que sería mi reina, mi esposa, mi igual; esto último ya era cierto, aunque ni ella ni nadie más en el reino lo viera.

Le acaricié el pelo y le besé la frente, inhalando su aroma de nuevo. Ronroneé.

—¿Alguna vez te he dicho lo bien que hueles?

Soltó una risa suave.

—Solo unas mil veces —bromeó. Se inclinó y rozó mis labios con los suyos—. No quiero irme nunca —murmuró, y luego se incorporó. Sus ondas pelirrojas le caían con elegancia sobre los pechos. ¡Menuda vista!—. Pero tengo que hacerlo —continuó, inclinándose y dándome un ligero beso en los labios. Le pasé la mano por el sedoso cabello y la puse debajo de mí; ella soltó una risita.

—No más por esta noche, me temo, Alteza.

Refunfuñé con una sonrisa y ella se levantó de la cama y comenzó a vestirse. La luz de la luna realzaba su impresionante figura. Sus caderas anchas, su culo perfecto, sus pechos. Era una obra de arte. ¿Cómo podía pensar que era algo menos que espectacular? No lograba entenderlo.

—¿Qué estás mirando?

Sonrió, aunque ya sabía la respuesta. Salí de la cama y me acerqué a ella, y abrió mucho los ojos al mirar entre mis piernas.

—¿Ves lo que me haces? —bromeé, pero me dirigí al tocador en lugar de reclamarla de nuevo y me puse unos pantalones cómodos.

—Qué pena. —Sonrió con timidez mientras se abrochaba los pantalones y se ponía el sujetador y la camiseta.

Me acerqué a ella y la abracé. Sabía que, en cuanto se fuera, la pena me consumiría de nuevo.

—Gracias por venir a verme, Florecilla —murmuré—. Gracias por preocuparte.

—No me des las gracias. —Me estrechó fuerte—. Te quiero mucho.

—Te quiero.

Nos quedamos en silencio un rato, ensimismados el uno en los brazos del otro. Cuando Lena finalmente se separó, sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—Quería darte algo… —comencé.

Lena me miró extrañada y me acerqué a mi mesilla de noche. Abrí el cajón de arriba y saqué el collar favorito de mi madre. La pieza de plata tenía cinco zafiros azules rodeados de halos de diamantes.

Cuando se la mostré a Lena, se quedó sin aliento.

—Silas…

—Quiero que lo tengas. Por favor, Lena. —Le hice un gesto para que se diera la vuelta y obedeció vacilante. Le puse el collar por la cabeza y se lo abroché por detrás del cuello; las gemas le llegaban justo debajo de la clavícula.

Se giró hacia mí, acariciando los zafiros con las yemas de los dedos. Le quedaba perfecto.

—Es precioso —susurró, y luego me miró con lágrimas en los ojos —. ¿Estás seguro?

—No tengo la menor duda.

Le temblaba el labio.

—Gracias, Silas. Es un honor tenerlo.

La abracé de nuevo. Me costó mucho no desmoronarme otra vez.

—Es un honor tenerte a ti.

Nos dirigimos sin prisa hacia la puerta del balcón. La sostuve abierta para que saliera.

—Por favor, por favor, ten cuidado —le supliqué.

—Siempre. —Se puso de puntillas y me dio un último beso antes de alejarse. Seguí mirándola hasta que la perdí de vista y volví al interior.

La emoción volvió a embargarme, e hice todo lo posible por contener el sollozo hasta que me dejé caer de bruces contra la almohada.

Mi madre, mi pobre madre. Asesinada sin piedad, como si nada. Como si ella no fuera nada. Como si su muerte no afectara a tanta gente. Como si no me afectara a mí.

Odiaba a Amatta. Era la primera vez que sentía un odio tan legítimo y profundo, similar a cuando aquellos brutos amenazaron con hacerle daño a Lena o cuando tuve que abatir a aquel hombre frente a la taberna. Disfruté acabando con ellos, igual que disfrutaría acabando con Amatta.

«Tiene que pagar por lo que ha hecho».



CAPÍTULO VEINTIOCHO

LENA

Torrin estaba en la salida del sendero cuando bajé por el lateral del castillo. Empezó a caminar a mi lado, mirando alrededor de vez en cuando por si había algún tipo de amenaza.

—Silas me ha dicho que a Ryia la ha asesinado su asistenta, Amatta —murmuré—. Que es maga.

Torrin se giró para mirarme.

—¿Qué? Es imposible que Amatta sea una maga.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Torrin abrió la boca y soltó un gruñido al darse cuenta de que no tenía esa certeza. Para nosotros era muy fácil camuflarnos.

—Ella no puede ser Kayin, si es eso lo que estás pensando. Ni siquiera hablan parecido. Y no me refiero a la voz. La forma de expresarse y todo eso es completamente diferente.

—Pero podría colaborar con ella. —Me tensé—. ¿Quién sabe con quién más ha hablado Kayin?

Torrin palideció.

—Yo… No. —Negó con la cabeza—. Kayin dijo que colaboraba con Igon. Y él nunca habría apoyado el asesinato de la reina. Del rey, quizá. Pero no de la reina.

—¿Y si mintió? —insistí.

Me observó y se encogió de hombros, derrotado, mirando al frente.

—Tendremos que confiar.

Me detuve en seco y levanté los brazos con frustración.

—¡No puedo confiar ciegamente! No cuando se trata de él.

—¡Baja la voz! —siseó Torrin sujetándome los brazos—. Kayin e Igon insistieron en que Silas determinará el destino de nuestro pueblo —dijo con calma—. Y aunque nuestra conexión con Kayin ahora es… cuestionable, confío en Igon sin reservas.

Contuve las lágrimas.

—Quisiera creerlo —susurré.

Me apretó los brazos con suavidad antes de soltarme.

Si has de confiar en algo, que sea en mí, me dijo mentalmente mientras yo ingería los elixires extra que llevaba en el bolso antes de emerger de entre los setos, ya en el Anillo Interior.

Las palabras de Kayin impactaron en mí.

Puedes confiar en él, ya lo sabes.



Al día siguiente, la multitud se congregó en el Centro para presenciar el procesamiento de Amatta, la supuesta maga que había asesinado a la reina Ryia. Era surrealista que Silas y su familia hubieran estado allí mismo de celebración dos días antes, y que hoy guardaran luto en el mismo escenario.

Bueno, no exactamente en el mismo escenario. Ahora todos teníamos la atención puesta a la izquierda del castillo, en la guillotina.

Me estremecí ante la presencia del rey. Noté que no había lágrimas en su rostro, aunque me dio la impresión de ser un hombre que nunca había llorado. Junto a él estaba Silas, con el mismo gesto sombrío, aunque se esforzaba por contener las lágrimas. Deseaba con todo mi ser correr hacia él, estar a su lado.

La multitud empezó a vociferar, profiriendo insultos cuando los guardias trajeron a Amatta. Estaba amordazada, con los ojos hinchados por el llanto y los mocos cayéndole de la nariz.

Cuando llegaron al cadalso, los guardias no la llevaron a la guillotina. En su lugar la ataron a una estaca de madera. Se retorció con violencia mientras la amarraban con una soga alrededor del cuerpo.

La mujer estaba aterrorizada.

«¿Qué…, qué le van a hacer?».

Mientras el rey hablaba con los guardias, los ciudadanos comenzaron a lanzarle piedras a Amatta; una de ellas hizo un crujido espantoso al golpearle la cabeza. La gente vitoreó cuando la sangre le brotó del cráneo, y no pude evitar sentir náuseas.

Mi madre me sujetó la mano con firmeza y aparté la mirada. Igual que hacía dos días, estábamos atrás, entre la multitud, pero lo

bastante cerca para verlo y oírlo todo.

El rey dio un paso al frente, con su estatura y envergadura imponentes, y levantó la mano para silenciar al público antes de hablar:

—Esta bruja ha asesinado a vuestra reina a sangre fría. A nuestra querida y dulce Ryia. Gracias al favor de los dioses pude detener a este monstruo antes de que matara a más inocentes.

Amatta no dejaba de retorcerse, de gritar pese a la mordaza, pero sus intentos de hablar eran un galimatías. Silas la miraba con repulsión.

A pesar de la afirmación del rey, Amatta tenía las orejas redondeadas. Quizá se había negado a eliminar el hechizo con la esperanza de sobrevivir.

—Hemos establecido una serie de reglas para que las brujas sepan que no tienen cabida en nuestro reino, pero aun así siguen plagando nuestras tierras con su presencia. Y ahora han matado a vuestra reina.

La gente rugió con desprecio, y apreté la mano de mi madre.

«Mal… Esto está mal».

—Por eso, ciudadanos de Otacia, voy a dar la orden de exterminar a todas y cada una de las brujas del reino.

Silencio.

—Ya es hora de acabar con su especie, de una vez por todas.

Se me entumeció el cuerpo. Mi capacidad auditiva quedó amortiguada. No era capaz de registrar las palabras que siguieron saliendo de los labios del rey.

«No».

«¡No!».

Ulric encendió una antorcha cuando terminó el discurso, con la mirada clavada en Amatta, y se la entregó a Silas.

«Dioses… ¿Va a obligarlo a hacerlo?».

La mujer seguía temblando, agitando el cuerpo con violencia, pero, a medida que Silas se acercaba, se desplomó, derrotada. Él dudó un momento antes de prender la leña a sus pies, e, incluso con la boca amordazada, sus horribles gritos se oyeron en todo el reino.

Las llamas le subieron por las piernas, por el torso, por el rostro. El humo se arremolinó hacia el cielo y el nauseabundo olor a carne quemada impregnó el aire.

Silas observaba con una apatía en los ojos que me dio escalofríos, una frialdad que nunca había visto en él. La multitud bramó y me tapé la boca, incrédula ante semejante barbarie. Mi madre me tiró de la muñeca y me miró con una expresión que decía: «No muestres tus emociones».

No veía a Torrin, pero oí su voz aterrorizada.

Esta noche. Debemos irnos esta noche.

Esto. Esto era lo que Kayin nos había advertido. Los magos ya no íbamos a ser simplemente desterrados. Estábamos abocados a la extinción.

No podía aceptarlo. No aceptaba tener que marcharme. No aceptaba que el hogar que había llegado a amar hubiera cambiado tanto, tan rápido. Mi madre me dio un apretón en la mano e intentamos no parecer sospechosas mientras nos apresurábamos a volver a casa. Los gritos de la mujer de cabello castaño se desvanecían a medida que se calcinaba su cuerpo.



—Nos iremos esta noche —dijo mi madre, frenética, dando un portazo y encerrándonos en la cabaña.

Ni siquiera podía replicar. Estaba paralizada.

—Ya has oído al rey —continuó, temblando mientras empacaba nuestras cosas—. Hay orden de matarnos, Lena. No permitiré que seamos presa fácil en un reino con un gobernante enajenado. Esto debe de ser lo que esa Kayin ha estado advirtiéndote.

—Pero… pero Silas… —Me sentía hueca. Esto no podía ser real. No podía estar pasando.

—Es el hijo de ese demonio bastardo —gruñó.

—¿Y qué? —Apreté los puños al darme cuenta de la realidad. Había orden de matar a todos los magos. Si nos capturaban, estábamos muertas—. ¿No te importa que lo abandonemos cuando acaba de sufrir una pérdida así? —Mi parte racional sabía que no teníamos opción—. ¿Y por qué… voy a decirle… que me voy? ¿Por lo que somos?

Me miró.

—¡Por supuesto que no! —Me agarró de los hombros—. Sé que lo amas, pero no podemos correr ese riesgo. —Siguió empaquetando —. Fingiremos que hemos muerto. Prenderemos fuego a nuestra casa. Conjuraré cuerpos falsos para que piensen que hemos muerto.

—¡¿Te estás oyendo?! —pregunté incrédula.

—Esto no es un simple destierro y huida. Es cuestión de vida o muerte. —Se secó una lágrima—. Silas me importa mucho, Lena. Ya sabes que es como un hijo para mí. Pero él es el príncipe. No puede

escapar de su destino más que nosotros. Aquí ya no estamos a salvo, y sé que Silas preferiría tu seguridad, ante todo.

Yo también sabía que era así. Pero irme sin dar explicaciones…, hacerle creer que estaba muerta…

Busca a Torrin. Id a Ames.

Odiaba que hubiera llegado ese maldito día.

—Tengo… tengo que verlo antes de irnos.

—Lena…

—¡No! ¡No me iré sin verlo! —grité—. Una última vez.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Eran más de las once de la noche cuando me escabullí para ver a Silas, con un elixir de invisibilidad fluyendo por mi cuerpo. Torrin no estaba en su puesto habitual, aunque sabía que preparaba lo necesario para nuestro viaje.

Había guardias revoloteando en cada rincón, pero yo confiaba en la eficacia del elixir. Había seguido la receta al dedillo, ya que mi último fracaso había sido inaceptable.

Trepé con cuidado por la cornisa y, cuando llegué a su ventana y me asomé, no estaba.

«Mierda».

Cerré los ojos con fuerza.

¿Torrin? Torrin, ¿me oyes?

Esperé unos instantes antes de recibir una respuesta.

Sí, ¿qué pasa? ¿Ya lo tienes todo empaquetado?

Sí, ya lo tengo todo listo. Estoy intentando ver a Silas, pero no está en su cuarto.

¡¿Estás en el castillo?!

Incluso en mi mente percibí la ira en su voz. Apreté los puños. ¿Por qué nadie lo entendía? Sentí que me escocían los ojos.

No puedo abandonarlo sin abrazarlo una vez más. No puedo.

La respuesta de Torrin se retrasó.

Lo entiendo, susurró. *El rey está reunido con los principales generales de Otacia. Silas está con ellos*.

Apoyé la espalda en la fría piedra del castillo y contemplé el cielo estrellado antes de bajar la mirada. La mayoría de la gente dormía, y las pocas luces de las casas brillaban como estrellas desde esa altura. Era mi última noche aquí… Todavía no me hacía a la idea.

¿Qué están organizando?

Otra pausa.

Nada bueno, Lena. Nada bueno. Llevan mucho rato reunidos, así que supongo que acabarán antes de una hora.

Me tapé la cara con las manos.

Tengo mucho miedo, Torrin.

Lo sé. Su voz sonó impregnada de compasión. *Os mantendré a salvo a ti y a tu madre hasta que lleguemos a Ames. Lo prometo*.

Me sobresalté al notar movimiento a mi izquierda y, al mirar en esa dirección, vi a Torrin a mi lado con una bolsa al hombro.

Él miraba alrededor y entendí que no podía verme.

Supongo que estás cerca. Tu voz suena más fuerte aquí.

Sí, estoy aquí.

Busqué en mi bolsa y bebí un sorbo del elixir de reversión que había preparado para volver a ser visible. Cuando la mirada de Torrin

se cruzó con la mía, supe que había funcionado. Volví a mirar el cielo y él se sentó junto a mí.

Deberías irte. Lo último que quiero es que te capturen.

—Ven conmigo —dijo en voz alta y suave—. Podemos irnos ahora mismo.

Lo miré; tenía la misma expresión de inquietud que yo.

—Sabes que no puedo hacerlo —susurré.

—Lo sé —murmuró y luego, para mi sorpresa, me abrazó.

Me quedé quieta antes de devolverle el abrazo con todas mis fuerzas. No pude evitar que afloraran las lágrimas y lloré en silencio en su pecho.

—¿Podrás controlarte cuando lo veas? —preguntó en un susurro.

No lo sé… No lo sé…

Seguí sollozando y Torrin me acarició el pelo. ¿Cómo iba a verlo por última vez sin que me diera un ataque de ansiedad? ¿Sin decirle la verdad?

—Podrías dejarle una nota —sugirió con dulzura—. Podrías decirle que has venido a verlo y que no estaba en su cuarto.

—Necesito abrazarlo —dije con voz ahogada—. Necesito tocarlo, besarlo, oír su voz… una última vez.

Me solté de su abrazo y sorbí mientras me secaba los ojos.

Puedo hacerlo.

Torrin asintió.

—Me quedaré contigo.



Esperé media hora más con Torrin, y él procuró que mantuviera la calma. Le dije que hablar lo empeoraría, pero insistió en que, si me contenía hasta ver a Silas, luego me derrumbaría.

Así que le hablé de nosotros. Le conté anécdotas que él ya conocía. Le hablé del día en que le enseñé el Anillo Exterior a Silas, de mi infancia en continua huida y del miedo que me había frenado siempre. Mantuvo el contacto visual y estuvo atento todo el tiempo.

Cuando vi que se encendían las lámparas de aceite del cuarto de Silas, me sequé los ojos, me puse de pie y respiré hondo.

—Puedes hacerlo, Lena. —Me agarró las manos—. Él es tu lazo del alma. Esto no es el final.

Asentí, nos dimos un apretón de manos y me dirigí a la ventana. Torrin se escondió para que Silas no lo viera.

Cuando miré dentro y vi a mi amado, noté que estaba abatido, completamente extenuado. Se estaba desabrochando la camisa cuando me vio en la ventana. Corrió hacia la puerta, descorrió los cerrojos y me dejó entrar.

—Lena, no deberías…

Me arrojé a sus brazos y él me abrazó con fuerza.

Repetí las palabras de Torrin en mi cabeza.

«Él es tu lazo del alma. Esto no es el final».

—Lo sé, lo sé, no debería haber venido. Pero yo… —«Tenía que despedirme»—. Necesitaba verte.

Siguió abrazándome.

—Ojalá pudiera abrazarte así todos los días —susurró—. Eres lo único que me mantiene a flote en medio de todo este caos.

«Él es tu lazo del alma. Esto no es el final».

—No podría vivir sin ti —añadió en un susurro.

Me quedé paralizada. ¿Por qué…, por qué, precisamente ahora, diría algo así?

—No digas eso… —supliqué en voz baja.

—Es la verdad. Lo único bueno en mi vida eres tú. No querría seguir viviendo si…

—No —dije con severidad, apartándome para mirarlo fijamente a los ojos—. No puedes permitir que tus ganas de vivir dependan de mí, Silas. Ni de nadie. Porque la vida es injusta y en cualquier momento puede ocurrir una tragedia. —Le acaricié con el pulgar sus pómulos perfectos. Se le llenaron de lágrimas los ojos color ámbar, y los míos también—. Pase lo que pase… —Me temblaba el labio, pero contuve las lágrimas—. No te rindas. No te derrumbes. —Me costaba mantener la entereza—. Prométemelo.

Chasqueó la mandíbula, y posó sus ojos en los míos, meditándolo.

—Por favor, prométemelo, Silas.

Me besó en la frente.

—Por ti, mi Florecilla, lo prometo —susurró.

«Él es tu lazo del alma. Esto no es el final».

Me aparté; me ardía la garganta de contener el llanto.

—Tengo que irme. No sé cuándo podré volver a verte… con todo lo que está pasando.

—Lo entiendo. —Sonrió con tristeza—. Te extrañaré cada segundo.

«Esto no es el final».

—Yo también. —Lo abracé fuerte de nuevo. Me costó cada fibra de mi ser no romperme. Iba a hacerle mucho daño, y solo quería decirle que yo estaría bien. Que me mantendría con vida. Que nada me gustaría más que quedarme aquí con él—. Te quiero más que a nada —susurré—. Y siempre te querré.

—Y yo, Lena. —Me acunó en sus brazos—. Te querré siempre.

Lo besé una última vez; fue un beso lento pero intenso. Saboreé cada segundo de su lengua contra la mía, de sus brazos alrededor de mi cuerpo, de la sensación de su rostro entre mis manos. Cuando rompimos el beso, estudié sus facciones, memorizando cada línea, cada detalle.

«Esto no es el final».

Me acerqué al balcón y Silas me abrió la puerta.

—Por favor, ten cuidado —me rogó, igual que el día anterior.

—Estaré bien —susurré, deseando que recordara estas palabras al día siguiente, con la esperanza de que, de alguna manera, supiera que había sobrevivido. Incapaz de despedirme sin quebrarme, susurré—: Hasta que volvamos a vernos.

Silas sonrió, y guardé esa imagen en mi memoria antes de darme la vuelta. Bajé por el balcón y atravesé el sendero antes de que Torrin me agarrara por los hombros. Lo miré con los ojos llenos de lágrimas.

Lo has hecho bien, Lena.

Asentí y metí la mano en el bolso. Saqué dos elixires y le di uno a él. Tomamos un sorbo y ambos nos volvimos invisibles.



El camino a casa fue una maraña mental y visual, con las lágrimas manando en un torrente silencioso.

«Lo estoy abandonando. Lo estoy abandonando hasta quién sabe cuándo…».

Al llegar a mi casa, ingerimos el elixir de reversión. Mi madre estaba preparando una bolsa y se pasmó al vernos aparecer. Torrin entró despacio, y yo cerré la puerta tras de mí, apoyé la espalda en la hoja, me deslicé hasta el suelo y rompí a llorar.

—Lena… —Mi madre corrió hacia mí para consolarme, pero nada sería suficiente.

Supuse que entendía cómo me sentía, pero ella no engañó a mi padre haciéndole creer que estaba muerta.

Lloraba con tanta fuerza que me costaba respirar. Nunca había sentido tanta tristeza.

—Yo… no puedo estar sin él —grité—. Dioses, se va a quedar tan desconsolado.

—Sssh… Sssh… —Mamá me abrazó.

—Yo lo quiero… —lloré mientras ella me mecía—. Yo lo quiero…

Sentí que se me enfriaba el cuerpo; nunca había tenido tanto frío, ni siquiera cuando corría descalza por la nieve.

Mi madre intentaba calmarme con susurros mientras me acunaba. Empecé a temblar.

«Joder. Me estoy congelando».

—Dioses, Lena… —empezó a decir Torrin, y entonces mi madre gritó y cayó de espaldas.

Levanté la cabeza de golpe y, al bajar la mirada a mi regazo, me faltó el aire.

Tenía las manos y los antebrazos cubiertos de hielo. El suelo a mis pies, donde tenía las extremidades apoyadas, también estaba congelado, fijándome al suelo brazos y piernas.

Torrin se arrodilló a mi lado.

—Menos mal que no ha pasado antes… —murmuró mientras acercaba a mis brazos las palmas de sus manos, de las cuales emanaban pequeñas llamas.

Respiré hondo.

—Tú portas el fuego —susurré, con los dientes castañeteando por el frío.

—Así es —murmuró—. Quédate quieta. No te haré daño.

Movió despacio las palmas de las manos arriba y abajo, derritiendo gradualmente el hielo que me mantenía anclada al suelo. La magia de fuego es la magia elemental más difícil de adquirir. No quería imaginar el dolor que Torrin debió de haber soportado para desbloquearla.

—Aprenderás a controlarlo. No te preocupes —afirmó mi madre.

Entonces pensé en mí.

—Yo… porto la magia de hielo.

Era más una afirmación que una pregunta. Mi madre asintió y miré a Torrin, que seguía concentrado en la tarea. La magia de hielo es del tipo elemental que se adquiere tras una inmensa devastación. Mi madre también portaba el hielo, aunque nunca le había preguntado qué le dio ese poder. Lo haría durante el viaje.

Noté que el agua me goteaba por los brazos y, al cabo de un momento, pude liberarlos del bloque de hielo.

—Lo siento —susurré, y seguí llorando.

Ni siquiera tenía fuerzas para sentir vergüenza. Torrin me había visto llorar más que nadie, salvo mi madre.

—Tranquila —susurró él.

Seguí temblando y, un momento después, mis piernas quedaron libres. Cuando logré controlar el llanto, Torrin se dirigió a mi madre.

—Si puedo ayudar en algo, avísame.

Mi madre repasó los fardos dispuestos sobre la mesa del comedor.

—Todo lo que nos llevamos está empaquetado. He guardado todos los elixires que me han cabido. —Se giró hacia él—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Ames?

—Unos dos meses.

Se me encogió aún más el corazón, si es que era posible. Dos meses huyendo. Dos meses durmiendo en el suelo y buscando comida.

Yo cuidaré de nosotros.

Levanté la cabeza para mirar a Torrin, y él asintió, ayudándome a incorporarme.

Después de ponerme ropa seca, me detuve en la puerta de mi cuarto, contemplando cómo mi madre conjuraba una réplica de… mí… tumbada en la cama. Era una imagen inquietante. Mientras yo me había centrado en mejorar los encantamientos básicos a lo largo de este último año, mi madre se había centrado en aprender hechizos avanzados, entre ellos la capacidad de conjurar ilusiones ópticas.

—Tus joyas…

—No. El collar y el anillo se vienen conmigo.

Miré mi armario, donde colgaban varias prendas, vestidos y túnicas que me había regalado Silas. Contuve otro sollozo. Todo quedaría reducido a cenizas. Nunca volvería a usarlos.

Esperé en el salón con Torrin mientras mi madre conjuraba su propia réplica, y cuando salió del cuarto, con los ojos llorosos, Torrin se dirigió a mí.

—Prenderé fuego a vuestras dos habitaciones para que nadie descubra que los cuerpos no son reales. Cuando lo haga, ingeriremos estos elixires. —Señaló las botellas de vidrio que teníamos en la mano—. Y huiremos como alma que lleva el diablo.

Mamá se puso a mi lado y asintió. Torrin se ocupó de la habitación de mi madre y luego de la mía. En cuanto oí que el fuego crepitaba, volvió con nosotras.

—Es demasiado arriesgado hablar, así que, si alguna de vosotras necesita comunicarse, hacedlo con el pensamiento. Y yo lo trasladaré si es necesario.

Asentimos y, acto seguido, ingerimos los elixires antes de salir por última vez de nuestra cabaña. Contemplé sus piedras imperfectas, el jardín que había cuidado tanto, la hiedra que siempre había adorado.

Mi hogar. El primer hogar real que había tenido.

Bajamos corriendo por el camino empedrado y oímos un grito poco antes de llegar a la salida. Alguien se había percatado del incendio.

Me giré y me dio un vuelco el estómago al contemplar nuestra casa, ahora engullida por las llamas.

Todo irá bien.

Espero que tengas razón, Torrin.

Bajamos las escaleras, cruzamos el puente y llegamos al Bosque del Sur justo cuando el elixir perdía su efecto. Nos adentramos en las sombras. Cada aliento era como una esquirla de cristal que se me clavaba en los pulmones.

Me permití mirar atrás por última vez; las luces del castillo a lo lejos eran un faro en la oscuridad.

«Esto no es el final».

SEGUNDA PARTE:

AHORA



CAPÍTULO TREINTA

CINCO AÑOS DESPUÉS

Recostada en un banco de madera en el foso de entrenamiento, observaba el combate entre Merrick y Elowen, disfrutando de lo lindo con sus ingeniosos contrataques verbales. Merrick mantenía en alto las yemas de los dedos, haciendo girar fragmentos de hielo en el aire antes de arrojarlos, y Elowen hacía lo imposible por esquivarlos, sorteando con agilidad cada esquirla hasta que una le rozó el brazo.

—¡Uf! —gimió ella cuando la sangre le goteó por el bronceado antebrazo—. No soy rival para el hielo.

Colocó la mano sobre la herida recién abierta y un cálido resplandor le emanó de la palma, curándola en segundos. Me miró y sonrió.

Elowen Astair era la mejor sanadora de Ames. Con solo diecinueve años superaba a todos en ese campo, jóvenes y ancianos. Lo que a

mí me llevaría minutos, o a veces horas, ella lo lograba en segundos. Dependiendo de la gravedad de la herida, claro.

Merrick resopló.

—Por fin lo admites —dijo engreído.

Elowen le sacó la lengua en respuesta. Su pique siempre me divertía; la dinámica entre hermanastros era algo que yo nunca había podido experimentar.

El padre de Merrick y Elowen, Vicsin Astair, había sido elegido Señor de Ames. Cuando mi madre, Torrin y yo conseguimos por fin llegar aquí, fue Vicsin quien nos recibió con los brazos abiertos. Aunque por lo general me molestaba la compasión, agradecí su amabilidad. Vicsin estaba por debajo de Igon, el Supremo de Ames, pero era muy respetado.

Merrick también era primo de Torrin. Ambos tenían el cabello de un luminoso rubio platino, aunque el de Merrick tendía a un tono ceniza y el de Torrin era casi blanco. Torrin y Elowen no compartían sangre, pero él la quería igualmente.

Ames era un pueblo bastante pequeño, de unos ciento cincuenta habitantes. Pero aquí todos eran magos. Lo cual era… un consuelo.

Al estar el pueblo tan aislado, cuando llegamos no había ninguna vivienda disponible donde instalarnos. Vicsin se ofreció a acogernos en su casa con su mujer, Heildee, la madre de Elowen; por suerte tenía espacio de sobra para alojarnos a mi madre, a Torrin y a mí. Mamá y yo dormíamos en el sótano y Torrin ocupó la habitación del ático.

Recuerdo que me contaron que los padres de Torrin habían desaparecido poco antes de su partida a Otacia. Nunca se supo qué les ocurrió, si se marcharon de forma voluntaria o si los capturaron o

asesinaron. Aún después de todos estos años sabía que la falta de respuestas atormentaba a Torrin. Su cuarto en la casa de Vicsin seguía exactamente igual que antes, y su tío estaba más que encantado de que hubiera vuelto a casa.

Merrick y yo hicimos buenas migas enseguida. Cuando llegué a Ames, enferma del viaje, estuvo a mi lado todo el tiempo. Noté que reservaba una parte de él para sí mismo, y me pareció que era algo que teníamos en común. Nunca entraba en detalles acerca de la tensión que se palpaba en su familia, pero me contó que Vicsin había engañado a su madre con Heildee, de cuya relación nació Elowen. Cuando su padre se enteró del embarazo, abandonó a su madre, dejándola con el corazón roto, y ella se suicidó cinco años después. Merrick odió a su padre por ello, y seguía odiándolo a día de hoy.

También había llegado a odiar a Elowen, aunque sabía que la infidelidad de su padre no era culpa de ella. Cuando nos establecimos en el pueblo, Merrick tenía diecinueve años y Elowen catorce, y me sorprendió descubrir que apenas se hablaban. No obstante, los dos colaboraron junto con Torrin para hacer que me sintiera mejor mientras estuve indispuesta. Acabamos siendo una piña en estos últimos cinco años.

«Cinco años…».

Habían pasado cinco años desde que me marché de Otacia…, desde que volví a huir. Cinco años desde que vivía en mi cabaña, paseaba junto al río o atendía nuestro puesto en el mercado.

Cinco años desde que dejé a Silas.

No pasaba ni un día, ni un minuto, ni un segundo que no pensara en él.

También había pasado un año desde que vi a Torrin por última vez…, desde que se fue de Ames de la noche a la mañana sin siquiera despedirse.

«Un año desde…».

Negué con la cabeza ante el recuerdo. No quería pensar en ello.

Merrick se acercó a Elowen y le alborotó el cabello rosa claro, que llevaba cortado al estilo pixie. Ella le dio un manotazo antes de volver a peinarse el flequillo que le caía con delicadeza sobre la frente. Había cierto parecido físico entre ellos, pero la piel de Merrick, que era clara como la mía, contrastaba marcadamente con la tez morena de Elowen. Ambos tenían los ojos azules, pero los de Elowen eran más pigmentados, mientras que los de Merrick eran casi grises.

Merrick le dio un trago al odre y se limpió la boca.

—¿Qué dices, Lena? ¿Quieres ser la siguiente?

Sonreí mientras dejaba el sitio libre en el banco. Pasé junto a la figura menuda de Elowen al bajar los pocos escalones que conducían al foso.

—No quiero oírte llorar como la última vez.

Él se rio, tomó otro sorbo de agua y se recogió el pelo, que, cuando no lo llevaba retirado en su coleta habitual, le caía unos centímetros por debajo de los hombros. Vestía una camisa negra de manga larga con un pronunciado escote en V que dejaba al descubierto su musculoso pecho. La combinaba con pantalones grises y botas negras; en su estilo predominaba la ausencia de color. No lucía su acostumbrado arco y carcaj. No hacía falta para nuestra práctica de hoy.

Era fascinante porque todos los habitantes de Ames eran magos, magos sin tapujos. Recuerdo que me quedé boquiabierta cuando llegué aquí por primera vez, sorprendida de ver tantas orejas puntiagudas y tanta gente practicando magia con total libertad.

Muchos ciudadanos no tenían la menor idea de cómo manejar un arma, ni interés en aprender. Pero Merrick y Elowen sentían curiosidad, máxime teniendo en cuenta que su primo se había convertido en todo un guerrero en estos últimos ocho años. Fue otro motivo que nos unió. Elowen eligió aprender el manejo de la daga, y, aunque Merrick sabía usar la espada, prefirió el arco, sobre todo porque era capaz de fabricar flechas de hielo capaces de matar al enemigo con un solo impacto.

En cuanto a mí, fue Torrin quien me enseñó todo lo que había que saber sobre la magia, sobre cómo controlarla y emplearla para luchar. Me entrenó durante años. A veces se burlaba de mí cuando yo adiestraba a nuestros amigos, pero enseguida reprimía la sonrisa cuando le recordaba que se trataba de sus propias técnicas.

«Te echo de menos…».

Torrin no se había comunicado telepáticamente conmigo desde la última vez que lo vi, aunque yo seguía hablándole en mi cabeza, deseando que me escuchara de alguna manera. Sus poderes solo llegaban hasta cierta distancia; que me hablara desde el Castillo La'Rune cuando yo estaba en mi cabaña era lo más lejos que podía alcanzar. Aun así, yo seguía albergando la esperanza.

Merrick se crujió los nudillos y adoptó una posición de combate. Sonreí con arrogancia, me eché la larga trenza por encima del hombro y medité la estrategia.

Merrick había adquirido la magia de hielo, al igual que yo. Unos cuantos magos en Ames también la portaban. Supongo que no es tan infrecuente pasar por semejante dolor en la vida.

Sin darme tiempo a pensar, me disparó un proyectil de hielo. Extendí la palma de la mano y derretí el fragmento con mi magia de fuego antes de que lograra perforarme el esternón. Entonces gruñó y me lanzó cinco esquirlas más, y yo hice girar las manos para crear un círculo de llamas, fundiéndolas todas al instante.

Merrick se cruzó de brazos.

—Y yo no soy rival para el fuego.

Elowen se rio entre dientes desde su asiento.

—Nadie es rival para Lena.

Y así era. Ahora que Torrin se había ido, yo era la única maga de Ames que portaba el fuego, a excepción de Igon. Había desbloqueado la habilidad años atrás y era toda una experta. A veces me costaba controlarla, al igual que me pasaba con el hielo, dependiendo de mi estado de ánimo. Pero reconozco que se me daba muy bien.

Merrick se pasó la lengua por el aro del labio y siguió atacando. Con absoluta facilidad, derretí los fragmentos de hielo y esquivé con elegancia los demás. Gruñó de frustración y se abalanzó sobre mí. Podría haber usado fácilmente un campo de fuerza y mandarlo de vuelta a su sitio, pero habría sido jugar sucio. Así que lo esquivé y lo desestabilicé de una patada directa en el trasero.

Elowen soltó una carcajada y Merrick le lanzó una mirada fulminante.

Chasqueé la lengua.

—Embestirme no te habría servido de nada.

Suspiró y se recostó sobre las palmas de las manos. El sol de la tarde se colaba por la ventana situada tras Elowen cuando un gato negro saltó por ella. Se estiró las extremidades antes de mirarla con sus ojos violeta.

—¿Te molestaría si te acaricio? —preguntó Elowen con su particular voz aniñada, y el gato se transformó en una mujer con la piel de ébano, con los mismos ojos violáceos chispeantes.

—Sí, me molestaría. —Sonrió y a continuación nos miró a Merrick y a mí.

—¿Lena sigue haciéndote picadillo, Merrick? —bromeó.

—Por favor, estaba a punto de taladrarle la costilla —dijo mientras me disparaba sin dejar de mirarla.

Por supuesto, lo frené a tiempo y también lo derretí. Merrick gimió y se tumbó de espaldas en el suelo, cubriéndose la cara con las manos, avergonzado. No pude evitar reírme, y las chicas conmigo.

—Sí, ja, ja —murmuró Merrick haciendo un gesto de desdén con la mano—. ¿Qué haces aquí, Viola?

Ella se espigó con fluidez y se cruzó de brazos, con sus trenzas de color púrpura balanceándose por debajo del pecho.

—¿No puedo venir a ver a mis amigos?

Me presentaron a Viola Sonnet como amiga de Merrick cuando llegué. Aunque la chica no tenía ninguna magia elemental desbloqueada, su habilidad para cambiar de forma como un brujo la convertía en una de las magas más poderosas de Ames. Su piel suave y morena y sus ojos almendrados no eran lo único que la hacía hermosa. Irradiaba confianza. La envidiaba.

—Pensaba que no querías entrenar hoy —refunfuñó Merrick desde el suelo; los diversos piercings de sus orejas puntiagudas reflejaban

los rayos de sol que se filtraban.

—Ya te lo dije… Igon quería hablar conmigo antes. —Volvió su atención hacia mí—. De hecho, ahora quiere hablar contigo, por eso estoy aquí, Merrick. —Lo miró de reojo.

—¿Por qué quiere verme? —pregunté mientras estiraba los brazos.

Viola se encogió de hombros.

—Me dijo que Osrel se tomaba el día libre y que quería ayuda para quitarle el polvo a las estanterías de su despacho. También estuvimos charlando un rato sobre los ritos de los brujos. Y cuando ya me iba me pidió que viniera a buscarte.

—De acuerdo —respondí y sonreí—. Pues sustitúyeme para seguir… haciendo picadillo a Merrick.

Él puso los ojos en blanco, pero mantuvo la sonrisa.

—¿En qué prefieres que me convierta? ¿En un león? ¿En un oso? —se burló Viola mientras caminaba hacia él.

—En un pez —murmuró mientras se levantaba del suelo.

Me reí entre dientes y le sonreí a Elowen antes de dirigirme a la torre de Igon. Era el líder de Ames, nuestro Supremo, y un anciano muy perspicaz. Se me hizo raro verlo por primera vez hace ya cinco años, después de haber oído hablar tanto de él a Torrin.

Subí la escalera de caracol hasta la parte más elevada de la torre y entré en su despacho. Tenía las ventanas abiertas. La brisa de principios de mayo soplaba agradable por la estancia. Las paredes estaban cubiertas de cientos, si no miles, de libros, y la sala olía ligeramente a vainilla. En una ocasión me colé aquí para curiosear los diversos hechizos y encantamientos que contenían aquellos tomos. Por suerte, cuando me pilló fue piadoso y se echó a reír. De haber sido otra persona, creo que se habría molestado. Pero, por

alguna razón le complació mi interés, y poco después se convirtió en mi mentor.

—Ah, Lena.

Estaba sentado ante su escritorio, acariciándose la barba corta y plateada. Aunque el hombre tenía sesenta y tantos años, se mantenía en buena forma. Estaba delgado, y sinceramente, creo que muchas mujeres del pueblo de la edad de mi madre se sentían atraídas por él, a juzgar por las miraditas que recibía cuando pasaban por su lado. Si era consciente de ello, no lo demostraba.

Se aclaró la garganta.

—Dime, querida, ¿qué sabes de Oquerene?

Parpadeé.

—¿Oquerene? El reino de donde todos venimos, ¿verdad?

Había leído sobre ello en uno de los volúmenes que me prestó no hacía mucho. No era un libro de hechizos, sino de relatos antiguos de nuestro pueblo.

Asintió.

—Se dice que los magos de hoy provienen de ese reino, un reino sobre los cielos. El lugar donde residen todas las criaturas de las que hablan los cuentos de hadas, de las que se dice que están extintas… —Hizo una pausa y luego me miró sonriendo—. ¿Te imaginas un lugar así?

—Suena… maravilloso —murmuré—. Y demasiado fantástico para ser real.

Se rio entre dientes.

—Algunos creen que Oquerene también era la tierra de los dioses. Que Ravaiana, la diosa de la Vida, permitía a quienes vivían allí ser inmunes a los efectos del tiempo.

Arqueé las cejas.

—¿La gente de allí podía vivir eternamente? No recuerdo haber leído eso.

Igon soltó una risita.

—Bueno, no para siempre. Me imagino que siempre podrían verse afectados por enfermedades o por actos violentos. Pero, si la diosa los consideraba dignos, no envejecerían más allá de cierto punto.

Fruncí el ceño. Cuando Igon supo de mi falta de conocimiento sobre nuestra gente, insistió en enseñarme todo lo que pudiera acerca de nuestra cultura. Me habló de los dioses; de los dioses en los que creían los magos, al menos, ya que eran diferentes de los que adoraban los humanos. Una de las principales diferencias era que los dioses de los humanos estaban continuamente vigilándonos, mientras que los nuestros compartían su poder con la humanidad, manifestándose en las diversas especies de humanos mágicos que una vez deambularon por el planeta. La mayoría fueron exterminados, pero los magos siguieron con vida.

Igon había llegado a adoptar un papel especial en mi vida, casi paternal. Me había enseñado mucho a lo largo de estos cinco años.

Desvié la mirada a la gran estatua de la diosa Ravaiana al fondo de la biblioteca.

—¿Qué podría hacer a alguien merecedor de semejante regalo?

Igon sonrió.

—Tendrías que preguntárselo a la diosa tú misma.

Me acerqué.

—Tratándose de otro reino, ¿sería posible ir allí?

Percibí un destello en sus ojos color topacio que no pude identificar.

—Si algo he aprendido en mis sesenta y un años de vida es que todo es posible. —Volvió a mirar el mapa que tenía desplegado sobre el escritorio—. Ven —me indicó a la vez con un gesto, y obedecí, sentándome frente a él.

Llevaba las manos adornadas con anillos, y colocó un dedo sobre el enorme pergamino que tenía delante, amarilleado por el tiempo.

—Este es uno de los principales mapas que utilizan los demás reinos de Tovagoth. —Desplazó el dedo hasta una zona al noroeste de Ames, donde se ubicaba nuestro asentamiento de forma extraoficial—. ¿Ves esta zona de aquí? —preguntó, señalando una parte del mapa con un peculiar símbolo añadido, presumiblemente por él: un vórtice con una cola que descendía, y una serie de símbolos al lado que no supe descifrar—. Aquí es donde está el Monte Rozavar. Conozco a un hombre llamado Immeron. Él y su familia viven en la cima de esa montaña.

Quería tocar el mapa, pero mantuve las manos juntas en el regazo.

—Imagino que debe de hacer frío allí —murmuré.

Se rio ante mi comentario, mostrando unos dientes blancos y relucientes. Su sonrisa siempre me había resultado… familiar.

—Al contrario. Bueno, en la base de la montaña sí. Pero en la cumbre el clima está controlado con magia, el don de la esposa de Immeron. Lo cierto es que allí arriba se está de maravilla.

—¿Has estado?

Ante eso, sonrió casi con fatiga mientras miraba el mapa.

—Sí. Este símbolo de aquí —dijo señalando el remolino— solo pueden verlo los magos, pero está en la base de la montaña. Si consigues el visto bueno, te teletransportas a la cima.

—Increíble —susurré, y luego lo miré—. ¿Por qué me lo muestras? —pregunté recelosa.

—Mis amigos que viven allí arriba son herreros y expertos en encantamiento. Me han fabricado muchas piezas de gran calidad a lo largo de los años: armas, joyas y armaduras. Immeron incluso le hizo un brazo plenamente funcional a su esposa, que nació sin él. ¡Un auténtico milagro! —Sonrió y se inclinó hacia delante—. Te lo cuento por si algún día necesitas sus servicios.

Enarqué una ceja. Siempre que un vidente hablaba así, significaba que detrás había algo más. Y también significaba que había una razón para no decírmelo, ya que entonces podría alterar el futuro.

Cuando llegué a Ames y Torrin me presentó a Igon, sentí un inmenso consuelo al confirmar que habíamos hecho lo correcto escuchando a Kayin, aunque le sorprendió que supiéramos su nombre. No ofreció ninguna pista sobre quién era ni de dónde venía; dijo, como vidente, que no podíamos conocer esa información.

Nos aseguró que ni él ni Kayin tenían relación alguna con el asesinato de la reina, y juraría que se le llenaron los ojos de lágrimas cuando hablamos del suceso. Aunque la reina fuera una La'Rune, aunque no pudiera acabar con los prejuicios hacia nuestra gente, tenía buen corazón, y todo el mundo lo sabía.

Suspiré derrotada y volví a mirar el mapa, memorizando la ubicación del Monte Rozavar.

—¿Qué tal llevas lo de controlar el fuego? —preguntó tras unos momentos de silencio.

—Bien. Diría que fenomenal. —Levanté la vista del mapa, y luego resoplé mientras apoyaba la espalda en la silla y me cruzaba de brazos—. Aunque sigo sin tener una habilidad especial.

Igon parpadeó y repiqueteó con los dedos sobre la mesa.

—Eres más especial de lo que crees —dijo en voz baja.

Lo miré extrañada y a continuación abrí los ojos de par en par.

—Espera… ¿Has… has visto mi don?

Sonrió, pero no contestó.

—¿Cuándo lo tendré? —insistí.

—Cuando llegue el momento. ¡Y no diré nada más! —respondió con una risita.

Gruñí de frustración y apoyé el codo en el escritorio para descansar la mejilla en el puño.

—¿Acaso no es una tortura? ¿Saber tanto y no poder decir nada?

La tristeza se le reflejó en los ojos ámbar y hundió los hombros al suspirar.

—Más de lo que imaginas. Es un poder que no le desearía a nadie.

Igon era un hombre reservado; nadie sabía mucho de él, ni siquiera yo, que había pasado tanto tiempo en su torre. Llegó a Ames con treinta y seis años. Supongo que la gente se encariñó con él enseguida, pues muchos decían que sentían como si lo conocieran desde hacía mucho. Nunca se casó. Nunca tuvo hijos. Siempre quise saber por qué, pero nunca me atreví a preguntar. Puse la otra mano sobre la de él. No alcanzaba a imaginar el peso que debía soportar cada día; no alcanzaba a imaginar todo lo que sabía realmente.

Me dedicó una dulce sonrisa y luego me dio un apretón con la otra mano.

—No me compadezcas; sé que odias que lo hagan contigo.

Puse los ojos en blanco, pero sonreí y me enderecé, separando nuestras manos.

—Igon.

Se le desvaneció la sonrisa.

—Dime.

La mía también se había esfumado y me mordí el labio antes de hablar.

—¿Has… has podido ver a Torrin?

Había bondad en su rostro.

—Está vivo, si es eso lo que preguntas.

Hundí los hombros y miré al suelo.

—No puedo creer que lleve fuera tanto tiempo. Al fin y al cabo, este era su hogar.

Se hizo un silencio, e Igon dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Fui yo.

Ante eso, levanté la cabeza de golpe. Tenía que haber oído mal.

—¿Qué has dicho?

Mantuvo una expresión neutral, pero había culpa en sus ojos.

—Se podría decir que fui yo quien lo envió lejos.

Tras asimilar sus palabras, me levanté de un salto y me aferré al escritorio por la zozobra. Cuando Torrin se marchó, acudí inmediatamente a Igon, y él me dijo que no sabía nada.

—Me mentiste —dije entre dientes. En ese momento desapareció todo atisbo de compasión o de cariño por Igon—. ¿Por qué? ¿Qué le dijiste?

Igon juntó los dedos y se quedó mirándome.

Sentí que las llamas ardían en mi interior y le di un puñetazo a la mesa; los pequeños cachivaches que había encima tintinearon en respuesta.

—¡Maldita sea, Igon! ¡Me mentiste! —Estaba haciendo un esfuerzo enorme por no desatar un infierno en su biblioteca—. ¡Dime por

qué!

Me miró un momento y, justo cuando iba a estallar, habló:

—Le dije que se fuera porque sus sentimientos hacia ti se estaban haciendo más fuertes.

Parpadeé varias veces; esperaba haber oído mal.

—¿Lo obligaste a irse porque me deseaba? —pregunté con una calma sombría.

Si mi voz no delataba la ira que sentía, lo hacían el temblor de mis ojos y extremidades.

Igon hizo una mueca.

—«Obligar» no es la palabra correcta. Se lo aconsejé encarecidamente —dijo con cautela—. Se sabe quién es tu lazo del alma, Lena. No es Torrin.

Dejé escapar un suspiro tembloroso.

«Contén las llamas, contén las llamas».

Me agarraba con tanta fuerza a la madera que no me hubiera sorprendido hundir los dedos en ella.

—Ames era su hogar, no el mío. Si tanto te importaba con quién acabaría yo, deberías haberme sugerido a mí que me fuera.—Negué con la cabeza, incrédula—. El príncipe está casado. ¡Qué más da quién sea mi lazo del alma!

Es verdad que la noticia de su matrimonio un año antes me dejó completamente devastada. Pero Silas me creía muerta. Por supuesto que él tenía que seguir adelante.

Igon se puso tenso.

—Sé que estás enfadada…

—¿Enfadada? Estoy furiosa. —Echaba humo—. Entonces ¿se supone que debo quedarme soltera el resto de mis días? Que tú

lleves bien vivir en soledad no significa que los demás lo lleven igual.

Igon se estremeció, se estremeció de verdad ante mis palabras, y luego señaló la puerta.

—Vete —dijo con serenidad—. Tómate un tiempo para tranquilizarte. Verás las cosas con más claridad más adelante.

Apreté los dientes.

—¿Dónde está?

—No puedo decírtelo.

—¡¿Dónde está?! —grité, y los puños me estallaron en llamas, y le prendí fuego al escritorio.

Retrocedí nerviosa, e Igon maldijo mientras arrojaba los artículos de la mesa al suelo y corría frenético a la pila para llenar un cubo de agua. Aunque él también portaba el fuego, intentar calmar las llamas de otro mago era una tarea difícil, cuando no imposible.

Me quedé allí plantada, apretando la boca mientras contemplaba las llamaradas. Debería sentir remordimiento, pero no lo sentía. Ni siquiera soltar un poco de fuego alivió mi ira.

Igon vertió el cubo sobre el escritorio y consiguió extinguir el fuego. Me miró decepcionado.

—Esto no te lo perdonaré jamás —susurré, y sin más, me marché.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Pasé el resto de la tarde lanzando bolas de fuego al río que bordeaba la frontera de Ames. ¡Dioses, qué cabreo tenía!

«Pobre Torrin… ¿Por qué no habló conmigo? Al menos para decirme adónde iba…».

Suspiré. Probablemente porque sabía que no lo habría dejado marcharse. Maldito idiota. Se lo debía todo: el salvoconducto para traernos hasta aquí a mi madre y a mí, mi entrenamiento, mi nuevo hogar. No merecía que lo echaran a patadas.

¿Y para qué? Silas había pasado página. Aunque era mi supuesto lazo del alma, la gente se enamora y se casa constantemente con personas que no son su pareja predestinada.

Disparé ráfagas una y otra vez, gritando de rabia. Las llamas aún ardían en mi interior; liberar mi poder no me ayudaba a extinguir el dolor. Las lágrimas me corrían por la cara, y, cuando la vista se me

volvió tan borrosa que ya no veía con claridad, paré, con los brazos caídos a ambos lados.

—¿Estás bien? —preguntó una voz suave.

Me giré despacio, parpadeando para aclarar la vista. Era mi madre, que me miraba con preocupación. El aire primaveral nos envolvía; el flequillo y el cabello cobrizo a la altura de los hombros le ondeaban al viento.

—No. —Me tembló el labio y volví a mirar al río.

Mi madre se puso a mi lado y nos quedamos contemplándolo juntas en silencio hasta que ella me tomó la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con dulzura.

Me limpié la nariz con el dorso de la mano libre.

—Igon es un cabrón mentiroso. Eso es lo que ha pasado.

Mamá giró la cabeza rápidamente, y me contuve para no prenderle fuego a todos los árboles de alrededor.

—Me ha dicho que fue él quien envió lejos a Torrin, después de todo este tiempo.

Mi madre soltó un grito ahogado, tapándose la boca con la mano.

—No lo entiendo… ¿Por qué? ¿Por qué diablos haría eso?

Me reí sin humor.

—Supongo que hay que quitar de en medio a cualquiera que me haga feliz.

Y ante ese comentario se me encendieron las mejillas. Nunca le había contado a nadie lo que pasó entre Torrin y yo el año anterior. Por suerte, mi madre no insistió.

—Ya sabes cómo son los videntes —continué—. No pueden contarte nada directamente. Ni siquiera quiere decirme dónde está… —Me tembló el labio y, por supuesto, me cayeron más lágrimas.

Negué con la cabeza—. A Igon no le gustó que Torrin sintiera afecto por mí, ya que no es mi lazo del alma. —Solté otra risa seca—. Torrin es fiel a lo que se espera de él; nunca hace nada por sí mismo. Sé que no quería abandonar su hogar. Estaba tan contento de haber regresado… Y ahora se ha ido… y todo es por mi culpa.

Mi madre me apretó la mano.

—No, Lena. No es culpa tuya. —Iba a negar con la cabeza cuando me agarró la otra mano y me obligó a mirarla—. Torrin es un hombre adulto capaz de tomar sus propias decisiones. —Hizo una pausa, como si dudara qué decir a continuación—. Yo…

—Dilo —murmuré mirando al suelo.

—Estaba pensando en los lazos del alma… y en que…, en que no creo que nada hubiera alejado a Silas de ti —dijo en voz baja.

Me quedé inmóvil. Odié que las lágrimas siguieran fluyendo.

—Yo me alejé de él —respondí, con un tono de voz poco más alto que un susurro—. ¿Qué dice eso de mí?

—Sabes que no es tan sencillo. Para ti era cuestión de vida o muerte. No era así para Torrin.

Me sequé los ojos y, aunque me dolía el corazón, sentía que se calmaba mi fuego interno, o que el hielo se apoderaba de mí.

—Ahora ya da igual. Silas está con otra. Nunca será mío.

Mi madre me abrazó con fuerza, y yo le devolví el abrazo sin energía. Nos quedamos junto al río un rato más hasta que me sentí lo bastante serena para volver a la aldea.



Desde nuestra llegada a Ames, solíamos cenar con la familia Astair. Merrick siempre se había escaqueado, ya que detestaba a su padre, pero, a medida que nuestra amistad fue creciendo, decidió unirse a nosotros, ya que yo estaría presente. Elowen también lo agradeció, pues le encantaba la compañía de Merrick.

Heildee y Vicsin casi habían acabado de cocinar, y Merrick y yo estábamos terminando de poner la larga mesa de roble del comedor. Mi madre solía ayudar a Heildee, ya que a ambas les encantaba guisar, aunque a veces tomábamos el relevo Elowen, Merrick o yo. En alguna que otra ocasión también nos habíamos encargado Torrin y yo.

Sabía que mi madre llevaba varias semanas saliendo con un hombre del pueblo llamado Phillip, y supuse que esa noche estaría con él. Me alegraba que hubiera encontrado a alguien, aunque llevaran juntos poco tiempo. Miré por la ventana. La luz anaranjada del sol se filtraba en la casa de los Astair, anunciando que el sol comenzaría a ponerse pronto.

—¿Dónde está Elowen? —le pregunté a Merrick.

—Ha ido a curarle el brazo a Fabel. Creo que se lo ha roto trepando a un árbol —respondió. Fabel era uno de los pocos niños de Ames.

Me limité a asentir y nos quedamos callados unos instantes más.

—¿Qué quería Igon? —preguntó Merrick mientras colocaba los cubiertos junto a cada plato—. Me sorprendió que no volvieras al foso después.

Me encogí de hombros y seguí poniendo vasos para todos.

—No me apetecía.

Se hizo el silencio, y, cuando miré a Merrick, sus habituales ojos azul hielo giraban en espiral, ahora de color carbón. Cambiaban de tonalidad cuando leía las emociones de alguien.

—A mí no me vengas con tonterías, Lena —dijo curvando hacia abajo las comisuras de los labios. Sentí que se me aceleraba el corazón. A Merrick tampoco le agradaría descubrir que nuestro líder prácticamente había desterrado a su primo—. ¿Qué ha pasado?— preguntó.

Antes de que pudiera responder, unos gritos provenientes del exterior nos sobresaltaron a los dos.

—¿Qué demonios es eso? —Nos miramos antes de salir corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Heildee desde la cocina, pero ya habíamos salido.

Casi caí de rodillas ante la imagen. Merrick y yo contemplamos boquiabiertos cómo un ejército de soldados invadía el pueblo, apuntando con sus armas a los inocentes que había por la calle.

«Soldados otacios. Nos han encontrado».

—T-tengo que ir a buscar a Elowen —tembló Merrick.

—Vete, yo lucharé —le aseguré, y salió corriendo en dirección a la casa de Fabel.

En cuestión de segundos, el pueblo se sumió en un caos absoluto. Los soldados seguían llegando, intentando capturar a los que podían o matando a los que no. Prácticamente nos duplicaban en número, pero la magia era poderosa. Podíamos ganar. Teníamos que hacerlo. La sangre ya corría, tanto de los soldados otacios como de la gente de Ames.

Miré a mi alrededor con frenesí, rostros conocidos defendían sus hogares.

Cuando Otacia dio la orden de matar, el resto de los territorios la secundaron. Su objetivo era capturar al mayor número posible de magos con vida; al parecer, el rey disfrutaba matándonos delante de sus súbditos.

Pero nuestra gente era orgullosa. Si íbamos a morir, sería protegiendo nuestros hogares y los unos a los otros, no contribuyendo al espectáculo.

Corrí en línea recta, esquivando a los soldados que blandían sus armas contra mí y utilizando campos de fuerza cuando era necesario. Nunca había matado a nadie, pero presentía que eso iba a cambiar. No veía a Elowen ni a Merrick, y tampoco a mi madre.

«¿Dónde están?».

Presa del pánico, miré a la izquierda y vi a un soldado alzando la espada para agredirme. Le lancé un campo de fuerza que lo hizo tambalearse hacia atrás.

Me miró fijamente con los ojos muy abiertos mientras se mantenía erguido en el aire con las piernas temblando. Dioses, no tendría más de dieciséis años. No podía permitir que este chico me capturara, pero tampoco podía matarlo.

Con solo un parpadeo, una astilla de hielo le atravesó la garganta. Se le salieron los ojos de las cuencas y derramó sangre al desplomarse en el suelo. Giré la cabeza rápidamente hacia Merrick, que me miró un segundo antes de enfrentarse a dos soldados que cargaban contra él y Elowen.

Eché a correr hacia ellos, pero un hombre me derribó con todas sus fuerzas. Caí sobre el coxis, el impacto me dejó sin aire y el dolor me subió por la espalda. La adrenalina me fluía por las venas, y levanté el brazo por encima de la cabeza para crear un escudo

defensor que bloqueara cualquier golpe que viniera en mi dirección. Aproveché la oportunidad para cruzar la mirada con el tipo que intentaba matarme, y todo a mi alrededor enmudeció.

No eran unos ojos cualesquiera. Eran unos ojos dorados.

Se quedó petrificado con la espada en alto y los ojos tan abiertos que se le veía gran parte de la esclerótica.

—¿Lena? —susurró incrédulo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Silas —susurré.

Apenas tuve tiempo de procesarlo cuando, por el rabillo del ojo, vi una figura oscura, un león, corriendo hacia nosotros. Silas ni se inmutó, tan impresionado por la conmoción que no percibió la amenaza que se avecinaba.

Pero yo sí.

—¡No! —grité poniéndome delante de él, cruzando los brazos para crear un escudo mágico tan potente que, cuando Viola se estrelló contra él, salió despedida hacia atrás, recuperando su forma habitual. Las trenzas le rodaban por la cara mientras se agarraba a la hierba y la tierra hasta que se detuvo por completo. Levantó la cabeza de golpe.

Estaba anonadada. Enfurecida.

Rápidamente me volví hacia Silas, que seguía mirándome impactado, temblando y aún sosteniendo la espada. Llevaba la corona, una armadura otacia negra y una capa azul marino.

Mientras seguía quemándome con la mirada, resonaron los cuernos desde la elevada torre de Igon, lo que me obligó a girar la cabeza hacia el sonido. No podía ser…

«Una orden de rendición».

Los magos de Ames se miraban con incredulidad ante el estridente ruido. Nos estábamos defendiendo bien. ¿Por qué darnos por vencidos?

Volví a mirar a Silas y me arrodillé, con las manos en alto, al igual que el resto de mi gente. Aunque no teníamos rey, obedecíamos a nuestro Supremo, sobre todo porque tenía el poder de la predicción.

Sin mediar palabra, Silas envainó la espada, me agarró las muñecas y me puso unas esposas de plata.

Levanté la cabeza para mirarlas. Cada anilla tenía una gema roja que se iluminó al cerrarlas. Me invadió una sensación de vacío.

Mi magia… No entendía cómo, pero… se había esfumado.

El tiempo transcurrió con lentitud mientras nos ponían a todos las esposas inhibidoras de magia. El pánico se reflejaba en los rostros a medida que descubrían lo que hacía ese artilugio.

Nunca había sentido tanto miedo. Sin nuestra capacidad para protegernos, escapar era prácticamente imposible. ¿En qué pensaba Igon?

¿Y dónde estaba mi madre?

Me quedé mirando a la familia de Fabel, por suerte todos con vida, cuando Silas se arrodilló ante mí. Levanté la vista indecisa y me encontré con la suya.

—¿Dónde está vuestro líder? —preguntó con frialdad.

Analicé sus facciones. Se veía tan… cambiado. Sus ondas negras azabache eran más cortas que la última vez que lo vi. El cabello, que antes le llegaba a la mandíbula, ahora lo llevaba rapado en la nuca y en los laterales, y más largo y ahuecado en la parte superior. Una barba de varios días pulcramente recortada le rodeaba los labios, y

una larga cicatriz le recorría el pómulo izquierdo hasta casi rozarle la boca.

Y el cuello… La armadura apenas dejaba ver una mínima parte, pero pude apreciar que lo llevaba prácticamente tatuado.

Estaba guapísimo. Pero no había bondad en sus ojos.

Antes de que pudiera responder, un soldado arrojó a Vicsin al suelo junto a nosotros.

—¡Padre! —oí gritar a Elowen.

La miré. Otro soldado le sujetaba los brazos, impidiéndole correr junto a él. Ni siquiera me había dado cuenta de lo cerca que estaba. Vicsin tosió sangre.

—Su oficial electo —anunció el soldado.

Aparentaba ser al menos dos décadas mayor que Silas, con arrugas en la frente y canas salpicándole la barba.

Silas me sostuvo la mirada un instante más antes de retroceder. Se acercó a Vicsin y lo miró con desprecio.

—Los de inteligencia afirmaron que su líder era un anciano.

—No, yo… Yo soy su líder —murmuró Vicsin, con la boca goteando sangre.

Intentaba salvar a Igon.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Silas.

Vicsin lo miró con odio.

—Vicsin Astair.

Silas ladeó la cabeza.

—No me gusta que me mientan, Vicsin —respondió con malicia en su voz aterciopelada. No pude evitar sentir que esa afirmación en parte también iba dirigida a mí—. Dime dónde está y consideraré perdonarte la vida.

Elowen sollozaba; ese mismo soldado impedía que pudiera ayudarlo. No alcanzaba a verle bien el rostro, pero su expresión parecía casi… compasiva.

—¡Por favor, por favor, no le hagáis daño! —gritó.

Silas la miró, pero no alteró su ademán sombrío.

—¿Perdonarme para matarme después como a los demás en Otacia? —espetó Vicsin.

Silas chasqueó la lengua, volvió a mirar a Vicsin y ladeó la cabeza hacia Elowen.

—Quizá ella te haga entrar en razón. —Levantó la mano, y el soldado que la sujetaba hizo una pausa antes de acercarla—. Ponla de rodillas —ordenó Silas, y el hombre obedeció.

Me temblaba todo el cuerpo. Ríos de lágrimas me resbalaban por las mejillas.

«Elowen no… La dulce Elowen no».

Silas desenvainó la espada y se acercó a ella. Le puso la hoja en el cuello; ella no dejaba de llorar.

—No la toques —gruñó Vicsin.

Dirigí la atención hacia Merrick, quien, en vano, gruñía y forcejeaba con el soldado que lo tenía sujeto.

—Si no me dices lo que quiero saber, me temo que no tendré otra opción. —La voz de Silas era más grave que la última vez que lo vi, o quizá era la falta de empatía lo que lo hacía sonar diferente. El hombre amable del que me enamoré… no estaba allí. Desde luego que no.

Vicsin miró a Elowen con desesperación.

—F-falleció. Me pusieron al mando —mintió.

Silas chasqueó la lengua de nuevo, sin dejar de mirar a Elowen mientras apretaba más fuerte la empuñadura.

«Va a matarla».

—¡Tiene que estar en la torre! —exclamé. Silas hizo una pausa y luego inclinó la cabeza hacia mí—. Por favor, por favor, no les hagas daño. —Se me quebró la voz.

Juraría que vi un destello de emoción en su rostro, pero desapareció tan rápido que no podría afirmarlo. Estiró el cuello hacia Vicsin.

—¿Ves como no era tan difícil?

Retiró la espada del cuello de Elowen, que se desplomó aliviada, y entonces apuntó con el arma a Vicsin.

Elowen gritó, pero, antes de que Silas hiciera nada más, Igon salió de la torre. Silas se quedó quieto y luego bajó lentamente la espada.

—Hola, príncipe Silas —saludó Igon con un tono de voz amable.

Silas esbozó una sonrisa, aunque no era cálida.

—Tú debes de ser Igon.

—El único e inigualable —afirmó con una leve sonrisa levantando los brazos—. Aunque al parecer no por mucho más tiempo.

Igon me miró y empezó a hablarme mentalmente.

Solo a través del fuego puede el fénix renacer de las cenizas.

Parpadeé varias veces, no solo por lo críptico del mensaje, sino por el hecho de que Igon pudiera hablar en mi mente.

«¿Desde cuándo tiene ese poder?».

Iba a preguntarle cuando Silas habló.

—Basta. ¿Dónde está? —insistió—. ¿Dónde está el Arma?

«¿El Arma? ¿De qué coño está hablando?».

Igon lo observó un momento.

—No la encontrarás hasta que sea demasiado tarde.

—No estoy aquí para jugar a las adivinanzas. —Silas le enseñó los dientes—. Tienes una oportunidad más para decirme dónde está o acabaré contigo.

Igon permaneció en silencio, y un instante después, Silas le clavó la espada en el pecho.

—¡No! —gemí, y el instinto me pudo. Corrí al lado de Igon mientras Silas le extraía la espada; la sangre brotaba a borbotones cuando cayó de rodillas al suelo—. No, no… —lloré al examinar su herida mortal. No podía curarlo; ni siquiera podía abrazarlo con estas malditas esposas.

Miré los ojos abiertos de Igon, y recordé nuestra discusión anterior mientras sollozaba:

—Lo siento…, lo siento mucho.

Negó con la cabeza y me puso la mano en la mejilla.

—Tú… —Le costaba hablar, respiraba con dificultad—. Tú serás nuestra salvadora, Lena Daelyra. —Desvió la mirada hacia Silas… y sonrió, con una sonrisa auténtica, y una mezcla de… ¿alivio?

—Te perdono, hijo.

La confusión se apoderó del rostro de Silas e Igon me miró de nuevo. Me soltó la mejilla y, temblando, buscó algo en su bolsillo.

—Un… recuerdo —susurró, y me entregó una brújula de bronce.

La sangre empezó a manarle de la boca, y lloré con más fuerza cuando me guardó la brújula en el bolsillo del vestido.

Se giró para mirar a nuestra gente. A muchos se les descompuso el rostro al ver el final de un hombre tan querido…, tan bondadoso.

—Lena Daelyra es vuestra nueva Suprema.

Abrí los ojos de par en par y oí susurros a mi alrededor mientras Igon empleaba sus últimas fuerzas para agarrarme las muñecas.

Encuentra Oquerene, me dijo mentalmente. *Busca… a Kayin*.

Vi cómo la vida abandonaba sus ojos color topacio, y, cuando se desplomó en el suelo, me derrumbé.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Todos alrededor permanecieron inmóviles mientras yo lloraba sobre el cuerpo sin vida de Igon, intentando aún comprender lo que acababa de ocurrir.

«¿Yo, la nueva Suprema? ¿Por qué?».

Podía blandir el fuego, un elemento que la mayoría de los magos no desbloqueaban en toda su vida, pero, aun así, no tenía ninguna habilidad especial; no nací con ningún don. Igon era vidente. Elowen podía eliminar el dolor. Merrick era un émpata, ¡por todos los dioses!, y Viola era una cambiaformas. Todos tenían capacidades que no se enseñaban ni se aprendían. Y luego estaba yo. No tenía sentido, joder.

Igon había insinuado una cualidad hoy…, pero ¿de qué me serviría, teniendo en cuenta que estas esposas anulaban la magia?

—Vosotros…, desgraciados. ¿Qué habéis hecho? —gruñó Vicsin al tiempo que arremetía contra Silas, precipitándose sobre él.

En un instante, a Vicsin se le salieron los ojos de las cuencas cuando el soldado que lo había derribado le clavó la espada en la garganta.

Solté un grito ahogado y me puse de pie, tambaleándome, observando con horror cómo el soldado extraía la espada y la sangre empezaba a salir a borbotones de la herida.

Elowen profirió un alarido desgarrador y cayó de rodillas. Cuando desvié la mirada hacia Merrick, parecía… bloqueado. Agradecí que tuviera las esposas puestas; de lo contrario, estaría experimentando todo lo que Elowen sentía, y eso lo destrozaría.

El soldado que tenía retenida a Elowen se agachó y, aunque no pude oírlo, vi que le susurraba un «lo siento» al oído. Ella siguió llorando.

—No habría podido hacerme daño, Rurik —murmuró Silas.

Rurik se encogió de hombros.

—No querría correr ningún riesgo, Alteza. —Sus últimas palabras tenían cierto tono de amargura. Me di cuenta de que conocía al hombre; cuando Torrin me llevó a la celda en el Castillo La'Rune tantos años atrás, él estaba allí.

Silas resopló antes de ordenar a sus soldados que nos rodearan con los carros y registraran la aldea.

—Hendry, que algunos hombres te acompañen a inspeccionar la torre. Hazte con todo lo que pudiera tener la información que buscamos —le ordenó Silas a un soldado de ojos desparejados y piel morena.

Él simplemente asintió y se dirigió al edificio.

Hendry. El amigo del que me había contado historias cuando éramos más jóvenes.

No tenía ni idea de qué información tenía Igon que pudiera serles útil, y mucho menos sobre esa «Arma», pero esperaba que, siendo vidente y habiendo previsto su llegada, la hubiera ocultado o se hubiese deshecho de ella.

Aun así, nada tenía sentido.

«¿Por qué no nos avisó ni nos preparó?».

Silas se giró hacia mí y me agarró del brazo con fuerza. Hice una mueca de dolor cuando me arrastró adonde estaban agrupando al resto de los magos.

Pasamos por encima de varios cadáveres, algunos de los suyos, otros de los míos. Se me encogió el corazón al reconocer los distintos rostros; personas que, apenas unas horas antes, reían, sonreían o disfrutaban de un paseo. Entonces me di cuenta de a quién no había visto.

—¿Has visto a mi madre? —le pregunté en voz baja.

Él no respondió; siguió tirando de mí sin más. Casi estábamos llegando a la salida de la aldea cuando una voz me llamó y me giré.

—Mamá —exhalé.

Sangraba por el nacimiento del pelo, pero estaba bien, viva. Llevaba puestas las esposas y la retenía un soldado, y en el suelo, frente a ella, estaba el cadáver de Phillip. Las lágrimas le corrían por el rostro y se quedó petrificada al identificar a Silas. Entornó los ojos, mirándolo con desaprobación, y, cuando lo miré yo, desvió al instante la vista y siguió tirando de mí.

El hombre que amé jamás habría querido hacerle daño a mi madre ni a mí…, aunque nunca supo lo que éramos en realidad. Aun

así, jamás habría llegado a imaginarme… esto.

Metió la mano libre en el bolsillo de mi vestido; se me entrecortó la respiración por su cercanía. Sacó la brújula de bronce de Igon.

Las uñas me dejaron marcas en forma de medialuna en las palmas.

—Devuélveme eso —dije con calma.

Me miró de reojo, sin expresión en el rostro, y contestó:

—No.

Silas, el Cazador de Brujas. Conocía su reputación. Había oído historias sobre él todos estos años. Solo que no podía creerlas.

Ahora sí.



Los magos formaban un grupo grande. Debían de quedar menos de cien, a juzgar por la cantidad de cuerpos que yacían en el suelo. En primera fila había numerosos caballos, Silas montado en uno de ellos, y unos cuantos carromatos.

Miré alrededor y, al ver a Elowen, corrí a su lado.

Estaba inmóvil, con la cabeza gacha y las muñecas atadas, como el resto de nosotros.

—Elowen, lo… lo siento mucho —susurré.

Sollozó, con los ojos azules clavados en el suelo. Sentí que alguien nos observaba y, al girar la cabeza a un lado, vi que el soldado que había estado reteniendo a Elowen nos observaba a pocos metros de distancia. Tenía los ojos verde esmeralda, y parecían nobles…, casi

bondadosos, no como los que ese día había visto en los demás otacios, salvo quizá los de ese muchacho.

—Mi madre también está muerta… —murmuró, y volví la cabeza para mirarla—. He pasado por encima de su cuerpo… Se ha ido.

—Dioses… —susurré—. Lo siento mucho, Elowen. Ojalá pudiera darte un abrazo.

Me dedicó una débil sonrisa. Desvié la atención hacia Silas cuando Elowen volvió a mirar al suelo. Le decía algo a sus hombres, pero no alcancé a oír sus palabras desde esa distancia.

Me volví cuando oí que alguien se acercaba a nosotras por detrás; era Merrick, con los ojos azules inescrutables. Deseé ponerle la mano en el hombro, abrazarlo también. Pero no podía hacer nada con las esposas puestas.

—¿Cómo…? —empecé.

—Estoy bien —contestó Merrick en voz baja.

Elowen lo observó con lágrimas en los ojos y decidió alejarse ante su silencio.

—No puedo decir que me importe que haya muerto —murmuró Merrick cuando me giré para mirarlo de nuevo. La brisa fresca le mecía los mechones de cabello blanco plateado que le caían por el rostro, y se le pusieron los ojos vidriosos durante un instante antes de encontrarse con los míos—. Odiaba a ese hombre. Pero lo siento por Elowen, aunque ahora mismo no pueda percibir sus emociones. —Soltó un suspiro tembloroso—. Gracias a los dioses que no puedo hacerlo. Y lo mismo con todos los que han perdido a alguien aquí.

Levanté las manos esposadas y le rocé la mejilla con el pulgar.

—Sé lo que estás pensando, Merrick. Y no, no eres una mala persona por lo que sientes respecto a tu padre.

Apretó la mandíbula y me miró fijamente a los ojos antes de sonreírme con suavidad.

—A veces me pregunto si tienes su don —dijo en voz baja.

Le devolví la sonrisa. Sabía que se refería a Torrin y a su capacidad para leer la mente. Nunca mencionábamos su nombre, y menos delante de soldados otacios. Le habían puesto precio a su cabeza cuando huyó de Otacia.

Bajé la mano y observé alrededor, y entonces me crucé con los ojos encendidos de Silas.

De rabia gélida.

«No estará pensando que Merrick y yo…».

Yo adoraba a Merrick. Era mi apoyo, alguien que me comprendía de verdad, ya fuera porque sentía cada una de mis emociones o porque éramos espíritus afines. Ambos habíamos sufrido mucho de niños. Él cuidó de mí, igual que Torrin, y siempre estaría en deuda con él.

Y Merrick era un buen hombre, igual que su primo. Era amable y cariñoso, aunque se ocultara tras una fachada de frialdad o de sarcasmo. Yo también sabía muy bien lo que era llevar una máscara. Merrick había expresado sus sentimientos por mí mucho tiempo atrás, aproximadamente un año después de llegar a Ames. Fue desgarrador rechazarlo…

Porque quizá hubiéramos formado una buena pareja. Pero yo tenía el corazón en otra parte. Pensar en otro hombre me parecía una traición en aquel momento. No me había acostado con nadie después de Silas hasta el día que me enteré de que se había casado. Solo quería evadirme, sentir algo más que pura devastación. La

amistad de Merrick significaba demasiado para mí como para considerar enrollarme con él, por muy atractiva que fuera la idea.

¿Y Torrin?

No quería pensar en eso.

Desvió la mirada cuando orientó a su caballo hacia el norte. La belleza de la majestuosa criatura de ébano armonizaba a la perfección con la de él.

El soldado que había detenido a Merrick, un hombre de piel bronceada y pelo castaño llamado Roland, se dirigió a nuestra gente:

—Ahora emprenderemos el viaje a nuestro reino, donde todos seréis ahorcados. Consideradlo un acto de clemencia. —Una sonrisa petulante se le dibujó en el rostro cuando me miró con sus ojos avellana.

«Capullo».

—¡Andando!



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Cuando mi madre, Torrin y yo huimos desde Otacia hasta Ames, tardamos casi dos meses en llegar. ¿Cómo pensaban viajar tanto tiempo con toda esta gente? ¿Cómo iban a alimentarnos a todos?

«Quizá nos dejen morir».

Se me encogió el corazón al pensarlo.

Marchamos y marchamos durante lo que parecieron siglos, atravesando bosques y colinas, haciendo descansos breves, hasta que el sol se puso por completo y la luna brilló sobre nosotros. Debía de ser alrededor de medianoche cuando por fin nos detuvimos.

Cuando los soldados otacios empezaron a montar su campamento, oí voces a mis espaldas preguntándose dónde íbamos a dormir. Estábamos todos apiñados en la oscuridad mientras Silas y sus hombres descansaban en sus numerosas tiendas de campaña,

alrededor de fogatas crepitantes y carnes asándose, con el aroma provocando rugidos en nuestro estómago hambriento. Noles preocupaba si estábamos abrigados o cómodos. Para ellos éramos prescindibles, vidas que pronto terminarían.

No podía dormir con tanto castañeteo de dientes, incluido el mío. Miré a mi gente, que yacía incómoda a la luz de la luna, incapaz de ignorar los sollozos silenciosos de la mayoría.

Tenía que hacer algo. Al fin y al cabo, yo era su Suprema.

Me costó ponerme de pie, con las piernas temblorosas por el cansancio. Empecé a caminar nerviosa hacia el campamento, buscando a Silas, procurando ignorar la aceleración de mi ritmo cardiaco.

Resbalé en el barro mientras avanzaba y tropecé, pero por suerte logré estabilizarme antes de darme de bruces contra el suelo.

«Concéntrate, Lena».

Respiré hondo y seguí tambaleándome hasta el campamento; los soldados se pusieron de pie y empuñaron las armas en cuanto me vieron llegar.

Solté una risita sarcástica.

—¿Me tenéis miedo con esto puesto? —pregunté a la par que señalaba con un gesto las manos esposadas.

Silas permaneció sentado, estudiándome con el ceño fruncido mientras bebía algo de una taza, presumiblemente alcohol, que era a lo que apestaba el campamento.

—¿Qué quieres, bruja? —preguntó el tal Roland con desprecio.

Se acercó a mí dando zancadas con su musculosa figura hasta que estuvo a escasos centímetros. Estiré el cuello y me encontré con su mirada avellana.

—Mi gente tiene frío. Necesitamos una hoguera —dije sin rodeos.

Roland me dedicó una breve sonrisa y dirigió la vista hacia algunos de sus hombres que se hallaban atrás. Lo habría considerado atractivo si no fuera tan imbécil.

—¿Han oído, señores? La bruja tiene exigencias. —Se volvió hacia mí y yo levanté más la barbilla—. Eso no va a ser posible. Aunque —se inclinó y me susurró al oído—, si quieres, puedo calentarte yo. —Echó la cabeza hacia atrás y me retorcí de rabia.

—Que te jodan —le solté.

El muy cabrón sonrió antes de que Silas se levantara; los hombres a su alrededor se quedaron inmóviles. Roland mantuvo la calma, curiosamente. Observé su rostro, y me entraron ganas de coserlo a puñetazos al percibir diversión en su mirada.

—Hendry, Edmund, encended un par de hogueras —ordenó Silas —. Habrá menos gente para prestar declaración si mueren congelados.

Me mantuve erguida y miré por encima del hombro de Roland. La expresión de Silas era… vacía, impasible. Volví a observar a Roland, y él escupió en el suelo frente a mis pies, gruñó y regresó donde estaba sentado.

«Espléndido».

Indignada, me quedé mirándole la espalda antes de darme la vuelta. El día que pudiera vengarme de él sería glorioso.

Hendry y Edmund empezaron a caminar hacia mi gente con los brazos cargados de leña, y yo los seguí. El hombre de cabello rubio que se había compadecido de Elowen debía de ser Edmund, ya que ahora sabía qué aspecto tenía Hendry.

Ambos arrojaron la leña al suelo cerca de mi grupo, a unos nueve o diez metros de distancia, y se agacharon para prender las fogatas. Resistí el impulso de soltar otra risa sin humor. Yo no tardaría más de tres segundos en encenderlas. En lugar de eso, me limité a observar cómo lo hacían por las malas.

Tallaron muescas en la madera y luego empezaron a hacer girar los pedernales que usaban para encender sus propias fogatas entre las palmas de las manos hasta que salió humo. Mi gente los observaba y murmuraba entre sí, y, al cabo de unos instantes, las hogueras prendieron.

Cuando la leña empezó a crepitar y las llamas se elevaron, pude ver mejor el rostro iluminado de Hendry. Su piel morena era quizá un tono más oscura que la de Elowen, y llevaba el pelo rasurado en las sienes. En la parte superior, el cabello lacio castaño oscuro le caía justo a la altura de las cejas. Con esa luz se le veía el ojo izquierdo casi negro y el otro azul. El resplandor de las llamas acentuaba los ángulos afilados de su rostro.

«¿Es que aquí son todos guapos?».

Me crucé de brazos.

«Hombres guapos con el alma podrida».

Así y todo, agradecí el gesto. Mi gente se acercó con cautela, extendiendo las manos esposadas como podían para calentarse.

—Voy a por más leña —murmuró Hendry con voz profunda y clara.

—Gracias —contesté con toda la amabilidad que pude, que no era mucha.

Asintió con la cabeza.

—Vamos, Edmund —le gritó al otro hombre.

Me fijé en Edmund, cuya piel era igual de clara que la mía. Ahora que se había quitado el yelmo, comprobé que unos rizos cortos y rubios le enmarcaban el rostro. Ambos se marcharon.

Me acerqué a Elowen, que miraba fijamente a Edmund cuando se fue a por más troncos con Hendry. Los magos se colocaron alrededor del fuego.

—No es como los demás —dijo mirándolo fijamente cuando llegué a su lado.

Solté una risita.

—¿Ahora también eres émpata, El?

Ella siguió mirando al soldado.

—No tenía por qué consolarme. Parecía como si… se sintiera mal por lo que hacía.

—Bueno, supongo que sucede igual que con nosotros los magos —respondí, complacida con el calor del fuego que había encendido Edmund—. Los hay malos, claro, pero también hay muchos buenos. Estoy segura de que algunos de estos soldados solo cumplen órdenes, solamente quieren proteger sus hogares. Estoy segura de que no todos son máquinas diabólicas de matar.

Pensé en aquel adolescente que conocí.

«Pobrecillo… No era más que un niño».

—Bueno, están al mando del Cazador de Brujas, así que, si no son máquinas de matar diabólicas, están preparados para serlo—dijo en voz baja.

Apreté la mandíbula y miré a Silas, que seguía sentado en su campamento, bebiendo y charlando con algunos de sus hombres. Todos comían y bebían en tazas. Su mirada se cruzó con la mía y la mantuvo un instante antes de mirar al suelo.

—Quizá él tampoco lo sea… —susurré, aferrándome a la pequeña esperanza de que Quill siguiera siendo quien era; de que el hombre que amé siguiera aquí.

Elowen frunció el ceño y entonces oí una voz a mis espaldas.

—¿Por eso lo protegiste? —gruñó Viola.

Se acercó y se puso junto a Elowen con los brazos cruzados. Elowen me miró boquiabierta.

—¿Qué quiere decir con que «lo protegiste»?

Sentí un escalofrío de terror mientras mi mente intentaba inventar una excusa.

—Ni más ni menos que lo que he dicho —continuó Viola—. Le habría arrancado la cabeza al príncipe si Lena no hubiera saltado delante de él y usado un campo de fuerza para protegerlo. —Se acercó un poco más a mí—. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

—Porque… —Respiré hondo—. Porque ninguno habríamos salido con vida si lo hubieras hecho, Viola.

Ella frunció los labios.

—Podríamos haberlos detenido a todos.

—La señal de rendición sonó segundos después de que eso ocurriera —dije con acritud—. E, incluso si nos los hubiéramos cargado a todos en ese enfrentamiento, el rey Ulric habría desatado su ira contra nosotros en represalia, y con los que somos no habríamos logrado sobrevivir. Nos habrían masacrado.

Me sorprendió que se me hubiera ocurrido todo eso, aunque no era del todo falso. Matar a Silas no nos habría salvado.

—Eso… tiene sentido —susurró Elowen mirándose los pies.

—¿En lugar de qué? —Viola me observó con desdén—. Al menos habríamos tenido una oportunidad de luchar. Sin magia, nos

aniquilarán.

Justo cuando iba a responderle, una voz interrumpió.

—Disculpa, Suprema.

Me giré y vi a una pareja con una niña pequeña a mi lado. Eran Xaro, Iliera y Sari. Lo bonito de que Ames fuera tan pequeño era que todos se conocían, pero yo los conocía de Otacia. Eran la pareja que desterraron la mañana que estaba con Silas. Me alegré muchísimo al ver que ellos también habían llegado a Ames y que por fin habían podido tener el bebé que soñaban.

Me fijé en Sari y volvió a invadirme la ira. Le temblaba el labio, aferrada al vestido de su madre, y llevaba las manitas esposadas como todos los demás. Era solo una niña…, ahora traumatizada para siempre. Igual que el resto de los niños del grupo. Era inaceptable.

—Sari tiene hambre, y me consta que muchos otros también—dijo Xaro, su padre, con desazón—. Nos preguntábamos si podrías averiguar cuándo nos darán algo de comer. Supongo que no quieren matarnos de hambre, ¿verdad?

Me mordí el carrillo. Silas había dicho que no habría suficiente gente para prestar declaración si moríamos congelados. ¿Morir de hambre causaría el mismo problema?

Volví a mirar al campamento otacio. Al parecer, tenían comida de sobra, a juzgar por las ingentes cantidades que se permitían. Pero ¿sería suficiente para alimentar a un centenar de magos? Lo dudaba.

Aun así, tenía que preguntarlo.

—Veré qué puedo hacer.

Esbocé una sonrisa y Xaro asintió antes de acercar a su familia al fuego.

Suspiré para mis adentros y, cuando me disponía a avanzar, Hendry y Edmund se acercaron con otro haz de leña, agregándola a las hogueras para agrandarlas. Apenas había dado unos pasos cuando Elowen se dirigió a Edmund.

—Disculpa —preguntó. Él la miró a los ojos mientras se sacudía las manos en los pantalones—. ¿Nos vais a dar algo de comer?

La voz de Elowen era suave y dulce. No recordaba haber visto nunca a nadie siendo mezquino con ella, excepto a Merrick. Aunque supuse que eso era cosa de hermanos.

Hablando de Merrick, se acercó a nosotras justo cuando Edmund dijo:

—Los prisioneros no reciben comida hasta el tercer día —contestó en voz baja, con el rostro bañado de empatía. Miró a la niña y apretó la mandíbula antes de volver a mirar a Elowen—. Lo siento.

Ella hundió los hombros, decepcionada, y Merrick soltó una risita, aunque era evidente que no le hacía ninguna gracia.

—¿Que lo sientes?

Edmund se puso tenso y arrugó la frente.

—Sí. Ojalá tuviéramos suficiente para todos.

—¿Qué sentido tiene alimentar a cerdos que van al matadero? —escupió Merrick con amargura—. A menos que también planeéis comernos.

Edmund no contestó. Se quedó mirando a Merrick con el ceño fruncido.

—Por favor… No te enfrentes —susurró Elowen con la mirada gacha.

La ira de Edmund se desvaneció al volver a mirar a mi amiga. Hendry avanzó rápidamente hacia Edmund, lo agarró del brazo y le

susurró un «vámonos» antes de marcharse.

—¿Qué coño te pasa, Elowen? —exclamó Merrick.

—Yo… yo solo…

—¿Solo qué? ¿Crees que alguno de esos cabrones es capaz de sentir empatía? Probablemente solo quiere abusar de ti antes de colgarte.

—¡Cállate! —gritó ella, levantando la cabeza con brusquedad y dejando al descubierto las lágrimas de las mejillas antes de irse hecha una furia.

—Muy bonito, Merrick. —Viola negó con la cabeza antes de seguirla.

Merrick y yo nos quedamos en silencio un momento, con la mirada fija en el fuego; las llamas se le reflejaban en las pupilas.

—Sé que solo quieres cuidar de ella —lo consolé.

—¿Acaso crees que intervendrá para salvarla antes de que la cuelguen? —preguntó nervioso—. ¿Que se ofrecerá en su lugar?

Parpadeé.

—No —continuó, apretando los puños—. Le ofrecerá un poco de amabilidad para poder dormir mejor por la noche o para no sentirse tan mal por colaborar en la masacre de nuestra gente. Que le jodan —murmuró antes de irse.

Me quedé allí plantada, sola, deseando hacerme un ovillo y llorar. ¿Cómo se suponía que iba a salvar a los nuestros si ni siquiera podía mediar en una discusión entre mis propios amigos?

Di un paso al frente y acerqué las manos a la fogata que tenía delante. Había familias tumbadas alrededor intentando dormir. Por suerte, las hogueras se habían hecho bastante grandes, pero por desgracia habría mucha gente que aún tendría frío.

Decidí que lo mejor sería intentar descansar un poco. Cuando me tumbé detrás de la masa de cuerpos, recostada de lado sobre el frío suelo junto a mi madre, miré a Silas y vi que miraba en mi dirección. Aunque había distancia entre nosotros, juraría que nuestros ojos se encontraron.

«¿Sigues ahí, Quill?».



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Habían pasado siete días desde que salimos de Ames, lo que significaba que habíamos comido dos veces, salvo el par de ocasiones en las que Edmund nos trajo dos rebanadas de pan a escondidas, una para Elowen y otra para Sari. Lo hizo mientras él y Hendry encendían las hogueras, y en ambas ocasiones me ofreció una disculpa sincera por ser lo único que había podido conseguir.

Me sorprendieron sus palabras, pero agradecí el esfuerzo. Hendry solo lo miró de reojo con desaprobación, pero no hizo amago de delatarlo. Merrick seguía sin tragarse su papel de «chico bueno», como él lo llamaba, pero una parte de mí creía que Edmund era un buen hombre. Quizá Hendry también, por permitir que intentara ayudar.

El camino por el que nos llevaban los otacios pasaba por zonas con agua dulce, así que, por suerte, nos mantuvimos medianamente

hidratados. Aun así, me sentía débil y exhausta. Y sabía que los míos también lo estaban.

Y sucios. Íbamos rebozados en tierra tras varios días durmiendo en el suelo, y apestábamos. Yo notaba el pelo grasiento, aún recogido en una trenza desde la semana anterior. Hacer nuestras necesidades era lo peor de todo, aunque con tantos días sin comer, por suerte, lo máximo que tuve que hacer fue pis.

Nos informaron de que nos quedaba un día para llegar al Fuerte Laith, un puesto fronterizo otacio donde los soldados podían recuperarse y descansar antes del largo camino de vuelta a casa. Nos quedaríamos allí hacinados en estrechas celdas hasta que se reanudara la marcha. Al parecer, habían construido varios asentamientos a lo largo de los años.

El hecho de que existiera un emplazamiento otacio a solo ocho días de Ames, y que yo no me hubiera enterado, me provocó náuseas. Me pregunté cuánto tiempo había tardado Silas en decidir la mejor forma de tendernos una emboscada y elegir las mejores rutas de ida y vuelta. ¿Cuánto tiempo llevaba Ames en su radar?

Apenas me había mirado en toda la semana. No habíamos cruzado palabra… Tampoco es que pudiéramos sincerarnos delante de los demás, de todos modos.

Dirigí la vista al frente. Silas abría camino a lomos de su semental, con Roland a su izquierda y Rurik a la derecha.

Rurik era un completo imbécil, incluso comparado con Roland, quien al menos parecía capaz de morderse la lengua…, a pesar de sus momentos de frivolidad. Rurik había insultado, flagelado y ultrajado a varias de nuestras mujeres durante la marcha. Para mi sorpresa, aún no lo había intentado conmigo. Probablemente porque

sabía que no le pasaría ni una, ya que yo había defendido a todas las mujeres a las que había acosado.

Llegó la última mañana y seguíamos caminando. No podía creer que estuviera deseando alcanzar nuestra prisión provisional. Me dolían muchísimo las piernas y el agotamiento por el hambre me rogaba que me desmayara.

Varios de los hombres de Silas iban a caballo; supuse que eran soldados de alto rango. Y luego había bastantes que iban a pie, incluyendo a Edmund y Hendry. Por suerte para ellos, podrían descansar y beber durante la próxima parada, mientras que nosotros solo ansiábamos un suelo de cemento.

«Mejor que caminar, supongo».

De repente se oyó un chasquido en el bosque a nuestra izquierda. Rurik giró la cabeza automáticamente. Deseé con todas mis fuerzas arrebatarle el arma de las manos y rajarle el cuello con ella.

Sopló una ráfaga de viento, y el crujido de las ramas nos indicó que algo se acercaba. Silas levantó el puño y todos se detuvieron. El viento volvió a soplar, mucho más helado de lo normal, y sentí escalofríos por todo el cuerpo.

«Mal. Algo anda muy mal».

En un abrir y cerrar de ojos, numerosas figuras emergieron del bosque dando alaridos espantosos. De sus palmas salían disparados orbes mágicos negros dirigidos a los soldados, y se me paró el corazón cuando comprendí a qué nos enfrentábamos.

Los No muertos.

Nunca había visto uno; jamás lo creí posible. Hacía siglos que no se avistaba a ninguno de su especie. Y eso significaba que había un enemigo incluso peor que el rey Ulric.

«Un nigromante».

Los soldados gritaron cuando los orbes impactaron en varias zonas de su cuerpo. Ahora estaban condenados.

La leyenda transmitida a través de los siglos contaba que los No muertos fueron creados por un nigromante oscuro que, en lugar de resucitarlos por completo, como los nigromantes que lo precedieron, los revivió solo en parte: sus almas quedaron atrapadas en un estado intermedio. En otras palabras: se doblegarían por completo a su voluntad. Aquellos tocados por el poder de este nigromante adquirían la capacidad de convertir a los vivos en criaturas iguales a ellos, esparciendo su maldición con un solo golpe de su poder, aumentando así las huestes de su amo.

Pero esa leyenda se aplicaba a los magos afectados por su magia. Los humanos sufrían una muerte atroz, y su alma se perdía para siempre cuando la oscuridad se les extendía por el cuerpo. No sabía qué destino era peor.

Tras el auge del mago que creó tal maldición, prohibieron la práctica y condenaron a muerte a aquellos que portaban el don en la sangre.

«¿Cómo es que uno había sobrevivido?».

Silas reaccionó al instante, ordenó a sus hombres que atacaran y posicionó a su corcel en dirección a la batalla.

El aspecto de los zombis era espeluznante. La piel y los labios carecían de color…, como los de un cadáver. Su escaso pelo era fibroso y lacio, y los ojos los tenían completamente negros, incluso la esclerótica. Un entramado negro como la tinta se les arremolinaba alrededor de la piel y en los pies se les extendía una niebla negra.

Se movían muy rápido; algunos soldados los esquivaron, otros se quedaron paralizados antes de que un orbe los alcanzara de lleno. Incluso atacaron a los caballos. Roland recibió un impacto y cayó derribado; tras estrellarse contra el suelo, intentó ponerse de pie tambaleándose.

Me sentía impotente, petrificada, pero después de un instante me di cuenta de que los zombis no atacaban a los magos. Solo a los otacios.

«¿Por qué?».

Frente a mí, otro orbe alcanzó a un soldado, que cayó al suelo convulsionando; los gritos de terror me ofuscaban los sentidos.

Roland estaba a solo unos pasos de mí, empalando con su espada a uno de los zombis, pero no podía ver al que se le acercaba por detrás.

Iba a matarlo.

No sé por qué me molesté, pero de repente me encontré gritando:

—¡Roland!

Se giró con brusquedad, con los ojos avellana abiertos de par en par al ver a la criatura a punto de atacarlo. No le daba tiempo a reaccionar.

Sin pensarlo dos veces, alcancé una espada tirada en el suelo, la del soldado caído. La empuñé con torpeza debido a las esposas, pero la incliné con la suficiente rapidez antes de hundirla en la espalda de la criatura, y la sangre negra salpicó la parte delantera de Roland.

Roland jadeó, mirándome boquiabierto. No hubo tiempo de detener el orbe que salió disparado de otro de ellos y golpeó a

Edmund en la pierna derecha y luego en el brazo izquierdo. Edmund gritó, y Elowen chilló cuando lo vio desplomarse en el suelo.

La criatura se acercó lentamente a Edmund, que sollozaba agarrándose las extremidades infectadas. Decían que el dolor de la marca de un No muerto era insoportable.

Lo vi sonreírle y supe que planeaba torturarlo, prolongar su sufrimiento. Los soldados a su alrededor estaban demasiado ocupados intentando salvar su propia vida como para detenerlo.

—¡Eh! —le grité a la criatura. Estiró el cuello para mirarme—. ¡Ven a por mí, cabronazo repugnante!

Ladeó la cabeza, observando a su presa. Apareció frente a mí en menos de un instante, pero, sin darme tiempo a atacar, Silas le atravesó el cuello con la espada, y la sangre negra manó de él de forma exagerada y violenta.

Chilló al caer al suelo, retorciéndose vertiginosamente antes de quedarse flácido. Resollando, me encontré con la mirada dorada de Silas, luego con la de Edmund, que nos contemplaba con los ojos muy abiertos y llorosos. ¿Era consciente de su destino?

Eché un vistazo rápido a nuestro entorno. Los soldados restantes habían logrado aniquilar a los zombis. Algunos caballos habían perecido en el ataque, entre ellos el de Roland.

Volví a mirar a Edmund. Estaba paralizada, con el corazón desgarrado a pesar de todo, viéndolo llorar.

Iba a morir.

—Suelta la espada, zorra —gruñó Rurik.

Había olvidado que aún sostenía el arma. Lentamente, me volví hacia él indignada, y con una sonrisa sombría respondí:

—Oblígame.

Estaba a punto de cometer una imprudencia, pero Silas me detuvo poniéndome la mano en el hombro. Lo miré a los ojos; su agarre era firme pero no doloroso. Me lanzó una mirada severa antes de que yo volviera la atención a Rurik y soltara el arma.

El gemido de Edmund interrumpió el duelo de miradas. Silas me soltó el hombro y corrió rápidamente hacia él antes de arrodillarse a su lado.

Se puso pálido cuando lo examinó.

—Joder… —murmuró Silas.

—V-voy a morir… —sollozó Edmund.

—Cobarde —murmuró Rurik.

Roland lo miró furioso mientras Silas mantenía el contacto visual con Edmund y le tomaba la mano. Juraría que vi lágrimas en sus ojos mientras observaba a su amigo.

Elowen se arrodilló al otro lado de Edmund.

—Déjame ayudarlo —suplicó.

—Elowen —refunfuñó Merrick, con una mirada gélida de advertencia.

Ella lo ignoró y le subió la pernera derecha del pantalón por encima de la rodilla. Remolinos negros como los de los No muertos se le extendían hasta la mitad del extremo inferior de la pierna.

—Está por debajo de la rodilla y aún no se ha extendido. Si le amputamos la pierna, vivirá. —Edmund contuvo un sollozo cuando ella le sacó el guante derecho y el protector del brazo, y luego le subió con cuidado la manga de la camisa, dejando al descubierto las mismas marcas negras que le llegaban hasta la mitad del antebrazo —. Y en cuanto al brazo, lo mismo.

Sin darle tiempo a Silas a objetar, continuó:

—Lena puede blandir fuego. —Asintió con la cabeza hacia mí—. Puede cauterizar las heridas para detener la hemorragia. Y yo no solo soy nuestra mejor sanadora, sino que también puedo aliviar el dolor. —Señaló sus manos esposadas—. Solo… necesito que me las quiten.

Rurik se burló.

—¿Nos tomas por idiotas?

Elowen apretó la mandíbula y le enseñó los dientes.

—¡Si no hacemos algo, se va a morir, imbécil! —le soltó.

Merrick y Vi me miraron pasmados. Nunca habíamos oído a Elowen decir palabrotas.

Silas se giró para mirarme, apretando la mandíbula mientras decidía qué hacer. Los gritos de Edmund se volvieron más desgarradores, y chilló apretándose el brazo y llorando desconsolado.

—Por favor… —presionó Elowen.

Hendry se colocó detrás de Silas y le puso una mano en el hombro, y me fijé en que también tenía lágrimas en los ojos.

No nos iba a dejar.

«A la mierda».

—¿Dejaríais morir a uno de vuestros hombres si hubiera forma de salvarlo? —razoné.

—¿De qué nos serviría un tullido? —dijo Rurik sin rodeos—. Una pierna y un brazo menos… —Se encogió de hombros—. Sería un inútil.

Lo miré con odio.

—Eres un pedazo de mierda patético —gruñí. Me giré hacia Silas —. Déjanos salvarlo. Te prometo que en cuanto termine podrás

volver a ponérmelas —supliqué, señalando las muñecas atadas.

—Alteza, no podéis…

Silas levantó la mano al ponerse de pie, interrumpiendo a otro soldado. Sin apartar los ojos de mí, avanzó hasta que estuvimos cara a cara. Roland, que estaba a mi lado, me observaba con una expresión que no pude identificar.

—Si tan solo… —empezó a replicar Silas.

—Lo prometo —dije con serenidad.

—¡Nos quedamos sin tiempo! —gritó Elowen.

Silas se apresuró a poner la huella en el lector ubicado en la barra metálica que unía las esposas. Las gemas rojas que señalizaban cada arandela se apagaron al abrirse.

Podía matarlo en un santiamén, y me pregunté si él era consciente. Corrí junto a Edmund y me arrodillé a su lado mientras Silas le quitaba los grilletes a Elowen.

El remolino negro de la piel seguía extendiéndose; ya casi le llegaba a la rodilla.

—Hay que amputarle la pierna justo por encima de donde terminan las marcas —me apresuré a decir. Miré a Silas—. ¿Lo hago yo o lo haces tú?

—Lo hago yo —respondió, desenvainando la espada.

Edmund temblaba. Nunca creí que un humano pudiera contener tantas lágrimas.

—¡Joder, joder, joder! —exclamó dominado por el pánico, temblando con violencia.

—Sssh. —Elowen le puso ambas manos en las sienes—. Mírame —susurró.

Empezaron a brillarle las manos con una tenue luz blanca, y la respiración de Edmund comenzó a estabilizarse poco a poco.

Miró a Elowen asombrado.

—El dolor… ha desaparecido —susurró.

Ella le sonrió con dulzura.

Silas enarboló la espada, una larga hoja de ónix con la empuñadura recubierta de zafiros, y se detuvo mientras observaba la pierna de Edmund.

—Justo por encima de donde termina la negrura —repetí.

—Tengo mucho miedo —le dijo Edmund a Elowen con una risa avergonzada.

—No sentirás nada, te lo prometo. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. Tú no dejes de mirarme.

Silas respiró hondo y blandió la espada; una mezcla de sangre roja y negra salió desparramada cuando la pierna de Edmund se separó con un corte limpio del resto de su cuerpo.

Moviéndome a toda prisa, levanté lo que le quedaba de pierna, empapada de sangre, y puse la mano justo encima de la herida. Deseé que saliera fuego de la palma y cautericé la herida hasta que cesó la hemorragia.

—¿Sientes algo? —preguntó Elowen.

Negó con la cabeza y esbozó una suave sonrisa.

—No me duele, al menos.

Ambos se ruborizaron. Era tan… dulce. Aunque estaba seguro de que nadie más lo pensaba.

Con cuidado, volví a dejar la pierna en el suelo. El olor metálico de la sangre me estaba mareando, aunque el hedor pútrido de la sangre maldita era aún más insoportable.

—Ahora el brazo —le dije a Silas mientras procuraba controlar la respiración e inhalar por la boca.

«No vomites».

Volvió su atención a Edmund. Elowen lo ayudó a recostarse hasta que el brazo quedó apoyado en el suelo. Silas apretó la mandíbula y volvió a blandir el arma, atravesando carne y hueso antes de separarle el antebrazo. Cautericé la herida rápidamente, dando por terminada la tarea, pero ese olor nauseabundo, y tanta sangre, fue suficiente para que le bajara el brazo, me girara y vomitara. Sentí que Silas se ponía tenso a mi lado, pero no hizo nada.

Cuando terminé, me limpié la boca y me puse de pie. Rurik soltó una risita.

—No eres tan valiente si algo tan insignificante te da asco.

Lo miré con rabia, y una sonrisa malvada se me extendió por el rostro.

—Me hace gracia que lo digas cuando podría tenerte muerto en el suelo en cuestión de segundos.

Volví a esgrimir llamas en la palma de la mano y el miedo se apoderó del rostro de Rurik. Me reí cuando vi de reojo a los soldados levantando las armas. Crucé la mirada con Silas, que ni siquiera se molestó en alzar la espada. En cierto modo, sabía que no les haría daño. Quizá porque, aunque matara a Rurik, tendría que luchar contra todos los demás, y bastaría con que apuntaran a alguno de los míos con un arma en el cuello para rendirme.

No era un buen plan.

—Soy una mujer de palabra. —Levanté la barbilla, ofreciendo las muñecas.

Edmund susurró algo, con las palmas de Elowen aún en las sienes y dijo:

—Gracias, Lena.

Parpadeé, asentí y le dediqué una pequeña sonrisa mientras Silas me arrestaba de nuevo.

—No sabía que los No muertos fueran reales… Pensaba que eran solo un cuento. ¿De dónde han salido? —me preguntó Elowen con voz temblorosa.

Me mordí el carrillo, pensativa.

—La verdadera pregunta es… ¿quién es su amo?

Silas limpió la sangre de la espada y la guardó en la funda.

—Llevamos meses lidiando con estas criaturas. Actúas como si no supieras nada de ellas.

Fruncí el ceño.

—La nigromancia no es un tipo de magia que pueda aprender o ejercer cualquiera. Es un poder con el que se nace. Para resucitar a un medio mago…, para crear a un No muerto…, no se puede tener corazón ni alma. Tienes que ser incapaz de amar o de sentir remordimiento. —Me puse tensa—. Tienes que ser un completo monstruo. Y teniendo en cuenta que hay un nigromante ahí fuera… —Solté un suspiro tembloroso—. Eso significa que hay una amenaza para el mundo aún mayor que tu padre.

La expresión de Silas no dejaba traslucir sus emociones. Otro soldado habló:

—Es curioso que esas cosas solo nos hayan atacado a nosotros, ¿no os parece, Alteza?

Apreté los puños.

—No tengo ni idea de por qué no nos atacaron. Los magos no mueren como los humanos. —Entrecerré los ojos al ver los cadáveres que yacían en el suelo—. Nos transformamos en uno de ellos, en un No muerto, sumándonos a las huestes de su amo. —Roland se cruzó de brazos mientras Rurik me miraba con odio—. Y no penséis ni por un segundo que un nigromante oscuro estaría de nuestro lado. Alguien tan enfermo tiene que ser aniquilado antes de que mate a todo el mundo. Mi gente tiene prohibido practicar la nigromancia.

—Entonces, parece que le estamos haciendo un favor al mundo matándoos, brujas —comentó Rurik.

Estaba a punto de darle una patada en los huevos cuando Elowen empezó a hablar.

—Edmund seguirá sufriendo mucho, incluso con la herida cauterizada —dijo con cautela—. Si pudiéramos hacer un elixir para dormir, uno potente que lo mantenga sedado unos días, puedo sanarlo lo suficiente como para que no le duela cuando despierte.

—¿No puedes usar tu magia para dormirlo y ya está? —preguntó Roland.

Elowen negó con la cabeza.

—Solo los brujos pueden hacer eso. Un mago podría si lo tuviera como don. Pero, teniendo en cuenta que aquí no hay nadie con ese poder, no.

Silas frunció el ceño.

—¿Cuánto tardará en curarse?

—¿Una herida tan grave? —Lo pensó un momento—. Probablemente una o dos semanas para sanar por completo.

Supe al instante que Elowen mentía; nunca había tardado tanto en curar a alguien, aunque nunca nos habíamos enfrentado a una herida como esta. Quizá nos daría tiempo para idear un plan.

—Alteza, sé que planeamos recuperarnos en el Fuerte Laith, pero ¿esperar dos semanas? Nuestras familias…

—Cuando estamos en el campo de batalla, estos hombres son tu familia —dijo Silas con severidad—. Le daremos a Edmund el tiempo que necesita para curarse, y luego continuaremos nuestro camino.

Silas avanzó, pero no hacia Elowen, sino hacia mí.

—¿Qué se necesita para elaborar el elixir?

Y fue como si la historia se repitiera.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

—Lavanda, raíz de valeriana y manzanilla.

Silas enarcó una ceja y suspiré.

—Y uno de nosotros encantará la mezcla, lo que le conferirá poder.

—Ah —comentó—. Es una tontería pensar que esas cosas por sí solas servirían de algo —murmuró mientras lo veía atar cabos y darse cuenta de que mi madre había estado vendiendo elixires encantados en Otacia todo el tiempo.

—Alguno de nosotros puede buscarlas entre las cosas que confiscasteis —sugerí.

—No nos llevamos ninguna planta —respondió Hendry.

—Bueno… ¿Dónde estamos exactamente en el mapa? —pregunté.

—En realidad no estás… —empezó a replicar Rurik antes de que Silas levantara la mano, le dirigiera una mirada de advertencia y

luego volviera a mirarme.

«Dioses, qué tío más insoportable».

—El mapa, Hendry.

Hendry se acercó a uno de los carros, rebuscó en una bolsa, sacó un pergamino y lo desenrolló entre las manos. Al cabo de unos instantes, me lo acercó.

—Estamos aquí —señaló mientras yo estudiaba nuestra ubicación.

El Fuerte Laith estaba cerca, pero casi me quedé sin aliento al darme cuenta de lo cerca que estaba la fortaleza del Monte Rozavar. A pesar de que faltaba el símbolo añadido de Igon, recordaba su ubicación, ya que se trataba del mismo mapa.

Igon me habló de ese lugar por algún motivo, aunque no podía decírmelo entonces. Tenía que ser allí donde pudiéramos buscar refugio.

Sonreí para mis adentros.

«Igon… fuiste brillante».

Teníamos que ir allí; me lo decía el instinto. Pero movilizar a un centenar de magos pasando desapercibidos era…, cuando menos, ambicioso. Claro que antes tendría que encontrar algún modo de liberarnos.

—¿De qué te ríes? —preguntó Roland.

Me apresuré a borrar la sonrisa del rostro y volví a concentrarme en nuestra ubicación actual.

Sabía que mi madre y yo habíamos pasado por esta zona, pero localizar esas hierbas sería como encontrar una aguja en un pajar.

«A menos que…».

Suspiré y me giré despacio hacia Viola, encogiéndome de vergüenza.

—¡Rotundamente no! —dijo con un gesto de desdén.

—Viola…

—¡Que no!

Respiré hondo y luego bajé la voz.

—Ahora soy tu Suprema, Viola. Lo que significa que has de acatar mis órdenes. Irás a buscar las hierbas que necesito y no atacarás a ningún soldado ni al príncipe.

Su mirada resentida me dio escalofríos. Joder, era aterradora. Pero no iba a dejar que se me notara el miedo. No me acobardaría.

Mantuve los hombros erguidos y la barbilla levantada para encarar su desaire, ya que era unos centímetros más alta que yo. Nos miramos fijamente unos segundos más antes de que Viola cediera con un bufido.

Asentí a Silas.

—Viola conseguirá las hierbas que necesito.

Silas arqueó otra ceja y, por Dios, la atracción que sentí por él fue igual de fuerte que siempre.

«Que Tithara me guíe».

Tras rezar en silencio a la diosa de la Sabiduría, señalé con la cabeza a Viola.

—Es la leona que casi te arranca la cabeza —expliqué, y Silas se quedó desconcertado—. Puede transformarse en cualquier cosa, así que imagino que un lobo con un olfato excelente servirá.

Di un paso hacia él y noté que se tensaba un poco.

—Sé que acabas de ponérmelas, pero quizá debería acompañarla yo para detenerla si es tan insensata como para desafiar mis órdenes —susurré para que ella no me oyera.

Silas me evaluó una vez más, pero el gesto no fue como las otras veces que me había repasado con la mirada.

—Con dos brujas sin esposas es suficiente —dijo con frialdad.

«Eso ha dolido, joder».

Fruncí el ceño y Silas se acercó a Viola. Las miradas que intercambiaban eran de pura maldad. Como si ambos se desearan la muerte el uno al otro más que nada.

La fulminé con los ojos.

«Por favor, no hagas nada imprudente, Viola».

Silas la liberó, y ella me miró un momento antes de transformarse en una aterradora loba de pelaje negro azabache. La furia refulgía en sus ojos amatista.

—Las hierbas, Viola —mascullé.

Me gruñó antes de agachar el hocico, olisquear el suelo y echar a correr. Silas nombró rápidamente a un puñado de soldados y les ordenó que se unieran a él para seguirla. Estaba segura de que no se fiaba de que Viola fuera a buscar a más de los nuestros y regresara con un ejército.

Tampoco era tan preocupante. Apenas quedaban magos.



Habían pasado unas cuantas horas desde que Viola y los hombres se fueron a buscar las hierbas. Los soldados que se quedaron enterraron a sus muertos, lo que los mantuvo ocupados la mayor parte del tiempo, mientras que mi gente decidió sentarse en el suelo a esperar.

Apenas me miraban. Y los que sí, lo hacían con decepción o resentimiento. Estaban enfadados porque yo obedecía y no aprovechaba cada oportunidad para atacar. Pero, dejando a un lado mis sentimientos por Silas…, simplemente no me parecía correcto. Ni inteligente.

No dejaba de captar las miradas de Roland. No incluían su habitual desprecio, pero supuse que su expresión podía significar algo. Quizá le sorprendía que lo hubiera salvado, y que hubiese ayudado a salvar a Edmund.

Elowen seguía aferrando a Edmund, asegurándose de que no sintiera dolor. En un momento dado, él le pidió que lo soltara para ver si podía soportarlo, pero, en cuanto ella se apartó, casi se retorció de la agonía. Le expliqué que las heridas causadas por la maldición de un No muerto no eran como las normales y que el dolor era muchísimo peor.

Elowen era tan… cariñosa con él. Finalmente, le acercó la cabeza para que descansara sobre su pecho, para ayudarlo a dormir, y al cabo de una hora se quedó frito.

La imagen de ambos hizo que Merrick apretara la mandíbula y se agarrara los muslos con fuerza. No hacía falta ser empática para saber que deseaba que Edmund muriera.

—¿Por qué le ordenaste a Viola que no atacara a los soldados? —preguntó Merrick con frialdad mientras se sentaba a mi lado—. Podría haber masacrado a los que la acompañaban, regresar y tenderle una emboscada al resto. Es que… —Negó con la cabeza—. No lo entiendo, Lena.

Me mordí el labio inferior.

«Porque una vez estuve enamorada de su líder».

Era una excusa patética, lo sabía. Pero, aunque influyó, no fue mi única razón para posponer nuestra venganza.

—Viola es más fuerte transformada, pero no es invencible. Podría matar a buena parte de sus hombres, pero no a todos. No sobreviviría.

Merrick me miró a los ojos.

—Quizá… —continué—. Quizá vean el bien en nosotros, que no somos monstruos. —Suspiré—. Sé que mis decisiones son confusas, Merrick. Pero te ruego que confíes en mí. Haré lo que sea necesario para salvarnos, pero tengo que hacerlo bien.

El viento le mecía el pelo blanco plateado, y me miró a los ojos con duda.

—¿Y cómo piensas hacerlo bien?

El crujido de unas ramas y el susurro de las hojas nos pusieron en alerta y, a medida que el sonido se acercaba, me giré hacia la arboleda cercana y vi las hierbas en las manos de uno de los soldados otacios. Viola había recuperado su forma humana; iba esposada y con su habitual cara de cabreo mientras los guardias la escoltaban.

Caminó de mala gana hacia nuestro grupo y me dio un empujón en el hombro al pasar. Iba a llamarla zorra, pero sabía que no procedía. Estaba furiosa, y lo entendía.

Silas le quitó las hierbas al soldado de las manos antes de acercarse a mí y soltarme las esposas.

Roté las muñecas antes de encontrarme con sus ojos ámbar.

—Necesito una olla con agua hirviendo.



Los elixires para dormir requerían un tipo de magia de resistencia. Si bien antes me costaba controlarla, ahora era una experta.

Sobre una hoguera que Hendry encendió para mí hervía una olla de agua. Se necesitaba muy poca cantidad de líquido. Algunos soldados otacios me rodearon cuando me arrodillé ante ella, sin quitarme el ojo de encima y preparados para atacar en caso de que se me ocurriera intentar algo.

No tenía ni mortero, y convenía usar hierbas secas siempre que fuera posible. Por suerte, eso no afectaba a su eficacia, solo que Edmund tendría que tragarse las hierbas en trozos más grandes. Las machaqué y las desmenucé todo lo que pude antes de echarlas al agua.

Después de un momento, extendí la palma de la mano.

«Pulmones. La magia de la resistencia proviene de los pulmones».

Cerré los ojos lentamente para buscar el poder en mi interior. Al sentir el zumbido en la zona, abrí los ojos de golpe y observé la resplandeciente neblina verde que me emanaba de las palmas. Refulgía a medida que descendía hasta el agua hirviendo, impregnando el brebaje con toda la potencia que pude reunir. Sería mejor que durmiera un par de días. Tampoco demasiado, ya que algún defensor más de Elowen nos vendría muy bien.

Cuando terminé de infusionar la mezcla, cerré poco a poco el puño; la sensación en los pulmones se disipó al desaparecer la niebla. Cuando miré a Silas, su expresión asqueada me provocó una punzada de dolor en el cuerpo.

Siempre había temido que sintiera repulsión por mí si descubría lo que realmente era; solo que había esperado que no fuera así.

—¿Seguro que confías en ellos? —refunfuñó Hendry mientras yo vertía la mezcla en una de las tazas que me entregó un soldado asustado. Sin pedir permiso, usé mi magia de hielo para enfriar el brebaje de manera que Edmund pudiera ingerirlo cuanto antes. Nadie protestó.

Edmund miró a Elowen a los ojos mientras le respondía a Hendry con un «sí».

Me levanté y le acerqué el elixir, agachándome antes de ofrecérselo a Edmund.

—Normalmente, las hierbas se muelen para que no se noten tanto. Me temo que tomárselas así será un poco más… desagradable.

Asintió agradecido mirando el brebaje y se lo bebió de un trago. Hizo una mueca y, segundos después, se desmayó en los brazos de Elowen.

Ella respiró hondo. Debía de estar exhausta tras haber estado usando su don tanto tiempo, y aún tenía que seguir aliviándolo.

Silas ordenó a Hendry y Roland que subieran a Edmund a uno de los carruajes. Elowen subió con él y empezó a cambiarle los vendajes. Luego le hizo una seña a Roland, que se acercó a mí con un par de aquellas condenadas esposas. No me resistí; simplemente extendí las muñecas mientras Roland me las colocaba. Su expresión era enigmática.

—Nos queda un día para llegar al Fuerte Laith —gritó Silas a sus hombres—. Estad alerta por si a alguna de esas criaturas se le ocurre volver a aparecer.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El Fuerte Laith era un lugar monstruoso, un edificio de piedra con dos enormes torres de vigilancia, una a cada lado. Con la cantidad de soldados que habían participado en nuestra captura, más los apostados en el exterior del fuerte y un cupo que solo podía imaginar en el interior, escapar de allí sería casi imposible.

A pesar de mi temor a qué sucedería dentro de esos muros, me flaquearon las piernas al pensar en dormir en cualquier sitio que no fuera el frío suelo.

Nos condujeron hacia las gigantescas puertas de hierro de la entrada; los soldados se inclinaban ante Silas a medida que él y sus hombres avanzaban. El príncipe y sus soldados a caballo comenzaron a desmontar y, tras intercambiar algunas palabras, dos de ellos sacaron a Edmund del carruaje en el que lo trasladaban, arrastrando a Elowen con él.

Apreté los dientes. Odié ver cómo tiraban de ella, la dulce Elowen, que jamás le había hecho daño a una mosca. Odié no estar a su lado.

Los magos cruzamos las puertas y entramos a un espacioso pasillo de piedra flanqueado por más milicianos. A los pocos pasos, nos guiaron por una escalera de piedra uno a uno. Los candelabros apenas aportaban luz; la justa para que pudiéramos ver.

Cuando llegamos abajo, ya estaban embutiendo a mi gente en las mazmorras. Las puertas eran de un material que parecía hierro, como las de la entrada, y cada una tenía una pequeña ventana con barrotes en la parte superior. Parecía haber una veintena de celdas, así que apiñaron a los magos por grupos en cada una.

Excepto a mí. Cuando me empujaron a la mía, la puerta se cerró de inmediato. Me giré despacio, con las manos esposadas pegadas al cuerpo. La habitación era sencilla, con solo una cama de piedra, similar a la que tuve en el Castillo La'Rune, y un solo inodoro.

Decidí tumbarme, y comprobé que el suelo de fuera era mucho más cómodo; lloré en silencio hasta que me quedé dormida.



Tras lo que nos parecieron segundos, y después de despertarnos con brusquedad, nos llevaron de uno en uno a asearnos. Supongo que era de agradecer. Había una fila de duchas en el sótano donde limpiarnos. Mientras nos miraban, claro. La idea de que me desnudaran me resultaba humillante, pero la mugre que me cubría pedía a gritos que la lavara.

Fui de las primeras en ducharme y, para mi consternación, Roland era el que me vigilaba.

—Hueles a mierda —dijo sin rodeos.

Lo miré con mala cara.

—¿Y qué coño esperabas?

Se rio entre dientes mientras me desabrochaba el collar de la reina y se lo entregaba; el anillo que Silas me había dado años atrás seguía llevándolo en el dedo anular derecho. Cuando fui a quitarme la ropa, me di cuenta de que era complicado con las esposas puestas.

—Tendrás que dejar que te ayude —dijo Roland.

Me ruboricé cuando me rasgó el vestido con un cuchillo y tiró de la tela desgarrada hasta que cayó al suelo. Luego me desabrochó el sujetador y, cuando fue a bajarme las bragas, lo detuve y le dije que podía hacerlo sola. Retrocedió, y una vez completamente expuesta, me negué a mirarlo a los ojos.

Si antes apestaba, ahora más. La mezcla de la sangre roja con la maldita y el olor corporal era completamente insoportable.

—Hay jabón dentro de la ducha y no hay calefacción, así que el agua va a estar fría —avisó.

Me quedé abatida.

«Por supuesto que no hay calefacción».

Me había acostumbrado al agua caliente en Ames. Entré y giré la manija, salió agua congelada y se me escapó un grito vergonzoso. Roland soltó una carcajada en respuesta. Me giré y lo miré con odio.

—¿Qué? —dijo con el labio curvado hacia arriba—. Apuesto a que te reirías si fuera yo quien chillara como un cerdo.

Le saqué el dedo, él ensanchó la sonrisa, y yo hice una mueca al volver a meterme bajo el chorro de agua. Una mezcla de sangre y tierra comenzó a arremolinarse a mis pies, y las baldosas blancas que tenía debajo de mí desaparecieron al instante. Me castañeteaban los dientes, pero, joder, qué gusto daba quitarse tanta porquería de encima. Extendí la mano, me retiré la goma que me ataba la trenza y se la di a Roland.

—Me sorprende que se puedan meter en el agua —murmuré, señalando las esposas.

—No serían un buen invento si el agua las estropeara.

Me sorprendió que Roland mirara a todos lados menos a mi cuerpo.

«Es de agradecer, supongo».

Me deshice la trenza y metí la cabeza bajo el agua, jadeando por el frío. Me giré buscando los productos de aseo; bueno, la pastilla de jabón.

—¿No hay champú?

—Esto no es un spa, Calabaza —replicó.

Lo miré con rabia cuando sonrió con suficiencia. Dioses, qué ganas tenía de darle un puñetazo. Agarré la pastilla de jabón y, al intentar llegar a la cabeza, se me resbaló y cayó al suelo.

—¿No has oído que no debes tirar el jabón en la cárcel? —bromeó mientras me agachaba.

Me incorporé de un brinco antes de alcanzar la pastilla, y, cuando lo vi con los ojos muy abiertos, se echó a reír a carcajadas.

—Eres un pedazo de mierda —le solté.

—Era una broma. No tienes sentido del humor.

El muy cabrón se rio con sorna, otra vez.

Me agaché, asegurándome de apartar el culo de él, e intenté subir la pastilla de jabón a la cabeza una vez más.

Gruñí. Esto iba a ser imposible.

—Puede que necesites que te ayude con eso también.

—¿Y por qué ibas a molestarte en ayudar? —murmuré.

Se cruzó de brazos.

—Porque no soporto tu tufo —respondió.

Lo miré con desagrado unos segundos y luego suspiré y le entregué el jaboncillo. Roland ya no vestía su armadura completa, solo una túnica gris de manga larga, pantalones marrones y botas. Era evidente que los soldados se habían duchado primero, ya que se veía limpio y olía bien. Con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto una piel bronceada como la de Silas, empezó a enjabonarse las manos antes de soltar la pastilla y hacerme un gesto para que me diera la vuelta.

Dudando, obedecí.

Roland no era tan alto como Silas, que medía alrededor de un metro noventa. Sería unos cuatro dedos más bajo, pero aun así me superaba en altura. Empezó a frotarme el cuero cabelludo con las yemas de los dedos, y me tensé cuando un escalofrío me recorrió el cuerpo. Exhalé profundamente.

«Qué bien sienta».

Roland puso bastante empeño, asegurándose de frotarme bien por todas las zonas. Me ordenó enjuagarme una vez antes de lavarme el pelo por segunda vez con más jabón.

—También puedo ayudarte con el cuerpo —dijo con cautela mientras me masajeaba la cabeza—. Evitaré cualquier zona que desees.

Lo miré con la cabeza inclinada y él retiró las manos, todavía cubiertas de jabón. No parecía presuntuoso ni cruel. Parecía sincero. Era bastante confuso.

Me giré de nuevo y él continuó lavándome el pelo.

—De acuerdo —murmuré.

Después de enjuagarme el cabello por segunda vez y de que Roland se quitara la espuma de las manos, se me aceleró el corazón mientras me preparaba para la siguiente parte.

Me miró con una ceja enarcada.

—¿Y bien?

Respiré hondo.

—Ni los pechos, ni la entrepierna, ni el culo —dije con toda la claridad que pude.

Curvó el labio de nuevo y comenzó a enjabonarse las manos una vez más.

—Primero la espalda.

Empezó por los hombros, y me tensé cuando me tocó; su tacto era firme pero no doloroso. No, me sentía bien. No solo me frotaba los hombros con las manos; me los masajeaba, y la sensación era increíble.

—¿Qué haces? —susurré, empezando a sentir presión entre los muslos.

«¿Qué cojones te pasa, Lena?».

—Supongo que te dolerán los hombros de dormir en el suelo. Desde luego que a mí sí.

Siguió presionándome los hombros con los nudillos y se me escapó un pequeño gemido, lo que hizo que me tensara. Roland soltó una risita.

—B-basta de masajes. Terminemos con esto de una vez. —Me sonrojé y agradecí encontrarme de espaldas a él. Estar privada de contacto durante tanto tiempo al parecer me había trastocado la cabeza.

—Como quieras, Calabaza.

—No me llames así.

Soltó otra risa suave, y, cuando lo miré, los ojos avellana le brillaban divertidos.

El resto de la ducha fue rápido. Tomó la pastilla de jabón y me la pasó por el resto de la espalda, estómago, piernas y pies, evitando todas las zonas que le pedí y sin siquiera mirarlas. Luego me dio el jabón y me dejó lavarme esas zonas yo misma, y la ducha terminó. Me entregaron una toalla áspera, una camiseta marrón y un pantalón de algodón, el uniforme que debían llevar los prisioneros.

—¿Tenéis para todos? —pregunté.

—Hicimos una estimación de cuántos erais en la aldea, así que debería haber suficientes.

—Llevabais tiempo planeando esto —murmuré.

—Sí —dijo en voz baja.

Roland llamó a un soldado para que recogiera mi ropa. Sabía que no la volvería a ver.

—¿Puedo quedarme el collar? —pregunté. Se giró hacia mí—. ¿Por favor?

Antes de ahorcarnos, confiscarían todos nuestros objetos de valor. Esperaba que Roland prolongara su amabilidad y me permitiera conservar los míos un poco más.

Por suerte, accedió y sacó el collar de Ryia, dudando antes de volver a ponérmelo.

Después, Roland me llevó de vuelta a mi celda y se detuvo cuando ambos estuvimos dentro.

—Vístete; después irás a hablar con el príncipe.

—Gracias —dije en voz baja.

Se irguió al oír mis palabras y luego se giró, salió de la celda y se quedó apoyado en la pared junto a la puerta, esperando a que terminara, concediéndome cierta privacidad. Ya me lo había visto todo, pero, aunque no le encontraba sentido al gesto, lo agradecí.

Suspiré mientras me quitaba la humedad del pelo con la toalla, secándolo lo mejor que podía, y luego me puse los pantalones. Cuando iba a ponerme la camiseta, fruncí el ceño.

«¿Y ahora cómo meto los brazos por las mangas?».

—¿Roland? —pregunté con docilidad.

Me quedé allí de pie, con las tetas al aire y aquellos horrorosos pantalones puestos, mientras Roland volvía a entrar.

—¿Cómo me…?

Se acercó a mí y puso la huella del pulgar en el eslabón metálico, la barra se separó y se replegó, y las anillas se quedaron en las muñecas a modo de brazaletes. Las gemas rojas de ambas muñecas seguían brillando.

—¿Si se separan siguen funcionando? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Es más fácil manejaros así. No quiero que ninguno empecéis a darles golpes.

Apreté los puños y lo miré con desprecio.

—¿Estás diciendo que podría haberme duchado yo sola? —pregunté entre dientes.

Cuando vi que sonreía burlón, le lancé un puñetazo a la cara. Lamentablemente, me atrapó el puño con la mano y soltó una risita.

—Justo cuando pensaba que no eras tan capullo como creía— murmuré.

—Siento haberte decepcionado —bromeó, con una risa que dejaba a la vista su dentadura reluciente—. Aunque mi capullo es bastante grande —ronroneó con un guiño.

—Eres un perturbado —le espeté mientras retiraba el puño y me ponía la camiseta por la cabeza.

Se rio entre dientes y, cuando estuve vestida, volvió a bloquear las esposas.

—Vamos, el príncipe espera.

Ante eso, se me encogió el estómago y me invadió el miedo.

Hora del cara a cara.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Me llevaron a una sala bastante grande. Las paredes eran de piedra, al igual que el resto de la fortaleza. Silas estaba de espaldas a la entrada, organizando unos documentos sobre la larga mesa de madera que tenía delante.

Roland cerró la puerta, y Silas y yo nos quedamos solos. Me dejó con las muñecas atadas, mirando la espalda del que fue mi amante. Era evidente que él también se había duchado, pues llevaba el cabello negro repeinado y ropa nueva: una túnica negra de manga corta con ribetes blancos, cinturón, pantalones y botas. Sus antebrazos dorados quedaban a la vista y, al igual que el cuello, los llevaba profusamente tatuados. El momento se me hizo eterno, y me pregunté cuándo se giraría para mirarme.

Cuando finalmente lo hizo, no podía ocultar las emociones en los ojos: confusión, dolor, incredulidad, rabia… Mucha rabia.

Su mirada dorada me quemaba.

—No… no lo entiendo —susurró—. ¡¿Cómo es que estás viva?!

Guardé silencio.

«¿Cómo podía siquiera responder?».

—Vi tu cabaña después de que se incendiara. Tu cadáver quemado. ¿Cómo… cómo es que estás viva?

Me estremecí al ver que levantaba la voz. ¿Cómo podía explicárselo? No me bastaban las palabras. Lo había traicionado. Sabía lo mucho que le dolería, no solo mi partida, sino que me creyera muerta.

—Nosotras… —Respiré temblorosa—. Teníamos que irnos. Yo… yo no quería. —Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas—. El rey Ulric ordenó matarnos. No podíamos arriesgarnos a seguir allí.

Me daba mucho miedo mencionar a Torrin. Había oído que la gente de Otacia decía que Torrin Brighthell era un asesino, que estaba relacionado con la muerte de la reina, pues huyó la noche que yo «morí». Que todo estaba conectado. Si se lo contaba, creería que yo también estaba involucrada. Aunque ni Torrin ni yo hubiéramos tenido nada que ver.

—¿Y tu solución fue hacerme creer que estabas muerta? —preguntó con desdén, reflejando la ira creciente en aquellos ojos color miel—. ¿Tienes idea de lo que me has hecho pasar todos estos años? Perderte justo después de perder a mi madre… —Su expresión pasó de la rabia al asco—. Y además eres bruja. No puedo creer que me mintieras todo ese tiempo. No puedo creer que haya estado tan unido a ti.

Se me partió el corazón, pero, al instante, el dolor se convirtió en rabia.

—No eres el único al que le mintieron, Silas. Hice lo que tenía que hacer para seguir con vida.

—Típico de una bruja egoísta —dijo con voz sombría.

Aunque su apariencia me resultaba familiar, miraba a los ojos de un desconocido. Ya no había forma de contenerme.

—Silas, el Cazador de Brujas, ¿así te llaman ahora? Me alegro tanto de no haberte contado nunca quién soy. Tu amor era condicional, tal como temía. Te educaron para odiarme; jamás podrías entenderlo. —La tensión se me agolpaba en los nudillos; deseaba poder liberarme de mis ataduras—. Estás cometiendo un genocidio por las acciones de una sola persona —me burlé—. Como si ningún humano hubiera cometido jamás un asesinato.

Silas me observó, sin cambiar la expresión.

—Tu madre no era así —continué—. Le horrorizaría verte ahora.

Algo le brilló en los ojos; se abalanzó sobre mí y me agarró la garganta, apretando fuerte. Jadeé en busca de aire.

—¡No te atrevas a mencionarla, joder! —gritó, con las pupilas dilatadas por la ira.

Intenté apartarle la mano, pero no tuve la fuerza suficiente. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras luchaba por respirar.

—¡P-por favor…! ¡P-para! —dije ahogándome.

Apretó más fuerte la mano que me sujetaba el cuello, y entonces cruzamos la mirada.

Solo tuve aliento suficiente para pronunciar una palabra.

—¡Quill! —exclamé.

Abrió mucho los ojos, y la humanidad regresó a su mirada. Me soltó la garganta y se apartó enseguida. Yo me encorvé, resollando.

Cuando levanté la vista, me miraba con los ojos muy abiertos, inmóvil. Yo aún seguía jadeando cuando tragó saliva y siguió hablando como si nada.

—El pasado no importa —dijo en voz baja, entrecerrando los ojos —. ¿Por qué eres su nueva líder?

Me eché a temblar, ahora mirándolo con rechazo.

—No lo sé —jadeé.

—¿Dónde esconde el Arma?

—No sé de qué hablas.

—¿Dónde están el resto de los magos?

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Mis informadores dicen que Igon sabía de un lugar que albergaba a miles de los de tu especie. ¿Dónde? —insistió.

—¿No crees que, si yo hubiera sabido algo así, nos habríamos ido todos a vivir allí también?

Chasqueó la lengua.

—Ocultar información no te hará ningún bien, Lena.

Estudié su rostro. Se había recortado la barba, y la cicatriz que le cruzaba desde el pómulo hasta la comisura del labio le cortaba el poco vello facial que se había dejado.

—Aunque lo supiera, no te diría una mierda. —Me costó mucho decir esas palabras sin que me temblara la voz.

Dio un paso adelante y se me tensó todo el cuerpo, ahora con la espalda pegada a la puerta.

—Lo quieras o no —dijo con voz sepulcral—, me darás esa información, de una forma u otra. Y la próxima vez —se acercó y me susurró al oído— no seré tan amable.

Se apartó y me fulminó con una mirada gélida. La imagen me dio escalofríos. Nunca creí que algún día le tendría miedo.

Golpeó la puerta y apareció Hendry, sin Roland esta vez.

—Llévala a su celda —ordenó, e hice todo lo posible por controlar las emociones cuando Hendry me agarró del brazo.

—Alteza —dijo Hendry—. Lady Erabella quiere verte.

Silas no me miró. Simplemente respondió:

—Muy bien. Gracias, Hendry.

Silas salió primero de la sala y Hendry tiró de mí para llevarme consigo. Frente a mí, una mujer con el pelo rubio a la altura de la barbilla caminaba hacia delante, luciendo un precioso vestido azul, cuyo tono contrastaba hermosamente con su piel bronceada.

«Erabella».

Había oído que el príncipe de Otacia había encontrado esposa hacía un año. Recuerdo que fue Viola quien nos dio la noticia a Torrin, a Merrick, a El y a mí. Recuerdo que me escabullí y me dirigí al lago que había a las afueras de Ames, y allí caí de rodillas, sollozando, consumida por mi propio fuego. Había desbloqueado ese poder años atrás, pero en aquel momento era incontrolable.

«La misma noche que Torrin…».

No podía pensar en eso.

—Mantén a la prisionera lejos de ella —ordenó Silas, como si yo fuera un perro rabioso.

—Sí, Alteza.

Ella hizo una mueca y me repasó con aquellos ojos castaños. Desvió la mirada a Silas, y se le iluminaron los ojos al verlo.

—Hola, mi amor.

Él la abrazó y se besaron.

Curiosamente, de todos los sucesos desgarradores previos, de alguna manera, este fue el que más me dolió. Y en ese momento me di cuenta de que fue él quien murió aquel día en la ciudad.

«Se ha ido. Se ha ido de verdad, joder».

Sentí que se me saltaban las lágrimas, pero la ira las contuvo.

—Te he echado de menos —susurró él. Silas miró a Hendry, sin mirarme a mí—. Llévatela. Inmediatamente.

Hendry tiró de mí, pero no opuse resistencia. Quería alejarme de aquella pesadilla.

Solo tuvo que acompañarme a la celda. La puerta se cerró de golpe, y, en esos breves instantes de silencio, por fin rompí a llorar.



No sabía cuánto tiempo llevaba tumbada en aquella cama de piedra, pero sentía como si tuviera el cuerpo lleno de plomo. No sentía el menor deseo de moverme.

Fui una tonta al dejar que alguna parte de mí creyera que el Silas que conocía seguía allí. Habían cambiado demasiadas cosas. Necesitaba centrarme. Necesitaba averiguar cómo sacar a mi gente de la fortaleza.

Justo cuando me incorporaba y me secaba los ojos, la puerta de mi celda se abrió de repente y me sobresalté. Entraron Rurik y otros tres hombres, soldados, que no reconocí.

—¿Qué pasa? —pregunté, y el miedo me invadió al ver la sonrisa repugnante de Rurik.

Avanzó sigiloso, los otros tres con el mismo apetito en la mirada, y me estremecí antes de ponerme de pie y retroceder.

Rurik chasqueó la lengua.

—Parecías tan… intrépida cuando marchábamos —comentó, acercándose aún más. Llevaba la melena larga y plateada desgreñada, y el bigote se le curvaba hacia arriba junto con los labios—. Pero aquí dentro estás completamente indefensa.

En un abrir y cerrar de ojos, me agarró del cuello y me estampó la cabeza contra el muro de piedra. Las estrellas me nublaron la vista y caí al suelo cuando me soltó. Se agachó a mi lado, y su aliento caliente en el oído me dio ganas de vomitar.

—Estoy deseando destrozarte —susurró.

Me palpitaba la cabeza cuando me agarró de los pies y me tumbó en el suelo de cemento. Grité, y entonces me propinó un puñetazo en la cara. Fuerte. Oí un crujido, y el dolor que me recorrió el cuerpo junto con el líquido que empezó a salirme de las fosas nasales me indicaron que me había roto la nariz.

—Vamos a darte una buena tunda antes.

—P-por favor, no… —empecé a protestar antes de que otro hombre me diera un puntapié en el costado tan fuerte que me dejó sin aire.

Las patadas siguieron llegando, en el costado, en la cara. Rurik me agarró del cuello y me estrelló la cabeza contra el suelo; poco después, sentí el sabor de la sangre. Con la otra mano, me rasgó la camisa y me acarició el pecho desnudo.

—¡Para! —supliqué, derramando sangre por la boca.

Me revolví con todas mis fuerzas, pero fue en vano; me tenía agarrada mientras me lamía el cuello. Yo sollozaba y me retorcía.

«Silas… Debe de haberlos enviado…».

—¡Retenla en el suelo! —gritó otro, y eso hizo.

Sabía lo que iba a pasar, pero, por mucho que forcejeara, por mucho que suplicara, no lograba soltarme. Seguí gimiendo, y Rurik me tapó la boca con la mano.

—Sssh, será mucho más agradable si no te resistes.

—Venga, es más divertido así —intervino otra voz.

Estaba empezando a perder el conocimiento, el dolor de las heridas se volvía insoportable. Rurik me quitó los pantalones y empezó a desabrocharse el cinturón.

«¡No, no, no!».

Me defendí con todas mis fuerzas, pero dos de ellos me agarraron las piernas y me las separaron, y no pude hacer nada cuando Rurik se inclinó y me penetró.

Grité, pero él no se detuvo. Me penetró una y otra vez.

Por primera vez en mi vida, quise morir. Sollocé dejando el cuerpo inerte, asumiendo que no había forma de detener la agresión.

Pero, a pesar de mis deseos de irme…, de cerrar los ojos y borrar todo este dolor, había una parte de mí que quería sobrevivir. Superar toda esta matanza y el odio. Salvar a mi gente.

«No te rindas».

Esas fueron las palabras que le dije a Silas antes de marcharme. Las palabras que me repetí incontables veces camino de Ames cuando enfermé durante el viaje.

Lo que me dije el día que recibí el fuego.

—¿Te gusta mi polla, bruja zorra? —me gruñó Rurik al oído; me dolía su agarre en la cadera—. Los de tu especie sois un error, una completa desgracia —resopló mientras me penetraba con más

fuerza, y las lágrimas me cayeron por el rostro mientras le sostenía aquella horrible mirada—. Pero tu coñito es la hostia.

No sabría decir cuánto tiempo estuve allí tumbada, cuánto tiempo estuvo susurrándome palabras obscenas al oído, cuánto tiempo pasó antes de que la puerta se abriera de golpe y viera a Silas en el umbral, absolutamente consternado.

—¡Apartaos de ella ahora mismo! —gritó abalanzándose sobre nosotros—. ¡FUERA! ¡YA!

Se apresuraron a soltarme, y es todo lo que pude recordar antes de que el mundo se volviera negro.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

SILAS

—Pareces agotado —murmuró Era cuando entramos en nuestro pabellón, apartándome el pelo de la cara—. Me preguntaba cuándo volverías.

—Agotado se queda corto.

Erabella había viajado conmigo y con mis hombres al Fuerte Laith; de lo contrario, habríamos estado meses sin vernos.

—Me has hecho esperar demasiado.

—Perdóname —susurré, besándola con delicadeza—. No te habría gustado verme tan sucio como iba.

Se rio entre dientes.

—Es cierto. Me alegro de ver que al menos te has duchado. —Se le desvaneció la sonrisa—. ¿Cómo te ha ido? ¿Has perdido a alguien? ¿Y qué es eso que he oído de Edmund?

Suspiré mientras le acariciaba los brazos con las manos.

—Hemos perdido unos cuarenta hombres. Habrían sido menos si los zombis no nos hubieran atacado.

Abrió los ojos sorprendida.

—¡Los No muertos! —exclamó, llevándose las manos a las mejillas. Asentí y ella negó con la cabeza—. No te quiero más en estas misiones, Silas. Me da igual lo que diga tu padre. Los muertos vivientes son demasiado peligrosos como para que te expongas a ese riesgo.

—¿Qué clase de líder sería si enviara a mis hombres a un viaje que yo no emprendería?

Lo pensó.

—Un líder vivo.

Gemí y le dediqué una dulce sonrisa.

—Siempre sabes qué decir, ¿verdad?

Sonrió y me besó.

Sus labios no me tranquilizaron como de costumbre. Seguía estando increíblemente tenso por todo lo sucedido.

—Necesito otra ducha; necesito despejarme —dije señalando nuestro baño principal.

Ella asintió, y mientras me alejaba preguntó:

—¿Quién era la mujer que estabas interrogando?

Me alteré al oír esas palabras y agradecí estar de espaldas a ella.

—Su líder. —Fui a la cómoda a buscar una toalla y ropa holgada.

—Tenía entendido que era un hombre mayor.

—Han pasado muchas cosas. Te contaré más en cuanto acabe.

Asintió de nuevo y, sin más, entré en el baño.

Después de desvestirme, me metí en la ducha. El agua caliente me relajaba los músculos. Mientras caía sobre mí, sentí que los

nervios empezaban a calmarse.

Intenté pensar en otra cosa que no fuera mi altercado con Lena, pero no lo conseguí. Sobre todo, pensaba en sus ojos cuando la agarré del cuello. En su mirada había… miedo. Me observaba como si fuera un monstruo.

No era una suposición incorrecta. Desde luego, no me parecía en nada al muchacho que ella conoció. Ni por asomo. Aun así, no debí haberle puesto las manos encima.

Me pasé las manos por el pelo; las burbujas del champú me resbalaron por el cuerpo.

Me llamó Quill… Gritó ese nombre como si buscara a la persona que era antes. El cuerpo se me quedó entumecido al oírlo salir de sus labios. Ella creía firmemente que esa versión de mí aún existía.

«Seguro que ya no lo cree».

Empecé a pensar en las lágrimas de sus ojos y en cómo ni siquiera pude mirarla a la cara cuando apareció Era. Quería hacerle daño, pero no tuve coraje para ver su reacción.

Mis pensamientos derivaron a cómo se sentiría sentada en esa celda fría, y noté una punzada en el pecho.

No sabía ni cómo cojones me sentía yo. Todo lo bueno que había en mí había quedado aniquilado hacía mucho mucho tiempo. Pero pensar en ella llorando y asustada me destrozaba el corazón.

«Es una bruja. Mintió sobre su identidad todo el tiempo».

Suspiré. Los pensamientos contradictorios me consumían.

«Sí, pero yo también. Si no me hubiera seguido hasta el castillo y no hubiera averiguado quién era yo de verdad después de ser capturada, no sé cuándo le habría contado mi secreto».

¿Qué iba a hacer? Necesitaba esa información, si es que había alguna esperanza de encontrar al gran grupo de magos y detener el Arma que decían que destruiría nuestro reino. Pero jamás torturaría a Lena para obtenerla, como había hecho con otros de su especie. Simplemente no podía.

Tampoco podía dejarla morir. A pesar de lo que fuera, era una de las pocas cosas buenas que me habían pasado nunca. Los años que estuve con ella fueron los más felices de mi vida.

Quizá eso me hacía débil.

Me tomé mi tiempo para ducharme, con la mente hecha un lío. Cuando por fin terminé, me envolví una toalla alrededor de la cintura. Me aseguré de ponerme un suéter blanco de algodón, algo cómodo para dormir, para ocultar mi espalda, la parte que nunca dejaba que viera nadie, ni siquiera Era.

Cuando salí del baño y entré en el dormitorio, Erabella estaba tumbada en la cama desnuda, sonriéndome con picardía.

Se me puso la polla dura bajo la toalla y le devolví la misma sonrisa. Entonces, casi al instante, me invadió la culpa.

El amor de mi vida estaba vivo. Lena estaba viva y sola. Me costó mucho seguir adelante cuando creí que estaba muerta, pero, ahora que sabía que seguía con vida, sentía vértigo.

Era notó el cambio en mi expresión.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja mientras se incorporaba—. ¿La ducha no te ha ayudado?

Exhalé por la nariz.

—Es que… ha sido un largo día de mierda.

Dio unas palmaditas en la cama y me senté a su lado. Me pasó las manos suavemente por la espalda por encima de la tela y comenzó a

masajearme los hombros. Siseé de placer.

—Me alegro de que estés aquí —susurré.

Me besó en la mejilla y me pasó la mano por el pecho, luego me agarró la erección bajo la toalla, haciéndome inhalar profundamente.

—¿Me has echado tanto de menos como yo a ti? —ronroneó.

«Joder».

Me di la vuelta, le sostuve la cara entre las manos y la besé con pasión.

—Déjame hacer que te sientas bien —me ofreció con dulzura, y saltó de la cama para arrodillarse ante mí.

Sonriendo, me quitó la toalla, me tomó en su boca y empezó a chupármela.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí mientras le pasaba la mano por el pelo, sujetándola fuerte.

«No puedo pensar en Lena. Ahora no. Soy un hombre casado».

Pero no podía evitar pensar en sus labios, en sus ojos, en su voz. Incluso en esas orejas puntiagudas.

Y también me sentí culpable por eso.



No podía dormir. Después de tener sexo con Era, se desplomó a mi lado, con su cabello corto y rubio cayéndole con delicadeza sobre el rostro. Se veía tan dulce cuando dormía, en contraste con su apariencia habitual de seductora. Sus ojos almendrados siempre llamaban la atención de otros hombres, pero no me importaba. Ella nunca desviaba la mirada.

Me froté las sienes.

Pero la mía sí que se desviaba. No hacia otras mujeres; siempre fui fiel a Erabella, aunque a veces me venían a la mente mis años de depravación sexual antes de nuestro matrimonio. No, la única otra mujer en la que había pensado era Lena.

Me mordí el nudillo, con los codos apoyados en las rodillas, contemplando mi vida hecha mierda sentado en la cama.

Había asustado a Lena. Le había mostrado una mínima parte del monstruo en el que me había convertido. La había agarrado del cuello. Estaba furioso con ella, y lo único que quería en aquel momento era hacerle daño igual que ella me lo había hecho a mí.

Sinceramente, lo que había hecho también me había acojonado a mí. Suspiré hondo y salté de la cama, con cuidado de no despertar a Era. Me puse unos pantalones negros y unas botas limpias.

Necesitaba pedirle perdón. Me daba igual si eso me convertía en un cobarde. Conseguiría esa información de otra manera. Pero no le haría daño.

Salí del dormitorio en silencio, cerrando la puerta con sumo cuidado, y comencé el descenso hacia la prisión.

Los candelabros apenas iluminaban la escalera de caracol, y la temperatura descendía a medida que iba bajando. Había llegado a la mitad del recorrido cuando escuché gritos.

«Una voz de mujer… ¿Qué coño está pasando?».

Bajé corriendo los escalones restantes y seguí el sonido de los gritos que cada vez se hacían más fuertes.

Llegué a la celda de donde provenían las voces y abrí la puerta de golpe.

Sentí que los ojos se me salían de las órbitas. Rurik, Jones, Daerin y Geoff rodeaban a Lena. Le habían arrancado los pantalones, llevaba la camiseta rasgada, dejando al descubierto sus pechos. Y Rurik… la estaba violando.

Ella me miró, con la expresión aterrorizada y ríos de lágrimas brotándole de los ojos hinchados. Sangraba por la nariz.

Sentí una ira dentro de mí, más oscura y más cruel de lo que jamás había sentido.

—¡Apartaos de ella ahora mismo! —grité mientras me abalanzaba sobre ellos—. ¡FUERA! ¡YA!



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

—Señor, estábamos…

Dos guardias de menor rango me siguieron, al llegarles por fin el vocerío que provenía de la celda. No se molestaron en detenerme cuando aparté a Rurik de Lena y empecé a darle de hostias. Solo le solté unos cuantos puñetazos antes de obligarme a parar.

«Primero, Lena. Luego, mataré a estos putos violadores».

—Encerrad a estos salvajes en esta misma celda —les gruñí a los guardias, desconcertados por mi ataque de ira. Hacía mucho tiempo que no me cabreaba tanto—. Me encargaré de ellos enseguida.

Rápidamente volví mi atención a Lena, percatándome de que no estaba despierta.

«No».

Sentí que el pánico me invadía al apoyarle la cabeza en el pecho, luego suspiré aliviado.

«Aún respira. Bien».

—Traed a Elowen. Necesitamos que se recupere; que la traiga Hendry.

Al recibir el silencio como respuesta miré a los guardias, boquiabiertos y con las cejas arqueadas. Sabía lo que debía decir.

—Tiene información que precisamos. ¿Tengo que repetirlo?— pregunté con frialdad.

—N-no, señor.

—Bien —murmuré—. Traedme algo para cubrirla.

Uno de ellos se apresuró a cumplir la orden, y, cuando levanté a Lena en brazos, le examiné el rostro.

«Joder».

Tenía los ojos amoratados y seguía sangrando por la nariz. Lo más probable es que la tuviera rota. El otro guardia y yo salimos de la celda, encerrando a los nuevos prisioneros.

—Señor, ¿dónde…?

—La llevo a mis aposentos —espeté—. Al parecer, las putas celdas no están lo suficientemente bien vigiladas. —El guardia tragó saliva al darse cuenta de su error—. Quédate aquí. No te metas. O acabarás ahí dentro con ellos.

Se puso rígido y asintió repetidas veces.

Después de taparla con la sábana que me trajeron, eché a correr por la escalera de caracol de vuelta a mi habitación. Erabella se levantó de la cama de un salto; mi entrada tan poco sutil la despertó de golpe.

—¡Ey! ¿Qué pasa? —exclamó Erabella levantándose con torpeza de la cama y frotándose los ojos.

—Cuatro de mis hombres han golpeado a esta prisionera y la han violado —dije con voz temblorosa—. Está inconsciente. N-no sé si estará bien.

Con cuidado, acosté a Lena en la cama, resistiendo el impulso de apartarle el pelo de la cara delante de Era. Me fijé en el cuello. Esos cabrones le habían rasgado la camiseta, y tenía el cuello al descubierto.

Me quedé pasmado al verlo.

«El collar. El collar de mi madre».

Después de todo este tiempo, seguía llevándolo puesto. Le miré la mano, y se me hizo un nudo en la garganta al comprobar que todavía llevaba el anillo que le regalé en el dedo anular derecho.

Igual que yo seguía llevando el que ella me dio.

—¡Va a manchar la cama de sangre! —se quejó Era—. ¿Por qué la traes aquí?

Estaba nervioso y enfadado.

—¡Erabella! ¡No tengo por qué justificarte mis acciones! Esta noche te quedarás en el salón oeste.

—Pero…

—¡Fin de la discusión! —grité.

Molesta y confundida, salió a toda prisa de allí.

Cuando nos quedamos solos, pude apartarle el pelo a Lena, y examiné todas las marcas y moretones del rostro con la luz de la habitación. Tenía los ojos aún más hinchados y oscuros de lo que había visto en la penumbra de la celda. Llevaba el cuello cubierto de

chupetones y marcas de dientes, y los brazos sembrados de magulladuras.

—¡Dios mío…! —suspiré, intentando que el temblor de mi cuerpo no fuera a más por la rabia que sentía.

«¿Cómo se han atrevido a ponerle una mano encima? ¿A violarla?».

No podía quedarme quieto; empezó a vibrarme todo el cuerpo, y la necesidad de torturar y matar era incontenible.

«Seguro que piensa que he tenido algo que ver con esto. ¡Joder!».

Retiré la sábana e intenté no mirarla, pero, ¡dioses!, su cuerpo seguía igual de hermoso que siempre. Era una belleza cuando éramos jóvenes, pero ahora parecía aún más mujer. Saqué uno de los camisones de Era de la cómoda y se lo puse con ternura. Nadie debería ver su cuerpo desnudo a menos que ella lo quisiera.

Me mordí el carrillo y me vi quitándole las esposas. La impotencia que debía de haber sentido… Quería que despertara y sintiera que podía defenderse. Que podía contraatacar. Aunque no deseaba que lo intentara.

Después de vestirla y arroparla bajo la colcha, oí que llamaban a la puerta. Entró Hendry con la maga de cabello rosado, cuya mirada de ojos azules se dirigió de inmediato a Lena.

Abrió los ojos como platos y se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué le has hecho? —gritó.

—Por favor, no he sido yo. Necesito que la cures —supliqué.

—Necesito a Merrick —gruñó, con la voz inusualmente baja—. No curaré a nadie hasta que me traigan a Merrick.

No entendía el motivo. Pero me daba igual. Necesitaba que Lena se pusiera bien.

—Hendry, ve a buscar a ese Merrick —le ordené.

Él asintió y se marchó, dejándonos a Elowen y a mí observando a Lena. Nos quedamos así un buen rato en completo silencio. No sabía cuánto tiempo. Solo llevaba la cuenta de las respiraciones superficiales de Lena.

Me sequé la frente; el sudor me humedecía la línea del cabello.

—Dioses… —susurró por fin, rompiendo el silencio. La miré mientras ella negaba con la cabeza—. Después de salvar a Edmund y probablemente a más gente tuya…, ¿le haces esto? —Se giró hacia mí—. ¿Por qué? ¿De verdad eres tan malvado?

Me puse rígido ante ese comentario.

—Te lo he dicho. No tengo nada que ver con esto. —La miré con sinceridad—. Lo juro.

—Ya veremos —murmuró.

Momentos después, Hendry reapareció sujetando a un hombre alto y pálido. Bueno, no tan alto como Hendry o como yo, tal vez un par de centímetros más bajo. Me dirigió una mirada perversa que se intensificó al ver a Lena en la cama. Volvió a mirarme.

—¿Qué le has hecho? —gritó, soltándose de Hendry momentáneamente antes de que este volviera a retenerlo.

—Dice que no ha tenido nada que ver, Merrick. Dime que es verdad —susurró Elowen.

Asintió y luego me observó.

—Necesito quitármelas —dijo mirándose las muñecas.

El piercing del labio reflejó la luz de las lámparas de aceite antes de dedicarme una sonrisa oscura y falsa.

Me mordí el interior de la mejilla y le hice un gesto a Hendry, quien, a regañadientes, le quitó las esposas. Era arriesgado. No tenía ni idea de los poderes que tenía este tipo. Pero sabía que, aunque nos atacara a Hendry y a mí, no habría forma de que saliera vivo de allí.

Permaneció inmóvil mientras Hendry le quitaba las esposas, luego llevó los brazos a los costados y rotó las muñecas. Fijó la mirada en mí, y sus ojos color hielo comenzaron a volverse de un carbón ahumado, casi negro. Me hizo retroceder varios pasos.

«Qué repelús da, joder».

—Mírala —dijo con frialdad—. Y piensa.

Arqueé una ceja, pero obedecí. La examiné una vez más, contando de nuevo sus respiraciones. Mi mente volvió a su cabaña, tantos años atrás…, caminando por la casa carbonizada y viendo un cadáver quemado en su cuarto. El amor de mi vida…, mi mejor amiga…, se había ido.

Exhalé y decidí pensar en algo feliz. La primera vez que la vi, el coqueteo inicial, la primera vez que nos besamos, la primera vez que hicimos el amor… y todas las veces que siguieron.

Pensé en cómo se le iluminó la cara cuando me enseñó el Anillo Exterior, su hogar. En cómo soltaba palabrotas y no dudaba en dedicarme una peineta cuando me metía con ella.

En lo mucho que la había amado de verdad.

Volví a mirarlo con la mandíbula apretada, y él me miró como si me acabaran de crecer nuevas extremidades. Entonces entrecerró los ojos.

—¿Has tenido algo que ver con lo que le ha pasado a Lena?

—No —gruñí.

—¿Sabías que iba a pasar?

—No.

—¿Quieres hacerle daño?

Hice una pausa y volví a mirar su cuerpo magullado. La ira que sentía hacia ella no era más que un pequeño destello en el fondo de mi mente. Todavía me sentía traicionado, confundido, herido. Pero no, nunca había querido hacerle daño. Y mataría a cualquiera que lo intentara.

—No.

Merrick parpadeó y la oscuridad de sus ojos se desvaneció, recuperando el color glacial. Se giró hacia Elowen.

—Yo… —Iba a continuar, pero Merrick seguía con la boca abierta, sin decir una palabra. Luego la cerró de golpe y suspiró.

—Está diciendo la verdad. No quiere hacerle daño. Sus intenciones son puras.

Elowen parpadeó un par de veces y asintió.

—Necesito que me las quiten —dijo levantando las esposas.

—Por supuesto.

Volví a cerrar los grilletes de Merrick, y en su mirada vi que estaba contemplando todas las formas posibles de matarme.

Entonces liberé a Elowen, y ella corrió hacia Lena de inmediato.

—Puedes dejarnos —le indiqué a Hendry. Señalé con la cabeza a Merrick—. Devuelve a este.

—Silas…

—No hagas preguntas —dije con severidad.

Sabía que la idea de dejarme solo lo ponía nervioso.

Hendry entornó sus ojos desparejados y luego asintió. En cuanto se fue, Elowen comenzó a usar magia curativa con Lena. Un cálido

brillo dorado le emanó de las palmas.

—¿Qué le ha pasado exactamente? —susurró mientras examinaba su cuerpo maltrecho.

—Cuatro de mis hombres. No han sido órdenes mías —dije sin rodeos.

Soltó una risa seca.

—Ya. Pero las malas somos las brujas.

No me inmuté ante el comentario.

—¿Se pondrá bien? —pregunté en voz baja.

—Si Ravaiana está de nuestro lado, sí —dijo después de un instante. Deseé que la diosa de la Vida estuviera de nuestro lado. Si es que ella misma era real—. Pero esto llevará un tiempo. Y Edmund también necesita un sanador. Tendré que turnarme entre ellos.

Me fijé en las ojeras y en lo agotada que parecía. Habían sido días de trabajo constante para ella, con muy pocas horas de sueño.

—Siento que no hayas tenido descanso —murmuré, y acerqué una silla para que se sentara.

Ella se limitó a asentir, sin mirarme a los ojos mientras tomaba asiento.

Seguí mirando a Lena, absorbiendo cada horrible sensación que me provocaba la imagen. Necesitaba fuelle para lo que iba a hacer.

Rebusqué en la cómoda para vestirme con ropa que no me importara empapar de sangre y me cambié en el baño.

No me preocupaba Elowen… Creo que le importaba más Lena que escapar. Además, tampoco llegaría muy lejos.

Al salir del baño, Hendry volvió a entrar y me miró de arriba abajo. Agarré mi daga de confianza y salí por la puerta.

—Hendry, quédate y asegúrate de que no entre nadie más —le ordené.

—Sí, Alteza. ¿Estás bien? —preguntó con cautela.

—Lo estaré.



CAPÍTULO CUARENTA

Ahora mismo estaba rabioso; tenía un único objetivo.

Matar se había vuelto una terapia, una terapia enfermiza. Me decía a mí mismo que estaba liberando al mundo del mal, y con eso justificaba que disfrutaba quitando vidas.

A decir verdad, me daba igual si eran diabólicas o no. Me había vuelto tan insensible a todo que la emoción de matar era lo único que me hacía sentir… bien.

Bajé despacio por la escalera de caracol, como un depredador acechando a su presa.

No fueron solo las muertes de mi madre o de Lena las que me destrozaron. No, todo esto era obra de mi padre. Él percibió mi debilidad, mi reticencia a matar. Me trastornó de una forma que aún me quita el sueño, y me reconvirtió en la máquina de matar que soy ahora.

Cada parte del hombre que había amado Lena se había esfumado. Pero no me perdonaría no hacer todo lo que estuviera en mi mano para aplastar a quienes le habían hecho daño. Supuse que esa parte no había cambiado.

Me detuve frente a la puerta de la celda; las voces se acallaron, preparándose para su recibir su castigo. Estos hombres me habían visto en mi estado más salvaje, o eso creían ellos.

No tenían ni puta idea.

Abrí la puerta despacio, procurando alargar el chirrido para poner todavía más nerviosos a esos putos enfermos.

Cuando entré, el olor a orín me invadió los sentidos y me reí entre dientes. Tíos grandes y fuertes tan acojonados que se meaban encima. Patético.

Observé a los demonios que habitaban los cuerpos de esos hombres, temblando cuando cruzaron la mirada con la mía. Desplegué una sonrisa maquiavélica.

—P-por favor, Alteza —gimió Rurik—. ¡Pensábamos que no habría p-problema!

Me agaché, gruñí con todo el rostro y le enseñé los dientes.

—¿Cuál es mi única regla con respecto a los prisioneros?— pregunté con una calma sombría.

Abrió aún más los ojos y empezaron a caerle más lágrimas.

—Que n-no haya agresión sexual… —Apreté los puños—. ¡Solo intentábamos sacarle información! No aflojaba y…

Le di un puñetazo en la cara, y escupió sangre y dientes por la boca.

Odiaba a Rurik desde que secundó la injusticia contra Roland. Aunque ahora no soportara a Roland, no se merecía aquello. Mi

padre nunca castigó a Rurik por aquel suceso, e incluso lo ascendió con el tiempo. Estaba seguro de que lo hizo solo para hacerme daño.

Chasqueé la lengua.

—No sé qué me molesta más, si la desobediencia o las mentiras patéticas. —Le sonreí con odio, y él pareció cagarse encima—. De hecho, sí que lo sé.

Empecé a golpearle la cara con tanta fuerza que daba la impresión de que lo había deformado una piedra. Si antes no era feo, ahora sí que lo era. Les di a los otros hombres el mismo trato; me dolían los nudillos de tantos golpes repetidos. Sabía que los tendría amoratados.

Entonces me volví hacia Rurik, que temblaba tan descontrolado que parecía que iba a explotar. Pero intentó mantener la cabeza alta.

«Pfff. Qué digno».

Se me ensanchó la sonrisa.

—Oh, Rurik, si crees que esto es lo único que te espera, te equivocas.

Se puso rígido al oír mis palabras y abrió mucho los ojos.

Me giré para hacer la pregunta cuya respuesta temía.

—¿Cuántos de vosotros le habéis metido la polla?

Jones tosió sangre.

—Solo Rurik —gorgoteó.

No es que me alegrara que solo la hubiera violado uno, pero, cuantos menos, mejor.

Incliné la cabeza hacia Rurik.

—Quiero que veas lo que les hago. Que veas cómo lloran y me ruegan que pare, sabiendo que tú eres el siguiente… y que no hay

nada que puedas hacer.

Me acerqué a Jones, haciendo girar mi daga, y luego le bajé los pantalones. Temblaba descontrolado, las lágrimas y los mocos le corrían por la cara.

Volví a mirar a Rurik a los ojos.

—Quiero que sepas lo que se siente estando completamente indefenso, absolutamente desesperado. —Con un movimiento rápido, le clavé la daga en los huevos de un solo estacazo, y aquel gritó con los ojos desorbitados.

Eso me hizo sonreír. Lo apuñalé una y otra vez, la sangre caía al suelo, hasta que se quedó inconsciente, o quizá muerto. Luego fui a por el siguiente.

Le bajé los pantalones.

—Por favor, yo…

La puñalada en la ingle interrumpió las palabras de Geoff, y miré a Rurik, que hizo una mueca de dolor y apartó la mirada, cerrando los ojos.

—Rurik, abre los ojos —canturreé.

Esperé a que obedeciera, y entonces me giré y continué apuñalándolo hasta que Geoff quedó inconsciente o muerto.

Repetí la acción, y Daerin cayó inerte como los demás.

Para asegurarme de que morían, les rajé a todos la garganta, y la sangre salpicó el suelo y mi camisa. Finalmente me acerqué a Rurik.

—¿Cómo te sientes? —pregunté con indiferencia, con una férrea sonrisa de sádico en el rostro—. Sé sincero.

—Termina de una vez con esto —dijo entre dientes.

Asentí y salí de la celda para buscar una silla. La coloqué junto a Rurik y le ordené que se sentara.

Siguió temblando mientras le esposaba las muñecas a los reposabrazos.

Entonces, saqué la daga y comencé a cortarle los dedos uno a uno.

Sus gritos eran música para mis oídos. Ninguna cantidad de sufrimiento me saciaría después de lo que había hecho. Pero, aun así, era placentero.

Me tomé mi tiempo, amputándole un dedo cada vez y observando su reacción. Para cuando se los había seccionado todos, empezó a perder la consciencia de forma intermitente.

Le di una bofetada en la mejilla.

—Sigue aquí, Rurik. Lo mejor está por venir.

Le bajé los pantalones y volví a girar la daga.

—Mira —le ordené.

Las lágrimas le brotaban a raudales y se giró vacilante. Le agarré el miembro con la mano y se lo corté de cuajo. Empezó a soltar alaridos nauseabundos hasta que desfalleció.

Chasqueé la lengua.

«Qué lástima».

Tomé el pene cercenado y se lo metí en la boca.

—El final que te merecías, ¿no crees?



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

LENA

Abrí los ojos poco a poco y empecé a observar el entorno. Me centré en los cuatro postes del dosel de la cama en la que me encontraba, con las cortinas de un rojo vibrante descorridas.

Me dolía el cuerpo… ¿Por qué me dolía el cuerpo?

Giré la cabeza. Elowen estaba sentada a mi lado; un brillo dorado le emanaba de las palmas y me subía por el brazo.

—¡Lena! —exclamó al verme.

—¿Elowen? ¿Dónde estoy? —pregunté aturdida.

«Joder, qué dolor de cabeza».

—Estamos en el pabellón del príncipe —susurró.

Al mencionar a Silas se me encogió el estómago y, de repente, recordé todo lo que había pasado. Recordé a Rurik y a esos hombres y…

«Él me ha hecho esto. Silas me ha hecho esto».

—¡Elowen, tenemos que salir de aquí! ¡Me va a matar!

Me estremecí cuando me dispuse a salir de la cama, sin importarme que Hendry estuviera cerca. Odiaba sentirme tan indefensa, pero sin mi magia…

Me miré las muñecas.

«No llevo esposas».

Me quedé inmóvil, sentada en la cama, cuando la puerta se abrió lentamente y apareció Silas. Llevaba la ropa y las manos manchadas de sangre. Cruzamos la mirada, y el miedo me invadió.

«Me darás esa información, de una forma u otra».

Salté de la cama al recordar sus palabras, sin pensar en que mis heridas eran recientes. Reprimí un grito y me quedé en el sitio.

—¡Aléjate de mí! —grité con la voz ronca.

Me miró… de forma distinta, casi vencido.

—Voy a ducharme —dijo en voz baja. Parpadeé y se dirigió hacia lo que supuse que era el baño—. Vigílalos, ¿quieres, Hendry?

—¿Por qué vas lleno de sangre? —pregunté, aterrorizada por la respuesta.

¿Le había hecho daño a más de los míos?

Se giró hacia mí con una mirada intensa.

—Los que te agredieron no han quedado impunes, Lena.

Lo fulminé con la mirada, y Hendry se adelantó.

—¿Le pongo las esposas? ¿Y si me lanza bolas de fuego?

Silas esbozó una pequeña sonrisa al mirar a su amigo de cabello oscuro.

—Entonces, más vale que tengas cuidado.

Agarró el pomo de la puerta y entró en el baño. Un momento después, se oyó el agua correr. Hendry permaneció plantado sin

más, listo para atacar si era necesario.

No sabía cómo sentirme… O qué creer, pero tenía mi magia. Dioses, qué bien me sentaba notarla fluyendo de nuevo por las venas. No sé si Silas era consciente de la potencia de mis poderes. De lo rápido que podía matar a Hendry.

O quizá simplemente pensó que no lo haría.

—Lena, deberías sentarte. Aún tienes que curarte —me aconsejó Elowen.

Me senté en señal de derrota y volví a taparme con las sábanas. Tenía que pensar. Tenía que pensar en cómo sacarnos a todos pitando de allí. Elowen podía curarme rápido, aunque, si lo hacía, pensarían que estaba desatendiendo las heridas de Edmund. Quizá este momento era justo lo que necesitaba para idear un plan.

—¿Estás bien? —susurró, pasándome las palmas de las manos por el cuerpo, mientras el resplandor dorado de la magia curativa iluminaba la habitación.

Me costó mucho no hacerme un ovillo y sollozar. O prenderle fuego a la habitación. En cambio, asentí.

—No sé qué será lo siguiente que intente para conseguir la información que cree que tengo… —murmuré, con el labio temblando.

—Él no ha tenido nada que ver —dijo Elowen con dulzura.

Giré la cabeza hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando te vi, pensé lo mismo. Pensé que quizá te había torturado para obtener esa información que cree que tienes. Así que le dije que solo te curaría si traía a Merrick. —Me tomó la mano entre las suyas—. Silas no mintió. No tuvo nada que ver con la

agresión. Él no sabía nada al respecto. Y, de alguna manera, tampoco desea hacerte daño. Merrick parecía confundido por las emociones que manifestó Silas, pero esto no te lo hizo él, Lena —me aseguró.

No supe qué responder, así que asentí, con los hombros hundidos. Elowen continuó curándome hasta que se cortó el sonido del agua, y un momento después Silas reapareció. Llevaba el cabello negro despeinado y mojado, y vestía un suéter blanco y pantalones negros con botas de cuero.

—Hendry —dijo con calma—. Por favor, acompaña a Elowen de vuelta con Edmund. Te avisaré cuando la necesitemos de nuevo.

—Alteza, no está esposada. —Me miró con aquellos ojos desparejados primero a mí y luego a Silas—. No puedo dejarte.

Lo despidió con un gesto.

—Estaré bien. Es una orden. Vete.

Le dirigí una expresión suplicante a Elowen, pues no quería quedarme sola. Me puso una mano en el hombro.

—Todo irá bien, Lena —susurró. Miró a Silas con una rabia que nunca le había visto en el rostro—. Si le pones una mano encima, dejaré que Edmund muera.

Silas parpadeó sorprendido y luego hizo una reverencia.

—Tienes mi palabra.

Era extraño, como si pequeños fragmentos del Silas de antes empezaran a asomar.

«Debe de estar fingiendo».

Hendry dudó, luego se llevó a Elowen, y nos quedamos solos Silas y yo. Me bajé de la cama; el fuego me emanaba de la palma.

—No des un paso más —siseé mientras se acercaba.

Se quedó paralizado.

—Quiero que sepas que nunca… jamás permitiría que alguien te hiciera algo así. Ni a nadie.

—Claro. Supongo que arder en la hoguera es mucho más compasivo —dije con frialdad.

Me miró con el ceño fruncido.

—Eso ya no lo hacemos así —dijo entre dientes.

Compartimos un momento de silencio. Creo que no supo qué decir.

—¿Por qué viniste a mi celda? —pregunté—. ¿Te despertaron mis gritos?

—Fui porque… —Suspiró por la nariz—. Porque quería disculparme por lo de antes.

—¿Disculparte?

—Por ponerte las manos encima —dijo en voz baja.

Fruncí el ceño; el fuego que me nacía en la mano ardía con más intensidad.

—Parece algo que tenéis en común tú y tus hombres.

Me sorprendió ver que había dolor en sus ojos dorados.

—Estoy cabreado, Lena. Estoy cabreado de la hostia.

Dio un paso al frente y mis llamas crecieron. Se detuvo.

—Necesito desesperadamente encontrar el Arma, Lena. Mi reino depende de ello. —Me repasó con la mirada, esta vez con más moderación—. Pero, de todas formas, aunque seas mi enemiga, no quiero hacerte daño. —Me miró con dolor—. Y desde luego nunca le ordenaría a nadie que te hiciera daño como…, como lo han hecho. Nunca permitiría que a nadie le pasara algo así.

Parpadeé y luego cerré el puño; el fuego desapareció.

—Tus soldados te admiran y te sirven, Silas. Con lo que le haces a gente como yo… ¿Por qué…? —Sentí que la bilis se me subía a la garganta—. ¿Por qué una violación sería ir demasiado lejos?

Una expresión le cruzó el rostro como si por fin me hubiera entendido. Pero era obvio que seguía dudando. Se limitó a negar con la cabeza.

—Tendrás que darme tiempo…, pero dejaré que te vayas—dijo en voz baja.

Parpadeé una y otra vez. Seguramente había oído mal.

—¿Qué?

—Encontraré la manera de sacarte de aquí a escondidas. Edmund todavía necesita varios días de recuperación, así que debería ser fácil. Tu madre puede irse contigo.

Negué con la cabeza.

—No pienso abandonar a mi gente. O nos liberas a todos o me quedo —repliqué.

Lo pensó.

—No puedo dejar que se vayan todos, Lena.

—¿Por qué no? ¡Eres el príncipe! —grité, levantando los brazos.

—¡Por eso mismo! —exclamó—. Solo soy el príncipe. Y yo, como todos mis hombres, cumplo las órdenes del rey.

—¿Me estás diciendo que ninguno de tus hombres te sigue a ti?

Hizo una pausa, apretando la mandíbula.

—No lo suficiente —dijo en voz baja.

—Entonces tendrás que verme morir con el resto —murmuré con amargura, sentándome de nuevo en el borde de la cama.

Contrajo la mandíbula y nos quedamos mirándonos. La cicatriz de la mejilla se le acentuaba al fruncir el ceño. Me pregunté quién se la

habría hecho. ¿Habría sido entrenando? ¿Peleando? ¿O tal vez un mago defendiéndose?

Y los tatuajes que le cubrían la piel…, aparentemente la de todo el cuerpo, salvo el rostro, junto con su tez bronceada, hacían que esos ojos dorados parecieran aún más luminosos. Más bellos.

El corazón me dio un vuelco y fui la primera en apartar la mirada, cruzándome de brazos al hacerlo.

Por el rabillo del ojo lo vi entrar en el baño.

Momentos después, regresó con un trapo y un cuenco de agua.

Lo miré con extrañeza.

—Deja que te limpie la cara.

Hice un gesto de desdén.

—No necesito tu ayuda.

Me ignoró y se sentó a mi lado igualmente. Arqueó una ceja y yo suspiré dándome por vencida, tumbándome en la cama frente a él.

Mojó el trapo, lo escurrió y me dio unos toques suaves bajo la nariz.

—Creo que tienes la nariz rota —murmuró—. ¿Tardará mucho en sanar?

Hice una mueca de dolor.

—Espero que no.

Volvió a sumergir el trapo en el cuenco, ahora el agua teñida de rojo, lo escurrió de nuevo y me lo pasó por los labios.

—Conservas el collar de mi madre —murmuró.

Volví a mirar aquellos ojos ámbar y él sumergió de nuevo el trapo.

—Lo he llevado cada día —dije en voz baja—. ¿Quieres que te lo devuelva?

Consideró la pregunta.

—No —susurró.

Me agarró la mandíbula y me ladeó la cabeza para poder pasarme el trapo por el cuello. Intenté ignorar la sensación que me producía su tacto.

—También llevas el anillo.

Me sonrojé y miré el anillo de zafiro que seguía llevando en el dedo anular derecho.

—No me lo he quitado jamás.

Su voz fue poco más que un susurro cuando respondió:

—Yo tampoco.

Me sorprendí al mirarle la mano derecha. Llevaba un anillo sencillo de plata en el dedo anular. El anillo que yo le regalé. Lo miré a los ojos y él desvió la mirada, levantándose para vaciar el agua.

Vi que se llevaba el cuenco vacío y el trapo, y que se dirigía a la salida.

—Intenta descansar un poco.

—¿Silas?

Estaba ya delante de la puerta cuando se giró.

No quería decírselo. Pero lo hice de todos modos.

—Gracias… por salvarme.

Se puso tenso.

—Lo mismo digo.

Y se fue.



Cuando Silas se marchó, me acurruqué en su cama, que resultó tener el colchón más blando en el que me había tumbado nunca.

Bueno, no era del todo cierto. El que tenía en el castillo era más mullido. Pero este no tenía nada que envidiarle, y, después de tantos días durmiendo en pésimas condiciones, disfruté de la sensación. Odié disfrutar de su aroma persistente.

Me quedé dormida, y, cuando desperté, la luz del sol se derramaba por la habitación desde la enorme vidriera del fondo, pintando maravillosamente el espacio con los colores del arcoíris. Me incorporé, me froté los ojos y, mientras observaba a mi alrededor, me di cuenta de que Silas estaba durmiendo sobre el escritorio, con la cabeza incómodamente apoyada sobre la mesa de madera.

Se veía tan pacífico mientras dormía; las líneas duras de su rostro se habían suavizado. A pesar de su aspecto rudo y peligroso, y de los tatuajes que le cubrían el cuello y los brazos, se veía igual de dulce que siempre en la tierra de los sueños.

Se removió y luego abrió los ojos poco a poco, encontrándose con los míos. Hizo una mueca al levantar la cabeza y se masajeó el cuello.

—Siento haberte quitado la cama —susurré.

—No seas ridícula —murmuró aturdido mientras se recostaba en la silla con los brazos cruzados. Seguía llevando el mismo atuendo—. ¿Cómo te encuentras?

—Dolorida. Pero mejor. —Desvié la mirada con torpeza—. ¿Qué… qué les ha pasado exactamente?

A juzgar por las manchas de sangre que traía en la ropa, debían de haber recibido una paliza tremenda.

—Están muertos —dijo sin rodeos.

Lo miré al instante. No había remordimiento en su rostro, ni rastro de culpa.

Bajé la mirada y asentí, contenta de saber que esos monstruos ya no vivían. Luego me miré el camisón azul oscuro que llevaba puesto; no me había fijado hasta ahora. Era de seda y se me ceñía perfectamente al cuerpo, aunque apenas me cubría los pechos.

—¿De dónde…? —Iba a preguntar de dónde había salido cuando oí que llamaban a la puerta, y acto seguido entró una figura que me sobresaltó.

Se trataba de Erabella, con un camisón rojo similar al mío, y una bata negra que arrastraba por el suelo tras ella. Se quedó paralizada cuando me vio, me miró con desagrado y fulminó con la mirada a Silas.

Él la observó fijamente, esperando lo que tuviera que decir.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó con tono enfadado.

Inhaló y se levantó, mirándome de reojo antes de irse.

—Deberías ducharte, Lena. Hay toallas y un cepillo de dientes extra en mi baño. Te traeré ropa para cambiarte.

Sin darme tiempo a responder, salió por la puerta. Erabella me miró con odio antes de seguirlo. La puerta se cerró tras ellos, y decidí que una ducha me ayudaría a relajar los músculos, dando por sentado que al menos el príncipe tendría agua caliente.

Cerré la puerta del baño y me quité el camisón. Al ir a abrir el grifo de la ducha, me vi reflejada en el espejo.

«Por todos los dioses».

Los dos ojos amoratados, aunque se estaban aclarando, seguro que gracias a Elowen. El cuello adornado con varios chupetones y mordiscos, y los brazos completamente magullados.

Tenía un aspecto horrible. Aparté la mirada, decidida a disfrutar de la ducha, y abrí el grifo. Puse la mano bajo el chorro y suspiré de alivio.

«Caliente. Gracias».

Entré, dejé que el agua ardiendo me corriera por el cuerpo y al instante sollocé al recordar lo que me habían hecho aquellos hombres. Lo que me había hecho Rurik.

Me alegré de que hubieran muerto. Hombres así no merecían existir. Solo esperé que estuvieran sufriendo la ira de Valor en el Inframundo.

Me froté una y otra vez. Me sentía sucia y repugnante, y no sabía si habría jabón suficiente para hacer que me sintiera limpia de nuevo.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

SILAS

—¿Qué está pasando, Silas? —preguntó Era furiosa.

Nos trasladamos a una habitación de invitados en el salón oeste para hablar en privado después de dejarle a Lena ropa limpia sobre la cama. El sonido del agua corriendo me indicó que seguía duchándose. Erabella hizo todo el recorrido pisando con fuerza.

—¿Por qué lleva puesto mi camisón? ¿Por qué no viniste a la cama anoche? ¿Te la has follado?

Me apreté el puente de la nariz y respiré hondo.

—No, Era, no me la he follado. —Tampoco le había dado nunca motivos para sospechar que hubiera sido infiel.

Pensé en qué excusa podría inventarme, pero cualquiera se me quedaría corta. Si le hubiera pasado a otra prisionera, habría matado a esos hombres de igual modo. Jamás toleraría una violación. Pero

¿me habría tomado tantas molestias con otra prisionera como con Lena? No. ¿La habría vestido con la ropa de Era? Rotundamente no.

—No somos… putos salvajes. Bruja o no, esa mujer salvó a Edmund, salvó a Roland. —Dudé—. Y también me salvó a mí.

Era arqueó una ceja.

—¿Cómo que te salvó?

Le expliqué a Era que una de sus amigas era una cambiaformas y que iba a arrancarme la cabeza cuando Lena se puso delante de mí y la bloqueó, provocando que su amiga acabara estrellada en el suelo. Si no lo hubiera hecho, seguramente estaría muerto.

Era cruzó sus esbeltos brazos y entornó los ojos castaños.

—¿Por qué haría eso? No tiene sentido.

Me puse tenso. Tenía todo el sentido. Pero no podía decirle por qué.

—No lo sé —mentí—. En cualquier caso, no podía dejar que creyera que tuve algo que ver con lo que le pasó, ni que lo apoyé. Quería asegurarme de que supiera que estaba agradecido por lo que hizo.

—¿Y ahora qué? La matarán cuando lleguemos a Otacia. Así que ¿qué más da?

—Es que… —Dejé escapar un profundo suspiro—. Voy a permitir que se vaya.

Era me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ella se opondrá, pero no permitiré que maten a alguien que me ha salvado la vida. No puedo. —Me froté las sienes—. Así que voy a dejar que se vaya. Solo necesito averiguar cómo hacerlo sin que nadie se dé cuenta de inmediato…

—Silas, ¿te has vuelto loco? —siseó, mirando alrededor por si hubiera entrado alguien—. Si tu padre se entera…

—Me importa una mierda lo que piense —dije tajante—. Tengo que ir a hablar con Edmund —murmuré, apresurándome a salir de allí antes de que Era pudiera protestar.

A medio camino de la habitación donde se encontraba Edmund, me topé con un tocapelotas.

«Roland».

—Bueno, se ha corrido la voz. —Sonrió con suficiencia, haciendo que me detuviera en seco—. Jones, Geoff, Daerin y Rurik. Muertos. Asesinados por ti de una forma bastante cruel —dijo con una sonrisa afectada.

Lo miré con odio y me pregunté quién demonios se creía que era.

—¿Algún inconveniente?

Levantó las manos.

—Para nada, jefe. Odiaba a Rurik. Como ya sabías.

Rurik era un imbécil de primera. Casi nadie lo aguantaba, ni siquiera un hijo de puta engreído como Roland. Después de lo que sucedió cuando éramos unos críos, lo que Rurik quiso pasar por alto en cuanto a su forma de tratarlo, estaba seguro de que la noticia de su muerte no le quitaría el sueño.

Bajó los brazos, torciendo el gesto.

—¿Ella está bien?

Lo miré extrañado.

«¿Y a este qué cojones le importa?».

—Se recuperará —dije con sequedad—. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender.

Seguí adelante, chocando con su hombro.

Él gruñó, pero no se molestó en decir nada más.



Entré en la habitación y encontré a Elowen dormida junto a Edmund. Lo que le quedaba de brazo izquierdo y de pierna derecha lo llevaba fuertemente vendado, y solo vestía unos pantalones negros cómodos. Como la mayoría de los soldados, tenía el cuerpo tonificado, pero la piel sin tatuar. Estaba recostado contra el cabecero, frotándole la espalda a Elowen, y se sobresaltó al verme.

Arqueé una ceja y él la miró, y luego continuó acariciándola.

—No puede morir, Silas —dijo en voz baja.

Edmund era lo más parecido que tenía a un mejor amigo, además de Era y Hendry. Cuando empecé el entrenamiento intensivo tras la muerte de mi madre, Edmund y Hendry eran mi única luz. Los únicos que me apoyaban sin cuestionarme.

Me acerqué a él, agarré una silla y me dejé caer en ella cruzando el tobillo sobre la rodilla, y lo observé con atención.

Le pasó el pulgar por la mejilla, y ella ni siquiera se movió. Al parecer, el uso continuado de su magia la había dejado exhausta.

Edmund me miró.

—Vio algo en mí. No sé qué fue, pero no tuvo que rezar para salvarme. No tenía ningún motivo para mostrarme amabilidad, pero lo hizo. —Contuvo el aliento y se mordió el labio inferior—. Por favor. —Se le quebró la voz.

Observé la pequeña figura acurrucada junto a él; su tez dorada contrastaba marcadamente con la blanquecina de Edmund. Me

recordó a la suave piel de Lena comparada con la mía. Me encantaba lo oscuras que se veían mis manos al acariciarla cuando estábamos juntos.

Me crucé de brazos mientras evaluaba a mi amigo.

—¿Qué esperas que haga, Edmund?

—Yo… No lo sé. —Negó con la cabeza, y su cabello rubio y ondulado se meció con el movimiento. Luego hizo una pausa, asintiendo para sí mismo—. Sé que Ulric jamás le perdonaría la vida a ninguno de ellos… Jamás dejaría a nadie salir impune.

Abrí los ojos de par en par cuando comprendí el absurdo plan que estaba tramando.

—Rotundamente no. No permitiré que cargues con la culpa de todo.

Me dedicó una sonrisa triste.

—De todas formas, soy un inútil con un brazo y una pierna menos, hombre.

Fruncí el ceño.

—No digas eso. No voy a permitir que te pase nada.

Miró a Elowen y le acarició con delicadeza el cabello rosa.

—Y yo no voy a permitir que le pase nada a ella.

Me reí entre dientes y bajé la pierna cruzada, y Edmund me miró extrañado.

—¿Sabes qué? —dije bajando la voz, mirando por encima del hombro antes de volver la vista hacia Edmund—. Puede que los magos tengan algo que necesito.

Edmund frunció aún más el ceño.

—¿Me estás diciendo que tienes un plan?

—Todavía no. Pero estoy en ello. —Me pasé la mano por el pelo—. Lena dice que no se irá a menos que los deje marchar a todos.

—Espera… ¿Has hablado con su Suprema de esto? ¿Por qué?

Me incliné hacia delante en la silla, apoyando los codos en las rodillas.

—Supongo que no me parece correcto llevarla a que la ejecuten cuando ella también me salvó la vida.

Edmund abrió sus ojos verdes de par en par, y le conté lo que había hecho Lena para evitar que me arrancaran la cabeza.

—Es una locura, tío. No entiendo por qué uno de ellos evitaría tu muerte… Incluso sorprende lo de la mía. Pero ¿la tuya? —Hizo una mueca—. Sin ánimo de ofender.

Asentí. Sabía que, de haber sido por cualquier otro mago, habría muerto al instante.

Y cualquier otro mago también habría muerto. Porque yo no habría dudado.

Edmund continuó en voz baja:

—Tengo la impresión de que tú dirías lo mismo si estuvieras en su lugar.

No se equivocaba. Nunca me iría sin mis hombres, abandonándolos mientras yo huía como un cobarde.

Suspiré una vez más y me recliné en la silla.

—No será fácil sacar a escondidas a un centenar de personas— murmuré.

Edmund arqueó las cejas.

—Parece que lo estás pensando en serio.

—Supongo que sí —dije con un labio levantado que volvió a bajarse enseguida. Elowen se revolvió, pero siguió durmiendo.

—Si tuviéramos el apoyo de los magos… Si las fuentes están en lo cierto, y hay más de su especie ahí afuera, tal vez podría tener suficientes adeptos para derrocar a mi padre.

Edmund abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? —susurró con incredulidad.

—Llevo considerándolo mucho tiempo. Solo confío en ti y en Hendry, y nosotros solos no tendríamos ninguna oportunidad. Pero estos magos son poderosos, y si fuéramos más numerosos… Si habláramos con los reinos independientes que se han resistido al control de Otacia…

—Estás hablando de traición —susurró.

—¿Me apoyarías?

Miró a Elowen.

—Sabes que sí. Siempre estaré de tu parte. —Continuó acariciándole el rostro—. Solo que no entiendo tu repentino cambio de opinión. Los has odiado tanto como tu padre… Nunca has mostrado piedad. Al menos, no desde que éramos jóvenes. —Me miró con recelo—. ¿De verdad te ha afectado tanto que Lena te salvara?

Contemplé su pregunta.

—Es solo que me ha hecho ver que quizá haya enfocado mi ira en la dirección equivocada. Sabes que siempre he odiado a mi padre.

—Yo también —murmuró.

A Edmund no le gustaba matar. Su hermano mayor era un soldado de primera, y se unió a nuestro ejército porque aspiraba a ser como él. Aunque a su hermano lo asesinó un mago al que intentaba capturar, Edmund nunca sintió el odio que yo sentía. El que mi padre sentía.

Asentí con la cabeza a Edmund; en realidad, a mí mismo.

—Tengo que hablar con Hendry. Y luego con Lena.

Me levanté y me sacudí los pantalones. Me detuve con la mano en el pomo de la puerta cuando Edmund volvió a hablar.

—¿Silas? —dijo, y giré la cabeza hacia él—. Gracias por escucharme. —Me dedicó una suave sonrisa—. He soñado con el día en que te convertirás en rey. Será un gran día para Otacia, sin duda.



CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

LENA

Después de ducharme, me puse la ropa que Silas me había dejado preparada. El mismo uniforme de prisión de antes. Chasqueé la lengua al examinarlo. Supongo que no debería haber esperado otra prenda de su esposa.

Me vestí, con una mueca de dolor, y me recosté en la cama.

«¿Qué debo hacer ahora?».

Al menos Silas me había quitado las esposas. Suspiré mientras inspeccionaba el dormitorio con la mirada.

«Supongo que no está de más explorar».

Me levanté de nuevo y me dirigí a la cómoda de nogal que había frente a la cama. La repisa estaba bastante vacía, ya que este fuerte solo lo usaba el príncipe entre batallas. Encontré un cepillo y una goma del pelo en la cómoda, supuse que de Erabella, y me

desenredé el cabello antes de recogerlo aún húmedo en una trenza. Me llegaba por debajo de la cintura.

Dudé, pero abrí el primer cajón y saqué unas bragas rojas de encaje; al lado estaba el sujetador a juego.

«Supongo que sí está de más explorar».

Di un respingo cuando se abrió la puerta, solté las prendas de Erabella y cerré el cajón a toda prisa, pero no lo bastante rápido para que Roland no viera lo que estaba haciendo.

Soltó una risita y se apoyó en el marco de la puerta; luego sonrió con altivez mientras se cruzaba de brazos.

—Joder, Lena, de todas las cosas que esperaba verte haciendo aquí, ninguna era saquear bragas.

Puse los ojos en blanco y gemí, dejándome caer de nuevo en la cama.

—¿Qué quieres, Roland? —pregunté con tono de disgusto.

Se acercó a mí. Aguardaba otro comentario pedante, pero, cuando lo miré, solo tenía el ceño fruncido.

—He venido a ver cómo estabas. Y —dijo sosteniendo unas esposas y ofreciéndome una sonrisa culpable— a ponerte esto.

—Pfff. Pues vale.

Bajé la mirada a mi regazo. Supongo que Silas no confiaría en mí para siempre.

Roland me agarró con suavidad la barbilla y me levantó la cara hacia él; se me encogió el estómago, pues el gesto me pilló desprevenida. Me examinó con sus ojos color avellana, repasando todas mis heridas. Negó con la cabeza cuando yo bajé la mía.

—Me alegro de que ese cabrón esté muerto —dijo con frialdad.

—¿No era amigo tuyo? —murmuré, extendiendo las muñecas.

Resopló mientras me colocaba una arandela en cada muñeca, dejándolas separadas, por suerte.

—¿Amigo? No me insultes. Ambos somos soldados de alto rango, pero eso es lo único que tenemos en común. Desde que lo conozco, siempre ha sido un cabrón.

Permanecí en silencio, mirándome las muñecas, ahora atadas.

—Siento lo que te ha pasado, Lena —dijo en voz baja.

—¿Tú de qué vas? —lo encaré, fulminándolo con la mirada—. Me llevas a que me maten. No te comportes como si te importara una mierda mi bienestar.

Se cruzó de brazos, y me fijé en sus enormes bíceps bajo la túnica azul marino que vestía ese día.

—Que yo sepa, Calabaza, no soy el rey. No doy las órdenes; las cumplo.

—No te tenía por un segundón —dije con una mueca condescendiente.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio. Luego me sonrió. No le devolví la sonrisa.

—¿Tienes hambre?

—¿Qué? —pregunté extrañada.

—Te traeré algo de comer. Algo que no sea la bazofia que reparten en la prisión. Pero… —Sonrió con suficiencia—. Tienes que pedirlo por favor.

—Y una mierda voy a pedirte a ti nada —repliqué.

Se le iluminaron los ojos de excitación, y no pude evitar sentirme atraída por el gesto. Quería abofetearme por sentir algo más que asco por este hombre.

—Pienso obligarte a hacerlo —ronroneó, y luego se dirigió a la puerta.

«Puto cabrón engreído».



Decidí quedarme acostada, ya que no podía hacer mucho más encerrada en esa habitación. Y por supuesto no quería ver más lencería de la mujer de Silas. Simplemente me quedé mirando el metal que llevaba en las muñecas.

«Qué invento tan espantoso».

¿Cómo había podido concebir el rey algo así? ¿O quién lo había hecho? No podía ni imaginarlo. Me estremecí cuando se abrió la puerta, y me giré, esperando ver a Roland con algo de comer.

En cambio, entró Silas. Me incorporé y crucé los brazos mientras él se acercaba y se sentaba en la cama, sin apartar la vista de mí.

—Ese elixir que usaste para dormir a Edmund —preguntó—, ¿crees que sería posible hacer suficiente para todos mis hombres?

Arqueé una ceja y lo pensé.

—¿Cuántos son?

—Doscientos veintisiete.

—Eso sería… muchísimo —dije—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tus máquinas de matar tienen insomnio o algo así?

Hizo una mueca de disgusto.

—Estoy pensando de qué manera sacar a tu gente.

Lo miré boquiabierta.

—¿De verdad… estás considerando liberarnos? —pregunté incrédula.

—Sí, si eso es lo que hace falta para que te marches. —Me repasó con la mirada—. Además, yo también tengo mis propios planes.

—Ah, ¿sí? —pregunté—. ¿Cuáles?

Negó con la cabeza.

—Lo hablaremos más tarde. ¿Sería posible entonces?

Lo medité un poco más.

—Encontrar los ingredientes de nuevo, preparar esa cantidad y hacerlo en secreto sería difícil. —Hice una pausa—. ¿Quizá podría crear una distracción?

Enarcó una ceja, pensando claramente que mi idea era una estupidez.

—No sé… —seguí con un resoplido mientras apoyaba la cabeza en el cabecero—. Algunos magos son capaces de conjurar portales —dije en voz baja—. Pero ni yo ni nadie de mi pueblo sabemos hacerlo. Salvo Igon y… —me callé el resto, con un nudo en la garganta al pensar en él. Me froté las sienes y gemí—. Simplemente no entiendo por qué me eligió.

Ni por qué le estaba contando esto a Silas. Se sentó en el borde de la cama. Inclinó el cuerpo para acercarse a mí.

Continué hablando en voz baja:

—No sé qué estoy haciendo. —Bajé las manos al regazo—. No sé qué se supone que debo hacer. Yo… yo no estaba destinada a ser una líder.

Miré aquellos ojos dorados; me observaba con una expresión indescifrable.

—A muchos líderes no nos han dado otra opción —respondió.

—Lo sé —murmuré—. Pero tú naciste en la realeza. Igon era un maestro vidente, lo que resultó ventajoso para mantenernos a todos a salvo… hasta ahora, claro. —Suspiré—. Yo no tengo nada de especial. No tengo ningún talento, ni don de gentes ni… nada. —Negué con la cabeza—. Simplemente no entiendo el motivo.

—Pensaba que portar el fuego era especial.

Me burlé.

—¿Especial? Es una tragedia.

Me miró perplejo.

—La magia elemental solo aparece cuando pasas por determinadas experiencias. El hielo viene de la devastación. La electricidad proviene del amor. ¿Pero el fuego? El fuego nace de la rabia. No de la rabia normal, no solo de la ira; la gente siente ira todo el tiempo. Es una mezcla de ira, devastación y desesperanza. De tener el corazón completamente roto. —Lo miré a los ojos—. Obtuve el hielo en el momento en que te dejé, sabiendo que no volvería a verte en mucho tiempo, si es que te volvía a ver. Consciente de lo que te haría pasar. —Solté una risa seca—. ¿Y sabes cuándo obtuve el fuego?

Me miró con ansia y me estremecí al darme cuenta de que no iba a contárselo. Joder, no podía. Ni siquiera podía pensar en ello.

Apretó la mandíbula cuando entendió que no iba a decírselo, pero suavizó ligeramente la expresión.

—Algunos consideran que las habilidades elementales son poderosas, especialmente el fuego —continué con tono amargo—. Yo solo lo veo como una muestra de debilidad: mi cuerpo se quedó tan frágil que permitió que esta magia me invadiera. Otros lo ven

como una señal de las cosas que he superado. No he superado una mierda.

»Sigo devastada. Sigo con el corazón roto. Sigo furiosa, joder.— Solté un suspiro tembloroso—. Quítame las esposas. Deja que yo cargue con la culpa de que los demás se hayan fugado. Libéralos a todos, y, mientras yo desvío su atención, ellos pueden escabullirse. Retenme aquí; utilízame de ejemplo. Puedo contener a los soldados mientras ellos escapan.

Arqueó una ceja.

—¿Puedes contener a más de doscientos soldados?

—Sí.

Frunció el ceño.

—De eso nada, Lena. —Negó con la cabeza—. Todo esto es para sacarte a ti de aquí. No voy a dejar que mueras por todos ellos. No tendrías ninguna posibilidad de sobrevivir.

—Me da igual.

Se puso nervioso, y me fijé en que apretaba los puños.

—No me importa morir si eso salva al resto. Quizá… quizá es eso lo que quiso decir Igon.

«Tú serás nuestra salvadora, Lena Daelyra».

—No —zanjó Silas.

—Silas…

—¡Que no!

Me sobresalté, aparté la mirada y me abracé las piernas. ¿Y si Igon solo se refería a salvar a nuestro pueblo, a la gente de Ames? Había dado por sentado que se refería a toda la gente mágica, pero ¿cómo se suponía que iba a lograr algo así? Por otra parte, no habría

tenido que salvar al pueblo de Ames si Igon no hubiera hecho sonar la alarma de la rendición.

«Putos videntes y su secretismo».

Tras un momento de silencio, Silas me miró.

—¿Y la electricidad? —preguntó en voz baja. Yo sabía lo que estaba preguntando en realidad.

—Me había pasado toda la vida reprimiendo mi magia hasta que llegué a Ames. No me di cuenta en ese momento, pero empezó a desarrollarse cuando estuvimos en el estanque Amatista —respondí con suavidad, y Silas inhaló hondo—. Por eso a veces… parecía que saltaban chispas cuando hacíamos el amor. —Sonreí avergonzada—. Al menos para mí, era así. —Bajé la mirada, observando el anillo de zafiro que me regaló—. Supongo que algunos magos la liberan por completo. Al parecer, la sensación es inigualable.

Me sorprendió que se sonrojara con mi comentario.

—¿No mataría a tu pareja?

Exhalé una risa por la nariz.

—No. El tipo de electricidad que se libera durante la batalla es diferente al que se libera durante el sexo. Si no, te habría electrocutado cuando estuvimos en aquel estanque.

Se puso aún más colorado, y entonces nos interrumpió el ruido de la puerta al abrirse y un Roland sonriente que entraba con una bandeja de comida, cuya sonrisa se esfumó en cuanto vio a Silas.

El príncipe se extrañó.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó, y Roland se quedó paralizado.

«Mierda».

—Le pedí que me trajera algo de comer —mentí—. Es que… tenía mucha hambre. Lo siento.

Silas se giró hacia mí con una ceja levantada. Volví a mirar a Roland, cuyos hombros se relajaron un poco.

—¿Y has decidido traerle tu comida? —le preguntó Silas.

Miré a Roland de reojo.

«¿Me trae su comida?».

—¿Qué puedo decir? Es muy persuasiva —ronroneó, y me guiñó un ojo, haciendo que me encogiera de vergüenza.

«Baja el tono, maldita sea».

El ceño fruncido de Silas se arrugó aún más.

—Pensé que la prisionera maltratada se merecía una comida decente, La'Rune.

Dejó la bandeja en el escritorio junto a la cama.

—No sabía que eso fuera decisión tuya.

Roland se puso tenso, y entonces la figura alta de Hendry entró en la habitación. Dioses, el hombre debía de medir al menos siete centímetros más que Silas. Nos observó con sus ojos desiguales.

—Era quiere verte, Alteza —dijo arrastrando las palabras—. Quisiera no tener que andar dando recados.

Silas asintió.

—Volveré… —Me miró fijamente—. Y terminaremos la conversación.

Le lanzó una mirada fulminante a Roland antes de salir con Hendry.

Roland y yo nos quedamos en silencio un momento.

—Gracias, Lena —dijo con una pequeña sonrisa—. Silas me habría retorcido las pelotas por mostrar amabilidad, aunque puede que aún

no esté fuera de peligro.

Se pasó una mano por el pelo castaño, de un dedo de largo y más corto en la nuca, mirando la puerta, ahora cerrada.

—¿Eres igual de atento con todos los prisioneros? —murmuré mientras me ponía de pie, mirando la comida en el escritorio y con el estómago rugiendo al olerla. Hacía días que no comía.

Sonrió altanero.

—No tienes por qué ponerte celosa, Calabaza. Solo soy atento contigo.

Crucé los brazos y avancé hacia él, mirándolo con suspicacia. Cuando lo tuve enfrente, me di cuenta de que ni siquiera sabía qué decir.

—Yo no estoy celosa.

Se inclinó hacia mí y se me entrecortó la respiración. Sentí su aliento en el cuello, luego un escalofrío, y ese estúpido calor de nuevo me recorrió el cuerpo.

—Tengo la sensación de que podría ponerte celosa si quisiera—me susurró al oído mientras me rozaba ligeramente el brazo con la mano. Me estremecí, pero no lo aparté.

—Estás delirando —susurré.

Se rio con discreción, y su aliento me rozó la oreja, y cerré los ojos. Cuando finalmente se apartó, abrí los párpados y lo encontré mirándome.

«¿De qué va este tío?».

—Que aproveche —dijo en voz baja con una leve sonrisa, y luego salió por la puerta.



CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

La comida estaba deliciosa. El pollo estaba sorprendentemente tierno, y el arroz y las verduras de la guarnición estaban sazonados en su punto. Teniendo en cuenta que todo lo que había comido hasta ese momento había sido insípido y escaso, agradecí de corazón la amabilidad de Roland.

Cuando terminaba los últimos bocados, Silas regresó y cerró la puerta con sigilo.

—Nos vamos todos esta noche —musitó mientras se acercaba.

Arqueé una ceja.

—¿Cómo que nos vamos todos?

—Sí, nosotros también. —Exhaló por la nariz—. Mi traición acabará descubriéndose, y, si no soy yo, otros hombres inocentes sufrirán por ello. Edmund, Hendry, mi mujer y yo nos iremos con vosotros.

Parpadeé. Una y otra vez.

—¿Están todos de acuerdo con esto? —pregunté escéptica.

Asintió.

—¿Y qué? ¿Planeas vivir con mi gente y fingir que no eres el príncipe de Otacia?

—No. Planeo ayudarte a lograr lo que estás destinada a hacer.

—¿El qué? ¿Salvar a toda la gente mágica? —respondí sin humor.

Al instante, se me encogió el estómago al ser consciente de mis palabras.

«Será Silas quien determine el destino de la gente mágica. Está escrito».

Las palabras que Torrin pronunció hace tantos años… ¿sería esto lo que vio Igon?

Silas no respondió a mi comentario.

—Necesito que crees una maniobra de distracción. Alguna que hayas hecho antes —continuó, y, cuando fruncí el ceño, añadió—: Un incendio.

Entonces me contó el plan completo. Al anochecer, yo sería la primera a la que quitarían las esposas. Iría al ala oeste y provocaría varios incendios, el último del tamaño de un muro que impediría a los soldados detener nuestra fuga en el ala este. Silas estaría conmigo y Hendry acompañaría a mi gente.

Me levanté y apoyé una mano en la cadera.

—¿Y por qué ibas a ayudarnos? Eso se considerará traición.

—Lo sé muy bien —dijo.

—No podrás volver a casa.

—Para que quede claro. No hago esto por ti. —Me miró y continuó —: Quiero arrebatarle el trono a mi padre.

Lo miré conmocionada y dejé caer los brazos a los costados.

—¿Qué? —susurré.

Se cruzó de brazos.

—Llevo dándole vueltas mucho tiempo. Todavía es joven y goza de buena salud. Podría reinar durante décadas.

—¿Estás diciendo que quieres matar a tu padre?

Ladeó la cabeza, observándome un momento antes de continuar.

—Más o menos, sí.

—¿Cómo se lo tomará tu gente?

Yo quería ver al rey muerto más que nadie. Pero, si era Silas quien lo eliminaba, me preocupaba cómo se lo tomaría su pueblo después. No lo imaginaba siendo un líder más despiadado que Ulric, aunque, si acababa con él de esa manera…, puede que después le temieran.

Se rio.

—Hablas como si no quisieras que muriera.

—No, es solo…

—¿No me imaginas haciendo algo tan violento, Florecilla?

Me tensé ante el sonido de un apodo que llevaba mucho tiempo sin oír. Sin embargo, en lugar de estar impregnado de dulzura y deseo, estaba bañado de amargura. Aun así, me afectó igualmente.

—No quiero que tengas que vivir con algo así —dije en voz baja.

Una sombra le brilló en los ojos.

—Vivo con cosas mucho peores cada día, Lena. El regicidio sería el menor de los horrores.

Quise preguntarle qué quería decir, pero no me sentí capaz.

—No importa —continuó—. Nuestra primera tarea es conseguir apoyo. Hay territorios en el sudeste que se han opuesto al control de Otacia. Mi padre ha dejado claro que desea conquistarlos.

—¿Y tú?

Negó con la cabeza.

—Otacia no necesita más territorios. Necesitamos aliados. Sospecho que esos pueblos estarán dispuestos a unirse a nuestra causa si eso significa que Ulric deja de ser el rey.

Miré al suelo. Era arriesgado, pero Silas debía de haber considerado este plan con antelación. Yo sabía que los reinos de Faltrun, Forsmont y Wrendier se habían resistido al dominio de Otacia y se habían mantenido independientes hasta el día de hoy. Pero aun así…

—¿Por qué ahora, precisamente?

—Tener a los magos de mi lado sería de gran ayuda.

Me reí, incrédula.

—¿Esperas que los magos te apoyen?

Se encogió de hombros.

—Levantaría la orden de matarlos. Los magos serían bienvenidos en el reino. ¿Por qué iban a estar en contra?

—¿Me estás diciendo que esta gran idea ha surgido de la nada? Silas, el Cazador de Brujas, ¿de repente está dispuesto a darles cobijo después de tantos años de masacre? ¿Por qué no has matado antes a tu padre?

Apretó la mandíbula, y lo observé mientras sus ojos alternaban entre los míos, como si estuviera considerando qué decir.

—Porque hasta ahora nada me separaba de él —dijo en voz baja —. Y nunca había tenido esperanza de conseguir apoyos. Bueno, los territorios serían de gran ayuda. Pero… no suficiente. —Aquellos ojos dorados me quemaban—. Pero tu gente, si de verdad sois más, podría cambiarlo todo.

Me mordí el labio, y bajé la mirada al suelo unos instantes antes de volver a mirarlo.

—No sé si los magos te apoyarán después de todo lo que has hecho.

Ladeó la cabeza.

—¿Tú me apoyarías?

Me crucé de brazos.

—Sabes que no es lo mismo.

Exhaló una risa por la nariz.

—¿Por qué intentas disuadirme de esta decisión?

—No lo hago.

Sonrió con suficiencia, mirándome de nuevo de arriba abajo.

—Presiento que sabrás convencer a tu gente cuando llegue el momento de respaldarme.

Lo miré fijamente unos instantes.

—¿Cómo puedo confiar en tu palabra? ¿En que cumplirás lo que dices y no serás otro gobernante que castiga a mi pueblo?

Se le desvaneció la sonrisa.

—No tienes muchas opciones aparte de confiar en mí.

Se me encogió el corazón. Eso era bastante cierto. Había tanto que sopesar. Por lo que había visto hasta ahora, podría ser que hubiera advertido a sus hombres de que estaba fingiendo, utilizándome para averiguar dónde estaban el resto de los magos. No me lo imaginaba haciendo algo así…, pero cabía la posibilidad. Tendría que ser cauta y mantener los ojos bien abiertos en todo momento. Me vendría bien que Merrick me dijera si mentía…

Suspiré.

—Supongo que no. —Me quedé mirando las esposas de las muñecas—. ¿Les quitarás esto a todos?

—Las separaré, pero no se las quitaré del todo hasta que estemos lejos, por si alguien te desacata.

«Desacatarme a mí…, no a él».

—Tengo que mandarte de vuelta ya —continuó—. No quiero levantar más sospechas de las que ya he levantado.

Asentí y me puse de pie despacio; Silas me tomó ligeramente del brazo cuando salimos de la habitación.



Esta vez me llevaron de vuelta a una celda distinta, más allá de la que había ocupado antes. Al pasar por la puerta miré dentro y vi a los sirvientes limpiando lo que parecía mucha sangre en el suelo. Me angustié, primero al imaginar lo que Silas les había hecho a esos tipos, y segundo al recordar lo que me habían hecho ellos a mí. Me puse nerviosa, y las lágrimas empezaron a fluir.

—Me aseguré de que sufrieran —dijo en voz baja, y lo miré; él tenía la vista fija en mi destino un poco más adelante.

—Siento que tuvieras que hacerlo —susurré.

Se detuvo y se volvió hacia mí, con los ojos ensombrecidos y la ira contenida.

—Disfruté haciéndolo. No lo sientas.

Me mordí el carrillo y Silas volvió a mirar al frente.

Mis pensamientos se remontaron a cuando Silas mató a aquellos hombres en el estanque Amatista…, a lo culpable y avergonzado que

estaba. Ahora no había rastro de aquel muchacho.

Pero esos hombres suyos… Por mi parte, no sentía lo más mínimo su muerte.

Cuando se abrió la puerta de la nueva celda, la que iba a ocupar, me sorprendió ver a Merrick y a Viola allí sentados.

—¿Lena? —preguntó Merrick con los ojos muy abiertos mientras se ponía de pie.

Corrí a abrazarlo. No pudo devolverme el gesto, pues sus esposas seguían unidas.

—Tienes mucho mejor aspecto —añadió con alivio.

No sabía si ellos dos estaban al tanto de la magnitud de lo que me había sucedido. Si lo estaban, no lo mencionaron.

Silas se aclaró la garganta al entrar y cerró la puerta tras él cuando yo me separé de Merrick.

—Cuéntales el plan… en voz baja —susurró, señalando con la cabeza la ventana abierta de la celda.

—¿Qué plan? —preguntó Viola en un susurro, con los ojos como dagas mientras observaba al príncipe.

Les hice un resumen a ambos: que Silas nos ayudaría a escapar, que yo crearía una maniobra de distracción y que el príncipe tenía otros motivos para ganarse la aprobación de nuestra gente.

—Esto tiene que ser una trampa. —Viola soltó una risa seca mientras caminaba por la celda; luego se detuvo para observar a Silas—. ¿Por qué ibas a mostrarte dispuesto a colaborar? Después de años y años castigando a los magos, masacrándonos… —Negó con la cabeza y me miró. Sus ojos violetas no ofrecían calidez—. Espero que sepas lo que estás haciendo. Dónde nos estás metiendo. —Volvió a Silas—. No sé cómo te las has apañado para que Lena

confíe en ti, pero, si se te ocurre siquiera intentar algo que me haga pensar que eres un mentiroso, te mataré.

Silas entrecerró los ojos y Viola me miró de nuevo.

—Y me dará igual si me ordenas que pare. Y también me dará igual si sales perjudicada en el proceso, Lena. No cuando se trata de nuestra gente.

Mantuve los hombros erguidos. Viola siempre fue más líder que yo. Era extrovertida y segura de sí misma, y siempre mediaba en cualquier conflicto que surgiera en nuestro pueblo, por insignificante que fuera. Por eso habría sido más lógico que la hubieran nombrado a ella Suprema.

—Asumiré con gusto las consecuencias si me equivoco, si el príncipe nos traiciona. —Me volví hacia él; le brillaban los ojos con una emoción que no pude descifrar.

—Lo bueno, Vi, es que siempre voy a saber si miente —apuntó Merrick con una sonrisa siniestra.

Silas se cruzó de brazos.

—Aunque no te parezca relevante, tienes mi palabra —prometió Silas.

Viola resopló y volvió a sentarse en la cama de piedra cuando Silas se dirigió a mí.

—Volveré dentro de unas horas, cuando sea el momento.

—De acuerdo. —Asentí. Me miró fijamente unos instantes más antes de acercarse a Merrick, que se puso rígido.

—¿Me permites? —le preguntó, señalando sus esposas.

Aquel dudó, pero extendió los brazos. Silas puso la huella dactilar y separó el dispositivo, lo que le permitió a Merrick mover las manos con libertad. No le dio las gracias.

Silas se disponía a marcharse cuando Viola habló:

—¿Y yo qué?

Él se giró, con ojos que denotaban cierta diversión.

—¿Puedo confiar en que no me vas a dar un puñetazo?

Ella le dedicó una sonrisa burlona.

—Pues no podría jurártelo; tienes una cara que dan ganas de hincharte a hostias.

Silas levantó la comisura del labio y, para sorpresa de Viola, también le separó las esposas. Se palpó las muñecas cuando él salió de la habitación y me miró antes de que cerrara la puerta con llave.

—¿Adónde vamos exactamente, Lena? —susurró Merrick.

Nos sentamos juntos en la otra cama de piedra, frente a Viola, que se sumió en sus pensamientos.

—Al Monte Rozavar —dije en voz baja—. No muchos saben que hay una familia de magos viviendo en la cima. Magos con habilidades excelentes. —Sonreí con suavidad—. Igon se aseguró de hablarme del lugar. Ese debe de ser el motivo. No es casualidad que la montaña esté cerca.

Merrick me dedicó una sonrisa sesgada.

—Videntes.

Sonreí aún más y le apoyé la cabeza en el hombro, y él apoyó la suya sobre la mía.

—¿Cómo sabes que está cerca? —preguntó.

—Porque me enseñaron un mapa durante el trayecto, y, antes de que preguntes, no, no le he dicho dónde está. Ni siquiera he mencionado dónde planeo llevarnos a todos.

—Todo esto me suena muy raro, Lena, pero… confío en ti.

Extendí la mano y le apreté la suya.

—Te lo agradezco —murmuré, y luego dudé con la siguiente parte. Levanté la cabeza—. Igon también mencionó que la esposa del habitante de la montaña nació sin un brazo… y que pudo encantar una prótesis para que funcionara como uno real.

Ante eso, Viola se incorporó de un salto.

—Estás de coña.

Negué con un gesto.

—No puedo evitar pensar que esa información era para Edmund.

Cuando me volví hacia Merrick, tenía los ojos gélidos abiertos de par en par.



CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Las horas transcurrían con lentitud. Merrick y Viola estaban agotados y, ya con las manos separadas, se tumbaron sobre el cemento y descansaron por fin. Yo me quedé sentada en la cama de enfrente, observando a Viola dormir sobre el pecho de Merrick.

Siempre había pensado que harían buena pareja. No estaba segura de lo que sentían el uno por el otro, aunque sabía que Viola prefería a las mujeres. Sin duda, Merrick la quería tanto como a mí; sabía que tampoco me resultaría raro recostarme sobre su pecho.

Empecé a oír pasos y me enderecé cuando oí el chirrido de la puerta al abrirse. Merrick y Viola se despertaron de golpe. No pude evitar que el sudor empezara a humedecerme la frente ni que se me acelerara el corazón.

«No pasa nada. Esos hombres ya no están. Ya no están».

Entró Elowen, escoltada por Hendry, que le sacaba palmo y medio. No llevaba esposas. Suspiré y relajé los hombros, aliviada.

—El —murmuró Merrick, poniéndose de pie y abrazándola con fuerza. Ella lo estrechó igual de fuerte.

Miré a Hendry, que me devolvió la mirada con sus ojos desparejados.

—Él vendrá enseguida —dijo en voz baja—. Ha dejado a Elowen sin esposar para que pueda acabar de curarte.

Asentí y se fue; el pestillo rechinó.

—¿Cómo estás, Elowen? —preguntó Viola, frotándose los ojos al levantarse, y la abrazó en cuanto Merrick la soltó—. Te han tenido trabajando como a una perra.

Ella le devolvió el abrazo y luego se apartó.

—Estoy bien —dijo con su voz suave y tierna—. He estado con Edmund, como sabéis. —Miró a Merrick antes de bajar la mirada al suelo—. Se ha asegurado de que yo reciba el mejor trato posible.

Merrick se puso tenso, pero yo me apresuré a intervenir:

—¿Te han dicho algo?

—Sí —susurró—. Edmund insiste en no venir…

—Vendrá con nosotros. —Le puse una mano en el hombro—. No te preocupes.

Merrick se quedó mirándola.

—No sé qué te pasa, Elowen. ¿Por qué te importa tanto este desconocido?

Parpadeó varias veces.

—No… no lo sé —dijo—. Solo sé que me importa. Y yo a él también.

Viola se removió.

—No creerás que… —empezó a decir.

Merrick giró la cabeza en su dirección.

—Ni lo pienses.

Elowen lo observó con convicción cuando él volvió a mirarla.

—¡Dios mío! —exhalé—. Elowen, ¿crees que…?

—Sí… —suspiró—. Sí.

Era la única explicación. ¿Por qué si no un soldado, entrenado para matar y considerar monstruos a los de nuestra especie, sería tan compasivo y amable? ¿Por qué Elowen, tras presenciar sus actos, después de ver los cadáveres de sus padres, insistiría tanto en salvarlo, en sanarlo, en estar con él?

Solo podía haber una respuesta. Edmund era el lazo del alma de Elowen.

—No pienso aceptarlo —espetó Merrick.

—No funciona así —gruñó Elowen. Me quedé sorprendida al oír su tono, al igual que los demás. Nunca la había visto tan alterada—. Sé que no te gusta, Merrick. Pero ¿no crees que tu odio natural hacia él es el mismo que sienten los soldados por nosotros?

Merrick apretó la mandíbula, sin responder.

—Pues sí, lo es —prosiguió—. No entraba en mis planes cuidar de un hombre otacio. No planeé nada de esto. —Se le quebró la voz—. Pero él me importa, y te garantizo que yo también le importo a él.

Merrick se puso tenso y, al ver los ojos de Elowen llenos de lágrimas, la abrazó de nuevo.



Transcurrió otra hora. Debía de ser pasada la medianoche, lo que significaba que pronto tendría que encargarme de la maniobra de distracción. Elowen dormía a mi lado, exhausta tras dejarme completamente recuperada, y Merrick y Vi estaban en la otra cama. Empezaban a cerrárseme los párpados cuando la puerta se abrió y entró Silas.

Me incorporé, entornando los ojos por la luz que se filtraba, y me puse de pie enseguida. Mis amigos se despertaron.

—Silencio —susurró Silas. Me acerqué a él; me miró con sus ojos dorados y luego se dirigió a mis amigos—: Hendry y yo volveremos enseguida para liberaros a todos.

Asintieron, y Silas cerró la puerta y echó el cerrojo cuando salimos.

Caminábamos por el pasillo cuando me agarró de los brazos y me llevó a una esquina oscura.

—Eh…

Me interrumpió.

—Si algo sale mal, quiero que corras, Lena.

Intenté zafarme, pero no pude.

—No me iré sin mi gente. Te lo dije —siseé.

—Este plan es peligroso, y quiero que salga bien, igual que tú. —Aflojó el agarre y deslizó las manos por mis brazos antes de detenerse en las muñecas. Se me aceleró el corazón y sentí que me ardían las mejillas—. Pero si todo se va a la mierda, si el plan va mal, prométeme que correrás. Prométemelo.

—Silas…

—Te lo ruego. —Se le quebró la voz.

Y allí estaba.

Quill.

Seguía ahí dentro. Me clavó sus ojos ámbar, su expresión suplicante, su rostro a escasos centímetros. Estaba tan cerca que reconocí su aroma familiar a pino y a cítricos. Quería acercarme a él. Quería abrazarlo y besarlo. Pero no…, a pesar del cariño que sentía por mí, estaba casado. Él había pasado página.

Pero nuestra amistad…, quizá pudiéramos recuperarla algún día.

—Lo prometo —susurré, y relajó los hombros—. Pero —continué— sería la última opción. No dejaré que lleguemos a ese punto.

Posó los ojos en mis labios un instante antes de separarse de mí.

—Acabemos con esto.

El plan era bastante simple. Yo debía ir a la torre de vigilancia en el lado oeste de la fortaleza, a la que se podía acceder trepando por el exterior del edificio. Llegaría hasta allí, le prendería fuego y luego bajaría sin que me vieran. Por el camino, incendiaría varias salas del ala oeste en las que no hubiera soldados. Silas me había advertido: «Prefiero perder material que hombres».

Como las celdas estaban debajo del ala este, el revuelo alejaría a los soldados de la zona, y para terminar crearía un muro de fuego que les cortaría el acceso mientras mi gente huía por la salida más cercana.

Aunque Silas no me presionó para que le dijera dónde quería llevar a los míos, ambos coincidimos en que nuestro destino estaba en el sur.

Me entregó un mapa y, antes de subir las escaleras, Silas me abrió la puerta de una celda. Debía entregarle el mapa a alguien que pudiera garantizar la seguridad de mi gente.

Mi madre.

—Lena —suspiró, y no pude contener las lágrimas cuando corrí a abrazarla con fuerza—. ¿Qué pasa?

Su expresión pasó de la preocupación al odio al ver a Silas detrás de mí. Él cerró la puerta sin hacer ruido.

—Hay mucho que explicar y no hay tiempo … —Abrí el mapa con voz temblorosa y señalé un Monte Rozavar sin marcar, asegurándome de que Silas no lo viera—. ¿Conoces este lugar?

—Sí… sí, Igon… —Posó los ojos en Silas, luego en los míos con miedo.

—Bien —susurré. Igon también se lo había mencionado a mi madre—. Cuando llegue el momento, quiero que guíes a nuestra gente hasta aquí. Corred como locos. Seguid corriendo hasta que amanezca. Llegad lo más rápido que podáis.

Silas se acercó para darle una brújula, pero antes le separó las esposas.

Ella lo miró con incredulidad.

—Todavía la amas, ¿verdad?

Sentí que se le desorbitaban los ojos. Silas entreabrió los labios, pero, antes de que pudiera responder, lo interrumpí:

—Yo iré detrás —dije, esperando no sonar tan nerviosa como me sentía—. Pero, si me pasa algo, necesito que alguien los guíe. Merrick, El y Vi también lo saben.

Mamá iba a hacer otra pregunta, pero levanté la mano.

—No hay mucho tiempo. Te contaré más después.

Hizo un gesto de asentimiento y miró a Silas. Tenían mucho que decirse. Pero ahora no era el momento.

La agarré del hombro.

—Te encontraré —susurré—. Te quiero.

Ella asintió con lágrimas en los ojos.

—Yo también te quiero.



Nos reunimos en la habitación de Edmund; Hendry ya estaba allí, esperando órdenes.

—Ya era hora —dijo Hendry con sequedad al entrar en la habitación. No nos había costado nada colarnos, ya que la mayoría de los soldados dormían.

—¿Todo en orden, supongo? —preguntó Silas.

Hendry asintió, y Edmund se incorporó como buenamente pudo.

—Silas, insisto en que me dejes quedarme —suplicó.

—Ya está decidido. No quiero hablar más del asunto.

—No me lo perdonaré si os matan por mi culpa.

Silas negó con la cabeza.

—Estarás bien. Montarás con Hendry en uno de nuestros caballos.

—¿Y luego qué? —insistió, con los ojos verdes angustiados—. Soy un inútil así. No haría más que retrasaros.

Exhalé con fuerza y todos los hombres se volvieron hacia mí.

—Adonde nos dirigimos… hay un herrero experto —dije con cuidado—. En concreto, uno que trabaja con encantamientos.—Miré a Edmund—. Igon se aseguró de contármelo el día que vuestra gente atacó; me dijo que el herrero le había hecho un brazo a su esposa, que había nacido sin él. —No pude evitar sonreír de asombro—. Un brazo completamente funcional. Él sabía que esto iba

a pasar. Todo. —Esbocé una sonrisa—. Lo que significa que tú, Edmund, debes ser uno de los buenos.

Edmund parpadeó.

—Nunca había oído nada semejante, pero —continuó sonriendo—, si eso significa que puedo quedarme con Elowen sin ponerla en peligro, entonces adelante.

Todos nos sobresaltamos cuando se abrió la puerta; Roland sonrió burlón antes de cerrarla tras él. Apreté los puños y Silas desenvainó la espada.

—Tranquilo, jefe —canturreó mientras levantaba las manos—. No creerías que podrías irte sin mí, ¿verdad?

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Edmund, ocultando rápidamente su sonrisa de felicidad cuando Silas lo fulminó con la mirada.

—Ya me has oído —respondió Roland ufano.

Silas volvió la vista hacia Roland.

—No queremos que vengas con nosotros —afirmó serio.

Era evidente que entre los amigos había algún conflicto. Silas miró a Hendry extrañado.

—No se lo habrás dicho tú, ¿verdad?

Hendry se encogió, y Silas frunció el ceño.

«¿Qué había hecho Roland para caerle tan mal a Silas?».

—¿No quieres una ayudita extra, Alteza? —preguntó Roland, cruzándose de brazos.

—No tengo ningún inconveniente en matarte, Roland.

Miré a Silas incrédula, y me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿Qué inconveniente hay con que venga uno más? —pregunté, intentando aliviar la tensión.

Silas me frunció el ceño.

—El inconveniente es que supone una boca más para alimentar, una persona más por la que preocuparse si nos matan. En cualquier caso —señaló a Roland—, no me fío de ti, Roland.

—No te he dado ningún motivo para que no confíes en mí, y lo sabes —le recriminó, y se pasó una mano por el pelo castaño—. Además, ya sé cuál es tu plan. Y me apunto.

Miré a Silas.

—No tenemos mucho tiempo. No lo desperdiciemos en esto— susurré.

—¿Estás diciendo que lo mate?

Lo miré boquiabierta.

—¡No!

Eso me valió una sonrisa chulesca de Roland.

Silas gimió, envainando la espada.

—Muy bien —refunfuñó.

Nos quedamos de pie junto a la cama de Edmund, repasando los últimos detalles. Ahora que Roland se había sumado, decidimos que me acompañara, aunque Silas se opuso al principio. Era complicado que solo uno de ellos abriera todas las celdas y separara todas las esposas; y, así, Silas estaría presente si fuera necesaria otra distracción.

Silas me quitó las esposas y me dio un nuevo atuendo —un vestido marrón de manga larga y una capa negra— antes de que Roland y yo nos dirigiéramos con sigilo al ala oeste. Hubiera preferido llevar sujetador, pero el vestido me apretaba bastante en la parte superior. También me dio un par de zapatos de Erabella, y me sorprendió que calzáramos el mismo número, a pesar de que ella me

sacaba un par de centímetros. En cuanto me vestí, cada uno de nosotros nos fuimos a cumplir con nuestro cometido.



La mayoría de los pasillos estaban desiertos y en silencio, pues los soldados dormían. Roland y yo recorrimos con sigilo varios pasillos de piedra, ocultándonos de vez en cuando tras las paredes cuando nos cruzábamos con un soldado.

Cuando llegamos a la habitación desde la que mejor se accedía a la torre de vigilancia occidental, Roland cerró la puerta con cuidado tras nosotros.

Me asomé despacio al ventanal, que ofrecía una vista excelente de la torre, como me habían indicado. Vi antorchas encendidas y a soldados vigilando.

Salí por la ventana hasta la cornisa, respirando con dificultad mientras pensaba en la altura de la caída si me resbalaba.

—¿No puedes disparar una bola de fuego o algo así y hacerlo rápido? Esto es… peligroso.

—Si ven venir una bola de fuego, pensarán que los están atacando. Todavía no es el momento de sembrar el caos.

—Ah.

Di los primeros pasos por el exterior de la fortaleza y casi grité al resbalar; por suerte me agarré a tiempo al saliente antes de verme estrellada contra el suelo.

—Joder, ten cuidado —murmuró Roland con un ligero tono de preocupación—. ¿Te sigo?

—No, tú espera aquí. Hazme una señal cuando pueda encenderlo —susurré, señalando con la cabeza a los dos hombres que estaban vigilando más arriba—. Y deja de hablar.

Asintió. Empecé a avanzar con cuidado por el muro exterior de la fortaleza, pisando con cuidado y agarrándome a cualquier punto de la pared que me sirviera para mantenerme en pie. La torre no estaba demasiado lejos, por suerte.

El viento empezó a levantarse y me detuve, manteniéndome lo más quieta posible hasta que paró. Después de dar un par de pasos más, llegué justo debajo de la torre de vigilancia. Mi mejor opción era encender la catapulta, según me había dicho Silas. Teniendo en cuenta que la fortaleza al completo era de piedra, la única alternativa para incendiarla era hacerlo con uno de sus hombres, y estaba segura de que no querría eso.

Exhalé en silencio por la nariz mientras escuchaba a los dos soldados de arriba hablar sobre regresar con sus familias en un par de meses.

Siempre me resultaba extraño pensar en cómo hombres capaces de matar, como si nada, luego volvían a casa con su esposa e hijos, como si nada. Aunque supongo que no tenían otra opción.

Me agarré al lateral de la torre, mirando a Roland y esperando su señal. Él seguía junto a la ventana, mirando hacia arriba, a la garita. El viento arreció de nuevo, la trenza me azotó la cara. Unos instantes más tarde, Roland me hizo una señal.

Rápidamente me erguí, empleando toda mi fuerza, y extendí las yemas de los dedos apuntando a la catapulta. Noté el calor, y luego sentí las pequeñas ráfagas que disparé con la mano. Empezó a

crepitar el humo. Suficiente para provocar un gran incendio, pero no para delatarme.

Justo cuando empezaba a agacharme, los soldados gritaron «¡Fuego!».

Volví rápido por la cornisa, con el corazón latiéndome con fuerza.

«Por favor, que no me pillen».

Otra ráfaga de viento se intensificó cuando ya estaba cerca de la ventana; Roland me agarró por la cintura y me metió en el interior.

—Bien hecho. Ahora, salgamos de aquí —susurró.

Nos apresuramos a salir de la sala, pero justo antes de hacerlo Roland me empujó de vuelta dentro. Un enjambre de guardias llegaba corriendo, camino de la torre de vigilancia.

Uno de ellos se detuvo y me tapé la boca con la palma de la mano, escondida detrás de la puerta.

—¿No oyes los gritos, Aubeze? ¡Hay un incendio!

—Sí, iba para allá.

El guardia gruñó y, tras dar unos pasos, Roland volvió a la sala a por mí.

—Quema este cuarto y vámonos —murmuró.

Me giré y observé la sala, que contenía unas cuantas mesas y sillas, documentos y libros en los estantes. Sin pensarlo dos veces, le prendí fuego a todo y salimos a toda prisa. Avanzamos a hurtadillas de vuelta a las celdas, indicándome por el camino que incendiara un baño y un armario escobero.

Nuestra última parada fue el cuarto de la limpiadora. Roland se asomó y entramos. Me fijé en la cama vacía y levanté una ceja.

—Se larga todas las noches con uno de los cocineros —dijo con una sonrisa burlona, y luego señaló la cama.

—Enciéndela, Calabaza.

Puse los ojos en blanco y avancé despacio antes de chocarme con su cabeza al oír dos voces que se acercaban.

—Mierda —murmuró Roland, y entonces me agarró y me empujó sobre la cama y él se me puso encima entre las piernas—. Perdóname —susurró, y lo miré estupefacta mientras presionaba los labios contra los míos, sujetándome la cara con una mano y sosteniéndose sobre mí con la otra.

El corazón me latía con fuerza. Las voces que jadeaban al entrar en la habitación las oí como si estuvieran bajo el agua, el cuerpo entero me vibró cuando los labios de Roland entraron en contacto con los míos.

Se apartó, gritándole a la pareja.

—Un poco de privacidad, por favor.

La muchacha se disculpó nerviosa, y la oí salir corriendo de la habitación con quien supuse que era el cocinero. No estaba segura, ya que Roland me bloqueaba parcialmente el campo visual.

Cuando la puerta se cerró, me miró y se incorporó, tendiéndome una mano.

Con las mejillas ardiendo, evité su mirada, pero le tomé la mano y me puse de pie.

—¿Supongo que no sería prudente incendiar esta habitación ahora? —murmuré.

—Desde luego. Esperemos que los incendios que has provocado hayan sido suficientes —dijo Roland camino de la puerta, y asomándose antes de salir—. Despejado —susurró, y, sin decir ni una palabra más sobre nuestro beso, salimos sigilosos del cuarto rumbo a las celdas.



CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Bajamos a toda prisa; los gritos en el ala oeste se hacían cada vez menos audibles. Justo antes de llegar a las puertas de la cámara, Roland extremó las precauciones para asegurarse de que los guardias se habían ido; y así era, gracias a Silas. Entramos y bajamos corriendo los escalones de piedra. Estaban sacando a los últimos magos por la puerta trasera justo cuando llegamos.

—¿Dónde está Silas? —pregunté.

—Fuera, con los demás —respondió Hendry.

—Merrick y El están con ellos —añadió Viola mientras ella y Hendry ayudaban a guiar a nuestra gente a la salida.

Asentí, y entonces me giré con brusquedad cuando oí unos pasos bajar. Miré a Roland.

—Quizá deberías tener más cuidado.

Sonrió con suficiencia y se colocó detrás de mí. Aprovechando el cabreo, creé un muro de fuego justo cuando los soldados plagaron el pasillo. Gritaron tambaleándose hacia atrás sin que pudiera distinguirlos debido a las llamas. Los oía blasfemar.

Al ser el sótano de piedra, tenía que mantener la posición hasta que llegara el momento de correr.

—¡Salid de aquí! ¡Los detendré todo el tiempo que pueda!—grité.

Hendry y Viola asintieron antes de echar a correr acompañando a los últimos magos. Roland no se movió.

—¿Qué haces? —grité.

—No pienso dejarte. ¡Vámonos!

Antes de que pudiera protestar, una flecha atravesó las llamas y estuvo muy cerca de darle a Roland.

Maldije e hice lo mejor que se me ocurrió. Extinguí el fuego y, cuando los soldados iban a cargar, creé un muro de hielo, dejándolos atrapados al otro lado. Sabía que no tardarían en derribarlo.

—Chica lista —bromeó Roland, y me agarró la mano, haciendo una mueca por el frío, antes de llevarme a la salida de la fortaleza.

Cuando cruzamos la puerta, también congelé esa entrada, y luego corrimos por la galería y bajamos las escaleras hasta donde esperaban los demás. Mi gente ya estaba lejos, huyendo a toda velocidad, tal como les había ordenado.

Hendry iba a caballo agarrando a Edmund; Elowen y Merrick iban juntos en otro. Silas esperaba de pie junto a su ejemplar de pelaje negro, con su esposa ya montada y con el gesto torcido. Aunque Merrick, Elowen y Viola aún llevaban el uniforme de la prisión, les habían dado capas a todos.

—Lo has logrado —susurró Silas.

Miró nervioso hacia la torre oriental; seguí su mirada y vi que la catapulta estaba congelada. Seguramente había permitido a Merrick que lo hiciera.

Silas se montó en su corcel y Erabella lo abrazó por la cintura. Entonces me di cuenta de que solo quedaba un caballo.

—Es todo lo que hemos podido conseguir sin que nos pillaran, teniendo en cuenta la cantidad de animales que mataron los No muertos —explicó Hendry.

—No te preocupes por mí.

Viola sonrió altanera y luego se transformó en un semental oscuro, aunque sus ojos violetas aún eran perceptibles.

—Deberías habérmelo dicho, Viola —bromeó Merrick—. Habría preferido montarte a ti.

A pesar de las circunstancias, me atraganté con la risa. Elowen le dio una palmada en el brazo y Viola gruñó.

Me volví hacia Roland, que también sonreía por el estúpido comentario de Merrick.

—¿Entonces se supone que tú y yo compartimos?

Siguió sonriendo y se montó en el caballo blanco que, supuse, era para nosotros.

—Sube detrás de mí, Calabaza.

—¿Por qué vas tú delante? —protesté, pero enseguida me subí a la grupa, ya que no había tiempo que perder.

—Creo que serás más útil que yo en la parte de atrás, con tu habilidad con las bolas de fuego y todo eso. —Le rodeé la cintura con los brazos y él se apresuró a meter la barriga antes de inclinar la cabeza hacia mí—. La verdad es que estaba deseando sentir tus brazos rodeándome la cintura —ronroneó.

Me agaché y le pellizqué el muslo con todas mis fuerzas, y él chilló, haciéndome reír.

—Viciosa —murmuró.

—Vámonos de una vez —ordenó Silas. Lo miré y no pude ignorar su mueca de disgusto—. ¿Hacia dónde, Lena?

Apenas se veía a los magos más rezagados.

—Hacia el sur.



Cuando conseguimos alcanzar al resto de los magos, ya en el corazón del bosque, se encontraban descansando, recobrando el aliento y celebrándolo. Sin embargo, los vivas se acallaron enseguida al ver que nos acompañaban otacios.

—¿Qué hacen esos aquí? —gruñó alguien.

—¿Es una trampa? —gritó otro.

—¡Matadlos!

Muchos comenzaron a cargar contra nosotros, pero insté a Roland a que se adelantara con el caballo y creé un campo de fuerza tan grande que todos los que avanzaban se detuvieron.

—¡Nadie va a matar a nadie! —grité con calma, pero también con firmeza—. El príncipe nos ha liberado. Ha traicionado a su reino para que todos podamos seguir con vida. Si alguien intenta ponerle un dedo encima a cualquiera de ellos, tendréis que véroslas conmigo.

Algunos protestaron, pero, después de lo horribles que habían sido las últimas semanas, decidieron obedecer y seguir adelante.

Cabalgamos durante horas, deteniéndonos poco antes del amanecer. Nuestras maniobras de distracción habían tenido éxito, ya que los soldados no nos pisaban los talones. Sin embargo, era solo cuestión de tiempo que alguien nos descubriera. Decidimos descansar un par de horas antes de continuar.

Cuando desmontamos, corrí hacia mi madre y la abracé con fuerza, y a las dos se nos saltaron lágrimas de alivio. Cada uno se reunió con los suyos, aunque con cierta incomodidad. Merrick y Viola conversaban junto al fuego crepitante que yo había encendido y Elowen fue a comprobar cómo estaba Edmund, que la miraba embelesado. Los otacios se mantuvieron cerca de nosotros. Con un centenar de magos furiosos rodeándolos, se sentían más seguros teniéndome cerca por si era necesario detener algún ataque.

La gente de Silas también apiló leña para hacer una hoguera, y Hendry intentó encenderla. Suspiré y me acerqué. Todos me miraron expectantes cuando me agaché y conjuré fuego con las yemas de los dedos. La leña empezó a humear en cuanto prendieron las llamas.

—Gracias —dijo Edmund con amabilidad, y Hendry asintió.

Erabella simplemente se sentó con los brazos cruzados, y Roland sonrió. Silas me dirigió una mirada dorada e indescifrable.

«Qué grupo más interesante».

Iba a volver con mis amigos cuando Silas preguntó:

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Se levantó y señaló con la cabeza hacia la privacidad de la arboleda. Erabella lo miró furiosa.

Asentí y allá que fuimos.

Se hizo el silencio cuando nos adentramos en el bosque; solo se oía el canto de los grillos.

—¿Cómo estás? —preguntó Silas.

Parpadeé.

—Cansada. Nerviosa. Me sentiré mucho mejor cuando mi gente esté a salvo.

Se mordió el labio inferior.

—No vas a decírmelo, ¿verdad?

Me puse tensa. Me observó con una mirada que no me dio miedo, pero me recordó a lo enfadado que estaba aquella primera noche en el Fuerte Laith.

—Tienes que entender…

—¿No te he demostrado que estoy contigo? —insistió.

—No es eso, es que yo… —Exhalé por la nariz—. Nunca he estado en ese sitio. Sé que lo has arriesgado todo… —Me mordí el labio—. He confiado en ti. Ahora quiero que confíes en mí.

Silas apretó la mandíbula, pero cedió, y asintió con la mirada fija en el suelo. Le agarré la mano y se quedó inmóvil.

—Gracias —murmuré alternando la mirada entre sus ojos—. Por todo. Cuando estemos allí, pensaremos un plan.

Volvió a mirar las llamas danzantes a lo lejos.

—Si de verdad no sabes dónde está el resto de tu gente, deberíamos ir a las tierras del sudeste. —Me miró a los ojos—. Cuanto antes, mejor; antes de que se corra la voz de mi traición y pongan precio a mi cabeza.

—Estoy de acuerdo.

Asintió, y yo aparté la mano mientras volvíamos en silencio al campamento.



Tras un par de horas y sin apenas haber dormido, continuamos la marcha. Avanzamos unas cuantas horas y luego descansamos. En cada parada liberaban a un puñado de magos de sus grilletes, y yo me quedaba cerca para asegurarme de que nadie atacaba a Silas ni a sus amigos.

Silas había sustraído toda la comida que podíamos transportar y mi gente había comido justo antes de que escapáramos. Aun así, con raciones tan escasas, empezaba a aparecer el hambre. Una vez que llegáramos al Monte Rozavar, Silas le daría a mi gente monedas para alimentarse como era debido.

Al día siguiente por la noche, todo el mundo estaba agotado.

—¿Cuánto falta para llegar al sitio? —preguntó Roland mientras me ayudaba a bajar del caballo para disfrutar del rato de descanso.

—Deberíamos llegar mañana. —Me estiré y él asintió—. ¿Por qué no os quedáis con nosotros, chicos?

Roland arqueó una ceja, dibujando en el rostro esa sonrisa tan exasperante como sexy.

Le di un puñetazo en el brazo.

—Me sentiría mejor sabiendo que estáis cerca, por si alguien decide no seguir mis órdenes. Hasta ahora han cumplido, pero por si acaso.

—No me oirás quejarme por dormir cerca de ti. —Me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco y sonreí mientras caminaba hacia Silas, que se mostró de acuerdo con mi plan. Nos sentamos juntos alrededor de la misma hoguera justo cuando el sol empezaba a ponerse.

Merrick y Silas acordaron que harían el primer turno y permanecerían despiertos mientras el resto del grupo dormía. Me sumí en el sueño viendo a Silas mirar fijamente el bosque; las llamas me ofrecían una vista embriagadora de su hermoso rostro bronceado.



CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

SILAS

Lena estaba acurrucada en su saco de dormir, uno de los pocos que pudimos sacar a escondidas, descansando plácidamente. Aparté la vista de ella cuando pillé a Merrick mirándome receloso desde el otro lado de la hoguera.

No lo culpaba por desconfiar de mí, pero ya me estaba tocando los cojones.

—¿Vas a mirarme así toda la noche?

—Sería una imprudencia perderte de vista. —Se le oscurecieron los ojos y me removí en el sitio. Él no era el único. Varios magos del campamento me observaban con suspicacia.

Exhalé una risa por la nariz y giré la daga que sostenía, admirando el zafiro en su empuñadura.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó en voz baja.

Levanté la mirada y luego seguí observando mi cuchillo.

Era una pregunta capciosa. No quería que pensara que mentía. Ese «don» suyo iba a ser un incordio.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—¿Por qué has hecho todo esto? ¿Cuál es el verdadero motivo?

Levanté la cabeza, frunciendo el ceño.

—Como le dije a Lena, quiero tomar el trono.

«No era mentira».

Merrick entrecerró sus ojos casi negros; los diversos piercings de sus orejas puntiagudas relucieron a la luz del fuego cuando se recogió el cabello blanco.

—¿Y si nuestra gente no te acepta? ¿Y si contraatacamos? Sin duda, harías todo lo posible para acabar con nosotros.

Por supuesto, se me había pasado por la cabeza la idea de que la gente de Lena no apoyara mi causa.

—No lo sé —murmuré—. Lo que sí sé es que tu gente es enemiga de mi padre. Teniendo en cuenta que él también es mi enemigo, espero que al menos dejemos de lado nuestras diferencias para derrotarlo.

Merrick se cruzó de brazos y yo continué haciendo girar mi arma.

Mis ojos traidores volvieron a Lena. Seguía llevando el cabello pelirrojo trenzado, con mechones sueltos que le enmarcaban el rostro. Dormía en calma, con las mejillas sonrojadas y los labios ligeramente entreabiertos. Se me hacía raro verla con orejas puntiagudas…, pero me di cuenta de que no me importaba. De hecho…

—Tú la quieres.

Levanté los ojos de golpe y lo miré a través de las pestañas.

—¿Disculpa? —Casi gruñí.

Merrick me dedicó una sonrisa que no se le reflejó en los ojos.

—Creo que sabes a qué me refiero. Yo también entiendo de eso, ¿sabes?

«Joder».

Apreté la mandíbula y reanudé los giros mecánicamente con la mirada fija en la daga.

—No sé de qué me hablas.

—Mentiroso.

Me puse tenso al mirar a aquellos ojos color carbón. Me preocupaba que alguien me oyera, pero, con lo agotados que estaban todos, seguramente el resto del grupo dormía.

—No le he dicho nada, pero noto que ella siente lo mismo.— Descruzó los brazos, los colocó sobre las rodillas y se inclinó hacia delante—. Y solo puede haber una explicación, una razón por la que no te dejó morir en Ames… Porque el resto de nosotros no movimos ni un músculo —dijo en un susurro.

El corazón empezó a latirme con más fuerza. Tenía la certeza de que Lena no le había dicho a ninguno de sus amigos que había estado conmigo, Silas La'Rune, pero tal vez había mencionado a Quill Callon. ¿Lo habría averiguado Merrick?

—Por la misma razón que Elowen quiere a Edmund.

Fruncí el ceño.

—No entiendo…

—Sois lazos del alma.

Parpadeé.

—¿De qué demonios estás hablando?

Antes de que Merrick pudiera responder, desviamos la atención a un crujido en el bosque. Desenvainé la espada cuando Merrick se

puso de pie y recorrió la arboleda con la mirada.

Me quedé quieto, intentando escuchar más allá de la cháchara del campamento. Los ojos de Merrick habían vuelto a su azul claro habitual, y, por una vez, deseé que esas orejas puntiagudas pudieran oír mejor.

—¿Qué criaturas os encontrasteis en el trayecto hasta nosotros? —preguntó Merrick con una calma sepulcral.

—Solo algunas…

Un rugido nos hizo girar la cabeza hacia el bosque para ver a tres…, no, a siete osos gigantes. No eran osos normales. No… Tenían que ser obra de algún maleficio. Todo el mundo se puso en alerta al instante.

Merrick lanzó una astilla de hielo que alcanzó a uno de los osos en la garganta. Sangre negra y maldita comenzó a manarle del cuello al desplomarse justo delante de Era, haciéndola gritar. La agarré de los brazos y la empujé detrás de mí.

—¡Atrás! —chillé.

Destellos azules envolvían los brazos de Lena cuando se precipitó sobre otro oso maldito dispuesto a atacar; lo electrocutó, y el animal se retorció echando humo antes de caer inerte.

—¡Mantened vuestros campos de fuerza activos! —gritó a su gente.

Algunos temblaban, pero asintieron. Por todo el campamento, los magos cruzaron los brazos en forma de X, creando un escudo a su alrededor. Aunque al parecer no atraían a los osos malditos; solo parecían interesados en atacarnos a… nosotros.

Hendry preparó su arco y le disparó a uno en la distancia, con puntería certera. Elowen protegió a Edmund con un escudo.

—¿No puedes hacer un muro de fuego, Calabaza? —le gritó Roland a Lena corriendo detrás de ella. Iba a partirle el cuello por ese maldito apodo.

Ella y Merrick dispararon hielo a otro de los osos, pero los cuatro restantes nos sitiaron.

—No, a menos que quiera alertar a los otacios de dónde estamos —susurró, aguantando la posición mientras los osos gruñían.

Tenían los ojos completamente negros, como los de los zombis, y la piel empezaba a pudrirse.

Unos cuantos magos del grupo de Lena avanzaron, y uno de los animales se giró y les gruñó. Ellos retrocedieron, y Lena aprovechó el momento para dispararle hielo en la cabeza. Pero, mientras cerraba el movimiento, no vio venir al que estaba a punto de hincarle el colmillo. La agarré del brazo y tiré de ella con todas mis fuerzas. Caímos al suelo, ella encima de mí; aquellas fauces habían fallado por poco.

—¡Joder, Lena! —gruñí.

Ella disparó una esquirla de hielo al mismo tiempo que Merrick, y la bestia cayó con un golpe sordo justo delante de nosotros. Para entonces, varios magos se habían unido al enfrentamiento y atacaban con diversas formas de magia a las bestias.

—Tienes que ser más precavida —jadeé mientras ella se incorporaba, con las manos aún sobre mi pecho.

Tenía los ojos muy abiertos y las mejillas coloradas cuando volvió la cabeza hacia el último oso que habían matado los suyos.

Se levantó, apartándose un mechón de pelo de la cara.

—Supongo que ambos debemos estar atentos a las bestias que quieren decapitarnos. —Sonrió con suficiencia, extendiendo una

mano para ayudarme a levantarme.

Parpadeé y supe que me estaba sonrojando. Hacía años que no le veía esa expresión, y con su trenza despeinada y esos ojos verdes brillantes estaba tan bella como siempre.

Ignoré esos pensamientos y exhalé una risa por la nariz mientras le aceptaba la mano. Hizo una mueca al intentar levantarme. De pie junto a ella, yo le sacaba una cabeza. Me miró un momento antes de soltarme la mano con suavidad; eché de menos al instante la sensación de su mano en la mía.

Lena fue a comprobar cómo estaba su gente, y, cuando me giré, Era me estaba mirando con el ceño fruncido, y Merrick lo mismo, pero con los ojos oscurecidos y una ceja levantada, diciendo en silencio: «¿Ves? Sé lo que sientes por ella».

Lo ignoré.

—¿Estás bien? —le pregunté a Era, apoyando las manos en sus brazos.

—Sí… —dijo arrastrando las letras. Posó los ojos en Lena, luego en los míos.

«¿Seguro que no éramos tan evidentes?».

—La has salvado —comentó Era, y luego sonrió suavemente—. Ya van dos veces.

Resistí el impulso de encogerme. Merrick apartó la mirada. Era nunca había tenido estómago para las carnicerías que yo llevaba a cabo, pero, si supiera por qué había cambiado de opinión, quizá no estaría sonriendo. Miré a los demás: Merrick, Elowen y Viola. ¿Me habría arriesgado para salvar a alguno de ellos? No estoy seguro. Pero por Lena sí. Por Lena siempre.

Crucé la mirada de nuevo con Lena. Sonrió suavemente, y luego su sonrisa vaciló al ver mis manos en los brazos de Era. Se mordió el labio y apartó la mirada.

Hundí los hombros.

—Se lo debía, después de todo. —Era me sonrió y le devolví el gesto, sabiendo que no era sincero. Nunca más lo sería.



Nuestro grupo trasladó el campamento, pues nadie quería dormir junto a cadáveres en descomposición y sangre rezumando. Nos vino bien que esas criaturas parecieran decididas a atacarnos solo a nosotros, no a todos, porque así fuimos los únicos que tuvimos que reubicarnos.

—No sabía que un nigromante pudiera infectar a los animales— susurró Lena.

Los demás ya dormían, y yo estaba tumbado junto a Era; nuestros sacos de dormir eran lo suficientemente grandes para acomodar a dos personas. La abracé contra mi pecho y el sueño me venció mientras mis pensamientos seguían divagando. Continué escuchando la conversación entre Lena y Roland con los ojos cerrados.

«Cómo no, estos dos van juntos en el siguiente turno».

—Ya lo habíamos visto antes, en lobos. ¿Pero en osos? Bueno, eso ha sido especialmente aterrador —dijo Roland.

—¿Cuánto tiempo lleváis viendo a estas criaturas? ¿A los No muertos?

Roland se quedó callado un momento.

—Diría que estos últimos seis meses, más o menos.

—Dioses… —susurró ella—. En Ames todos procurábamos no salir del pueblo. Así nos sentíamos más seguros. Debe de ser por eso que nunca nos topamos con ninguno. —La oí cambiar de posición—. Ojalá Igon me hubiera advertido de los muertos vivientes, aunque quizá no los vio en ninguna de sus visiones.

—¿Estabais muy unidos?

Otra pausa de Lena.

—Sí —murmuró—. Nunca conocí a mi padre, nunca tuve una figura paterna en mi vida. Igon asumió ese papel estos cinco años atrás. —Sollozó—. Se interesó mucho por mí, por hablarme de nuestra especie, por enseñarme todo tipo de cosas.

La culpa me invadió. No tenía ni idea de que significara tanto para ella. Recordé que Lena me contó que se había criado sin padre, y el hecho de haberle quitado lo más parecido a eso me revolvió el estómago.

—Lo siento —dijo Roland en voz baja.

—No es culpa tuya —susurró—. Por cómo reaccionó…, él sabía lo que iba a pasar.

Odiaba que Roland se interesara por Lena, odiaba que ella se desahogara con él. Se hizo el silencio durante unos instantes, solo se oía el crepitar del fuego. Estaba casi dormido cuando Roland volvió a hablar.

—¿Lo odias por eso?

Sentí un nudo en el estómago. Ojalá estuviera dormido para no tener que oírlo, pero no pude evitar esperar su respuesta.

No la culparía si lo hiciera. Yo también me odiaba.

—¿A Silas?

Imagino que Roland asintió.

—No. No, no lo odio.

Aunque tenía los ojos cerrados, juraría que sentí sus ojos posados sobre mí.



CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

LENA

No fue hasta la tarde siguiente que por fin llegamos a la base del Monte Rozavar. El sol apenas había empezado a ponerse, así que aún nos quedaba algo de luz. La montaña era altísima; recordé que Igon me dijo que tenía casi cuatro mil metros de altura.

—¿Se supone que tenemos que escalarla? —preguntó Erabella con la boca abierta.

Mi gente se miraba entre sí con los ojos muy abiertos, y varias voces susurraron con preocupación.

—No —respondí, bajándome del caballo—. Me dijeron que aquí hay un símbolo encantado que solo puede ver un mago.

Miré alrededor de la enorme montaña y suspiré.

«A saber en qué parte está».

—En cualquier caso, debería teletransportarnos. Siempre y cuando obtengamos la aprobación.

—¿Estás segura de que tu gente va lo bastante abrigada? —preguntó Hendry.

Ya hacía un frío considerable en la base de la montaña, y, como no se veía la cima, era lógico pensar que arriba sería peor.

—En realidad, en la cima el clima es cálido. Lo regula la esposa del montañés; su don es el control meteorológico —dije.

—Entonces… ¿alguien ve ese símbolo? ¿Qué forma tiene?— preguntó Merrick entornando los ojos y observando los alrededores del promontorio. Llevaba el cabello blanco plateado suelto y se le mecía con el viento.

Arrugué la frente al recordar el dibujo que me había mostrado Igon.

—Debería ser un remolino que serpentea hacia abajo, con simbolitos a lo largo del vórtice.

Merrick, Elowen, Viola y yo nos separamos para buscar por la falda, junto con alguna gente de Ames. Sin embargo, nos mantuvimos cerca; no quería que uno de nosotros encontrara el símbolo y el resto estuviera lejos.

Al cabo de unos veinte minutos, dimos con él.

—¡Aquí! Creo —gritó Elowen.

Todos corrimos en su dirección. Efectivamente, el símbolo del mapa de Igon estaba allí, brillando en un tono verde claro.

—¿Veis algo ahí? —preguntó Silas arqueando una ceja.

Me acerqué y pasé la mano por la marca iluminada del tamaño de mi mano.

—En efecto. Es esto.

—¿Quién quiere visitar mi montaña? —retumbó la voz de un hombre, haciéndonos retroceder a todos. Bueno, a todos los magos,

al menos.

—¿Eso qué es? —siseó Roland.

Me aclaré la garganta.

—Me llamo Lena Daelyra. Vengo con mi gente de Ames.—Me mordí el labio un momento—. Igon Natarion me envió aquí…, más o menos.

—Igon… —dijo la voz—. ¿Él está contigo?

Afiancé la voz.

—Me temo que no… Él… Lo asesinaron. —Sentí un nudo en la garganta, pero me lo tragué—. Asaltaron nuestro pueblo. Mi gente no tiene adónde ir.

El silencio duró tanto que pensé que la voz se había ido.

—¿Deduzco que ahora eres la Suprema? —preguntó la voz en un susurro.

—Lo soy.

—¿Y es solo tu gente la que desea subir a la cima?

Me puse nerviosa.

—No, señor. Tengo conmigo al príncipe de Otacia y a algunos de sus súbditos. Él fue quien nos liberó.

Un momento de silencio.

—¿Quién os atacó? —preguntó la voz con escepticismo.

Me encogí.

—Sé cómo debe de sonar todo esto, pero Igon me dio un mensaje antes de morir. Puedo confiar en ellos.

Crucé la mirada con Silas, que parecía sorprendido, y luego sentí alivio cuando la voz dijo:

—Muy bien, tocad la piedra de nuevo y podréis entrar. Poned una mano sobre los caballos y ellos también viajarán, si así lo deseáis.

Les transmití esa información a Silas y a su grupo, y obedecí tocando la piedra de la montaña.

Al instante estaba en la cumbre del Monte Rozavar. Me quedé sin aliento al ver lo hermosa que era. Hierba verde y exuberante con una mezcla de flores silvestres, numerosas casas de madera con humo saliendo de las chimeneas. Detrás de ellos se alzaba el pico más alto de la montaña, con la entrada a una cueva. Y la vista del sol poniente… Un cielo naranja y rosado con nubes ligeras y esponjosas.

Tal como había dicho Igon, la temperatura allí arriba era agradable.

Elowen apareció a mi lado, luego Viola, luego Merrick. Silas, su esposa y sus hombres fueron los siguientes, y todos se quedaron boquiabiertos ante la impresionante estampa mientras sujetaban las riendas de los caballos. Tras ellos, uno por uno, mi gente fue subiendo a la cresta.

Un hombre y una mujer de avanzada edad salieron de una de las casas, paseando de la mano. Caminé hacia ellos con una sonrisa ansiosa en el rostro.

Lo primero que noté fue que el rostro del anciano me resultaba familiar.

—Soy Immeron —se adelantó. Señaló a la mujer que sonreía nerviosa a su lado—. Esta es mi esposa, Ayla.

Ella me tendió la mano y la estreché. Tanto Immeron como Ayla debían de tener más o menos la edad de Igon, unos sesenta años.

—Debo decir que no esperaba tanta gente —dijo.

La compañía de uno probablemente ya le resultaba extraña, después de estar solo él y su familia durante quién sabe cuánto

tiempo.

Me rasqué la nuca.

—Os agradezco mucho vuestra hospitalidad. Igon me habló de este lugar. ¿Era amigo vuestro?

Immeron bajó la mirada al suelo.

—Era mi hermano.

Abrí los ojos de par en par.

«Por eso me resulta tan familiar».

—Dioses, lo siento mucho.

Ahora veía el parecido: la misma nariz recta, los mismos labios carnosos, aunque los ojos de Immeron contrastaban con los de Igon, de color topacio; los suyos eran de un azul profundo. Me pregunté por qué Igon no lo había mencionado…

—¿Quién lo mató? —preguntó Immeron con lágrimas en los ojos.

Me quedé paralizada. Quería mentir, considerando que no tenía ni idea de cómo reaccionaría Immeron ante Silas si supiera que él era el responsable. Pero, si Igon era un vidente, siempre existía la posibilidad de que su hermano también lo fuera.

—Silas —susurré—. Pero te aseguro que sus sentimientos han cambiado. Sorprendentemente, Igon llegó a decir que lo perdonaba… con una sonrisa en el rostro, además… —Negué con la cabeza y me encogí.

Immeron miró a Silas y luego asintió.

—Eso suena muy propio de Igon.

Miré a Edmund, deseando cambiar de tema.

—Mi… amigo perdió parte del brazo y de la pierna por culpa de un No muerto —empecé a explicar.

Immeron se puso tenso y Ayla abrió mucho los ojos.

—¿Un muerto viviente? ¿Tenemos… tenemos un nigromante en Tovagoth? —exclamó.

Asentí.

—Eso parece. Uno de ellos atacó a Edmund, pero, por suerte, pudimos amputarle las extremidades antes de que la maldición le quitara la vida. —Hice una pausa—. Esperaba que pudierais hacer algo para que consiguiera caminar. Una pierna nueva, quizá. Un brazo nuevo. —Miré a Ayla—. Igon me habló de tu prótesis —comenté, observando el remolino negro de tela que formaba su extremidad.

Ella asintió y levantó el brazo, y me quedé sin aliento cuando movió los dedos sintéticos con una fluidez igual de natural que la de unas falanges reales.

—¡Por todos los dioses! —susurré—. ¡Es increíble!

Ayla sonrió con timidez e Immeron se acarició la barba. Frunciendo el ceño, miró a Silas.

—¿Por qué debería ayudar a un soldado otacio? El príncipe tiene una reputación que incluso nosotros en la montaña conocemos.

—El mensaje de Igon fue críptico. Pero sé que, cuando mencionó el brazo de tu esposa, tuvo que ser por Edmund.

Miré a Edmund y luego a Immeron.

—Quizá sí, pero ¿no te dijo nada sobre Silas?

Me mordí el labio inferior, mirando al suelo. No lo había hecho…, pero Igon sabía lo que Silas significaba para mí. Sabía que solo había una manera de convencerlos.

—Lo que voy a deciros no puede saberlo nadie más, ni siquiera vuestros hijos —susurré, acercándome a ellos.

Se irguieron e intercambiaron miradas antes de asentir.

Exhalé por la nariz.

—Silas… es mi lazo del alma.

Ayla jadeó, tapándose la boca. Immeron se quedó estupefacto. Miré a mi grupo; Silas me observaba con una ceja levantada, y los ojos oscurecidos de Merrick giraban en espiral.

—¿Estás segura? —preguntó Immeron en voz baja.

Asentí.

—Yo vivía en Otacia. Él y yo estábamos juntos antes de que muriera la reina —dije lo más bajo que pude—. Igon le habló a mi amigo Torrin, quien nos ofreció a mi madre y a mí un salvoconducto para ir a Ames, y sobre Silas y yo antes de que nos conociéramos. Torrin me lo confirmó cuando lo conocí.

Immeron desvió la mirada de mí a Silas, que rodeaba a Erabella con el brazo.

—Pero el príncipe… está casado.

—Él ha creído todo este tiempo que yo estaba muerta. —Suspiré —. Es… complicado. Pero, si estáis dispuestos, agradecería que Edmund tuviera nuevas extremidades, si lo creéis posible.

Miró a Silas un buen rato.

—Lo haré —dijo al fin—. Pero llevará tiempo. Mi familia se dedica al comercio en los reinos vecinos, nada de encantamientos, obviamente, pero veré qué puedo hacer.

Observó mi atuendo y luego miró a su esposa, quien asintió antes de sonreírme.

—Coso ropa; esa es mi especialidad. —Me guiñó un ojo—. Mis hijos pueden echar una mano con las armaduras y fabricar algunas armas para vosotros. Por la mañana, os tomaré las medidas para haceros un nuevo atuendo.

—¿Haríais todo eso? —Intenté contener mi sorpresa.

—Necesitarás algo más que extremidades para tu amigo— comentó Immeron—. Igon era un vidente excelente. Si deseaba que emprendieras este viaje, te ayudaré en todo lo que pueda. Dime las armas preferidas de tu grupo y te las fabricaré. Como ha dicho Ayla, nuestros hijos también pueden conseguiros buenas armaduras y vestimenta adecuada. No son las mejores que hay ahí afuera. —Observó mi sencillo vestido marrón y luego el atuendo de prisionero de mis amigos—. Pero son mejor que eso.

Esbocé una sonrisa.

—Gracias a los dos. Os pagaremos, por supuesto. —Entonces fruncí el ceño al recordar más palabras de Igon—. ¿Habéis oído hablar de Oquerene?

Immeron asintió con expresión confundida.

—Por supuesto que sí. Se dice que es el reino de donde todos venimos.

—Algunas de las últimas palabras de Igon fueron: «Encuentra Oquerene». —Suspiré—. Por fantástico que parezca, algo me dice que ese lugar está de verdad ahí fuera. Pero no sé por dónde empezar.

Él y Ayla se miraron.

—Bueno. Parece que tendrás que ir a Nereida.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Nereida? Nunca he oído hablar de ese lugar.

—Es una tierra antigua, antaño gobernada por las Ninfas del Mar. Se encuentra en el Mar del Sur. Una poderosa barrera impide que la vean a los que no quieren que la encuentren.

«Dios mío… ¿Será ahí donde viven más de los míos?».

—¿Antaño gobernada por las Ninfas del Mar?

Asintió.

—Después de la Guerra de los Tres Piratas, las Ninfas del Mar desaparecieron, aunque la leyenda afirma que ellas y otras especies extintas viven en Oquerene. —Se encogió de hombros—. Bueno, se dice que Nereida está gobernada por magos.

Estaba desconcertada. No había leído nada sobre esa guerra. ¿Por qué no conocía ese sitio? ¿Por qué nos quedaríamos en Ames cuando había un lugar con mayor protección?

Immeron se encogió de hombros de nuevo.

—Igon era vidente. Quizá para que el destino se alinee como debe, ciertas personas no tienen que estar en Nereida. —Rodeó la cintura de Ayla con el brazo—. Además, el viaje es largo y aterrador. Será difícil sobrevivir a los diversos obstáculos, sobre todo teniendo en cuenta que un nigromante anda suelto, por no hablar del juicio que espera en el Valle del Despertar.

Ante eso, levanté una ceja. Él continuó:

—No sé mucho al respecto, pero hay una frontera entre la tierra común y Nereida. Se dice que muestra a quienes la atraviesan la verdad sobre sí mismos. No solo eso… —Suspiró—. También se han avistado chupasangres. Se han encontrado cuerpos desangrados.

Me dio un vuelco el estómago. En todo el tiempo que llevaba huyendo, moviéndome de un sitio a otro, nunca me había topado con un vampiro.

—¿También hay vampiros en el sur?

Asintió.

—Corre el rumor de que el Señor de los Vampiros ronda por ahí. La mayoría de los cuerpos drenados se han encontrado en el norte.

Sospecho que ahí es donde residen. Aun así, su mal tiende a propagarse como la pólvora.

Dejé escapar un suspiro tembloroso; Immeron me puso una mano en el hombro.

—Ya basta de hablar de peligros por esta noche. Acomoda a tu gente. Voy a buscar a mis hijos para que me echen una mano.

Asentí agradecida y me acerqué a mi grupo.

—Bueno, ¿qué han dicho? —preguntó Elowen.

Ella y Hendry sostenían a Edmund.

Sonreí.

—Parece que al final tendrás un brazo y una pierna nuevos, Edmund.

Me miró incrédulo y luego sonrió. Elowen sonreía radiante. Merrick mantenía los brazos cruzados.

—Y —continué— sus hijos fabricarán armas y armaduras para el viaje que nos espera. Su esposa ha accedido a proporcionarnos vestimenta adecuada.

Viola abrió mucho los ojos.

—¿Armas encantadas?

—Con el oro del príncipe, por supuesto. —Le sonreí a Silas, que me miró sorprendido. Me reí—. Le he contado lo que me dijo Igon. Me ha dado una idea de hacia dónde deberíamos dirigirnos.

—¿Y dónde es eso? —preguntó Silas.

Me puse tensa.

—Agradezco lo que has hecho, lo que habéis hecho todos—dije, señalando a su grupo—. Pero todavía no confía plenamente en vosotros. Todavía no.

Erabella frunció el labio.

—Él lo deja todo por ti, ¿y así es como se lo devuelves?

Silas le tocó el hombro y ella se cruzó de brazos. La mujer miró a Merrick con desazón. Yo dirigí también la vista a Merrick y vi que sus iris oscuros se arremolinaban.

La habilidad de Merrick para leer a la gente podía ser… inquietante.

Suspiré y volví a mirar a Silas.

—Pronto te diré adónde nos dirigimos. Te avanzo que es al sur. Atacar los reinos que deseas será lo primero. Pero, por ahora, tendrás que confiar en mí —repetí.

Roland soltó una carcajada y lo fulminé con la mirada.

—Lo siento, es que es que me choca que le digas que no puedes confiar plenamente en él, pero se supone que él debe fiarse de ti.

—Roland —dijo Edmund con tono de desaprobación.

Levantó las manos.

—Continúa, Calabaza.

Silas lo fulminó con la mirada por el apodo, y volví a suspirar.

—Nos dirigimos a un lugar peligroso, y tardarán un tiempo en fabricar armas para todos, por no hablar de las nuevas extremidades de Edmund.

—¿Cuánto tiempo exactamente? ¿Y de qué peligros estamos hablando? —preguntó Hendry.

Miré sus ojos desiguales, el iris azul brillante era casi blanco por el sol de poniente.

—Una semana, más o menos —interrumpió Immeron mientras se acercaba a Edmund—. Tendré que tomarte algunas medidas, si no te importa.

—Por supuesto —dijo Edmund cortés, e Immeron se agachó y desplegó una cinta métrica mientras apuntaba en un trozo de papel.

—¿Dónde podemos ducharnos? ¿Podemos usar el… baño?— preguntó Era con timidez.

La miré fijamente. La bella princesita probablemente nunca había tenido que pasar penurias en su vida.

—Hay una pequeña cascada en la ladera este de la montaña. Estará fría, pero servirá. En cuanto al baño… —Immeron se removió incómodo—. Hay una letrina allí con un cubo —dijo, señalando un anexo apartado de sus hogares.

Ella lo miró horrorizada.

—Pero… tenéis casas.

Se frotó la nuca.

—Es complicado lo de tener tuberías en la cima de una montaña.

—¿No tuviste que hacer tus necesidades en lugares indeseables cuando viajaste hasta el fuerte? ¿O a cualquier otro lugar, ya puestos? —le preguntó Merrick con una mirada divertida.

—No, los carruajes en los que viajaba tenían baño y cama. Pensé que estos dos días serían los últimos —le espetó.

Merrick esbozó una sonrisa burlona.

—Bueno, lamento decepcionaros, princesa. Pero no hay nada de eso por aquí.

Ella lo miró con odio mientras sus ojos oscuros giraban en espiral, y una sonrisa burlona se le dibujó en el rostro. Ella resopló y apartó la mirada.

Immeron asintió con torpeza y regresó con su familia; sus hijos adultos se acercaron a mi gente.

Tras un momento de silencio, me aclaré la garganta.

—En fin, he pensado que tal vez podríamos… entrenar juntos el tiempo que estemos aquí.

Todos me miraron como si hubiera perdido la cabeza. Crucé los brazos y me erguí.

—Les he enseñado lo que sé sobre combate con armas a mis amigos, pero estoy segura de que aún hay mucho que podemos mejorar. —Miré a Silas a los ojos y luego al grupo—. Y supongo que nosotros podríamos enseñaros magia. No a usarla, obviamente, sino a evitar movimientos que pueden ser mortales si os atacan con ella.

El grupo se quedó callado, intercambiando miradas.

—Es lo único productivo que me imagino haciendo durante nuestra estancia. Si a alguien se le ocurre algo mejor, que lo diga —dije con las manos levantadas.

—Muy bien —asintió Silas—. Empezaremos mañana.



Antes de que Immeron y su familia empezaran a fabricar las armas, la ropa y las extremidades de Edmund, pregunté con cierto temor si tenían suficiente comida en la montaña. Gracias al don de Ayla para controlar el clima, era perfecto para cultivar frutas y verduras. Sus hijos y sus esposas trabajaban sin descanso en la preparación de un gran estofado que todos disfrutaríamos más tarde y mi gente comió fruta fresca de los árboles. Manzanas, plátanos y dátiles de todas clases crecían en la montaña, con los diferentes climas que los favorecían. Era realmente extraordinario. Silas le entregó una bolsa de oro a Ayla, que se quedó pasmada al verla. Si bien este lugar

estaba bien preparado para autoabastecerse, no esperaban al casi centenar que éramos. Los hombres irían al día siguiente a los mercados de Forsmont para ver qué podían conseguir.

Yo estaba deseando bañarme, y estaba segura de que el resto de mi grupo también, pero, después de dos días en el camino, lo único que quería era dormir. Y, aunque el suelo aquí no era más cómodo que en cualquier otro lugar, el consuelo de tener a los míos a salvo, a mi madre cerca, e incluso a Silas, me permitió caer en un sueño profundo.



CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

—Creo que mejor esperaré aquí —murmuró Edmund mientras Silas lo sentaba en una roca cercana.

Cuando se hizo de día, tras atiborrarnos a fruta, nuestro pequeño grupo decidió aventurarse a entrenar. Erabella no parecía muy contenta, y, aunque a mí también me apetecía descansar, practicar nos vendría bien.

El cielo estaba azul claro, y el aire matutino soplaba un tanto fresco. Algunos de los míos estaban despiertos cuando nos marchamos, pero la mayoría en la montaña seguían durmiendo.

—Supongo que cada mago se emparejará con uno de… vosotros —dije con torpeza.

—Oh —bromeó Roland con una mano sobre el corazón.

Puse los ojos en blanco.

—Yo me quedo con la princesa —dijo Merrick, y cuando lo miré estaba sonriéndole a Erabella.

Ella al principio se mostró sorprendida, y diría que se puso colorada, pero la reacción fue rápidamente reemplazada por una mueca de disgusto cuando se cruzó de brazos. Antes de que pudiera replicar, hablé.

—Elowen irá con Hendry. —Miré a Viola.

«Puedo ponerla con Silas y arriesgarme a que le arranque la cabeza, o puedo ponerme yo con él y sentirme muy incómoda».

Miré a Roland.

«Eso también sería incómodo».

Suspiré.

—Viola, tú ve con el príncipe y, por favor, no le hagas daño.

Silas torció el gesto y Viola resopló, pero me di cuenta de que contenía una sonrisa. Disfrutaría de la oportunidad de darle una paliza.

Roland me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Sabía que me elegirías, Calabaza.

Suspiré.

—Dentro de un rato no tendrás esa expresión —amenacé.

Notaba la mirada de Silas, pero, cuando me giré hacia él, apartó la mirada.

—Entonces… —dijo Elowen arrastrando las palabras—. ¿Cómo lo hacemos?

—Supongo que deberíamos empezar aprendiendo nosotros, mejorando el manejo de las armas y el bloqueo.

—Pues tenemos un problema —interrumpió Erabella levantando la mano—. Yo no sé casi nada de lucha.

Fruncí el ceño y miré a mi amigo de pelo rubio blanquecino.

—Vale, Merrick es bueno con el arco. Seguro que puede enseñarte a usarlo.

—¿Dices que voy a hacer de profesor toda la semana? —preguntó Merrick con un puchero.

—Nos turnaremos. ¿Qué te parece?

Merrick chasqueó la lengua y luego se volvió hacia una cabreada Erabella.

Los equipos se separaron, pero aun así estábamos lo bastante cerca para vernos por si podíamos aprender de lo que hacía otra pareja.

Hendry quiso instruir a Elowen con su arco, pero, como ella estaba más familiarizada con la daga, optó por practicar con esta arma.

Silas sacó un mandoble enorme, y vi de reojo cómo curvaba la comisura del labio hacia arriba mientras Viola intentaba quitárselo de las manos.

Merrick sacó su arco y empezó a aleccionar a Era, y yo me volví hacia Roland.

—Entonces ¿qué quieres aprender?

—¿En qué eres mejor? —pregunté, y él respondió con una sonrisa maliciosa—. Mejor no contestes —gemí, llevándome la mano a la frente.

—Normalmente opto por la espada de una mano —dijo con indiferencia mientras la desenvainaba, observándola y luego mirándome—. ¿Y tú?

—¿Te refieres a arma o a magia?

Se encogió de hombros.

—Ambas

Lo pensé.

—Soy mejor con el fuego. En cuestión de armas, supongo que una espada o una daga, aunque también soy bastante buena disparando flechas.

Miré a Merrick, que estaba a pocos metros de nosotros, aproximándose a Era por detrás mientras ella se esforzaba por sostener el arco.

—Dioses, es verdad que eres una principiante —murmuró Merrick.

—Y tú eres un imbécil. ¿Alguien te lo había dicho ya? —respondió ella, concentrada de nuevo en sujetar debidamente el arma.

Él sonrió altanero.

—Qué lenguaje tan grosero para una princesa.

Ella se burló.

Roland me miró.

—Apuesto a que al final del viaje follan —murmuró.

Me quedé boquiabierta, pues no estaba segura de haberlo oído bien.

—¿Qué has dicho?

Se rio.

—Es la sensación que tengo. —Me dedicó una sonrisa maliciosa—. O quizá es porque me recuerda a nosotros. —Me lanzó un beso.

—Eres un…

Me di cuenta de que tenía razón sobre nuestro tonteo y me callé cuando se mordió el labio para evitar sonreír.

Gruñí.

—Acabemos con esto de una vez, ¿vale?



Roland era bastante hábil con la espada. De hecho, empecé a luchar para esquivar sus movimientos, y en uno de ellos estuvo a punto de golpearme hasta que extendí la mano y lo bloqueé con un campo de fuerza, haciendo que se tambaleara hacia atrás.

—Tramposa —murmuró.

—¿Preferirías que acabara empalada? —salté mientras recuperaba el aliento.

—Preferiría empalarte yo con otra cosa —dijo con suavidad.

Abrí los ojos de par en par ante su audacia.

—Con mi p…

—¡Sí! ¡Ya lo he pillado! —chillé, y él soltó una carcajada.

—Lo siento, pero me lo has puesto a huevo.

—Eres… increíble —murmuré.

Los ojos color avellana le brillaron divertidos, y me ofreció su espada.

—Ahora enséñame lo que sabes, Lena.



El entrenamiento fue bien en general. Era, al menos, consiguió sostener en alto el arco, aunque no supiera usarlo. Viola, sorprendentemente, era excelente con el mandoble, y Elowen sonreía al final de la práctica con Hendry.

Parecía un buen hombre. Tan tranquilo y misterioso. Y guapo. Su único ojo azul contrastaba marcadamente con su piel morena, y me daba la sensación de que mantenía el cabello castaño liso y sedoso cubriéndole la frente en un intento fallido por disimular su belleza. Recordé a Silas contándome historias sobre él y Edmund. Me alegré de que hubieran mantenido la amistad desde que me marché.

Lo cierto es que Roland también me dio algunos buenos consejos, y me pregunté cuándo se habrían conocido él y Silas. Ambos parecían detestar la compañía mutua. Algún día se lo preguntaría.

Cuando acabó el entrenamiento, íbamos todos sudando a mares, y yo quise asearme. Desde luego, no quería que Ayla me tomara las medidas mientras yo olía fatal. Decidí ir a la cascada a bañarme, y Liette, la esposa de uno de los hijos de Immeron, tuvo la amabilidad de prestarme una pastilla de jabón que había fabricado ella misma. Teniendo en cuenta que éramos muchos los que querríamos bañarnos, debían repartirlo con moderación.

Al llegar a la impresionante cascada, metí los pies y me estremecí de frío. Suspiré, me solté el pelo de la trenza y me desvestí rápidamente antes de sumergirme en el agua. No estaba congelada, pero tampoco caliente.

Me dispuse a lavarme el pelo, el cuerpo y la cara. Tomé aire y sumergí la cabeza, y salí a la superficie con el cabello pegado a la espalda. Me aparté el agua de la cara y, sobresaltada, me cubrí los pechos al ver a Roland observándome desde la orilla del lago.

—¿Q-qué haces aquí? —tartamudeé mientras Roland empezaba a desvestirse.

—Aquí es donde tenemos que bañarnos, ¿no?

—Sí, por separado.

Se rio entre dientes y se quitó la camisa, dejando al descubierto un cuerpo perfectamente tonificado. Tragué saliva y no pude evitar repasar su físico con la mirada.

Tenía los costados y los brazos cubiertos de intrincados tatuajes. No alcanzaba a distinguir los motivos, y tampoco quería quedarme mirándolo para averiguarlo. Contrastaban marcadamente con su piel, a pesar de su bronceado dorado. Cuando empezó a desabrocharse los pantalones, me di la vuelta.

—¿Qué? ¿No quieres mirar? —preguntó, visiblemente divertido.

—No. No, no quiero —mentí.

Otra risita, y lo oí sisear cuando saltó al agua.

—¡Joder! —exclamó—. Qué fría está.

Se estremeció al salir del agua y luego vino hacia mí.

Yo estaba con los brazos cruzados, cubriéndome el pecho, y él me dedicó una sonrisa juguetona. Su cabello castaño parecía casi negro ahora que estaba mojado. El agua se le deslizaba en gotitas por el cuerpo, desde los pectorales hasta los abdominales, y odié la presión que sentí entre los muslos.

Me sonrojé y me estremecí al sumergirme en el agua, todavía tapándome los pechos.

—No quería interrumpirte el baño —bromeó, y empezó a alejarse.

Le examiné la espalda y los tatuajes que se le extendían por los omóplatos. Parecían una especie de alas. Se giró y me sorprendió mirándolo.

—E-estaba terminando —tartamudeé.

—Mentirosa —sonrió con suficiencia—. Acabas de llegar.

Empezó a frotarse un poco de jabón en el pecho, y las burbujas le resbalaron por el abdomen.

—¿Qué haces? —susurré.

—¿A ti qué te parece? Bañarme —murmuró.

El agua le llegaba justo donde empezaban las partes pudendas. Un reguero de vello castaño se le extendía desde la base del ombligo hasta la zona que no debería estar imaginando.

Su sonrisa burlona no flaqueó.

—Puede que no esté esposado como lo estabas tú, pero siéntete libre de ayudarme si quieres.

Negué con la cabeza y me di la vuelta.

—Todavía no te lo he perdonado —murmuré.

—Lo disfrutaste, no mientas.

Era cierto. Pero no me gustó que me gustara. Daba igual, no pensaba decírselo.

Me vino Silas a la mente y me sentí culpable.

Pero ¿por qué debería sentirme culpable? Él estaba casado.

Volví a mirar por encima del hombro; Roland se estaba enjuagando en la cascada.

Era un creído. Un ordinario. Pero también resultaba… atractivo.

Se secó el agua de los ojos mientras avanzaba de espaldas para salir de la corriente y me sonrió.

El sol estaba alto. El cálido resplandor que lo iluminaba hacía que pareciera retratado en un cuadro.

Se le desvaneció la sonrisa mientras lo observaba, y el corazón empezó a latirme a toda prisa cuando empezó a acercarse a mí. Quería huir, alejarme lo más posible de él, pero al mismo tiempo quería sentir su cuerpo desnudo presionado contra el mío.

—No parece que te estés bañando, Lena.

Miró hacia abajo, al agua, y, cuando miré yo, me di cuenta de que había mantenido el jabón sumergido todo el tiempo.

Maldije mientras levantaba las manos. La pastilla estaba casi disuelta. Me di cuenta de que mis pechos ya no estaban bajo el agua y me sonrojé al encontrarme con su mirada, con los ojos muy abiertos. Este momento me resultaba demasiado familiar.

Él sonrió, con los ojos color avellana oscurecidos por el deseo.

—Te he visto antes, ¿recuerdas? —ronroneó.

—No porque yo quisiera —susurré.

Arqueó una ceja e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y qué querrías ahora, Lena?

Me quedé quieta. Se acercó más hasta que estuvo a escasos centímetros. Lo miré de hito en hito, completamente congelada. Sentí un deseo que no había sentido en mucho mucho tiempo.

Sonrió al acercarse a mi oído.

—Te estás poniendo colorada —susurró, y me pesaron los párpados.

Su voz me provocó escalofríos y calor en todo el cuerpo.

—Roland, Silas te reclama.

Di un respingo y giré la cabeza para ver a Hendry, quien, por suerte, solo podía verme la espalda. Se removió incómodo.

—¿En serio? No sabía que le gustaban los hombres —bromeó, aunque noté que le había molestado la interrupción.

Hendry puso los ojos en blanco y luego me miró, con el rostro ligeramente sonrojado.

—Siento haber interrumpido —dijo en voz baja.

—No has interrumpido nada —contesté un poco más alto de lo debido a la par que jugueteaba con el pelo.

Volví a mirar a Roland, que me sonrió con suficiencia.

—Vete, Roland.

Gruñó y salió del agua. Miré a Hendry, que ya iba de camino al campamento.

Después de unos momentos, Roland habló:

—Ya puedes mirar, Calabaza.

—Como si pudiera fiarme de ti —murmuré, mirándolo de todos modos.

Se había puesto los pantalones y tenía la camisa en la mano.

—Puedes salir. No te preocupes, me daré la vuelta.

—¿Qué? ¿Para que podamos volver juntos y todos piensen…?

—¿Que hemos follado?

—¡Dioses, eres tan…! ¡Uf!

Se rio entre dientes y le lancé una bola de fuego; abrió los ojos sorprendido cuando esquivó el ataque. Siguió con la mirada la llama hasta que se apagó en el cielo lejano, y luego me miró.

—Eso no ha estado bien.

—Date la vuelta —ordené.

—Como quieras.

Salí de un salto y me escurrí el pelo mientras Roland empezaba a girarse.

—Ni lo pienses, o te quemo las pelotas.

Se rio disimuladamente y se retiró mientras yo me vestía.

—De acuerdo.

Se giró y caminó hacia mí, con esa sonrisa tonta todavía en el rostro.

—Te lo juro por los dioses, Roland, si tan solo…

—No te preocupes, no soy de ir contando intimidades.

—Debería haberte congelado el culo en el agua —murmuré y me encontré sonriendo.

Se rio entre dientes y comenzamos a caminar hacia el campamento.

Tiré de un hilo suelto de mi vestido.

—No te he dado las gracias —dije en voz baja, y él se giró hacia mí con una ceja levantada—. Por ser tan amable conmigo… y por ser tan insufrible. —Exhalé una risa por la nariz—. Lo hacía todo un poco menos aterrador.

Lo miré a los ojos, aunque no pude leer su expresión. Sonrió suavemente y miró hacia delante. Sentí el impulso de agarrarle la mano, pero no lo hice.

—¿Por qué lo hiciste, de todos modos?

Apretó la mandíbula.

—No lo sé… —Lo pensó un momento—. Supongo que llegué a admirarte, al ver cómo te desenvolvías en todo. Eres una tía valiente. —Me dedicó una media sonrisa y luego miró hacia delante —. Y supongo que porque fuiste tú quien me salvó el pellejo… sin yo merecerlo —dijo en voz baja.

—Bueno, pues me alegro de haberlo hecho… mayormente.

Se giró hacia mí. Le guiñé un ojo y él sonrió.



Cuando regresamos al campamento, Silas nos fulminó con la mirada a Roland y a mí, y sentí que me ardían las mejillas. Parecía rabioso. Me miró brevemente antes de seguir clavándole los ojos a Roland.

—No sé qué habré hecho ahora —murmuró.

Silas se levantó y los dos se fueron a dar un paseo para charlar. Cuando se marcharon, Ayla se acercó y dijo que quería tomarnos las medidas para la ropa.

Las chicas íbamos primero. Nos condujo al interior de su casa, atravesando la sala de estar y la cocina, hasta su cuarto de costura. Me quedé atónita al ver la pared de telas que había apilada: todo tipo de colores y materiales.

—Hay muchísimas —susurró Elowen—. ¿De dónde las has sacado?

—Bueno, he ido haciendo acopio durante años, pero casi siempre traigo telas cuando voy a los mercados de Forsmont y Faltrun. —Alcanzó una cinta métrica de la mesa—. ¿Quién quiere ser la primera?

—¡Yo! —exclamó Elowen radiante.

Ayla sonrió y comenzó a medir la esbelta cintura de Elowen. Erabella paseó frente a la pared de telas, ojeando el enorme surtido.

—¿Alguna vez habéis tenido algún conflicto yendo a esos pueblos? Supongo que todos os camufláis —preguntó Viola.

—Desde luego —respondió Ayla—. Y no, no hemos tenido ningún conflicto. Aunque nuestra especie no está a salvo en casi ningún lugar, agradezco que Forsmont y Faltrun se hayan mantenido independientes de Otacia; no tienen que preocuparse por la orden de matar ni nada de eso. —Continuó midiendo a Elowen, con su trenza plateada cayéndole por debajo de los hombros mientras anotaba sus medidas—. ¿Qué colores te gustan, querida?

Elowen arrugó los labios mientras pensaba.

—Es difícil elegir. Cualquiera que creas que me quede bien.— Sonrió.

Ayla se rio y terminó, luego pasó a Viola. Mantuve la distancia con Erabella; todavía me sentía incómoda a su lado. Estaba claro que a ella tampoco le gustaba mi presencia.

—¿Y tú, princesa? ¿Qué opinas de todo esto?

Me sorprendió la amabilidad de Ayla, y al parecer a Erabella también. Se sonrojó y se colocó un mechón de su corto cabello rubio detrás de la oreja.

—La montaña es preciosa.

Ayla rio entre dientes.

—No me refiero a la montaña, querida, sino al viaje que estás emprendiendo.

—Oh. —Juntó las manos—. No… no estoy segura. Pero si mi esposo cree que es lo correcto, lo seguiré.

«Esposo».

Apreté los puños con fuerza, clavándome las uñas en las palmas. No tenía derecho a estar enfadada con ella, pero lo estaba.

—¿Y tú qué crees que es lo correcto? —preguntó Ayla al terminar con Vi.

Erabella soltó una suave carcajada.

—¿En serio? Nadie me ha preguntado nunca qué opino de nada. —Se pasó las manos por el vestido—. Nunca me ha gustado la violencia. El odio. Pero es el mundo en el que he crecido. No he conocido otra cosa. —Nos miró a todos con sus ojos castaños y almendrados—. Nunca había conocido a un mago en mi vida.

—Que tú supieras.

—Sí, sí, que yo supiera. —Respiró hondo—. Pero me alegro de haberlo hecho. Y lamento lo que mi gente os ha hecho. Lamento que el mundo nos haya hecho creer que sois monstruos.

Parpadeé. De verdad, todos lo hicimos.

—¿Cómo te llamabas, querida?

—Erabella. Mis amigos me llaman Era.

Ayla sonrió.

—Bueno, Era, yo también me alegro de haberte conocido.

Crucé los brazos y me apoyé en una de las mesas de aquel cuarto. Quería odiar a Erabella. Quería odiarla por estar casada con el hombre que yo amaba, por tener la vida que yo nunca pude tener. Pero resultó ser una persona decente. Supongo que entendí por qué la amaba Silas.

Empecé a sentir un escozor en los ojos.

«No llores».

—Y tú, Suprema, ¿cómo lo llevas? —Ayla estaba ahora tomándole las medidas a Erabella.

Apreté la mandíbula.

—Todo lo bien que podría llevarlo cualquiera en mi posición, supongo.

—Eso es razonable. —Hizo una pausa a mitad de la medición, y sus ojos azules brillaron al mirarme—. ¿Cuánto tiempo viviste en Otacia?

Erabella frunció el ceño al volverse hacia mí.

—¿Viviste en Otacia?

Asentí, rezándole a los dioses para que Ayla no acabara revelando mi secreto ahora mismo.

—Seis años. El tiempo más largo que he vivido en un solo lugar.

Miré al suelo.

—Eso es incluso más tiempo del que yo he vivido allí —murmuró Erabella—. ¿Te gustó?

La miré, sorprendida de que iniciara una conversación conmigo.

—Sí. Vivíamos en el Anillo Exterior. No sé cómo se vivirá allí ahora, pero no me importaba. Me sentía en casa.

—Si te gustaba entonces, te encantaría ahora. —Se encogió—. Menos lo obvio.

Asentí, y ella continuó, mientras Ayla terminaba de medir.

—Silas ha invertido mucho en el Anillo Exterior. Infraestructura, pequeños negocios. Los del Anillo Exterior incluso pueden subir al Interior cuando quieran. ¡Diablos!, si hasta tienen agua caliente.

El corazón me dio un vuelco, y, cuando sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, volví a mirar al suelo, sin poder ocultar una pequeña sonrisa.

«Ha cumplido de verdad lo que prometió».



CAPÍTULO CINCUENTA

Esperábamos pacientemente en la cueva que, una semana después, supe que era la fragua de Immeron. Hoy no solo era el día en que recibiríamos nuestras armas, sino también el día en que Edmund obtendría un brazo y una pierna nuevos.

Los días transcurrían entre entrenar, ayudar a los míos a instalarse y echarle una mano en lo que pudiera a la familia de Immeron, ya que la gente de Ames iba a quedarse aquí una temporada.

Para mi sorpresa, Roland no intentó nada más conmigo, aunque de vez en cuando me pillaba mirándolo y me devolvía una sonrisa engreída. La idea de tener algo con él me asustaba y me emocionaba a la vez, pero supongo que me alegraba de que no hubiera vuelto a insinuarse.

Los otacios iban a lo suyo por lo general, y yo apenas hablaba con Silas, aunque cruzábamos la mirada con frecuencia. Si bien yo no

había dicho que Oquerene era el destino de nuestro viaje, suponiendo que Nereida nos encaminara en la dirección correcta, sí que mencioné el sur. Silas quería conseguir aliados, así que el primer objetivo de nuestro viaje sería Forsmont.

Las luces de los magos iluminaban la cueva, y me fijé en el enorme yunque, así como en las distintas armas en las que Immeron estaba trabajando: espadas, cuchillos, mazas y más. Había un banco de trabajo bastante espacioso repleto de materiales desperdigados. Immeron acabó de retocar algo antes de acercarse a nosotros.

—Bueno, aquí está.

El anciano caminaba con orgullo mostrando la nueva pierna inferior con el pie incluido de Edmund. Las finas líneas negras que lo componían casi parecían venas. Era robusto, pero a la vez elegante y estilizado. Incluso tenía dedos.

—Eso parece bastante endeble, ¿no? —preguntó Roland.

Edmund le dio una palmada en el brazo y Hendry los miró de reojo.

Immeron sonrió con suficiencia.

—Puede que lo parezca, pero esto está hecho de carbonado, la variedad más resistente del diamante natural. Espero un pago decente, Alteza.

Miró de reojo a Silas, y el príncipe asintió.

Elowen y Hendry ayudaron a bajar a Edmund al banco del interior de la cueva, y Elowen le levantó la pernera del pantalón por encima del muñón.

—Esto puede que te duela un poco —murmuró Immeron, y lo colocó en el sitio.

Los alambres se enroscaron, pareciendo cobrar vida, antes de integrarse en la herida cicatrizada. Edmund gritó, y Elowen rápidamente le puso las manos en las sienes y le alivió el dolor.

Al cabo de un instante, Immeron habló:

—Ya no debería dolerte. Intenta ponerte de pie.

Elowen retiró lentamente las manos; Edmund parpadeó, luego se levantó despacio, y se quedó conmocionado un momento después.

—La siento… como si fuera mi propia pierna.

Meneó los dedos, y los demás nos quedamos sin aliento. Edmund y Elowen compartieron una sonrisa.

—Ahora, esto —dijo Immeron, acercándose con un antebrazo y una mano con los mismos alambres de carbonado.

Era casi idéntico al de Ayla. Edmund bajó la cabeza para que El pudiera adormecer su dolor, y entonces los alambres volvieron a crecer dando vueltas e insertándose en la carne. Cuando terminó, se irguió y flexionó sus nuevas falanges.

—Mitad hombre, mitad máquina —dijo Immeron con orgullo, cruzando los brazos.

A Edmund se le llenaron los ojos de lágrimas al ver que caminaba. Roland maldijo en voz baja con la sonrisa torcida y Silas lo miraba perplejo. Edmund caminó hacia Elowen, la levantó y la hizo girar mientras ella reía.

—Es simplemente perfecto —dijo, sonriéndole radiante a Elowen mientras la bajaba. Le tomó la mano con la suya nueva y le besó la muñeca.

Merrick, a mi lado, quiso acercarse a él, pero lo detuve agarrándolo del brazo y negando con la cabeza para decirle: «No

estropees el momento». Me miró fijamente antes de cruzar los brazos y apartar la mirada.

Edmund rodeó la cintura de El con el brazo antes de volverse hacia Immeron, y ella se sonrojó al apoyarse en él.

—Esto es verdaderamente lo más fascinante que he visto en mi vida. Nunca creí que volvería a caminar después del ataque ni que recuperaría el brazo. —Sonrió e hizo una reverencia respetuosa—. Gracias.

Los hijos de Immeron, Ceren y Benor, comenzaron entonces a mostrar las armas que habían fabricado para nosotros.

Un arco para Merrick y Hendry, una daga para Elowen y Erabella, y espadas para todos los demás. Fue realmente extraordinario ver las armas hechas a medida.

Examiné mi espada. Su brillo era casi iridiscente, y tenía ópalos en la empuñadura. No pude evitar admirar su belleza.

—Cada una de vuestras armas tiene propiedades especiales—dijo Ceren mientras se acomodaba el cabello castaño oscuro detrás de la oreja puntiaguda—. Tu espada, Lena, puede imbuirse en magia de fuego.

Levanté la cabeza de golpe.

—Estás de broma.

Sonrió suavemente, los ojos del mismo azul oscuro que los de su padre.

—No. Puedes usar tu magia para cargar el arma, haciendo que tus golpes sean aún más letales.

Me quedé boquiabierta ante la obra, y luego recorrí con la mirada las armas de los demás. La más notable, aparte de la mía, era la reluciente espada dorada de Silas. Tenía una empuñadura salpicada

de motas de un rojo púrpura metálico con forma de pluma que la adornaban y un topacio gigante incrustado en el centro. Noté que estaba profundamente impresionado con la artesanía; superaba con creces incluso a su espada real.

El arma de cada uno tenía atributos diferentes. Como los otacios carecían de magia, sus armas estaban tratadas para aumentar su durabilidad.

Para nosotros, los magos, las armas estaban hechas para complementar nuestras formas de magia más potentes. El arco de ónice de Merrick estaba diseñado específicamente para flechas de hielo, y, siempre que Merrick cargara con su arma, las flechas normales se convertirían en flechas congeladas con solo dispararlas.

La espada de Viola estaba imbuida en magia de ilusión. Así como podía transformar su cuerpo, podría transformar su arma en cualquier cosa que deseara.

La daga de Elowen podía cargarse con magia curativa para quitar una vida sin dolor si era necesario.

Todos dedicamos un tiempo a admirar las piezas, preguntar dudas y agradecer el enorme esfuerzo invertido para fabricarlas.



El resto de la tarde lo pasamos empaquetando lo necesario para el trayecto hasta nuestro primer destino, Forsmont. Cada uno llevaríamos nuestro propio saco de dormir, excepto Era, que lo compartiría con Silas, así que tendríamos que ir ligeros de equipaje. Empacamos toda la comida y llenamos todos los odres que

podíamos transportar con comodidad. Por la mañana estrenaríamos la vestimenta y las armas nuevas.

Me quedé sola esa última tarde. Me senté al borde del acantilado, mirando al horizonte mientras reflexionaba sobre el viaje que emprendíamos.

La brisa era agradable, y, desde esa altura, me di cuenta de lo pequeña que era.

«Tú serás nuestra salvadora, Lena Daelyra».

No me consideraba una persona optimista, no con todo lo que la vida me había mostrado hasta ahora. Pero había seguido las palabras de Igon y realmente sentía que estábamos en el buen camino.

—No estarás pensando en saltar, ¿verdad? —preguntó Silas en voz baja desde atrás, antes de sentarse a mi lado—. A veces ser líder puede hacer que te entren ganas.

Incliné la cabeza hacia él, riéndome por la nariz. Tras unos momentos de silencio, contemplando las ondulantes colinas de Tovagoth con los pies colgando por la escarpadura, hablé.

—¿Temes lo que tu gente piense de ti ahora? —pregunté en voz baja.

Lo meditó, apretando la mandíbula mientras miraba al horizonte.

—Sí y no. —Se giró hacia mí—. Creo… creo que tomé la decisión correcta. Solo puedo esperar que, cuando todo haya terminado, mi gente lo entienda.

—Te doy las gracias, Silas, por todo lo que has sacrificado. Muchas gracias —susurré, mirando al cielo.

Sabía que estábamos solos, y, aunque alguien nos estuviera espiando, estaba tan oscuro que nadie nos vería. Temía su rechazo,

pero no pude contenerme. Envolví su mano con la mía y él se tensó.

Por un momento, nos quedamos inmóviles, ambos desacostumbrados al contacto después de tantos años separados. Me pregunté si apartaría la mano, pero entonces empezó a rozar el dorso de la mía con el pulgar. Sentí que me relajaba.

—No me lo agradezcas, Lena. Recuerda que tengo un objetivo egoísta que motivó mi decisión.

Miré sus ojos ámbar que brillaban bajo la luz de la luna cuando los posó en mis labios. Eso me aceleró el corazón.

Quizá quisiera arrebatarle el trono a su padre. Quizá había tenido esa ambición desde mucho antes de saber que yo estaba viva. Pero sabía que aún sentía amor por mí, aunque ese amor fuera solo una pequeña astilla en su corazón. Aunque nunca volviéramos a tenernos el uno al otro. Aunque yo hubiera mentido tanto.

—Toma.

Rebuscó en el bolsillo y extendió la mano. Allí estaba la brújula de Igon.

Abrí los ojos como platos.

—Dios mío… La había olvidado por completo.

Resistí el impulso de darme una palmada en la frente y tomé la brújula de bronce de Silas, girándola y examinándola. Había un pelícano grabado en el dorso.

Le dirigí a Silas una sonrisa avergonzada.

—¿Lo ves? No estoy destinada a ser una líder.

Me ofreció una pequeña sonrisa, y al verla me dio un vuelco el corazón.

—Yo he olvidado muchas cosas. Y tú has tenido otras muchas otras en la cabeza —susurró, y se le desvaneció la sonrisa.

Me temblaba el labio mientras observaba al hombre al que aún amaba más de lo que quería admitir.

—Cumpliste tu promesa —susurré.

Frunció el ceño; tenía el rostro a escasos centímetros del mío cuando preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Erabella me contó lo que has hecho por el Anillo Exterior… —Sentí un nudo en la garganta y empezaron a escocerme los ojos—. Invertir allí, proporcionar agua caliente a la gente, levantar el maldito toque de queda por fin. —Con la mano libre, me sequé la lágrima que se me había caído y me reí con suavidad—. Sabía que lo harías; pero, aun así, al oírlo… —Lo miré con una sonrisa—. Estoy orgullosa de ti.

Abrió los ojos de par en par y apartó la mano con brusquedad. El gesto me sobresaltó.

—Lena… —Negó con la cabeza antes de exhalar por la nariz—. Deberías dormir un poco. Tenemos un largo viaje por delante— murmuró antes de ponerse de pie y alejarse.

Al instante, yo también me puse de pie y le agarré la mano. Se detuvo.

—No te vayas —supliqué. Se giró hacia mí, con los ojos dorados brillando desconsolados—. ¿He dicho algo que no debía?

—No soporto tu amabilidad. —Alternaba la mirada de sus ojos color miel entre los míos, y frunció el ceño—. No la tengas conmigo.

Volvió a apartar la mano, y lo miré desconcertada mientras se alejaba.

Me quedé allí de pie un momento, con la mente acelerada, y luego me giré para admirar el cielo nocturno desde esta altura una vez

más antes de partir a la mañana siguiente. Observé la enorme luna llena que brillaba en el firmamento.

Habían cambiado tantas cosas, y tan rápido. Pero, por primera vez en mi vida, sentía esperanza por mi gente. Esperanza por mí misma.

Mientras contemplaba las estrellas, una sensación gélida me recorrió el cuerpo, provocándome escalofríos. Inmediatamente, me puse en alerta.

Se me aceleró el pulso.

No era solo una sensación de frío…, sino la de una presencia.

Una presencia demasiado familiar.

Lena, dijo una mujer en mi cabeza, y me flaquearon las piernas al oír la voz de Kayin. *Nos queda mucho por hacer*.

Agradecimientos

Vaya, ni siquiera sé por dónde empezar. Esta historia y estos personajes llevan en mi cabeza desde 2017. Soñaba con plasmarlos en papel y, a lo largo de los años, fui anotando ideas aquí y allá, pero no acababa de sentarme a escribir la historia de principio a fin. No fue hasta junio de 2023 que finalmente me sentí inspirada para comprometerme a hacerlo.

Muchísimas gracias a mi marido, Lucas, por concederme tiempo para escribir esta historia y por interesarse de verdad por mi trabajo. Él fue el primero en leer el manuscrito, y su apoyo significó un mundo para mí. Siempre ha creído en todos mis proyectos creativos, y lo amo con locura.

A mi abuela. No estaría donde estoy sin todo lo que ha hecho por mí. Pese a lo que haya sucedido en nuestra familia, ella siempre ha estado a mi lado. Las palabras no pueden expresar lo agradecida que estoy, no solo por animarme con este libro, sino en general.

A BookTok, por creer en mí. Estoy muy agradecida por haber conocido a personas maravillosas que me han apoyado incondicionalmente, más incluso que otras que conozco desde siempre. De verdad que sois los mejores.

A Allison Heddon, mi editora, por perfeccionar el manuscrito y dedicarme tantas palabras de aliento. Da mucho miedo mostrar tu obra al mundo, pero ella hizo que el proceso fuera muy agradable.

Y mi más sincero agradecimiento a todos los que nos han dado una oportunidad, a mí y a mi primera novela. ¡Gracias, gracias, gracias!

En este romantasy oscuro y *spicy* que ha incendiado TikTok, una joven maga es capturada por su enemigo mortal, decidido a obtener su venganza. Un amor prohibido con angst y proximidad forzada: no vas a querer soltarlo.



Lena Daelyra ha vivido aterrorizada toda su vida, víctima de la discriminación que sufren los Magos en el reino. Siempre se ha alejado de los demás, hasta que conoce a Quill Callon, un apuesto residente del Círculo Interno de Otacia. Con sus sentimientos por Quill cada vez más evidentes, Lena deberá recordar que nunca podrá mostrarse tal y como es, ni siquiera ante él.

Silas La'Rune, príncipe de Otacia, no conoce la libertad. Su vida ha tenido lugar dentro de las paredes del castillo desde la muerte de su hermana, la princesa. Un día, la reina por fin le permite ver el reino con sus propios ojos. Y ese día lo cambiará todo.

Cuando las historias de Lena y Silas por fin se encuentran, ambos se darán cuenta de que el destino de los Magos depende por completo de ellos.

Kylie Snow escribe novelas de fantasía romántica sensual y conmovedora, con personajes complejos, cercanos e imperfectos. Es una soñadora que lleva imaginando historias desde que tiene uso de razón. Vive con su marido cerca de Chicago.



Titulo original: *The lies of Lena*

Primera edición: mayo de 2026

© 2024, Kylie Snow
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Pilar López Riquelme, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Hachette Book Group, Inc. / Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5684-2

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Las mentiras de Lena

Lista de reproducción

Guía de pronunciación

Advertencia de contenido sensible

Prólogo

Primera parte: Entonces

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince

Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Segunda parte: Ahora
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kylie Snow
Créditos